
Derrota
Mundial
Por SALVADOR BORREGO E.
10ª Edición
Complementada

DERROTA MUNDIAL

Salvador Borrego E.

DERROTA MUNDIAL

· ORÍGENES OCULTOS DELA II GUERRA MUNDIAL
· DESARROLLO DE LA GUERRA
· CONSECUENCIAS ACTUALES DE LA GUERRA

DÉCIMA EDICIÓN

MÉXICO
1961

1a Edición: Diciembre de 1953 —2,000 Ejemplares
2a ” Marzo de 1955 —5,000 Ejemplares
3a ” Diciembre de 1956 —4,000 Ejemplares
4a ” Octubre de 1957 —5,000 Ejemplares
5a ” Enero de 1959 —4,000 Ejemplares
6a ” Julio de 1959 —4,000 Ejemplares
7a ” Abril de 1960 —5,000 Ejemplares
8a ” Noviembre de 1960 —5,000 Ejemplares
9a ” Marzo de 1961 —5,000 Ejemplares
10a ” Septiembre de 1961 —5,000 Ejemplares

EL CONTENIDO DEL LIBRO ES EL SIGUIENTE:

Prólogo a la Segunda Edición

Capítulo I.- Aurora Roja

69 Años de Lucha Incansable
Los Dos Elementos que formaron el Bolchevismo
Alemania, Meta Inmediata del Marxismo
Paréntesis de Guerra
Factor Secreto en la Derrota Alemana

Capítulo II.- Hitler Hacia el Oriente

Cambio de Rumbo para Alemania
El Primer Partido Anticomunista
Bautizo de Fuego del Nacionalsocialismo
Djugashvile, El Hombre de Acero
Hitler y Stalin Cara a Cara
El Comunismo es Derrotado en España

Capítulo III.- Occidente se Interpone

Lo que podía esperarse de Berlín y de Moscú
Pueblos lanzados a los brazos de sus enemigos
Inglaterra Valladar contra la Marcha hacia Moscú
El Trono del Oro empuja a Occidente
Profundas raíces en el alma colectiva
Zanjando las viejas rencillas con Francia
El Talón de Aquiles del Nacionalsocialismo
Despeje del Flanco Derecho
A cuatro horas del derrumbe interior
Cerrojo en el camino a Moscú
Engañar es más eficaz que dinamitar

Capítulo IV.- La Guerra que Hitler no quería

Si la guerra no empezaba en Occidente, Rusia lucharía sola
Hablando el mismo lenguaje de las armas
Ni con su silencio pudo ayudar Italia

En las orillas del abismo
Otra vez Hitler tiende la mano
La Mampara del Idealismo
La debilidad de la franqueza
La terrible grandeza de la guerra
La desigual guerra en el mar
Noruega, primera línea de la lucha terrestre
Francia, empujada a sangriento abismo
Las panzer dejan escapar a los ingleses
El derrumbe de Francia

Capítulo V.- De nuevo hacia el Oriente

Otros dos ofrecimientos de paz a Inglaterra
Terrorismo en vez de solo lucha entre soldados
Francia también rehusa la reconciliación
Complicidad de Occidente con la expansión del Marxismo
Carne de cañón para frenar el golpe contra la URSS
Alarma de la reina de los mares
4.000 sepulturas en Meleme
Un esfuerzo más para hacer la paz con Inglaterra

Capítulo VI.- La guerra que Hitler sí quería

El plan estratégico de Hitler contra Rusia
La más grande lucha en la historia de las armas
El primer "Cannas" de Rusia en 1941
Segunda embestida de Von Bock
Hitler ordena virar hacia el Sur
Orgía de sangre en Leningrado (Frente Norte)
La dureza del soldado ruso
La que parecía ser la última batalla
Moscú trepida bajo el cañoneo
De los albores de la victoria a las orillas del desastre

Capítulo VII.- Salvando al Bolchevismo

Brazos israelitas en auxilio de la URSS
La coalisión más grande de la historia

No existió el eje Roma-Berlin-Tokio
Guerra a muerte entre nazis y judíos
Diluvio de fuego sobre Alemania
Los 6 frentes contra Alemania en 1942
La batalla del Atlántico; 7 millones de toneladas de barcos
A pique en 1942
Un lastre y no un aliado
Occidente al servicio de la URSS
De Kertsch a Sebastopol y de Sebastopol a Leningrado
De Crimea a las montañas del Cáucaso
700 kilómetros de avance hasta Kalatsch
El 6to. Ejército alemán se abre paso hacia su tumba

Capítulo VIII.- Oscilación de la victoria

La herencia del 6to. Ejército
Pequeño margen de la derrota al triunfo
Sangre a raudales en el frente Oriental
16 millones de bajas en la URSS hasta 19=13
Matanza de prisioneros
El frente aéreo contra Alemania (1942/1943)
Desastre alemán en la batalla del Atlántico
Armas secretas contra superioridad numérica
Sabotaje, guerrillas y golpe de Estado
Los amigos de Roosevelt
Italia cae al primer soplo de la guerra
Caída y rescate de Mussolini
Cinco meses ante Cassino

Capítulo IX.- Las más altas cumbres del esfuerzo humano

La cualidad más preciosa del hombre
Forjando las armas de venganza
Abren las puertas del mundo al Bolchevismo
La invasión aliada de Europa Occidental
Los recursos de Hitler contra la invasión
Transformación de la Flota Submarina

Supremo esfuerzo de soviéticos y alemanes
Más fuerte que nunca, la Luftwaffe agoniza
Los dos últimos golpes en el Oeste
El Bolchevismo irrumpe en Alemania
Un ejército no vencido por ningún otro

Capítulo X.- El fin de Hitler

Dos peligros que conocía de nombre
Hasta la última gota de sangre
Hitler en su última batalla
Incondicionalmente hasta la muerte
Occidente dinarnita el Valladar Antibolchevique
Desmantelamiento de Alemania
Trato "Humanitario" a los prisioneros
¿Resurrección en masa de Judíos?

Capítulo XI.- Derrota mundial

Se Consumó la Victoria, pero ¿Victoria de quién?
Se Recontruyó a la URRS corno Potencia
Mane jan el juego de los Partidos Politicos
La Extraña Muerte de José David Stalin
Desde Georgia hasta Cuba y Nicaragua
Eisenhower hizo Comunista a Cuba
Síntesis Panorámica
La Transmutación del Marxismo

Bibliografía

Prólogo a la Segunda Edición

La obra de Salvador Borrego E., que hoy alcanza su segunda edición, es una de las más importantes que se hayan publicado en América. Causa satisfacción que un mexicano de la nueva generación, haya sido capaz de juzgar con tanto acierto los sucesos que conocemos bajo el nombre de la Segunda Guerra Mundial.

Colocados nosotros del lado de los enemigos del poderío alemán, es natural que todas nuestras ideas se encuentren teñidas con el color de la propaganda aliada. Las guerras modernas se desarrollan tanto en el frente de combate como en las páginas de la imprenta. La propaganda es una arma poderosa, a veces decisiva para engañar la opinión mundial.

Ya desde la primera guerra europea, se vio la audacia para mentir, que pusieron en práctica agencias y diarios que disfrutaban de reputación aparentemente intachable. La mentira, sin embargo, logró su objeto. Poblaciones enteras de naciones que debieron ser neutrales, se vieron arrastradas a participar en el conflicto, movidas por sentimientos fundados en informaciones que después se supo, habían sido deliberadamente fabricadas por el bando que controlaba las comunicaciones mundiales.

Y menos mal que necesidades geográficas o políticas nos hayan llevado a participar en conflictos que son ajenos a nuestro destino histórico; lo peor es que nos dejemos convencer por el engaño. Enhorabuena que hayamos tenido que afiliarnos con el bando que estaba más cerca de nosotros; lo malo es que haya sido tan numerosa, entre nosotros, la casta de los entusiastas de la mentira. Desventurado es el espectáculo que todavía siguen dando algunos «intelectuales» nuestros, cuando hablan de la defensa de la democracia, al mismo tiempo que no pueden borrar de sus frentes la marca infamante de haber servido dictaduras vernáculas que hacen gala de burlar sistemáticamente el sufragio. Olvidemos a estos seudo-revolucionarios, que no son otra cosa que logreros de una Revolución que han contribuido a deshonrar, y procuremos despejar el ánimo de

aquellos que de buena fe se mantienen engañados. «Durante seis años, dice Borrego, el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la victoria, países enteros, incluyendo Polonia misma, perdieron su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una victoria cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever».

La primera edición del libro de Borrego se publicó hace dos años escasos y en tan corto tiempo, el curso de los sucesos ha confirmado sus predicciones, ha multiplicado los males que tan valientemente descubriera.

Ya no es sólo Polonia; media docena de naciones europeas que fueron otros tantos florones de la cultura cristiana occidental, se encuentran aplastadas por la bota soviética, se hallan en estado de «desintegración definitiva». Y el monstruo anticristiano sigue avanzando. Detrás de la sonrisa de Mendes-France, siempre victorioso, dicen sus secuaces; detrás de esa enigmática sonrisa, seis millones de católicos del Vietnam, fruto precioso de un siglo de labor misionera francesa, han caído dentro de la órbita de esclavitud y de tortura que los marxistas dedican a las poblaciones cristianas. E1 caso contemporáneo tiene antecedentes en las invasiones asiáticas de un Gengis-Kan, que esclavizaba naciones; tiene antecedentes en las conquistas de Solimán, que degollaba cristianos dentro de los templos mismos que habían levantado para su fe. El conflicto de la hora es otro de los momentos angustiosos y cruciales de la lucha perenne que tiene que librar el cristianismo para subsistir.

En el libro de Borrego, penetrante y analítico, al mismo tiempo que iluminado y profético, se revelan los pormenores de la conjura tremenda.

La difusión del libro de Borrego es del más alto interés patriótico en todos los pueblos de habla española. Herederos, nosotros, de la epopeya de la Reconquista que salvó el cristianismo de la invasión de los moros, y de la Contra-Reforma encabezada por Felipe II, que salvó el catolicismo de la peligrosa conjuración de luteranos y calvinistas, nadie está

más obligado que nosotros a desenmascarar a los hipócritas y a contener el avance de los perversos. La lucha ha de costamos penalidades sin cuento. Ningún pueblo puede escapar en el día, a las exigencias de la historia, que son de acción y de sacrificio.

La comodidad es anhelo de siempre, jamás realizado. La lucha entre los hombres ha de seguir indefinida y periódicamente implacable, hasta en tanto se acerque el fin de los tiempos, según advierte la profecía.

JOSÉ VASCONCELOS
(Febrero de 1955)

Introducción

Es una neutra remembranza volver la mirada a los días extraordinarios de la segunda guerra mundial únicamente con el prolijo escrúpulo de citar fechas y relatar sucesos. Es un lujo de ociosidad volver la mirada al pasado sin el empeño de obtener luces para el presente. Pero conociendo mejor el origen de lo que ocurrió y de lo que ahora ocurre, más podrá preverse lo que está por ocurrir. Sin esta función específica toda aportación a la historia -—y aun la Historia misma— se reducirían a simple curiosidad o pasatiempo.

Es un hecho que aún no silenciado del todo el fuego que durante seis años mantuvo vivo ese siniestro organismo de muerte que fue la segunda guerra mundial, el mundo se halló súbitamente en el umbral de otra guerra más destructora e incierta. Durante seis años la humanidad se creyó luchando por la paz definitiva, mas los acordes de su victoria fueron ensombrecidos por la amenaza de un cataclismo todavía mayor.

Durante seis años el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la «victoria», países enteros —incluyendo Polonia misma— perdieron su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una VICTORIA cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever.

Un asombroso y súbito resultado, después de seis años de aparente lucha por la libertad y la democracia y la paz definitiva, sorprendió al mundo: ya no era la libertad de los polacos —libertad perdida totalmente, pese a la «VICTORIA»— la que se hallaba en riesgo, sino la libertad del mundo entero; ya no era simplemente la conquista de mercados entre las grandes potencias la que se balanceaba en juego, sino el destino del pueblo norteamericano, y en cierta forma el de América; el- destino de Alemania y la Gran Bretaña, y así el de Europa entera también.

En los orígenes del conflicto armado que empezó la madrugada del primero de septiembre de 1 939 palpitaron ya los gérmenes de lo que ahora ocurre y de lo que está por

venir. En lo acontecido entonces se filtran ya las sombras de lo que el futuro nos reserva.

En el reverbero de la segunda guerra mundial hay relámpagos que alumbran los decenios y quizás los siglos por llegar.

Mucho se ha hablado de la guerra. Un mar de datos casi inagotables abruman y abrumarán por mucho tiempo a los historiadores. La mayor parte de estos datos son jeroglíficos; incluso los hechos y las cifras, pese a lo concluyente de su calidad concreta, son frecuentemente apenas símbolos o frontispicio de realidades más profundas. Querer entender esta guerra y el monstruoso engaño que el mundo sufrió con ella, viendo simplemente ese mar de datos, es lo mismo que contemplar, clasificar o relatar apariencias de inscripciones cuneiformes y suponer que ya con esto se CONOCIÓ la civilización sumeria. Entre los símbolos y su significación media un abismo. Y en el caso concreto de la guerra pasada este abismo se ha hecho más oscuro porque los adelantos que la técnica ha puesto al servicio de la difusión del pensamiento —radiogramas, cablegramas, libros, películas, folletos, etc.— tienen su anverso positivo de orientación y su reverso negativo de confusión, según el sentido en que se les utilice. En la guerra y después de ella se les ha utilizado para confundir.

Un diluvio de crónicas con dosificada intención; de libros aparentemente históricos, de radiodifusiones y de películas bajo la influencia intangible de los mismos ocultos inspiradores, oscurecen situaciones, infiltran deformaciones. Nada tiene así de extraño que aun los espíritus más serenos, objetivos e imparciales —para no hablar de masas carentes de opinión propia— lleguen a conclusiones erróneas. Por eso muchas conciencias firmes han hecho insensiblemente suya la forma ajena y capciosa de plantear el problema internacional de la segunda guerra. Una vez dado ese primer paso en falso, los siguientes son erróneos también, y por eso es tan frecuente que hombres de profunda comprensión y sólido criterio

confiesen ahora su desconcierto ante los sucesos internacionales.

Un nuevo examen de lo que ocurrió, y por qué ocurrió, puede aclarar los sucesos presentes y ayudar a prever los futuros. El monstruoso engaño que el mundo padeció al inmolar millones de vidas y al consumir en fuego esfuerzos inconmensurables, para luego quedar en situación incomparablemente peor que la anterior, no es obra del azar. Si el resultado sólo fuera desorden quizá nada habría de sospechoso. Pero en la bancarrota que el mundo occidental afronta ahora se oculta un admirable tejido de acontecimientos. Dentro del aparente desorden hay un eslabonamiento ad-mirable de hechos que obedecen a un mismo impulso y que marchan hacia una misma meta. Detrás de todo esto hay una inteligencia y una fuerza. La situación actual no es el resultado fortuito del desorden, sino la notable culminación de una serie de actos que se enlazan siguiendo una secuencia y un camino. Occidente se halla de pronto en el momento más comprometido de su historia, pero su desgracia no ha descendido de accidentales sucesos. Ha sido labrada minuciosamente y escrupulosamente.

Examinando los orígenes y el desarrollo de la segunda guerra surgen luces que explican el presente. Tal es el objeto de este libro.

Muchos de los que vieron desaparecer las falanges macedónicas; de los que presenciaron la caída de Alejandro, el asesinato del César, la capitulación de Napoleón, crían asistir a acontecimientos comunes y corrientes, pero estaban presenciando los fulgores que encienden cada zig-zag de la historia.

Lo que ahora tenemos a la vista es algo más que fulgor de un simple cambio; es el incendio inconmensurable de una cultura que casi sin saber por qué presiente las pisadas del peligro mortal.

CAPITULO I

Aurora Roja (1848-1919)

69 Años de Lucha Incansable.
Los dos Elementos que Formaron el Bolchevismo.
Alemania, Meta Inmediata del Marxismo.
Paréntesis de Guerra.
Factor Secreto en la Derrota Alemana.

69 AÑOS DE LUCHA INCANSABLE

En la segunda mitad del siglo pasado los umbríos bosques y las extremosas estepas de Rusia guardaban ya tan celosamente como ahora la enigmática mística del alma rusa. Fuera de sus fronteras sólo unas cuantas mentes, moduladas para escuchar el paso de los siglos por llegar, lograban entrever algo.

Entre esas pocas mentes que sobre el hombro de una época vislumbraban destellos del futuro político, Nietzsche preveía en 1886:

«Es en Francia donde la voluntad está más enferma. La fuerza de voluntad está más acentuada en Alemania y en Inglaterra y en España y Córcega por las duras cabezas de sus habitantes, pero está más desarrollada en Rusia, donde la fuerza del querer por largo tiempo acumulada espera la ocasión de descargarse, no se sabe si en afirmaciones o en' negaciones. Yo desearía que la amenaza rusa creciera para que Europa se pusiera en defensa y se uniera en una voluntad duradera y terrible para fijarse una meta de milenios. Pasó el tiempo de la política menuda: el próximo siglo nos promete la lucha por el dominio del mundo»[1].

En ese entonces Rusia se debatía en sangrienta turbulencia, que una extraña mezcla de nihilistas y revolucionarios marxistas trataban de encauzar mediante un secreto Comité Ejecutivo. La espina dorsal de ese audaz movimiento la formaban esforzados e inteligentes israelitas, miembros de comunidades que a través de muchas generaciones habían

soportado severos sufrimientos en el duro ambiente de Rusia. Desde los primeros años de nuestra Era ya se habían instalado emigrantes judíos en los territorios que siglos más tarde formarían parte de la Rusia meridional. Dolorosas vicisitudes vivieron desde entonces, pero jamás perdieron su cohesión racial. En 1648 los cosacos se lanzaron furiosamente contra ellos y después de sangrientos choques prohibieron que en Ucrania radicaran comunidades israelitas. En general la población era hostil a huéspedes tan reacios a la fusión de sangre y de costumbres.

Pero las tierras rusas, prometedoras de esplendoroso futuro gracias a sus inexplotadas riquezas y enorme extensión, seguían atrayendo incesantemente a comunidades judías emigradas de la Europa occidental. La emperatriz Elisabetha Petrovna se alarmó ante ese fenómeno y en 1743 se negó a admitir más inmigrantes. Sin embargo, cincuenta años más tarde la anexión de territorios polacos convirtió a millares de judíos en súbditos de Rusia.

En esa forma las comunidades israelitas aumentaron considerable-mente, no sin sufrir hostilidades y persecuciones, tal como les había ocurrido a sus ancestros en todos los tiempos y en todos los pueblos. El zar Alejandro I (que gobernó de 1801 a 1825) trató con benevolencia a la población judía y sufrió un completo fracaso al pretender que se asimilara a la población rusa.

El siguiente zar, Nicolás I (1825-1855) se impacientó ante la renuencia de las comunidades israelitas a fusionarse con la población rusa y redujo sus derechos cívicos, además de que les hizo extensivo el servicio militar obligatorio que ya regía en el Imperio. Esto causó trastornos y descontento entre los judíos, pero una vez más lograron conservar sus vínculos raciales y sus milenarias costumbres.

Al subir al trono Alejandro II (1855) la situación de los israelitas volvió a mejorar y no tardaron en prosperar en el comercio, la literatura y el periodismo; varios diarios judíos se publicaron en San Petersburgo y Odesa. Precisamente en ese entonces —girando alrededor de la doctrina comunista

delineada en 1848 por los israelitas Marx y Engels—, se vigorizó en Rusia la agitación revolucionaria. En 1880 los israelitas Leo Deutsch, P. Axelrod y Vera Zasulich, y el ruso Plejanov, formaron la primera organización comunista rusa. Y un año después varios conspiradores, encabezados por el judío Vera Fignez, asesinaron al zar Alejandro II. El hijo de éste, Alejandro III, tuvo la creencia de que las concesiones hechas por su padre habían sido pagadas con ingratitud y sangre; en consecuencia, expulsó a los judíos de San Petersburgo, de Moscú y de otras ciudades, y les redujo más aún sus derechos cívicos. Los crecientes desórdenes y atentados los atribuyó a la influencia de ideas extrañas al pueblo ruso y ordenó enfatizar el nacio-nalismo y reprimir las actividades políticas de los intelectuales hebreos.

La inteligente población israelita se mantuvo estrechamente unida en esos años de peligro. Sufrida, inflexible en sus creencias, celosa de la pureza de su sangre, ya estaba ancestralmente acostumbrados a sobre-ponerse a las hostilidades que su peculiar idiosincrasia provocaba al entrar en conflicto con las ajenas. Ya antes había demostrado con arte magistral que a la larga sabía aprovechar en beneficio de su causa las reacciones desfavorables con que tropezaba en su camino. Es esta habilidad una de sus creaciones más originales y con ella ha demostrado que ningún pueblo está verdaderamente vencido mientras su espíritu se mantenga indómito.

Lo mismo que le había ocurrido en otros países, esa raza vio cómo miles de sus hijos —emigrados a las tierras rusas, prometedoras de esplen-doroso futuro debido a sus inexplotadas riquezas y enorme estén-sión— chocaban con el brusco carácter del pueblo ruso y eran luego objeto de hostilidades y persecuciones. El régimen de Alejandro III fue duro con sus huéspedes. Y éstos se protegieron mime-tizándose con las nacio-nalidades de los más variados países de donde procedían, aunque en el fondo seguían siendo una misma raza, una sola religión y un mismo espíritu.

El mismo año en que fue asesinado el zar Alejandro II (1881), el ministro zarista Pobodonosteff calculó en seis millones el

número de judíos residentes en Rusia y proyectó una acción enérgica para convertirlos forzosamente al cristianismo y expulsar por lo menos a dos millones de ellos. Aunque su plan no llegó a practicarse, hubo muchos detenidos y numerosos exiliados. A estos últimos los auxiliaban sus hermanos de raza radicados en Nueva York, tales como Jacobo Schiff, Félix Adler, Emma Lazarus, Joseph Seligman, Henry Rice y otros muchos, según refiere el rabino Stephen Wise en su libro «Años de Lucha» (Algunos de ellos eran prominentes banqueros).

La población judía de Rusia era ya tan importante que el israelita James Parkes afirma:

«En lo cultural y en lo religioso, puede decirse que el país de Israel se había transportado a Europa oriental. Los judíos representaban la décima parte de la población. La gran mayoría de los gentiles eran campesinos que habitaban aldeas donde no había judíos, salvo tal vez un hotelero y un comerciante. Los judíos habitaban en pueblos y ciuda des. En los primeros constituían a veces el 95% de la población y en las segundas más del 50%[2].

La situación se hizo todavía más tirante para los israelitas y sus compañeros rusos revolucionarios cuando Alejandro Ilitch Ulianov, hijo de la judía Blank, falló en su intento de asesinar al zar Alejandro III. Ulianov fue detenido y luego ahorcado junto con cuatro de sus cómplices. Pero su hermano Vladimir guardó para sí el odio que alentaba contra el régimen y sorteó esa época de peligro portándose como estudiante disciplinado y pacífico. (Más tarde se convertía en jefe revolucionario, bajo el nombre de Lenin, en el reivindicador de las minorías israelitas y en el creador de un nuevo régimen).

Por el momento, él y toda la población hebrea pasaron en Rusia años sombríos y difíciles, mas acrecentaron sus fuerzas en el infortunio y vigorizaron sus creencias ante la hostilidad. Por supuesto, no olvidaron su meta revolucionaria, que el

rabino Caleb había esbozado así en la tumba de Simeón Ben Jhudá, en Praga:

«Conviene que, en la medida de lo posible, nos ocupemos del proletariado y lo sometamos a aquellos que manejan el dinero. Con este medio levantaremos a las masas... Las empujaremos a las agitaciones, a las revoluciones, y cada una de estas catástrofes significará un gran paso para nuestras finalidades»

A la muerte de Alejandro III, en 1894, subió al trono Nicolás II. De tendencias moderadas y escuchando las quejas de los israelitas, ordenó suavizar el trato que se les daba. Ya para entonces el antisemitismo había cundido tanto en la masa del pueblo que no era fácil extirparlo del todo. De origen ruso es la palabra «progrom», nombre que se dio a los cruentos movimientos populares contra los judíos. De todas maneras, los israelitas disfrutaron de más garantías y libertades.

Por ese entonces corrosivas fórmulas ideológicas —no nacidas en Rusia— volvieron a propagarse con renovado impulso para agitar a las masas rusas. Una vez más iba a manifestarse en la historia el gigantesco poder de una idea cuando se la utiliza en el terreno propicio y del modo adecuado. Esa idea era una mezcla de nihilismo y de marxismo que inquietaba aún más a las ya descontentas masas proletarias.

Hablando de esa época, el historiador judío Simón Dubnow dice que «el mismo año en que se fundó en Basilea la Organización Sionista, formóse en Wilno una asociación socialista secreta denominada Bund (1897). Desarrolló el Bund una propaganda revolucionaria entre las masas judías en su lengua, el yidisch, lo cual constituyó, en un principio, el único síntoma nacional de ese partido... Además del Bund nacieron partidos mixtos de sionistas y socialistas, los Polae Sión y los Sionistas Socialistas. Estos partidos libraron una lucha abierta contra el gobierno ruso, particularmente en la revolución de 1905. Los revolucionarios israelitas participaron asimismo en los partidos socialistas rusos, en las

manifestaciones estudiantiles, en las huelgas obreras y en los actos terroristas contra los gobernantes»[3]

La renovada agitación degeneró en graves disturbios obreros en 1899. El Partido Social Revolucionario tenía una sección terrorista a cargo del sagaz judío Gershuni, cuyos agentes mataron al ministro ruso Sipyagin, al gobernador Bogdanovich, al premier Plehve, al gran duque Sergey y al general Dubrassov. El zar Nicolás II pensó que había dado un paso en falso al suavizar el trato para los israelitas y restableció algunas de las limitaciones que años antes les levantara. Numerosos propaladores del marxismo, entre ellos el judío León Davidovich Bronstein (posteriormente conocido como León Trotsky) fueron deportados a Siberia. (Trotsky estaba casado con una hija del financiero judío Giovotovsky). Las turbulencias parecieron amainar. Incluso surgió una escisión entre los mismos agitadores; no en cuanto a su meta, sino en cuanto a la mayor o menor impetuosidad para alcanzarla. No era que unos hebreos se lanzaran contra otros, sino que diferían de opinión respecto a la táctica de lucha. Así surgieron los bolcheviques (los del programa máximo) y los mencheviques (los del programa mínimo). Vladimir Ilitch (Lenin) se hizo líder de los primeros.

Aunque la severa represión oficial alcanzó a muchos agitadores ju-díos que se movían entre los trabajadores, dejó intacta la estructura secreta que gestaba la revolución. Creyendo haber sido ya suficientemente severo, o buscando una transacción con ellos, en 1904 el régimen suavizó su política hacia los israelitas. Pero éstos inmediatamente reforzaron su actividad revolucionaria y en 1905 organizaron motines más grandes que los anteriores. Entonces el zar Nicolás II se alarmó e hizo nuevas concesiones al conglomerado judío, cuya fuerza política era ya un hecho innegable.

Con esto el marxismo cobró mayor brío. Inútilmente los zares habían querido evitar la agitación reprimiendo a los que directamente alentaban el descontento popular nacido de la miseria, pero sin anular a los ocultos conspiradores, que eran

los que dirigían todo el movimiento para subvertir el orden. Además, poco hacía el régimen por aliviar la miseria misma y por destruir la forma capciosa y oropelesca en que explotaban esta circunstancia los agitadores marxistas. Ante la sutil técnica de la conspiración marxista los zares fueron incapaces de una acción coordinada y firme para liquidarla.

Frecuentemente titubearon y en ocasiones llegaron a concebir el absurdo de que los brotes de desorden podrían conjurarse mediante concesiones. Pero resulta que hacer concesiones a un adversario que busca la victoria total es sólo facilitarle su camino.

Lenin y algunos de sus colaboradores emigraron para ponerse a salvo de las redadas de revolucionarios que de tiempo en tiempo hacía el régimen zarista. Por eso en 1908 los israelitas Appelbaum Zinovief, Rosenfeld Kamenef (cuñado de Trotsky) y Lenin se reunieron en París a planear una nueva etapa de agitación «No es un azar que hayan ingresado a las huestes revolucionarias rusas tantos israelitas —dice Pierre Charles en «La Vida de Lenin»—. Por lo pronto, si se hace abstracción de las masas rusas, poco propicias para el reclutamiento de políticos, hay que reconocer que el porcentaje de judíos en Rusia no era tan exiguo como se decía. Y además, ¿no era fatal que su febril actividad, contrastando con la población rusa, debía exagerar enormemente su papel en la revolución? Y su espíritu hereditariamente aguzado por el Talmud ¿no debía sentirse cómodo en las controversias de las escuelas socialistas? En fin, los sufrimientos que les endurecieron bajo el régimen zarista los acercaban a su sueño de palingenesia social». (Resurgimiento y hegemonía del pueblo judío). Uno de los métodos con que los revolucionarios hebreos trataron de ponerse a cubierto de la represión oficial, fue tan sencillo como eficaz. En grupos más o menos numerosos se trasladaban a Estados Unidos, se nacionalizaban norteamericanos, regresaban a Rusia y hacían valer su nueva ciudadanía como hijos de una nación poderosa. En esto eran ayudados por la numerosa colonia israelita radicada en Norteamérica, que en aquel entonces casi llegaba a tres millones y que influía ya en los círculos financieros y políticos.

«En San Petersburgo —dice Henry Ford en El Judío Internacional—llegó a haber 30,000 judíos de los cuales sólo 1,500 se ostentaban como tales». Las autoridades rusas no tardaron en tratar de frustrar ese inusitado procedimiento de protección y esto dio origen a que numerosos órganos de la prensa americana protestaran contra la falta de respeto a las ciudadanías recién concedidas por los Estados Unidos. Con esa ejemplar hermandad que los israelitas practican desde uno al otro confín del mundo, «el 15 de febrero de 1911, estando Taft en el poder —agrega Henry Ford— los judíos Jacobo Schiff, Jacobo Furt, Luis Marshall, Adolfo Kraus y Enrique Goldfogle le pidieron que como represalia contra Rusia fuera denunciado el Tratado de Comercio».

Aunque en un principio Taft se rehusó, israelitas de todo el país enviaron cartas a senadores y diputados, gestionaron apoyo de gran parte de la prensa, pusieron en movimiento el Comité Judío Americano, a la Orden B'irit y a otras muchas, filiales o afines. El influyente político Wilson, que después llegó a ser Presidente de EE.UU., presionó resueltamente en favor de los judíos y durante un discurso en el Carnegie Hall afirmó:

«El gobierno ruso, naturalmente, no espera que la cosa llegue al terreno de la acción, y en consecuencia, sigue actuando a su placer en esta materia, en la confianza de que nuestro gobierno no incluye seriamente a nuestros compañeros de ciudadanía judíos entre aquellos por cuyos derechos aboga: no se trata de que expresemos nuestra simpatía por nuestros compañeros de ciudadanía judíos, sino de que hagamos evidente nuestra identificación con ellos. Esta no es la causa de ellos; es la causa de Norteamérica».

Finalmente, el Tratado de Comercio suscrito ochenta años atrás fue denunciado el 13 de diciembre de 1911. Por primera vez un zar —en ese entonces Nicolás II— sintió que los descendientes de aquellos israelitas que 50 años antes rehuían temerosos la violencia rusa, ya no estaban tan solos. Aunque la inmensa mayoría eran nacidos en las estepas, y aunque eran hijos y nietos de otros también nacidos allí, ni el

medio ambiente ni la convivencia de siglos los hacían claudicar de sus metas políticas ni de sus costumbres. Tal parecía que conservando sin mezcla su sangre conservaban igualmente sin mezcla su espíritu.

Cierto que el Imperio Ruso era aún poderoso y que la lejana represalia de la denuncia del Tratado de Comercio americano no bastaba para revocar las limitaciones impuestas a los israelitas, mas sin embargo, constituía un incómodo incidente que en grado imponderable influyó para que se suavizara el trato oficial a los judíos. Y aunque ese mismo año de 1911 se estableció que los judíos no podían ser electos consejales, en la práctica se les trató con mayor consideración.

Entre tanto, el llamado Comité Ejecutivo seguía ocultamente atizando el descontento y propiciando la rebelión. Las series de huelgas sangrientas que se iniciaron en 1905 adquirieron incontenible impulso en 1910 al estallar doscientos paros obreros. Tres años más tarde las huelgas se contaban por millares.

El descontento de las masas iba siendo crecientemente aprovechado como instrumento revolucionario marxista. En ese entonces el Imperio Ruso se hallaba ya tan minado que malamente podía afrontar una guerra internacional. Por eso fue tan insensato y hasta inexplicable que se lanzara a una aventura de esa índole en 1914, para apoyar a Servia en contra de Austria-Hungría. El zar dio contraorden a fin de que no se realizara la movilización general y evitar el choque con Alemania, pero el Ministro de la Guerra, Sujofinov, y todo el Estado Mayor presionaron al zar y se consumó la movilización. Alemania apoyó entonces a su aliada Austria-Hungría y entró en guerra con Rusia. No obstante que la patria rusa libraba entonces una lucha internacional, el movimiento revolucionario no cesó su propaganda para debilitar las instituciones. Además, aprovechó la anormalidad de la situación y proclamó que los obreros no tenían patria que defender, según la tesis marxista (comunista) de que la idea de patria debe extirparse de las nuevas generaciones. El gobierno ruso consideró que los judíos influían poderosa-

mente en esta oposición al régimen y ordenó nuevas medidas de coerción. Muchos que por nacimiento o naturalización ostentaban las más diversas nacionalidades, e incluso la rusa, se habían mezclado en el campo y en las fábricas y hacían cundir la agitación.

Poco después de iniciada la contienda, el diario ruso «Ruscoic-Snamia» abogaba por las más severas represalias contra los israelitas, a quienes se les achacaban los desórdenes internos, y hasta llegó a alentar los «progroms». No obstante que el ambiente oficial era propicio a estos extre-mismos, el régimen no quiso complicar más la situación, prohibió el diario y mantuvo a raya el antisemitismo, aunque sin poder suprimirlo del todo.

En Suiza se encontraba entonces desterrado, junto con otros jefes judíos del movimiento marxista, Vladimir Ilitch (Lenin) y desde allí dirigía la agitación en la retaguardia del ejército ruso que combatía contra Alemania. Sesenta y siete años después de que dos hebreos —Marx y Engels— habían dado a la publicidad por primera vez el manifiesto comunista, otros miembros de la misma raza luchaban denodadamente por materializarlo en realidad política.

Junto con los judíos Apfelbaum y Rosenfeld (conocidos bajo los nombres rusos de Zinovief y Kamenef), Lenin alentaba desde el destierro a los revolucionarios para que contribuyeran a la derrota de Rusia en la guerra que sostenía contra Alemania y Austria. En su periódico «Social Demócrata» del 27 de julio de 1915 daba la siguiente consigna: «Los revolucionarios rusos deben contribuir prácticamente a la derrota de Rusia». Proclamaba que esto abriría el Camino a la revolución.

Fierre Charles, biógrafo de Lenin, afirma que en ese entonces «Lenin se entregó en cuerpo y alma a su odio por todo patriotismo... Toda defensa de la Patria —decía— es chaucinismo».

Tanto fue así que los alemanes le permitieron pasar por Berlín para que se internara subrepticiamente en Rusia y aun le ayudaron económicamente ya que su labor debilitaba al

ejército ruso. Así fue como Lenin pudo llegar a San Petersburgo, donde un núcleo de 30,000 israelitas, acaudillados por Trostsky, habían organizado el cuartel general del movimiento marxista revolucionario. Y desde ahí hizo circular esta proclama:

«Es necesario, sin demora, educar al pueblo y al ejército en el sentido derrotista. ¡Soldados, fraternizad en las trincheras con vuestros camaradas llamados 'enemigos'!»

Poco después Lenin celebraba secretos acuerdos con los jefes revolucionarios. Charles[4] refiere que asistían «Kamenef, hombre pequeño, de ojos vivaces bajo el lente; Zinovief, que se había cortado completamente el cabello ondulado de su gruesa cabeza; Ouritsky, delgado y nervioso, que más tarde aterrorizaría a Petrogrado durante algunas semanas; los tres eran de raza judía».

No tardaron en reunírseles Stalin y Trotsky. La siembra marxista iniciada décadas atrás, halló en 1917 el clima más propicio para fructificar. La ya minada retaguardia del ejército ruso se debilitó aún más y el desconcierto cundió hasta las líneas avanzadas del frente de guerra; la propaganda derrotista hallaba ciertamente coyunturas en la miseria y en las bajas causadas por la contienda. La promesa de que al triunfar la revolución se repartirían tierras a todos los proletarios fue tan halagadora «que las tropas querían dejar de pelear para llegar al reparto». Coordinadamente las doctrinas bolcheviques agitaban a los militares hablándoles de los «derechos del soldado», según los cuales «los oficiales deberían ser nombrados por selección, de entre los soldados, y éstos podían discutir las órdenes de aquéllos». Desde ese momento quedó rota la disciplina, dice el Tte. Corl. Carlos R. Berzunza en su «Resumen Histórico de Rusia». Y así comenzó la última etapa del fin de la Casa Imperial Rusa. Tatiana Botkin[5] dice que acerca de la realeza y particularmente de la Emperatriz, circulaban versiones que indignaban al pueblo y alentaban al derrotismo.

«Frecuentemente se encontraba uno con personas que se habían formado un concepto completamente falso sobre la familia real. Entre nosotros sólo se propagaba lo malo y nadie sabía lo bueno que en realidad existió... No podía creer que los mismos soldados, soldados rusos, en el momento de una guerra de tal magnitud, se amotinaran y mataran a su comandante y ofendieran a la familia real... Así era, desgraciadamente. En las calles de Petrogrado sucedía algo increíble. Los soldados, borrachos, sin correas, con los capotes desabrochados, unos con rifles, otros desarmados, corrían como poseídos saqueando todas las tiendas».
El descrédito de la casa de los Romanof; la consigna leninista de que la derrota en el frente de guerra abriría el camino al triunfo de la revolución; las crecientes bajas y la miseria; la promesa de que un nuevo régimen daría tierras al proletariado; el relajamiento de la disciplina; las doctrinas de igualdad y supresión de las jerarquías, etc., convergieron por fin en el estallido de la revolución. La mecha que encendiera el polvorín podía haber sido cualquier cosa. Como en el conocido fenómeno físico de la sobrefusión, cuando la mente de un pueblo llega a su tensión máxima basta el más insignificante incidente para producir el estallido.
Tatiana Botkin refiere así el principio del fin del imperio: «En Kronstadt —precisamente en las cercanías del cuartel general que los caudillos israelitas del marxismo habían formado secreta-mente en San Petersburgo— empezó la bestial matanza de oficiales. Una vez muertos, los cubrían con heno, los rociaban con petróleo y les prendían fuego. Metían en los ataúdes personas aún con vida junto a cadáveres, fusilaban a los padres a la vista de sus propios hijos, etc. En el frente, los soldados fraternizaban con los alemanes y retroce-dían, a pesar de los enormes contingentes reunidos antes de la revolu-ción... el sepelio de las víctimas de la revolución en Retrogrado, fue una mascarada. Los revolucionarios recogieron cuerpos de descono-cidos, muertos de frío o por accidente, incluso unos chinos que habían fallecido de tifo, los colocaron en los ataúdes forrados de rojo,

los trasladaron al 'Campo de Marte' y erigieron un gran túmulo».

Esto alentaba la agitación y servía de bandera a los revolucionarios.

Por otra parte, en ningún momento los iniciadores del marxismo en Rusia carecieron de solidaridad y aliento de sus hermanos de raza ni en el extranjero. El 14 de febrero de 1916 se celebró en Nueva York un Congreso de las Organizaciones Revolucionarias Rusas, alentadas e inspiradas por inteligentes israelitas. El magnate judío-americano Jacobo Schjff era uno de los que costeaban los gastos de estos trabajos políticos; ayudaba particularmente a León Trotsky, también israelita. Otros banqueros judíos, tales como Kuhn Loeb, Félix Warburg. Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg, daban también su ayuda económica desde Nueva York.

Pese a todo lo que en apariencia hubiera de inexplicable en esas relaciones entre los marxistas revolucionarios de Rusia y los magnates israelitas de América, en el fondo regía la profunda solidaridad de la raza y el anhelo común de la reivindicación hebrea. Unos la buscaban con el instrumento que su compatriota Marx les había heredado en el Manifiesto Comunista de 1848 y otros la procuraban con el instrumento del oro y las finanzas. Dos distintos medios, pero un mismo fin. Y si el destino del mundo iba a jugarse en dos barajas de política internacional —el super capitalismo y el marxismo—, tener ases en ambas era asegurar el triunfo de la causa común, cualquiera que fuese el resultado de la gran lucha. Los pacientes esfuerzos de los caudillos marxistas y de quienes los ayudaron desde el extranjero desembocaron el 7 de noviembre de 1917 en el estallido de la revolución comunista.

El zar fue detenido y entre las primeras rectificaciones políticas figuró la abolición de las restricciones jurídicas impuestas a los judíos. El camino a los puestos públicos quedó abierto para ellos. Toda tendencia política perjudicial al judaísmo fue declarada fuera de la ley por decreto de julio de

1918. Entre las tropas del general Budieny ocurrieron actos violentos contra los judíos y fueron severamente reprimidos. A ese respecto el escritor judío Salomón Resnick dice en su libro «5 Ensayos Sobre Temas Judíos»:

«Pronto sobrevino una vigorosa reacción contra tales desviaciones: 138 cosacos, entre ellos varios comandantes, fueron condenados a muerte y se impuso a todo soldado rojo la obligación de luchar contra el antisemitismo, esa herencia vergonzosa, criminal y sangrienta».

La casa de los Romanof fue exterminada. Tatiana Botkin refiere así el final del Zar, de la Zarina, del Zarevich y de las princesas Olga, Tatiana, María y Anastasia:

«En la prisión —casa de Ipatiev— de Ekaterimburgo, la familia real sufría mil vejaciones. La situación de todos empeoró al ser nombrado otro comisario, el judío Yurovsky. El trato de los guardias se convirtió en un verdadero martirio, que sus majestades soportaban con verdadera resignación cristiana. Por comida les daban las sobras de los guardias, quienes además escupían en los platos. Luego les servían la comida y se las arrebataban cuando empezaban a comer. En la noche del 3 de julio de 1918 fueron bárbaramente asesinados. »Cuando penetró Yurovsky con 12 soldados, de los cuales sólo dos eran rusos (los demás judíos y letones), Yurovsky se encaró con el emperador y le dijo: 'Usted se ha negado a aceptar la ayuda de sus familiares (en el extranjero) por lo que tengo que fusilarlo'. El emperador se persignó, abrazó a su hijo con toda serenidad y se arrodilló. La emperatriz hizo lo mismo. Sonaron unos disparos. Yurovsky disparó sobre el emperador; los soldados sobre los demás. Dieron vuelta a los cadáveres y los asaetearon con las bayonetas. Después de esta carnicería los cadáveres fueron despojados de cuanto llevaban, arrojados a un camino y de ahí conducidos a un bosque cercano, donde fueron incinerados en dos hogueras: una de fuego y la otra de ácidos»

Inútilmente Nicolás II, lo mismo que su padre Alejandro III, y su abuelo Alejandro II, se habían empeñado en reprimir a quienes encabezaban o coordinaban el descontento de las

masas, pero sin lograr nada decisivo para suprimir el descontento mismo. Mientras por un lado el malestar público crecía con la pobreza, por el otro las autoridades se esforzaban superficialmente en suprimir a quienes se valían de ese malestar como instrumento para una magna revolución.

Sesenta y nueve años después que Marx y Engels habían creado su magistral fórmula de agitación, sus descendientes raciales lograban que un gran imperio se viniera abajo. Era ese el primero de sus fabulosos triunfos. (A la revolución bolchevique siguió una violenta contrarrevolución encabezada por los generales Antón Ivanovitch, Deniken, Kolchak, Wrangel y Yudenitch. Llegaron a arrebatarles a los rojos territorios con más de un millón de kilómetros cuadrados y se aproximaron amenazadoramente a Leningrado y Moscú. Deniken esperaba ayuda de los gobiernos inglés y francés, pero no la obtuvo. En contraste, los bolcheviques sí lograban ayuda de los israelitas del extranjero y vencieron a las fuerzas de Deniken).

El judío Alejandro Kerensky (originalmente apellidado Adler), que se había infiltrado en el gobierno del zar para ayudar secretamente al triunfo de los comunistas, emigró después al Occidente para presentarse como «anticomunista». Bajo ese disfraz mantuvo contacto con los rusos exiliados, auténticamente enemigos del comunismo, y fue un factor decisivo para neutralizar sus esfuerzos.

LOS DOS ELEMENTOS QUE FORMARON EL BOLCHEVISMO

Es siempre costumbre que el triunfo tenga muchos autores, auténticos o no, y que en cambio todos rehuyan la paternidad de los fracasos; pero el triunfo de la revolución rusa es una de las excepciones de esa regla. Por lo menos hasta ahora sólo se ha atribuido fragmentaria y tenuemente a la comunidad israelita. Y esto no obstante la evidencia de que la base ideológica de la revolución rusa la crearon los judíos Marx y Engels; la pusieron en movimiento social Lenin, Zinoviev, Kamenev, Bronstein y otros israelitas; la solapó y

ejecutó a medias el hebreo Kerensky; la ayudaron económicamente desde EE. UU. los magnates Kuhn Loeb, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg, y la hicieron posible agitando a las masas proletarias un sinnúmero de comisarios israelitas, como judíos eran —simbólicamente— 10 de los 12 revolucionarios que ejecutaron a la familia real de los Romanof.

Uno de los modernos profetas del semitismo, Teodor Herzl, ya había advertido antes del triunfo de la revolución rusa: «Somos una nación, un pueblo... Cuando los judíos nos hundamos, seremos revolucionarios, seremos los suboficiales de los partidos revolucionarios. Al elevarnos nosotros subirá también el inmarcesible poder del dinero judío» («Un Estado judío»).

Son numerosísimas las huellas que los israelitas dejaron en la preparación y la consumación de la revolución rusa, pero por uno u otro motivo la difusión de estos hechos ha sido tan lenta y fragmentaria que generalmente suenan a inverosímiles o fantásticos cuando se les conoce en toda su magnitud.

Ni la universalmente reconocida seriedad de Henry Ford libró a esas revelaciones de las dudas que lógicamente producen: «Una Rusia Soviética hubiese sido sencillamente imposible —dice Henry Ford en El Judío Internacional—, a no ser que un 90% de los comisarios fueran judíos. Otro tanto hubiera ocurrido en Hungría, de no ser judío Bela-Khun («El Príncipe Rojo») y con él 18 de sus 24 comisarios... El Soviet no es una institución rusa, sino judía».

Agrega que al triunfar la Revolución bolchevique, el nuevo régimen fue integrado preponderantemente con israelitas y cita el siguiente cuadro:

Dependencias	Funcionarios	Judíos	Porcentaje
Consejo de Comisarios Populares	22	17	77
Comisión de Guerra	43	33	77
Comisariado de Asuntos Exteriores	16	13	81
Comisariado de Hacienda	30	24	80
Comisariado de Gracia y Justicia	30	24	80
Comisariado de Instrucción Pública	53	42	79
Comisariado de Socorros Sociales	6	6	100
Comisariado de Provincias	23	21	91
Periodistas (Dirigentes)	41	41	100

«Cuando Rusia se hundió —afirma—, inmediatamente surgió el judío Kerensky. Como sus planes no fueron suficientemente radicales, le sucedió Trotsky. Actualmente, en Rusia (1920), en cada comisario hay un judío. De sus escondrijos irrumpen los judíos rusos como un ejército bien organizado... Todos los banqueros judíos en Rusia permanecieron sin ser molestados, mientras que a los banqueros no judíos se les fusiló... El bolchevismo es anticapitalista sólo contra la propiedad no judía. Si el bolchevismo hubiese sido realmente anti-capitalista, hubiera matado de un solo tiro al capitalismo judío. Pero no fue así... Sólo a los judíos se les pueden remitir víveres y auxilios de otros países, en Rusia».

El mismo autor hace una cita del Dr. Jorge A. Simons, sacer-dote cristiano, que escribió:

«Centenares de agitadores salidos de los barrios bajos del Este de Nueva York se encontraron en el séquito de Trotsky...

A muchos nos sorprendió desde un principio el elemento marcadamente judío de aquél y se comprobó muy pronto que más de la mitad de todos esos agitadores del llamado movimiento sovietista eran judíos».

Asimismo cita a William Huntington, agregado comercial ame-ricano en Retrogrado durante la revolución, quien declaró que

«en Rusia todo mundo sabe que tres cuartas partes de los jefes bolcheviques eran judíos».

Coincidiendo con todo lo anterior, el periódico ruso «Hacia Moscú», de septiembre de 1919, dijo: «No debe olvidarse que el pueblo judío, reprimido durante siglos por reyes y señores, representa genuinamente el proletariado, la internacional propiamente dicha, lo que no tiene patria».

Y Cohan escribía en «El Comunista», de abril de 1919: «Puede decirse sin exageración que la gran revuelta social rusa fue realizada sólo por manos judías El símbolo del judaísmo, que durante siglos luchó contra el capitalismo, se ha convertido también en el símbolo del proletariado ruso, como resulta de la aceptación de la estrella roja de cinco puntas que como es sabido fue antiguamente el símbolo del sionismo y del judaísmo en general».

Desde un punto de observación muy distante, el investigador Schubart se refiere a este mismo asunto en los siguientes términos[1]:

«También la nacionalidad de los jefes bolcheviques, entre los cuales hay un gran contingente de judíos, lituanos y grusinios, indica el carácter extraño, no ruso, de este movimiento. El marxismo no tiene más que una peculiaridad que encuentra afinidad de sentir en el ruso: es el meollo mesiánico de la doctrina. Lo sintió el alma eslava con fino olfato, y lo tomó por punto de partida... El occidental siente latir más fuerte su corazón al pasar revista a sus bienes; en el ruso está vivo el sentimiento de que las posesiones nos poseen a nosotros, de que el poseer significa ser poseído, de que en medio de la riqueza se ahoga la libertad espiritual». Schubart no es el único en considerar que en la idiosincrasia rusa había propicias coyunturas para que el marxismo teórico y utópico ganara adeptos que luego se convirtieran en instrumento para los organizadores judíos. Oswaldo Spengler apuntó en «Decadencia de Occidente»:

«El alma rusa, alma cuyo símbolo primario es la planicie infinita, aspira a deshacerse y perderse, sierva anónima, en el mundo de los hermanos... La vida interior del ruso, mística, siente como pecado el pensamiento del dinero». Otro filósofo, el Conde de Keyserling[2], coincide con los dos anteriores: «Los rusos son tan profundamente religiosos en el alma que incluso el materialismo, el ateísmo, la industrialización y el plan quinquenal les sirven de iconos». Igualmente, el sacerdote jesuíta norteamericano E. A. Walsh, que vivió en la URSS en 1923, opina en su libro «Imperio Total»:

«El mujik ruso, cuando está impregnado de vodka, revela una sórdida grosería y una torpe animalidad sólo limitada por la capacidad física. Pero, terminada la orgía, llorará con su prójimo en fraterna comprensión, perdonará a los ladrones, cobijará a los asesinos con compasión y manifestará instantánea simpatía hacia todos sus compañeros de peregrinación en este valle de lágrimas, y al arar exclamará: 'Dios, ten piedad'».

Otto Skorzeny, que como oficial alemán conoció a los rusos durante cuatro años de lucha, da el testimonio de que: «el soldado que fue a la guerra por el materialismo dialéctico posee, en realidad, un idealismo religioso... Casi puede decirse que el ruso, en cuanto a alcanzar su objetivo ideal, es un enemigo de lo posible: necesita objetivos lejanos y fantásticos»[3].

Son innumerables los investigadores que habiendo estudiado la psicología del ruso coinciden en que bajo su dureza acorazada por el sufrimiento de siglos y que bajo su crueldad propia de los caracteres primitivos, late un vigoroso sentimiento místico. Y es precisamente en este sentimiento, espontáneo y de distinta índole que el pensamiento lógico, donde el marxismo israelita se injertó; donde el marxismo

encontró un punto de apoyo para erigirse en fuerza gigantesca.

El empuje indiscutible del bolchevismo surgió de dos factores: la fórmula alucinante y utópica de Marx y el sencillo misticismo de las almas rusas. Y fueron judíos quienes combinaron ambos factores como se combinan la glicerina y el ácido nítrico para obtener la dinamita.

El bolchevismo cundió luego con su propia dinámica y no requirió razones para subsistir; incluso pudo hacerlo pese a las realidades que lo contradecían. Tal es el mecanismo de los movimientos sociales que llegan a erigirse en creencias místicas o seudomísticas.

Algo de esto señala Max Eastman al afirmar: «El comunismo es una doctrina que no puede ser científica, pues es exactamente lo contrario: religión»[4].

Y algo muy semejante señala Gustavo Le Bon en «Ayer y Mañana»:

«Las creencias de forma religiosa, como el socialismo, son inconmovibles porque los argumentos no hacen mella en una convicción mística... Todos los dogmas, los políticos sobre todo, se imponen generalmente por las esperanzas que hacen nacer y no por los razonamientos que invocan... La razón no ejerce influencia alguna sobre las fuerzas místicas».

Así se explica que pese a su procedencia extranjera, pues el marxismo no era ruso ni sus propagadores tampoco, grandes masas del pueblo lo hicieron entusiastamente suyo, por lo menos en la etapa inicial. Lo captaron por una de sus fases, por la fase mística de la reivindicación del indigente, y para esta espontánea adhesión no necesitaban ni investigar orígenes ni razonar sobre las bases científicas del movimiento. Durante milenios el hombre ha anhelado barrer el abuso de los poderosos y disfrutar de justicia social. Al

prometer la satisfacción de ese viejo anhelo, los creadores israelitas del comunismo lograron un formidable triunfo psicológico y político. Dentro de sus propias filas raciales la minoría judía de Rusia carecía de la fuerza del número, pero la conquistó entre las masas no semitas —e inclusive antisemitas— gracias a las promesas populares que el comunismo hacía. Y a fin de garantizar que esta poderosa arma política se mantuviera siempre dirigida por sus creadores, se le dio el dogma de la internacionalización, de tal manera que se cometía una herejía al querer servir al proletario sin la consigna emanada de Moscú, sede del marxismo-israelita.

Todo movimiento social que se atreviera a violar ese dogma era objeto de la más violenta hostilidad, no porque sirviera mejor o peor los intereses del proletariado, sino porque se sustraía al control de los creadores del marxismo. Apenas afianzado el nuevo régimen en el Poder, una súbita lucha antirreligiosa comenzó a realizarse con extraordinaria eficacia. Como si fuera obra de factores no rusos, esa lucha era sistemática y carecía de la imprevisión y de la desorganización(,) propias del ambiente moscovita. En su implacable eficacia se advertía el sello de una mano extraña. «En la fachada del Ayuntamiento de Moscú, en vez de la imagen que se veneraba, se inscribió la frase de Lenin: La religión es el opio del pueblo»[5]. Frecuentemente se ha visto que un movimiento religioso, nutriéndose de su propia fe, se lance contra otro movimiento religioso y trate de proscribirlo. Religión contra religión es un fenómeno muchas veces presenciado en la historia. Pero que en un medio eminentemente religioso nazca un movimiento inflexiblemente ateísta, dirigido contra todas las religiones, es un fenómeno nuevo. ¿De dónde un movimiento político, que oficialmente se apoya en masas religiosas, extrae la inspiración y las energías necesarias para constituirse fanáticamente en un movimiento antirreligioso?

Ha sido también más o menos frecuente que por conveniencias políticas un régimen hostilice a una religión y se apoye en otras. Pero en Rusia, por primera vez con inconfundible claridad y con extraordinario celo, todas las religiones empezaron a ser perseguidas en cuanto triunfó el bolchevismo.

Lo que el cristianismo padeció en la época antirreligiosa del Imperio Romano tenía la explicación de que se trataba de una religión nueva sin muchos adeptos en la masa del pueblo. En cambio, en Rusia, los sentimientos religiosos eran ya populares cuando el Bolchevismo comenzó a imperar. 929 años antes Rusia se había convertido al cristianismo. Que en un pueblo sin religión se combata una nueva religión, parece explicable; pero que en un pueblo religioso surja un régimen intransigentemente antirreligioso, es un fenómeno de orígenes extraños al pueblo mismo. Y tal fue lo que sucedió en Rusia.

El teniente coronel Carlos R. Berzunza dice en su resumen histórico:

«Numerosas iglesias fueron convertidas en teatros. La revolución inició luego la lucha contra todas las religiones, por todos los medios... Se prohibió la enseñanza religiosa a menores de 18 años. La iglesia protestó. De 900 conventos fueron arrasados 722».

La resistencia de los fieles fue casi pulverizada y 29 obispos y sacerdotes pagaron con su vida la oposición al régimen y fueron las primeras víctimas de una serie de ejecuciones bolcheviques que más tarde recibieron el nombre de «purgas». Para el 7 de noviembre de 1923 la primera ola de «purgas» había aniquilado a 6,000 profesores, 9,000 médicos, 54,000 oficiales, 260,000 soldados, 70,000 policías, 12,000 propietarios, 355,000 intelectuales, 193,290 obreros y 815,950 campesinos, en mayor o menor grado culpables de oposición. Esta furia aparentemente ciega tenía por objeto

aniquilar a la clase pensante y a los núcleos que podían inspirar y organizar la resistencia al nuevo régimen.

En cuanto a los orígenes antirreligiosos del bolchevismo son evidentes. Supuesto que no residían en las masas populares, ni tampoco en ninguna otra religión con predominio en Rusia, se hallaban exclusivamente entre los organizadores israelitas del movimiento revolucionario, quienes seguían la sentencia de Marx: «El judaísmo es la muerte del cristianismo»[6] Ciertamente la masonería también fue un factor en esa lucha antirreligiosa, pero en última instancia la masonería es sólo uno de los brazos del judaísmo. Este creó en Egipto las primeras células secretas en el siglo XV antes de nuestra era, cuando los judíos necesitaron protegerse y ayudarse eficazmente bajo el dominio de los faraones. Siglos después esa sociedad se hizo extensiva a los no judíos, con objeto de aprovecharlos para los fines políticos israelitas, y se le dio un aspecto de fraternidad y liberalismo. Persistió, sin embargo, el ambiente de misterio bajo el cual había nacido la masonería, y todavía un enorme número de masones ignora hoy su vinculación con el movimiento político judío, a pesar de que son de origen hebreo todos los nombres de sus grados, sus símbolos y sus palabras de paso, como Jehová, Zabulón, Nekam Nekar, Adonai, etc. Esto puede comprobarlo cualquier «iniciado» que conozca a la vez la historia judía[7]. Por eso es que desde el grado tercero de la masonería se designa con símbolos judíos a Jesucristo, a la iglesia y a los cristianos, como la «ignorancia», el «fanatismo» y la «superstición», respectivamente, (Jubelás, Jubelós y Jubelum) y se plantea simbólicamente la lucha contra ellos. Ya en 1860 el español Vicente de la Fuente había escrito en «Historia de las Sociedades Secretas»:

«Esa sociedad proscrita en todas partes, y que en todas partes se halla sin patria, que en tal concepto desprecia las ideas de nacionalidad y patria, sustituyéndolas con un frío y escéptico cosmopolitismo, ésa tiene la clave de la

francmasonería. El calendario, los ritos, los mitos, las denominaciones de varios objetos suyos, todos son tomados precisamente de esa sociedad proscrita: el judaísmo. »La francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos, hija del estado en que vivían, creada por ellos para reconocerse, apoyarse y entenderse sin ser sorprendidos en sus secretos, buscarse auxiliares poderosos en todos los países, atraer a sí a todos los descontentos políticos, proteger a todos los enemigos del cristianismo.

»Es público que todos los periódicos más revolucionarios e impíos de Europa están comprados por los judíos, o reciben subvenciones de ellos y de sus poderosos banqueros, los cuales a la vez son francmasones».

Este paralelismo del judaísmo político y de la masonería lo confiesa el propio israelita Trotsky en su biografía, al referirse a su encarcelamiento de 1898:

«Hasta entonces —dice— no había tenido ocasión de consultar las obras fundamentales del marxismo. Los estudios sobre la masonería me dieron ocasión para contrastar y revisar mis ideas. No había descubierto nada nuevo». («Mi Vida». —León Trotsky).

Todo lo anterior explica el carácter furiosamente antirreligioso de la época actual de la historia rusa. Una época categóricamente materialista y antirreligiosa, tal como la delineó Marx en su «Introducción a la Filosofía del Derecho, de Hegel», al afirmar que sólo existe la materia. Una época tal como la planeó Lenin al afirmar que «el socialismo, por medio de la ciencia, combate el humo de la religión».
En 37 diversas dependencias de las primeras fases del Estado Soviético figuraron 459 dirigentes de origen judío y 43 rusos, cuyos nombres y cargos aparecen especificados en el libro «La Gran Conspiración Judía», de Traían Romanescu.

ALEMANIA, META INMEDIATA DEL MARXISMO

En la segunda mitad del siglo pasado, mientras que en Rusia se abrían paso las doctrinas revolucionarias marxistas, el Imperio Alemán resurgía en 1871 forjado en la victoria de Sedán, bajo Guillermo I. Este segundo Reich era la cúspide de fuerzas cuya inquietud brillaba precisamente entonces en diversas ramas del saber: Goethe en la literatura; Beethoven, Mozart y Wagner en la música; Kant y Schopenhauer en la filosofía; Von Moltke en la milicia; Kirchhoff y Bunsen en la física y la química, y Nipkow en la mecánica. Sin embargo, en el campo de la política el alemán no tenía nada nuevo bajo la férrea forma de su imperio, y esto hizo creer a los propulsores israelitas del marxismo que sería fácil asentar en Alemania la primera base de la «revolución mundial».

En efecto, Karl Marx (judío originalmente llamado Kissel Mordekay) y su compatriota Frederik Engels, quisieron que el marxismo se materializara en régimen político primero en Alemania y después en Rusia. En su «Manifiesto Comunista» de 1848, ambos israelitas especificaron:

«A Alemania sobre todo es hacia donde se concentra la atención de los comunistas, porque Alemania se encuentra en vísperas de una revolución burguesa y porque realizará esta revolución en condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado infinitamente más desarrollado».

Pero un año después de publicado el Manifiesto Comunista, el marxismo sufrió un golpe inesperado en Alemania. Su primer intento para apoderarse de las masas proletarias fracasó en junio de 1849. La disciplina y el nacionalismo inculcados por la milicia eran una barrera ante la revolución internacionalizada del marxismo. El general Helmuth von Moltke señalaba que esa «cólera moral» fascinaba a los demócratas y se extendía por toda Europa reclutando en sus filas «abogados, literatos y tenientes echados del servicio». En 1864 Marx fundó la Primera Internacional para impulsar la agitación internacional, particularmente en Alemania y Rusia.

El comunismo anhelaba el control de Alemania por sus capacidades industriales y guerreras y el de Rusia por sus vastos recursos naturales y humanos. Ya en 1,776 el judío alemán Adán Weishaupt había creado la secta masónica de los Iluminados de Baviera, que con el señuelo de dar el dominio político mundial a los germanos pretendió utilizarlos para extender todos los principios que más tarde aprovechó Marx en sus teorías. Pero esta secta fue prohibida y no alcanzó sus metas en Alemania, aunque sí fue uno de los movimientos precursores de la Revolución Francesa[8]. Más tarde, Lenin insistía en el sueño de Weishaupt y de Marx y les decía a sus legionarios que la tarea inmediata era «unir el proletariado industrial de Alemania, Austria y Checoslo-vaquia con el proletariado de Rusia creando así una poderosa combinación industrial y agraria desde Vladibostock hasta el Rhin».

Y varios intentos se realizaron con este objeto. «Lenin dijo un día[9] que si era preciso sacrificar la revolución rusa a la revolución alemana, que representaba muchas más probabilidades de buen éxito, no dudaría en hacerlo. Las riquezas agrícolas de Rusia y las riquezas industriales de Alemania formarían una potencia gigantesca».

El propio Lenin dijo también al general Alí Fuad Bajá, primer embajador turco en la URSS:

«Si Alemania acepta la doctrina bolchevique me trasladaré inmediatamente de Moscú a Berlín. Los alemanes son gente de principios y permanecen fieles a las ideas una vez que han aceptado su verdad. Proporcionarán un medio mucho más favorable para la propagación de la revolución mundial que los rusos, cuya conversión exigirá mucho tiempo»[10]. Pero el arraigado patriotismo del alemán era un obstáculo para eso. Aun abrazando el marxismo, lo privaba de su sello internacionalista. John Plamenats refiere que Lasalle, judío

fundador del Partido Socialista Alemán, no pudo llegar a proclamar abiertamente el comunismo. Sin embargo, la doctrina hacía progresos y Plamenats afirma que el «Partido Democrático Socialista Alemán adoptó un programa completamente marxista en espíritu. Entre tanto, la industria alemana se desarrollaba rápidamente, y en poco tiempo este partido se convirtió en el más grande del Estado. Lenin creía que con ayuda de los trabajadores alemanes, los rusos podrían evitar los peligros que de otro modo se derivarían de una Revolución prematura»[11].

En vísperas de la primera guerra mundial el marxismo luchaba con igual denuedo en Rusia y en Alemania, si bien con distinta táctica. El más alto nivel cultural y económico del pueblo alemán impedía progresos tan rápidos como los logrados entre las masas analfabetas y paupérrimas de Rusia. En Alemania había mejor información sobre los orígenes de las diversas tendencias políticas y esto impedía que muchos cayeran en redes hábilmente tendidas. El periodista Marr, el historiador Treitschke, el pastor Stoecker, el filósofo Duehring y el profesor Rohling llamaron frecuentemente la atención sobre la secreta influencia del judaísmo y habían gestionado con Bismarck que se le refrenara. Pero de todas maneras el Partido Democrático Socialista Alemán, con inspiración marxista, iba ganando terreno en los sindicatos.

Años más tarde —a principios de 1913—, un joven descendiente de aldeanos, de 20 años de edad, que de peón había ascendido a acuarelista, reflexionaba en Munich que: «...la nación no era —según los marxistas— otra cosa que una invención de los capitalistas; la patria, un instrumento de la burguesía, destinado a explotar a la clase obrera; la autoridad de la ley, un medio de subyugar al proletariado; la escuela, una institución para educar esclavos y también amos; la religión, un recurso para idiotizar a la masa predestinada a la explotación; la moral, signo de estúpida

resignación, etc. Nada había, pues, que no fuese arrojado en el lodo más inmundo».

Ese joven artesano, llamado Adolfo Hitler, era partidario del sindicalismo, pero no bajo la inspiración internacionalista de Marx, sino bajo el ideal nacionalista de Patria y de Raza: «Esta necesidad —la de los sindicatos y su lucha— tendrá que considerarse como justificada mientras entre los patrones existan hombres no sólo faltos de todo sentimiento para con los deberes, sino carentes de comprensión hasta para los más elementales derechos humanos... El sindicalismo, en sí, no es sinónimo de 'antagonismo social'; es el marxismo quien ha hecho de él un instrumento para la lucha de clases... La huelga es un recurso que puede o que ha de emplearse mientras no exista un Estado racial, encargado de velar por la protección y el bienestar de todos, en lugar de fomentar la lucha entre los dos grandes grupos —patrones y obreros— y cuya consecuencia, en forma de la disminución de la producción, perjudica siempre los intereses de la comunidad». Concebía entonces que en el futuro:

«...dejarán de estrellarse los unos contra los otros —obreros y patrones— en la lucha de salarios y tarifas, que daña a ambos, y de común acuerdo arreglarán sus divergencias ante una instancia superior imbuida en la luminosa divisa del bien de la colectividad y del Estado... Es absurdo y falso afirmar —decía— que el movimiento sindicalista sea en sí contrario al interés patrio. Si la acción sindicalista tiende y logra el mejoramiento de las condiciones de vida de aquella clase y constituye una de las columnas fundamentales de la nación, obra no sólo como no enemiga de la patria o del Estado, sino nacionalmente en el más puro sentido de la palabra. Su razón de ser está, por tanto, totalmente fuera de duda». Con la impetuosidad propia de su edad, y además de su carácter, Hitler trataba de persuadir a sus compañeros de que la defensa del proletariado no era la meta del marxismo, ya que si el proletariado llegaba a satisfacer sus propias necesidades, desaparecería como instrumento de lucha de quienes acaudillaban el marxismo. Ahondando en esta

hipótesis, llegó a un punto que habría de ser elemento básico en la génesis del nacionalsocialismo, sistema político que luego se divulgó con el apócope de «nazi». Por ese entonces —según posteriormente refirió— creía que los judíos nacidos en Alemania sólo se diferenciaban en la religión.

«El que por eso se persiguiese a los judíos como creía yo, hacía que muchas veces mi desagrado frente a exclamaciones deprimentes para ellos subiese de punto... Tuve una lucha para rectificar mi criterio... Esta fue sin duda la más trascendental de las transformaciones que experimenté entonces; ella me costó una intensa lucha interior entre la razón y el sentimiento. Se trataba de un gran movimiento que tendía a establecer claramente el carácter racial del judaísmo: el sionismo... Tropecé con él inesperadamente donde menos lo hubiera podido suponer; judíos eran los dirigentes del Partido Social Demócrata. Con esta revelación debió terminar en mí un proceso de larga lucha interior. Examiné casi todos los nombres de los dirigentes del Partido Social Demócrata; en su gran mayoría pertenecían al pueblo elegido; lo mismo si se trataba de representantes en el Reichstag que de los secretarios de las asociaciones sindicalistas, que de los presidentes de las organizaciones del Partido, que de los agitadores populares... Austerlitz, David, Adler, Allenbogen, etc.

»Un grave cargo más pesó sobre el judaísmo ante mis ojos cuando me di cuenta de sus manejos en la prensa, en el arte, en la literatura y el teatro. Comencé por estudiar detenidamente los nombres de todos los autores de inmundas producciones en el campo de la actividad artística en general. El resultado de ello fue una creciente animadversión de mi parte hacia los judíos. Era innegable el hecho de que las nueve décimas partes de la literatura sórdida, de la trivialidad en el arte y el disparate en el teatro, gravitaban en el debe de una raza que apenas si constituía una centésima parte de la población total del país.

»Ahora veía bajo otro aspecto la tendencia liberal de esa prensa. El tono moderado de sus réplicas o su silencio de tumba ante los ataques que se le dirigían debieron reflejárseme como un juego a la par hábil y villano. Sus críticas glorificantes de teatro estaban siempre destinadas al autor judío y jamás una apreciación negativa recaía sobre otro que no fuese un alemán. El sentido de todo era tan visiblemente lesivo al germanismo, que su propósito no podía ser sino deliberado».

PARÉNTESIS DE GUERRA

Tal fue, en síntesis, el proceso del nacimiento del nacionalsocialismo: frente al carácter internacionalista del marxismo, un categórico nacionalismo apoyado en las ideas de patria y de raza; frente al exclusivismo autoritario de la doctrina de Marx, un exclusivismo nacional —igual o mayor que aquél—; frente al origen político-israelita de la doctrina, un antisemitismo político[12].

Los gérmenes del nuevo movimiento se habían perfilado ya, pero tan sólo en la mente del oscuro acuarelista. El estallido de la guerra de 1914 lo sacó de sus disquisiciones. La víspera que el conflicto armado se generalizara con la declaración inglesa de guerra contra Alemania, Adolfo Hitler se enroló como voluntario en el 16o. regimiento bávaro de infantería, el 3 de agosto de 1914.

Luego combatió en el frente de Flandes y después en el Somme, donde fue ascendido a cabo y ganó la «Cruz de Hierro», que es el máximo orgullo del soldado alemán. El 7 de octubre de 1916 cayó herido y se le trasladó a un hospital cercano a Berlín. Según sus propias palabras, desde allí pudo darse cuenta de que el «frente férreo de los grises cascos de acero; frente inquebrantable, firme monumento de inmortalidad», no tenía igual solidez en la retaguardia, donde el creciente marxismo socavaba el espíritu de resistencia. Esa situación empezó a hacer crisis a principios de 1918 al

estallar una huelga de municiones, que aunque prematura y fallida, causó un efecto desastroso en la moral.

«¿Por qué el ejército seguía luchando si es que el pueblo mismo no quería la victoria? ¿A qué conducían entonces los enormes sacrificios y las privaciones? El soldado peleaba por la victoria y el país le oponía la huelga[13].

»Las nuevas reservas arrojadas al frente —añade— fracasaron completamente. ¡Venían de la retaguardia!... El judío internacional Kurt Eisner comenzó a intrigar en Baviera contra Prusia. No obraba ni en lo más mínimo animado del propósito de servir intereses de Baviera, sino llanamente, como un ejecutor del judaísmo. Explotó los instintos y antipatías del pueblo bávaro para poder, por ese medio, desmoronar más fácilmente a Alemania».

Y así comenzó a repetirse en Alemania aquella agitación marxista que un año antes minó a Rusia y la hizo capitular en la guerra internacional para sumirla en la revolución bolchevique. La base naval alemana de Kiel fue el escenario del primer levantamiento, tal o la base naval de Kronstadt había sido el del primer levantamiento formal de los soviéticos.

«Así —dice la Enciclopedia Espasa— toda resistencia resultaba imposible, aunque de haberla podido prolongar unos días hubiera dado a Alemania la posibilidad de una paz mejor... En Baviera proclaman la república... Fórmanse consejos de obreros y soldados. Los soldados desarman a los oficiales y, si resisten, los matan... La bandera roja ondea en todos los arsenales alemanes... Alemania toma un aspecto bolchevique.

El emperador abdica (día 9 de noviembre de 1918) quedando proclamada la república con un carácter francamente radical y pareciendo un remedo de la república rusa». Entre tanto, el cabo Hitler había vuelto al frente, había sido alcanzado por el gas británico «cruz amarilla» y casi ciego fue internado en el

hospital Pasewalk, de Pomerania. «El 10 de noviembre —refiere en «Mi Lucha»— vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras... parecía temblar intensamente al comunicarnos que la Casa de los Hohenzollern había dejado de llevar la corona imperial... Pero cuando él siguió informándonos que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda, que nuestra patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a la merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones, entonces no pude más. Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las almohadas. »Desde el día en que me vi ante la tumba de mi madre, no había llorado jamás. Cuando en mi juventud el destino me golpeaba despiadadamente, mi espíritu se reconfortaba; cuando en los largos años de la guerra, la muerte arrebataba de mi lado a compañeros y camaradas queridos, habría parecido casi un pecado el sollozar. ¡Morían por Alemania! Y cuando finalmente, en los últimos días de la terrible contienda, el gas deslizándose imperceptiblemente, comenzara a corroer mis ojos, y yo, ante la horrible idea de perder para siempre la vista, estuviera a punto de desesperar, la voz de la conciencia clamó en mí: ¡Infeliz! ¿Llorar mientras miles de camaradas sufren cien veces más que tú? Y mudó soporté el destino.

»Pero ahora era diferente porque ¡todo sufrimiento material desaparecía ante la desgracia de la patria! Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones, inútiles los tormentos del hambre y de la sed, durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿Acaso habían muerto para eso los soldados de agosto y septiembre de 1914 y luego seguido su ejemplo en aquel otoño, los bravos regimientos de jóvenes voluntarios? ¿Acaso para eso cayeron en la tierra de Flandes aquellos muchachos de 17 años?... »Guillermo II había sido el primero que, como emperador alemán, tendiera la mano

conciliadora a los dirigentes del marxismo, sin darse cuenta de que los villanos no saben del honor; mientras en su diestra tenían la mano del Emperador, con la izquierda buscaban el puñal...

»¡Había decidido dedicarme a la política!» Como consecuencia del tratado de paz, se privó a Alemania de 70,580 kilómetros cuadrados de territorio metropolitano, con 6.475,000 habitantes; además de 2.952,600 kilómetros cuadrados de colonias, y se le fijaron reparaciones por valor de 90,000 millones de marcos oro. Lo que había sido el II Reich quedó reducido a 472,000 kilómetros cuadrados (poco menos que la cuarta parte de México), con 68 millones de habitantes. Aprovechando el malestar de la guerra perdida —tal como ocurrió en Rusia— el marxismo hizo un supremo esfuerzo en Alemania por restablecer el Estado soviético. Los motines y los paros se utilizaron pródigamente para atemorizar y dominar, pero los revolucionarios tropezaron con una oposición nacionalista más poderosa y consciente que la habida en Rusia.

Los agitadores israelitas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo lucharon frenéticamente estableciendo soviets en diversas poblaciones hasta que fueron muertos por un soldado. En Munich, el israelita Eisner proclamó en 1919 un régimen francamente soviético, pero después de cuatro semanas fue derrocado en sangrientas luchas callejeras. El ejército repudiaba al bolchevismo y como la gran masa del pueblo seguía queriendo y respetando al ejército, los marxistas tuvieron que limitar sus ambiciones. En Berlín fueron dominados después de que hubo más de mil muertos. Friedrich Ebert, que en plena guerra había votado por la continuación de la huelga en las fábricas de municiones, logró escalar la Presidencia de la Nueva República y establecer un régimen que aunque todavía muy distante del radicalismo soviético, le seguía los pasos a prudente distancia. Toda la maquinaria oficial adquirió cierto matiz anticristiano y benevolente tolerancia hacia el marxismo, actitudes que hasta entonces no había adoptado ningún gobierno alemán.

En 1918 la nueva Constitución alemana fue «delineada por un jurisconsulto judío, Hugo Preuss», según dice el israelita Salomón Resnick, en «Cinco Ensayos Sobre Temas Judíos».

FACTOR SECRETO EN LA DERROTA ALEMANA

La revolución marxista soviética de 1917 y la revolución marxista alemana de 1918 tuvieron un mismo origen. Desde 1848 era público que Marx y Engels buscaban la conquista del proletariado germano; luego Lenin, Trotsky y otros israelitas proclamaron como meta la unificación e internacionalización de las masas rusa y alemana. Al caer el Emperador Guillermo II, como cuando en Rusia cayó el zar, los israelitas aumentaron su influencia en Alemania:

«Al terminar la guerra —dice Henry Ford— los gananciosos fueron los judíos... En Alemania (1918) controlaron: Rosenfeld el Ministerio de Gracia y Justicia; Hirsch, Gobernación; Simón, Hacienda; Futran, Dirección de Enseñanza; Kastenberg, Dirección del Negociado de Letras y Artes; Wurm, Secretario de Alimentación; Dr. Hirsch y Dr. Stadhagen, Ministerio de Fomento; Cohen, Presidente del Consejo de Obreros y Soldados, cuyos colaboradores judíos eran Stern, Herz, Loswemberg, Frankel, Israelowitz, Laubeheim, Seligschen, Katzenstein, Lauffenberg, Heimann, Schlesinger, Merz y Weyl. Nunca la influencia judía había sido mayor en Alemania, y se erigió mediante la ayuda del bolchevismo disfrazado de socialismo, del control de la prensa, de la industria y de la alimentación. »Los judíos-alemanes Félix y Paul Warburg cooperaban en Estados Unidos, en el esfuerzo bélico contra Alemania. Su hermano Máximo Warburg alternaba, entre tanto, con el gobierno alemán. Los hermanos se encontraron en París, en 1919, como representantes de «sus» respectivos gobiernos y como delegados de la paz... —Mediante empréstitos, los judíos se infiltraron en las cortes, lo mismo en Rusia que en Alemania o

Inglaterra. Su táctica recomienda ir derecho al cuartel general.

»Más coincidencias: Walter Rathenau, judío, era el único que poseía la comunicación telefónica directa con el Kaiser. En la Casa Blanca de Washington influían también varios judíos... »Al Estado Judío Internacional que vive secretamente entre los demás Estados, le llaman en Alemania 'Pan-Judea'. Sus principales medios de dominación son capitalismo y prensa. La primera sede de 'Pan-Judea' fue París; luego pasó a Londres, antes de la Guerra, y ahora parece que se trasladará a Nueva York (1920). Como Pan-Judea dispone de las fuentes de información del mundo entero, puede ir preparando la opinión pública mundial para sus fines más inmediatos... »El Berliner Tageblatt y la Munchener Neuste Nachrichten fueron durante la guerra órganos oficiosos del gobierno alemán, y sin embargo, defendían decididamente los intereses judíos. La 'Frankfurter Zeitung', de la que dependen muchos otros diarios, es genuinamente judía». Muy distante del fabricante norteamericano de automóviles que hacía estas observaciones, el general Ludendorff, estratega alemán, «no se explicaba la derrota de 1918 y presintió que allí actuaban fuerzas ocultas que no encajaban en los cálculos del Estado Mayor». Después de hacer estudios e investigaciones en este sentido, afirmó que las fuerzas responsables de la derrota de Alemania constituían el poderío secreto del mundo, formado por judíos y masones. Con base en diversos documentos aseguró que éstos habían estorbado la producción de guerra y fomentado la desmoralización en la retaguardia. En su testamento recomendaba a los alemanes un esfuerzo supremo, económico, militar y psicológico, a fin de sacudir la influencia del poderío secreto del mundo. («La Guerra Total»).

Entre tanto, con el uniforme de cabo, Adolfo Hitler ya no pensaba en la arquitectura —que fue su ambición anterior a la guerra—, sino en la política. Le había impresionado sobremanera el triunfo total del marxismo en Rusia y los progresos arrolladores que hacía en Alemania. Lenin

anunciaba que las dos primeras etapas del movimiento se habían cumplido ya, dentro de Rusia, y las siguientes se desarrollarían hacia el exterior mediante el apoyo de la dictadura erigida en la URSS. Polonia, inmediatamente, y Alemania después, eran los objetivos más cercanos. Hitler argumentaba que las derrotas militares no habían sido la causa de la capitulación, porque eran mucho menores a los triunfos alcanzados. Tampoco creía que la economía fuera la culpable de la rendición, pues el esfuerzo bélico de cuatro años se apoyó más en factores espirituales de heroísmo y organización que en bases económicas. Y concluía que todo se había comenzado a minar ya desde años atrás y que la capitulación de 1918 era sólo el primer efecto visible de esa lenta corrosión interior.

Sin duda algo flotaba en el ambiente y era percibido por todos. Lo que Henry Ford denunciaba desde Norteamérica como hegemonía israelita, el general Ludendorff lo identificaba entre sus documentos de Estado Mayor como «poderío secreto del mundo», y un cabo desconocido lo refería así desde su punto de vista de hombre de la masa del pueblo:

«¿No fue la prensa —decía— la que en constantes agresiones minaba los fundamentos de la autoridad estatal hasta el punto de que bastó un simple golpe para derrumbarlo todo? Finalmente, ¿no fue esa misma prensa la que desacreditó al ejército mediante una crítica sistemática, saboteando el servicio militar obligatorio e instigando a negar créditos para el ramo de guerra?...

»Karl Marx fue, entre millones, realmente el único que con su visión de profeta descubriera en el fango de una humanidad paulatinamente envilecida, los elementos esenciales del veneno social, y supo reunirlos cual un genio de la magia negra, en una solución concentrada para poder destruir así con mayor celeridad, la vida independiente de las naciones soberanas del orbe. Y todo esto, al servicio de su propia raza...

»Adquiriendo acciones entra el judío en la industria; gracias a la Bolsa crece su poder en el terreno económico... Tiene en la francmasonería, que cayó completamente en sus manos, un magnífico instrumento para cohonestar y lograr la realización de sus fines. Los círculos oficiales, del mismo modo que las esferas superiores de la burguesía política y económica, se dejan coger insensiblemente en el garlito judío por medio de los lazos masónicos... Junto a la francmasonería está la prensa como una segunda arma al servicio del judaísmo. Con rara perseverancia y suma habilidad sabe el judío apoderarse de la prensa, mediante cuya ayuda comienza paulatinamente a cercenar y a sofisticar, a manejar y a mover el conjunto de la vida pública... »Políticamente —añadía Hitler— el judío acaba por substituir la idea de la democracia por la de la dictadura del proletariado. El ejemplo más terrible en ese orden lo ofrece Rusia, donde el judío, con un salvajismo realmente fanático, hizo perecer de hambre o bajo torturas feroces a treinta millones de personas, con el solo fin de asegurar de este modo a una caterva de judíos, literatos y bandidos de Bolsa, la hegemonía sobre todo un pueblo». Y el hecho de que el triunfo marxista no fuera tan definitivo en Alemania, se lo explicaba así en 1920:

«El pueblo alemán no estaba todavía maduro para ser arrastrado al sangriento fango bolchevique, como ocurrió con el pueblo ruso. En buena parte se debía esto a la homogeneidad racial existente en Alemania entre la clase intelectual y la clase obrera; además, a la sistemática penetración de las vastas capas del pueblo con elementos de cultura, fenómeno que encuentra paralelo sólo en los otros Estados occidentales de Europa y que en Rusia es totalmente desconocido. Allí, la clase intelectual estaba constituida, en su mayoría, por elementos de nacionalidad extraña al pueblo ruso o por lo menos de raza no eslava. Tan pronto como en Rusia fue posible movilizar la masa ignara y analfabeta en contra de la escasa capa intelectual que no guardaba contacto alguno con aquélla, estuvo echada la suerte de este país y ganada la revolución.

»El analfabeto ruso quedó con ello convertido en el esclavo indefenso de sus dictadores judíos, los cuales eran lo suficientemente perspicaces para hacer que su férula llevase el sello de la dictadura del pueblo...

»La bolchevización de Alemania, esto es, el exterminio de la clase pensante nacionalracista, logrando con ello la posibilidad de someter al yugo internacional de la finanza judía las fuentes de producción alemana, no es más que el preludio de la propagación de la tendencia judía de conquista mundial.

»Cómo tantas veces en la historia, Alemania constituye también en este caso el punto central de una lucha gigantesca. Si nuestro pueblo y nuestro Estado sucumben bajo la presión de esos tiranos, ávidos de sangre y de dinero, el orbe entero será presa de sus tentáculos de pulpo; mas si Alemania alcanza a librarse de ese atenazamiento, podrá decirse que para todo el mundo quedó anulado uno de los mayores peligros».

[1] «Europa y el Alma del Oriente». —Por Walter Schubart — Profesor de Sociología y Filosofía de la Universidad de Riga, Letonia.
[2] «Vida Intima». —Conde de Keyserling.
[3] «El Soldado Ruso». —Otto Skorzeny.
[4] «La Rusia de Stalin». —Por Max Eastman, Profesor de Filosofía de la Universidad de Columbia.
[5] «Resumen Histórico de Rusia». —Tte. Coronel Ing. Carlos R. Berzunza, y Cap. 1° Bruno Galindo. Escuela Superior de Guerra. —México.
[6] «El Problema Judío». —Karl Marx. — Por cierto que Marx dio forma a la teoría del comunismo, pero los principios

seudocientíficos de éste ya eran manejados por el judaísmo desde muchos años antes. Marx recibió ayuda de los banqueros judíos Rothschild.
[7] Diccionario Enciclopédico Abreviado de la Masonería. —Por Lorenzo Frau Abrines, Maestro Masón, Grado 33.
[8] «Revolución Mundial». — Nesta H. Webster.
[9] «Hitler Contra Stalin». — Víctor Serge, marxista.
[10] «Memorias». — Franz Von Papen.
[11] «El Marxismo y sus Apóstoles». — John Plamenats.
[12] Debe discernirse claramente que una cosa es la lucha política contra el movimiento político judío y otra muy distinta es la hostilidad injusta contra el pueblo judío en masa, sólo por ser judío.
[13] «Mi Lucha». — Adolfo Hitler.

[1] «Más Allá del Bien y del Mal». — Federico Nietzsche.

[2] Contribución del Ghetto Europeo. — Por el Dr. James Parkes. Tribuna Israelita, marzo 1956.
[3] «Manual de Historia Judía». — Simón Dubnow. — Editorial Judaica.
[4] «Vida de Lenín». — Por Fierre Charles.
[5] «Vida, Martirio y Sacrificio de los Zares». — Por Tatiana Botkin, hija del médico de la familia imperial.



CAPITULO II
Hitler Hacia el Oriente
(1919-1936)

Cambio de Rumbo para Alemania.
El Primer Partido Anticomunista.
Bautizo de Fuego del Nacionalsocialismo.
Djugashvili, el Hombre de Acero.
Hitler y Stalin Cara a Cara.

CAMBIO DE RUMBO PARA ALEMANIA

Apoyándose en la miseria y en la predisposición mística de las masas rusas, en 1919 el marxismo ya había logrado derrocar el imperio de los zares y apoyándose en los obreros alemanes socialdemócratas y en el malestar provocado por la guerra ,ya había conseguido abatir la Casa Imperial de los Hohenzollern. Su plan de conquista —llamada por los propios marxistas revolución mundial— se había anotado dos triunfos importantes.

El cabo Hitler comenzó entonces a proclamar en improvisados mitines que Alemania debería zanjar definitivamente sus querellas con Inglaterra y Francia (es decir, con el Mundo Occidental), y encaminar todo su esfuerzo a aniquilar al comunismo. Veía en esta dictadura el peligro peor y más auténtico contra Alemania y Europa entera.

Así nació el pensamiento básico que determinó la doctrina política de Hitler, primero, y luego de Alemania toda. Hitler consideró al pueblo ruso un conglomerado de razas ignaras dominadas por la fuerza de un núcleo marxista-judío y convertidas en un instrumento para el dominio de otros pueblos. Y consideró que Alemania debería luchar contra la URSS en defensa propia. El crecimiento del Reich a costa del suelo soviético sería la compensación material de esa lucha. El mismo año de 1919 llegó a creer que tal política contaría con el apoyo de las naciones occidentales, también amenazadas por la «revolución mundial» que anunciaban

Lenin y los demás exegetas del marxismo. Desde entonces comenzaron, pues, a delimitarse los campos de la nueva contienda. Hitler y sus partidarios se declaraban categóricamente enemigos del movimiento político judío representado en el Oriente por el marxismo, y a la vez se declaraban enemigos de las masas soviéticas, a las que consideraban ya como instrumento de aquel movimiento, carentes de voluntad y destino propio. Es curioso observar que en 1886 Nietzsche había previsto en «Más Allá del Bien y del Mal»:

«Alemania está indigesta de hebreos... Los hebreos son sin disputa la raza más tenaz y genuina que vive en Europa. Saben abrirse paso en las peores condiciones, quizá mejor que en las condiciones favorables... Un pensador que medite sobre el porvenir de Europa deberá contar con los hebreos y con los rusos como los factores más probables y seguros en la gran lucha»

Y ambos factores, que iban a probar su eficacia en «la gran lucha», fueron precisamente los dos enemigos que desde 1919 escogió Adolfo Hitler. Ya en 1912, siendo entonces acuarelista, consideraba que el problema del crecimiento de Alemania no debía resolverse restringiendo la natalidad, como lo proclamaba el médico israelita Magnus Hirschfeld; la colonización interior era sólo un calmante; y en cuanto a la colonización ultramarina, la juzgaba inconveniente porque daría lugar a choques con el Imperio Británico. Esto se hallaba en pugna con su idea básica de marchar contra la URSS y no contra Occidente.

«En consecuencia —decía—, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial reside para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el Continente mismo... Y si esa adquisición quería hacerse en Europa, no podía ser en resumen sino a costa de Rusia. Por cierto que

para una política de esa tendencia, había en Europa un solo aliado posible: Inglaterra»[1].

Posteriormente, al escribir la segunda parte de «Mi Lucha», Hitler entró en más pormenores respecto a su idea de frustrar la absorción marxista de Rusia y de que el crecimiento de Alemania se hiciera a costa de las vastas extensiones territoriales soviéticas.

«La pretensión —añadía— de restablecer las fronteras de 1914 constituye una insensatez política de proporciones y consecuencias tales, que la revelan como un crimen. »No debe olvidarse jamás que el judío internacional, soberano absoluto de la Rusia de hoy, no ve en Alemania una aliado posible, sino un Estado predestinado a la misma suerte política. Alemania constituye para el bolchevismo el gran objetivo de su lucha. Se requiere todo el valor de una idea nueva, encarnando una misión, para arrancar una vez más a nuestro pueblo de la estrangulación de esta serpiente internacional...

»Confieso francamente que ya en la época de la anteguerra, me habría parecido más conveniente que Alemania, renunciando a su insensata política colonial y, consiguientemente, al incremento de su flota mercante y de guerra, hubiese pactado con Inglaterra en contra de Rusia y pasado así de su trivial política cosmopolita, a una política europea resuelta, de tendencia territorial en el continente».

EL PRIMER PARTIDO ANTICOMUNISTA

El ejército alemán —reducido a cien mil hombres por el Tratado de Versalles—, veía con creciente inquietud cómo proliferaba el marxismo. Aunque los militares no podían actuar en política, algunos jefes se esforzaban cuando menos por mantenerse al tanto de los planes de las organizaciones

izquierdistas. Era natural que para ellos, que como soldados se habían formado en el culto de la Patria, de la bandera y de la propia nacionalidad, resultaran particularmente repugnantes las doctrinas izquierdistas que consideraban la Patria como un mito y la internacionalización del proletariado como la muerte del ideal nacionalista. Tanto era así que muchos militares fueron como voluntarios en 1919 a combatir a los bolcheviques en Letonia y Lituania, hasta que las potencias aliadas hicieron presión sobre Alemania para que prohibiera esas actividades. Nadie se explicó entonces esa medida que favorecía al comunismo soviético.

El cabo Adolfo Hitler fue comisionado en enero de 1919 para observar las actividades de algunos nacientes «consejos de soldados», similares a los soviets de Rusia. Con el mismo fin visitó la asamblea del naciente Partido Obrero Alemán. Fue ése un instante pleno de futuro.

Propiamente el partido no existía más que en la mente de sus proyectistas Harrer y Antonio Drexler. Una escasa y heterogénea concurrencia escuchaba planes. Entre los oradores figuraban un profesor que abogaba por la desmembración de Alemania, de acuerdo con las ideas que había propalado el israelita Kurt Eisner, consistente en que Baviera debería desligarse de Prusia.

Olvidando su papel de neutro observador, Hitler pidió la palabra. Fue tan violento su discurso que el profesor abandonó la sala. Terminada la sesión, Hitler averiguó más detalles acerca del naciente partido. No había nada: «Ni un volante de propaganda; se carecía de tarjetas de identificación para los miembros del partido; por último, hasta de un pobre sello. En realidad, sólo se contaba con fe y buena voluntad. Desde aquel momento —escribió Hitler— desapareció para mí todo motivo de hilaridad y tomé las cosas en serio».

Aunque desde el 10 de noviembre de 1918, cuando decidió dedicarse a la política, Hitler alentaba la idea de formar un

partido y decía que era más fácil forjar algo nuevo que rectificar lo existente, accedió a ingresar al Partido Obrero Alemán como miembro número siete. De acuerdo con sus seis compañeros procedió luego a redactar invitaciones en máquina, para buscar nuevos adeptos.

«Recuerdo todavía cómo yo mismo en aquel primer tiempo, distribuí un día personalmente, en las respectivas casas, ochenta de esas invitaciones, y recuerdo también cómo esperamos aquella noche la presencia de las masas populares que debían venir. Pero las masas no llegaron y la sesión se efectuó con los siete miembros de costumbre». Mediante un aviso en el «Munchener Beobachter», más tarde logramos reunir 111 personas en el «Hofvrauhaus Keller», de Munich. Los partidarios aumentaban con exasperante lentitud. Entretanto, los organizadores se reunían en una cervecería a cambiar impresiones. Harrer era partidario de proceder con suma cautela y de que ciertos principios no fueran proclamados públicamente, sino difundidos en secreto, a fin de evitar inminentes represalias. Hitler se opuso rotundamente a esta política.

«Todo hombre que está enterado de una cosa —decía—, que se da cuenta de un peligro latente, y que ve la posibilidad de remediarlo, tiene necesariamente la obligación de asumir en público una actitud franca en contra del mal, en lugar de concretarse a obrar silenciosamente».

Su punto de vista se impuso al siguiente año, en 1920; Harrer renunció como presidente y lo substituyó Drexler, y Hitler asumió el cargo de secretario de propaganda. Organizó luego el primer mitin, si bien con grandes temores de que resultara un fracaso. Poco antes de la hora fijada «mi corazón saltaba de alegría, pues el enorme local se hallaba materialmente repleto de gente en un número mayor a 2,000 personas».

Entre los asistentes había numerosos comunistas que al principio siseaban a los oradores:

«Media hora después —dice Hitler refiriéndose a su .propio discurso—, los aplausos comenzaron a imponerse a los gritos y exclamaciones airadas y, finalmente, cuando exponía los 22 puntos de nuestro programa, me hallaba frente a una sala atestada de individuos unidos por una nueva convicción, por una nueva fe y por una nueva voluntad. Quedó encendido el fuego cuyas llamas forjarán un día la espada que devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la nación alemana».

Sin embargo, aquellos pequeños éxitos no trascendían. Ni siquiera la prensa de la localidad se ocupaba de ellos, o bien lo hacía en forma desairada. «Daba mucho qué pensar —agregaba Hitler— el hecho de que frente al poderío de la prensa judía, no existiese ningún periódico nacionalista de importancia efectiva». En consecuencia, su siguiente meta fue hacerse de un periódico; en diciembre de ese año logró que el partido adquiriera el «Voelkischer Beobachter», e introdujo la reforma de que el diario procurara su propio financiamiento, en vez de pretender sostenerse con cuotas de los prosélitos. Hitíer mismo creó la bandera del movimiento nazi. El rojo significaba la idea social; el blanco, la idea nacionalista; y la swástica, «la misión de luchar por la victoria del hombre ario y por el triunfo de la idea del trabajo productivo, idea que es y será siempre antisemita».

Asimismo creó las «tropas de orden» para repeler en los mítines las perturbaciones de los izquierdistas y esas tropas se convirtieron más tarde en «sección de asalto». Mediante estos progresos fue posible celebrar el 3 de febrero de 1921, en el Circo Krone, el más grande de los mitines nacionalistas, con 6,500 asistentes. En el verano de 1922 logró reunir en Munich 60,000 personas, aunque muchas de ellas no pertenecían al partido.

Ese año organizó el primer desfile en Coburgo, donde los jefes israelitas, resentidos por los ataques, hicieron un llamado a los «camaradas del proletariado Internacional» para frustrar la marcha.

Rápidamente Hitler iba erigiéndose en el principal inspirador y director del partido y logró que éste proclamara todos sus principios políticos, que en síntesis eran los siguientes:

1. No existe más que una doctrina política: la de nacionalidad y patria. Tenemos que asegurar la existencia y el incremento de nuestra raza y de nuestro pueblo, para que nuestro pueblo cumpla la misión que el Supremo Creador le tiene reservada.

2. El Estado es el recipiente; el pueblo es el contenido. El Estado tiene su razón de ser sólo cuando abarca y protege el contenido. El Estado no es un fin en sí mismo.

3. El parlamentarismo democrático no tiende a constituir una asamblea de sabios, sino a reclutar más bien una multitud de nulidades intelectuales, tanto más fáciles de manejar cuanto mayor sea la limitación mental de cada uno de ellos. Sólo así puede hacerse política partidista en el sentido malo de la expresión.

En oposición a este parlamentarismo democrático está la genuina democracia germánica de la libre elección del Fuehrer, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. La democracia del mundo occidental de hoy es la precursora del marxismo, el cual sería inconcebible sin ella. Es la democracia la que en primer término proporciona a esta peste mundial el campo de nutrición de donde la epidemia se propaga después.

En el parlamentarismo no hay ningún responsable. La idea de responsabilidad presupone la idea de la personalidad.

4. El fuerte es más fuerte cuando está solo. Una ideología que irrumpe tiene que ser intolerante y no podrá reducirse a jugar el rol de un simple partido junto a otro. El Cristianismo no se redujo sólo a levantar su altar, sino que obligadamente tuvo que proceder a la destrucción de los altares paganos. El futuro de un movimiento depende del fanatismo, si se quiere de la intolerancia con que sus adeptos sostengan su causa y la impongan frente a otros movimientos de índole semejante.

5. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común. El derecho humano priva sobre el derecho político. Quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello es que ya está predestinado a desaparecer, y esto por la justicia eterna de la Providencia. El mundo no se ha hecho para los pueblos cobardes.

6. Pueden coartarse las libertades siempre que el ciudadano reconozca en estas medidas un medio hacia la grandeza nacional.

7. El obrero de Alemania debe ser incorporado al seno del pueblo alemán. La misión de nuestro movimiento en este orden consiste en arrancar al obrero alemán de la utopía del internacionalismo, libertarle de su miseria social y redimirle del triste medio cultural en que vive.

El sistema nacionalsocialista (nazi) practica el socialismo como un instrumento de justicia social, pero no como un instrumento de influencia judía. Al privarlo de esta venenosa característica, automáticamente se convierte en enemigo del falso socialismo internacional.

8. La exaltación de un grupo social no se logra por el descenso del nivel de los superiores, sino por el ascenso de los inferiores. El obrero atenta contra la patria al hacer demandas exageradas; del mismo modo, no atenta menos contra la comunidad el patrón que por medios inhumanos y de explotación egoísta abusa de las fuerzas nacionales de trabajo, llenándose de millones a costa del sudor del obrero.

9. Nuestro movimiento está obligado a defender por todos los medios el respeto a la personalidad. La personalidad es irreemplazable. Las minorías hacen la historia del mundo, toda vez que ellas encarnan, en su minoría numérica, una mayoría de voluntad y de entereza.

No es la masa quien inventa, ni es la mayoría la que organiza y piensa; siempre es el individuo, es la personalidad, la que por doquier se revela. Deberán colocarse cabezas por encima

de las masas y hacer que éstas se subordinen a aquéllas. La ideología nacionalsocialista tiene que diferenciarse fundamentalmente de la del marxismo en el hecho de reconocer la significación de la personalidad.

10. Establecer mejores condiciones para nuestro desarrollo. Anulación de los depravados incorregibles. En el teatro y en el film, mediante literatura obscena y prensa inmunda, se vacía en el pueblo día por día veneno a borbotones. Y sin embargo, se sorprenden los estratos burgueses de la «falta de moral» como si de esa prensa inmunda, de esos films disparatados y de otros factores semejantes, surgiese para el ciudadano el concepto de la grandeza patria. El problema de la nacionalización de un pueblo consiste, en primer término, en crear sanas condiciones sociales.

11. Supresión de la influencia extranjera en la prensa. Aquello que denominamos «opinión pública» se basa sólo mínimamente en la experiencia personal del individuo y en sus conocimientos; y depende casi en su totalidad de la idea que el individuo se hace de las cosas a través de la llamada «información pública», persistente y tenaz.

12. La misión educadora no consiste sólo en insuflar el conocimiento del saber humano. En primer término deben formarse hombres físicamente sanos. En segundo plano está el desarrollo de las facultades mentales, y en lugar preferente, la educación del carácter, y sobre todo, el fomento de la fuerza de voluntad y de decisión, habituando al alumno a asumir gustoso la responsabilidad de sus actos. Como corolario viene la instrucción científica. Las ciencias exactas están amenazadas de descender cada vez más a un plano de exclusivo materialismo; la orientación idealista deberá ser mantenida a manera de contrapeso.

13. Así como la instrucción es obligatoria, la conservación del bienestar físico debe serlo también. El entrenamiento corporal tiene que inculcar en el individuo la convicción de su superioridad física. El ejercicio físico no es cuestión personal

de cada uno. No existe la libertad de pecar a costa de la prole.

Basta analizar el contenido de los programas de nuestros cines, variedades y teatros para llegar a la irrefutable conclusión de que no son precisamente alimento espiritual que conviene a la juventud. Nuestra vida de relación tiene que ser liberada del perfume estupefaciente, así como del pudor fingido, indigno del hombre.

14. El Estado debe cuidar que sólo los individuos sanos tengan descendencia. Debe inculcar que existe un oprobio único: engendrar estando enfermo.

No debe darse a cualquier degenerado la posibilidad de multiplicarse, lo cual supone imponer a su descendencia y a los contemporáneos de éstos indecibles penalidades[2].

15. Los hombres no deberán preocuparse más de la selección de perros, caballos y gatos, que de levantar el nivel racial del hombre mismo.

16. El matrimonio deberá hacerse posible a una más temprana edad y han de crearse los medios económicos necesarios para que una numerosa prole no se reciba como una desventura.

17. El Partido permitirá al niño más pobre la pretensión de elevarse a las más altas funciones si tiene talento para ello. Nadie debe tener automáticamente derecho a un ascenso. Nadie debe poder decir: «ahora me toca a mí». Precedencia al talento. No hay otra regla.

18. La mezcla de sangre extraña es nociva a la nacionalidad. Su primer resultado desfavorable se manifiesta en el superindividualismo de muchos[3].

19. Los partidos políticos nada tienen que ver con las cuestiones religiosas mientras éstas no socaven la moral de la raza; del mismo modo, es impropio inmiscuir la religión en manejos de política partidista.

Las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo debe respetarlas el Fuehrer político como inviolables: de lo contrario, debe renunciar a ser político y convertirse en reformador, si es que para ello tiene capacidad.

20. Quien ama a su patria prueba ese amor sólo mediante el sacrificio que por ella está dispuesto a hacer. Un patriotismo que no aspira sino al beneficio personal, no es patriotismo. Los hurras nada prueban.

Solamente puede uno sentirse orgulloso de su pueblo cuando ya no tenga que avergonzarse de ninguna de las clases sociales que lo forman. Pero cuando una mitad de él vive en,condiciones miserables e incluso se ha depravado, el cuadro es tan triste que no hay razón para sentir orgullo. Las fuerzas que crean o que sostienen un Estado son el espíritu y la voluntad de sacrificio del individuo en pro de la colectividad. Que estas virtudes nada tienen de común con la economía, fluye de la sencilla consideración de que el hombre jamás va hasta el sacrificio por esta última, es decir, que no se muere por negocio, pero sí por ideales.

21. Luchar contra la orientación perniciosa en el arte y en la literatura.

22. Es cuestión de principio que el hombre no vive pendiente únicamente del goce de bienes materiales. Es posible que el oro se haya convertido hoy en el soberano exclusivo de la vida, pero no cabe duda de que un día el hombre volverá a conciliarse ante dioses superiores. Y es posible también que muchas cosas del presente deban su existencia a la sed de dinero y de fortuna, mas es evidente que muy poco de todo esto representa valores cuya no existencia podría hacer más pobre a la humanidad.

Estos eran los principios básicos del movimiento «nazi» por lo que se refería a la política interior de Alemania. En cuanto a la política exterior, la idea fundamental era combatir el marxismo entronizado en Rusia y obtener territorios soviéticos para el crecimiento de Alemania. Por lo tanto, ésta ya no buscaría más su expansión en ultramar ni interferiría la política colonial de Inglaterra y Francia. En otras palabras, Hitler buscaba zanjar las viejas querellas con el Mundo Occidental y marchar hacia el Oriente.

Mientras tanto, el marxismo crecía con aspiraciones de dominio universal y se vigorizaba mediante sus instrumentos de lucha de clases e internacionalización del proletariado. Consecuentemente, en todo el mundo iban surgiendo partidos comunistas con ramificaciones de la central de Moscú. En franca oposición con este sistema, el nacionalsocialismo alemán no era ni podía ser una doctrina de exportación. Al enfatizar categóricamente los valores de patria, nacionalidad y raza, se circunscribía a sus propias fronteras raciales. Si un estadista extranjero quería emular esa doctrina en otro país (como ocurrió en España) tendría automáticamente que buscar contenidos y formas propias, ya que la esencia del sistema «nazi» residía en la afirmación y acentuación de la patria y de la raza. Era ésta su mística y su fuerza dinámica. No internacionalización, sino nacionalización; no una lucha para imponer mundialmente un régimen, sino una lucha para impedir que el marxismo se impusiera mundialmente. En resumen, el nacionalsocialismo propugnaba cierto socialismo como instrumento de justicia para el pueblo, pero lo condenaba como instrumento internacional de influencia política. El movimiento de Hitler coincidía con la aparente finalidad del socialismo teórico en el milenario y justo anhelo de barrer el abuso de las minorías y llevar la justicia social a las masas del pueblo, pero proclamaba enfáticamente que esto debería hacerlo cada nación en forma soberana, según sus costumbres, sus tradiciones, su religión y su idiosincrasia, sin atender consignas internacionales emanadas de Moscú.

Por eso el movimiento de Hitler se llamó nacionalsocialismo, término que se condensó en el apócope de «nazi».

Naturalmente, en esa forma el nacionalsocialismo desvirtuaba la característica internacional del bolchevismo y privaba de influencia mundial al núcleo israelita de la URSS. Los revolucionarios judíos sintieron que tal cosa era frustrarles su invención y furiosamente insistieron en la internacionalización del proletariado. Sin esa condición su movimiento político no alcanzaría las metas anheladas, ya que para los fines políticos hebreos nada significaba que las masas proletarias de cada nación lograran beneficios, si entretanto se sustraían a su control. De esa manera no podían ser aprovechadas para los objetos ulteriores de la llamada «revolución mundial». Así las cosas, el marxismo comenzó a extenderse por todo el mundo, ya que el dominio del orbe era la meta de su acción, en tanto que el nacionalsocialismo se circunscribió a una lucha dentro de Alemania. Su acción hacia el exterior sólo se orientaba en contra de Moscú, que era la sede del movimiento judío-marxista universal.

Entretanto, el movimiento comunista internacional hizo un nuevo esfuerzo para estrechar los vínculos entre alemanes y soviéticos. El Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Walter Rathenau, judío, concertó con los jefes israelitas de Moscú el llamado Tratado de Rapallo, que era un paso más en el sueño de los israelitas Marx, Engels y Lenin para integrar una poderosa organización marxista con las masas agrícolas de Rusia y los contingentes obreros y técnicos de la industrializada Alemania. Mediante el Tratado de Rapallo fueron enviados ochocientos peritos militares e industriales alemanes a vigorizar la maquinaria soviética, modernizando el Ejército Rojo y creando nuevas industrias. Poco después el israelita Rathenau fue muerto a tiros por nacionalistas alemanes y quedó así de manifiesto que el comunismo no podía dar todavía ningún paso firme en Alemania.

Allí se veía cabalmente el peligro del marxismo y los influyentes generales Ludendorff y Hoffman se habían puesto

desde 1923 en contacto con el mariscal Foch, de Francia, con miras a forjar una alianza occidental contra esa amenaza. Foch se mostraba bien dispuesto, pero surgieron muchos obstáculos diplomáticos, tanto en Inglaterra como en Francia, el general Hoffman murió en forma extraña y la alianza no llegó a formalizarse.

En esa agitada situación Hitler trataba de sacar adelante su Partido, que afrontaba enormes dificultades. La derecha conservadora veía con desconfianza la inclinación del nacionalsocialismo por los desheredados, en tanto que los revolucionarios izquierdistas lo combatían furiosamente. En realidad el partido de Hitler era una nueva dirección que ni marchaba con las injusticias de los conservadores ni comulgaba con la tendencia internacional del marxismo israelita.

Ante las dificultades de esa lucha nueva, Hitler argumentaba que no es tarea del teorizante allanarle el camino a una idea, sino procurar la exactitud de ésta. En la segunda etapa corresponde al ejecutor práctico vencer las dificultades.

BAUTIZO DE FUEGO DEL NACIONALSOCIALISMO

Hitler mismo se encargó de esa segunda etapa. Tras de darle a su partido —como teorizante— la estructura ideológica, lo lanzó a la calle y a los mitines y lo encabezó en la lucha para ganar prosélitos. Pronto tuvo que hacer frente a una escisión provocada por judíos que indirectamente suscitaron una pugna entre católicos y protestantes. Apenas superada esa crisis se encontró ante la dificultad de que: «era difícil —decía— refutar entre las masas obreras la doctrina de Marx, por la curiosa circunstancia de que los fundamentos mismos eran desconocidos para las masas, cuya adhesión al marxismo era más un movimiento utópico e irreflexivo que una convicción política. Entre cien mil obreros alemanes no hay, por término medio, cien que conozcan la obra de Marx, obra que desde un principio fue estudiada mil

veces más por los intelectuales y ante todo por los judíos que por los verdaderos adeptos del marxismo situados en las vastas esferas inferiores del pueblo; ya que tampoco esta obra fue escrita para las masas, sino exclusivamente para los dirigentes intelectuales de la máquina judía de conquista mundial».

Pero además de esas dificultades, el tropiezo más grave del Partido Obrero Alemán ocurrió el 9 de noviembre de 1923 cuando Hitler —alegando que en su vocabulario no existían las frases «no es posible», «no debemos aventurarnos», «es todavía muy peligroso»— organizó en Munich un movimiento revolucionario a fin de asumir el poder. En pocas horas fracasó, hubo varios muertos y Hitler y sus principales colaboradores quedaron detenidos en la prisión de Landsberg. Allí permaneció un año y ocho días, tiempo que aprovechó para escribir «Mi Lucha».

«Mis trece meses de prisión —escribió posteriormente Hitler— me habían parecido largos, con mayor razón porque creía que estaría allí seis años. Me sentía poseído de un frenesí de libertad. Pero sin mi época de cárcel, "Mein Kampf" no hubiera sido escrito. Aquello me dio la posibilidad de profundizar en conocimientos... También en la cárcel adquirí esta fe impávida, este optimismo, esta confianza en nuestro destino, que en adelante .nada podría quebrantar». El Partido Obrero Alemán permaneció disuelto todo ese tiempo y cuando Hitler recuperó la libertad inició la tarea de resucitarlo y reorganizarlo. Detrás de su visible fracaso, sin embargo, contribuyó imponderablemente a trastornar los planes del movimiento marxista alemán, que en ese entonces era el más poderoso de Europa Occidental y superior al soviet en diversos aspectos de organización. Muchos esperaban que en ese año el comunismo diera el golpe decisivo y que Alemania se convirtiera en otro estado bolchevique, como lo había previsto Lenin.

[1] «Mi Lucha». — Adolfo Hitler.
[2] Naturalmente no estamos de acuerdo con los errores doctrinarios de Hitler, como los que en la práctica se desprendían de este enunciado aparentemente justo. (N. del A.)
[3] Otro grave error doctrinario del nazismo (N. del A.).



Justicia social, pero con bandera, tradiciones y fronteras propias, sin un amo internacional, sin una consigna venida del extranjero. Es decir nacionalsocialismo. Al oponerse a la internacionalización marxista, Hitler se convierte automáticamente en el peor enemigo del marxismo. Aquí aparece en uno de los primeros actos públicos de su partido.

Pero los comunistas no sintieron que el camino estuviera libre y titubearon. El líder marxista Víctor Serge dice que en 1923 la crisis inflacionista situó a Alemania al borde de la revolución, «pero la clase obrera estaba dividida y no actuó; los socialdemócratas retrocedieron ante la oportunidad de asaltar el poder». (Su libro «Hitler contra Stalin»).

Era evidente que la desintegración moral de Alemania no se había obtenido en grado suficiente (en parte debido al nacionalismo alentado por Hitler) y los jefes del marxismo siguieron el consejo de Lenin: «La más juiciosa estrategia en la guerra es posponer las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo haga posible y fácil asestar el golpe mortal».

El resultado fue que el comunismo alemán perdió entonces su mejor oportunidad y el nacionalsocialismo comenzó a resurgir con más bríos.

En ese mismo año de 1923 las altas esferas políticas del Kremlin sufrieron una conmoción. El líder bolchevique judío Vladimir Ulianov (conocido mundialmente como Lenin) enfermó de parálisis y se suscitó una crisis en el poder. El judío Bronstein (Trotsky), creador del Ejército Rojo y precursor de la revolución, comenzó a perder influencia y acabó por ser lanzado al exilio; pero no se trataba de una persecución antisemita, como en el extranjero pudiera creerse, sino simplemente de una división interna. Muchos años antes Trotsky había militado temporalmente con los mencheviques, partidarios de los mismos principios marxistas que los bolcheviques, pero inclinados a frenar el movimiento para no exponerlo a una prueba prematura. Al enfermar Lenin, la solapada división volvió a recrudecerse; Trotsky y los suyos fueron desplazados y entonces se erigieron como amos de Rusia, Stalin y los judíos Kamenev, Radek y Zinoviev.

DJUGASHVILI, EL HOMBRE DE ACERO

Cuando Adolfo Hitler, de 35 años de edad, quedaba libre en 1924 e iniciaba la reorganización de su partido nacionalista, José Vissarionovich David Nijeradse Chizhdov Djugashvili, de 45 años, llevaba meses de ser dictador absoluto de la URSS. Había adoptado el apelativo de Stalin, que en ruso significa «acero».

Stalin —que había sido empeñosamente preparado en política marxista por el profesor judío Noah Jordania— acababa de dar a conocer su «plan de operaciones básico» en la más alta institución educacional del bolchevismo, la «Tverskaia», y ese plan consistía en utilizar como palanca la dictadura soviética para ir implantando el marxismo en todos los países. El proletariado de cada uno de éstos sería el punto de apoyo[1]. Poco después ratificó este plan al publicar su libro «Problemas del Leninismo», en el que precisa así la tercera etapa del bolchevismo:

«Consolidar la dictadura del proletariado en un país (Rusia), empleándolo como medio auxiliar para derribar el imperialismo en todos los demás. La revolución sobrepasa las fronteras de una sola nación, iniciándose la época de la revolución mundial. Fuerza principal activa de la revolución: dictadura del proletariado en un país y movimiento revolucionario del proletariado en todos los demás».

Es decir, una vez más quedaba de manifiesto que el marxismo era una doctrina política con ambición mundial; su ámbito no era la URSS, sino el mundo entero. Y los primeros pasos comenzaron a darse desde luego.

La provincia de Georgia —de donde era originario Stalin— había rechazado violentamente el bolchevismo en 1917 y ante el reconocimiento de todo el mundo se declaró independiente; su tradicional civilización cristiana chocaba profundamente con el marxismo. Sin embargo, su libertad duró poco porque Stalin no tardó en someterla por la fuerza y anexarla a la Unión de Repúblicas Soviéticas. Los pueblos libres de Azerbaiján y Armenia corrieron igual

suerte. La anexión se extendió además a otros cinco estados: Kasakstán, Uzbakistán, Turkmenia, Tacjikia y Kirghisia. A este respecto el marxista Víctor Serge admite (en Hitler contra Stalin) que «las cinco repúblicas nacionales de Asia Central constituyen un vasto conjunto cuya unidad geográfica, étnica e histórica no es por nadie puesta en duda... Los kasaks, los turkmenos, los uzbeks, los tadjiks, los kirguises, tienen, a pesar de sus lenguas y orígenes diferentes, una cultura común, debida sobre todo a los mundos árabe y del Irán. Son musulmanes en su mayoría». Estos ocho pueblos anexados a la URSS se componían de 25 millones de habitantes de las más diversas razas, religiones y costumbres; súbitamente fueron privados de su independencia, de sus instituciones y de su viejo modo de vivir. La revolución mundial preconizada por el marxismo israelita no reconocía fronteras raciales, ni religiosas ni políticas.

La expansión bolchevique barrió con tantas fronteras que todavía en 1935 se editaban en la URSS libros de primera enseñanza en 165 idiomas y dialectos diferentes, según reveló el emabajador norteamericano en Moscú William C. Bullit, en «La Amenaza Mundial» El terrorismo fue común denominador para la sarcástica dominación de pueblos a nombre de la «dictadura del proletariado». Pero el proletariado ciertamente nada tenía que ver con la extraña mezcla de gobernantes y comisarios rusos y judíos. Aunque durante muchos años fue entusiasta partidario de la URSS, Mr. Bullit dio luego un valioso testimonio del terror soviético y refirió:

«Para colectivizar la agricultura, Stalin barrió con los pequeños propietarios. Si protestaban —y millones lo hicieron— se les fusilaba o se les condenaba a trabajos forzados en Siberia. La primera consecuencia de este ataque en el frente agrícola fue el hambre».

Sobre el mismo punto el líder Víctor Serge hizo notar que si el ministro Molotov había manifestado en «Pravda» del 28 de enero de 1935 que 5.500,000 pequeños propietarios agrícolas sufrieron expropiación de tierras y fueron deportados a

Siberia, la cifra real debía de ser muy superior. Y como testigo presencial de los hechos añadía que en las granjas colectivas había hambre y descontento. La promesa de repartir tierras, que líderes bolcheviques utilizaron para atraer masas, se esfumó al implantarse la «dictadura del proletariado». Igual suerte corrió la promesa de tratar a los delincuentes como enfermos sociales «susceptibles de regeneración». Por el contrario, el castigo se extendió a los parientes de los reos políticos y a los vecinos[2] y en esta forma se creó automáticamente la más vasta red de espionaje y delatores que país ninguno había soñado tener. El que no denunciaba a un vecino sospechoso de conspirar o de ser un oposicionista, se hacía culpable de los mismos delitos. Arthur Koesoler refiere pormenorizadamente en «El Mito Soviético y la Realidad», cómo el Kremlin abandonó sus promesas iniciales y el 7 de abril de 1935 extendió la pena capital a los jóvenes de 12 años y estableció la deportación a Siberia de los parientes de quienes eludieran el servicio militar o escaparan al extranjero.

Otro minucioso observador de la vida y las leyes del Kremlin, Pedro González Blanco, explica documentalmente en «Tigrocracia Staliniana» cómo se esfumó la promesa marxista de igualdad de clases:

«Un policía —dice— ganaba dos o tres veces más que un obrero. El máximo jornal soviético, según "Pravda" del 26 de diciembre de 1935, era, para los obreros, de 145 rublos y mucho menos para los campesinos. El kilo de pan valía 5 rublos; el de mantequilla, 20; el de carne de buey, 12; un par de zapatos, 70; un vestido ínfimo, 255. El obrero común no pasaba de ganar 100 rublos mensuales ni el adelantado 145.

Altos jefes del partido, hasta 5,000 rublos mensuales». González Blanco cita a Walter Citrine, secretario general de «Trades Unions», que a su regreso de Rusia escribió en Londres:

«No hay la menor duda de que reina un régimen de opresión. Los obreros no tienen libertad para poder hablar, como en Inglaterra. No pueden luchar contra el Estado, contra el Sindicato, contra el comité de fábrica o la célula comunista». La famosa «dictadura del proletariado» era sólo una fórmula propagandística para encubrir la dictadura extraña impuesta al proletariado ruso. Era evidente que el comunismo teórico había hablado de redención del proletariado para atraer a las masas, pero una vez controladas éstas, el comunismo práctico resultaba ser algo muy distinto. Era, en suma, un imperialismo dirigido y apuntalado por los jefes y los comisarios judíos de la URSS.

Esta opresión material tenía también sus equivalentes en el campo espiritual. Todos los ancestrales sentimientos religiosos del pueblo fueron fanáticamente combatidos; se prohibió la enseñanza religiosa a menores de 18 años, en la seguridad de que a esa edad las nuevas generaciones ya habían sido suficientemente predispuestas en la escuela para no asimilar la religión de sus antecesores. Según refiere González Blanco, un Manual Antirreligioso para los obreros circuló profusamente en las fábricas; la obra Educación Antirreligiosa fue libro de texto en las escuelas; Quince años de Ateísmo Militante en la URSS fue diseminado en todos los sectores, y en 1925 se fundó la asociación «Sin Dios», particularmente para niños y jóvenes. Además, un nuevo himno fue oficial en las escuelas:

«La estrella de Belén
ya se ha extinguido.
Mas entre nosotros brilla eterna
la estrella de cinco puntas[3].

La cruz y los iconos, todas estas antiguallas
las hemos arrojado a la basura,
porque todos estos trebejos
ensombrecen nuestra ruta.

Los Sin Dios abatieron
toda esa credulidad putrefacta».

Lo más grave de este sistema de vida era que no se trataba precisamente de un organismo nacional con fronteras claramente establecidas, sino de un movimiento marxista con aspiraciones universales enfáticamente expresadas en su fórmula de «revolución mundial», mil veces ratificadas por Lenin, Stalin y todos los exegetas del marxismo israelita. «Pravda» del 15 de noviembre de 1921 decía[4]: «En estos cuatro años transcurridos queda demostrado que no puede haber paz entre el reino de la burguesía y el reino del proletariado. No caben fronteras pacíficas entre un Estado Socialista y un Estado Burgués». Y posteriormente el órgano oficial bolchevique «Izvestia» auguraba aún más categórico: «No está lejano el tiempo en que los ejércitos de obreros y campesinos, definitivamente organizados, pasarán como un huracán de una punta a otra de la tierra».

Precisamente en ese entonces hubo una crisis terrible en la URSS, por la escasez de víveres, y el régimen bolchevique fue apuntalado desde el exterior, pues en Estados Unidos los cómplices del comunismo invocaron razones humanitarias para enviarle ayuda.

HITLER Y STALIN CARA A CARA

Y no obstante esa evidente amenaza que ya entonces se cernía palpablemente sobre los pue-blos de Europa y América, numerosos estadistas occidentales y los monopolizadores judíos de importantes servicios informativos propiciaban una placentera inconsciencia en el Mundo Occidental. Ante esa amenaza, en Occidente surgía sólo una fuerza categóricamente resuelta a enfrentársele, y esa fuerza era el movimiento nacionalsocialista de Hitler.

Mientras en Moscú se afianzaba el bolchevismo y Stalin trituraba con mano de hierro todo intento de oposición, en mayo de 1928 Hitler lograba 12 escaños parlamentarios en el

Reichstag; dos años más tarde obtenía 107 curules y arrastraba consigo seis millones trescientos mil electores, con lo cual su partido era ya el segundo de Alemania.

El 30 de enero de 1933 Hitler era nombrado Canciller, aunque supeditado a la presidencia de Hindenburg. Sin embargo, desde ese momento se volvió oficial la lucha a muerte entre el nacionalsocialismo alemán y el marxismo judío. Hitler prohibió inmediatamente el partido comunista, el socialdemócrata y todos los demás que le eran afines o que representaban sólo tímidos primeros pasos hacia el bolchevismo. De acuerdo con su fórmula de que al terror rojo sólo podía combatírsele eficazmente mediante otro terror, relegó a campos de concentración a los dirigentes intelectuales del movimiento marxista en Alemania. Los principios del nacionalsocialismo concebidos por Hitler se convirtieron automáticamente en la política interior y exterior de Alemania. Respecto a la política exterior, la orientación era evidente y precisa:

1. Alemania se declaraba enemiga de la doctrina marxista materializada en el bolchevismo soviético.

2. Contra el marxismo presentaba la doctrina nacionalsocialista, contraria a la internacionalización del proletariado. En vez de internacionalización, sentimiento de patria y de nacionalidad.

3. Alemania desistía del viejo intento de crecer a costa de Occidente. No quería entrar en conflicto con los imperios británico y francés buscandAdominios ultramarinos. Su crecimiento sería hacia el Oriente, a costa de la URSS.

Nunca en la historia habían sido anunciados con tanta anticipación y tan crudamente los más trascendentales planes de un Estado. Hitler reveló en «Mi Lucha» esos tres puntos fundamentales desde 1923; luego los reiteró en 1926; los repitió en innumerables discursos y finalmente los elevó a

política oficial en marzo de 1933, una vez que su nombramiento de Canciller fue ratificado por plebiscito[5].

Stalin sabía desde ese momento a qué atenerse. Trotsky dijo en el destierro que el ascenso de Hitler al poder era motivo suficiente para que la URSS decretara una inmediata movilización militar. Y la movilización se inició, aunque calladamente.

Al mismo tiempo el marxismo internacional se aprestó a agitar masas para utilizarlas en la defensa de la URSS y obtuvo significativos progresos en Francia, Bélgica y España. El Frente Popular conquistó en Francia una aplastante mayoría bajo la inspiración del hábil israelita y maestro masón León Blum. En España la desbordante progresión bolchevique recibió un discreto apoyo de los gobernantes de Inglaterra y Francia, aunque luego fue dominada por la reacción nacionalista encabezada por Franco, que a su vez recibió apoyo de Hitler y Mussolini.

El marxismo internacional se alarmó y movilizó sus contingentes en todo el mundo, en un esfuerzo psicológico para hostilizar al nuevo régimen alemán. La lucha se circunscribía a discursos, propaganda y mutuas recriminaciones, pero ya era el presagio de la gran contienda para la cual estaban forjándose armas y voluntades. Dentro de Alemania misma, el internacionalizado movimiento obrero trató de presentar combate. El partido comunista alemán contaba con dos millones de miembros, además de la parcial adhesión de cuatro millones de socialdemócratas. Aunque severa, la represión no había logrado aniquilar todas las redes ocultas de los organizadores marxistas y éstos prepararon un golpe de Estado en 1935.

Esa fue la más palpable evidencia de que los comunistas de un país son siempre un peligro latente para la Patria, porque en última instancia sus jefes son extranjeros. Naturalmente, las órdenes de éstos no se ajustan al interés de la

nacionalidad de sus súbditos, sino a los fines internacionales que el marxismo persigue.

Curt Riess refiere en «Gloria y Ocaso de los Generales Alemanes» que varios dirigentes comunistas creyeron haberse ganado al general Von Rundstedt, comandante de 16 divisiones, y ofrecieron depositar en un Banco suizo 1.250,000 francos para la rebelión. El 11 de julio (1935) el general Von Witzleben se presentó a nombre de Von Rundstedt a recoger el cheque; tomó fotografías y volvió a depositarlo.

«Al siguiente día —añade Riess— se desató sobre Alemania una ola de detenciones y cayeron presos muchos antiguos dirigentes de federaciones obreras, así como varios políticos que habían combatido en las filas de la oposición al nazismo. En la misma noche los SS (tropas selectas alemanas) hicieron su aparición por las calles, por primera vez desde el 30 de junio de 1934. Inicióse una persecución que en los próximos días alcanzó el máximo de desenfreno. El día 15 —fecha fijada para la insurrección— pasó sin que Rundstedt se levantara en armas».

Y es que Rundstedt, aunque indiferente hacia el movimiento nazi (nacionalsocialismo), había fingido estar de acuerdo con los conspiradores y mantuvo al tanto a Hitler de lo que tramaban. Este acontecimiento destrozó los planes de la Internacional Comunista para frustrar desde la retaguardia la marcha hitlerista hacia el Oriente, o sea hacia la URSS.

Como contrapartida, Berlín acogía a los oposicionistas soviéticos que lograban cruzar la frontera y los alentaba en sus planes encaminados a provocar una revolución antibolchevique en Rusia. Desde 1933 el líder alemán Rosenberg se encargó de celebrar juntas con exiliados rusos, entre quienes figuraba el general Pavel Skoropadsky. La esposa de Rosenberg, una joven rusa llamada Vera Schuster, se hallaba al tanto de estas actividades y a principios de 1936 desapareció misteriosamente. Según dice Curt Riess, las potencias occidentales descubrieron después que la joven era

espía de la policía soviética y que llevó a Moscú pistas precisas de los conspiradores.

La magistral espía soviética no fue el único factor del triunfo del contraespionaje stalinista. Churchill revela en sus Memorias que en el otoño de 1936 Alemania hizo un llamado al presidente Benes, de Checoslovaquia, para que se le uniera en la lucha antimarxista, y le insinuó que algo muy importante iba a ocurrir pronto en la URSS. «Mientras que Benes meditaba acerca de esta sugestión —dice Churchill— se dio cuenta de que estaban cruzándose comunicaciones al través de la embajada soviética en Praga entre importantes personajes rusos y el gobierno alemán. Esto formaba parte de la llamada conspiración militar y de los comunistas de la vieja guardia para derrocar a Stalin... Benes se apresuró a comunicar a Stalin todo lo que había podido saber... Vino después la implacable, pero tal vez no innecesaria purga militar y política en Rusia... No baja de cinco mil el número de funcionarios y oficiales con el grado de capitán para arriba que fueron liquidados».

Para sorpresa de los espectadores del mundo occidental, la «purga» alcanzó a algunos líderes judíos, como Zinoviev y Kamenev. Por segunda vez —después del destierro de Trotsky— pudo creerse en el extranjero que se trataba de una persecución antisemita, pero los acontecimientos posteriores demostraron palmariamente que nada había más falso que esa suposición. El hecho de que entre los eliminados figuraran también funcionarios hebreos que por incapacidad o negligencia habían fracasado en su tarea, era una de las características fanáticas del régimen, mas nada se había modificado en su estructura fundamental. Caían Zinoviev y Kamenev, pero subían sus hermanos de raza Litvinov, Zdanov, Kalinin y Vishinsky. El diluvio de sangre —más de cinco mil ejecuciones según Churchill— acabó con los sueños de los conspiradores rusos, con muchos de los funcionarios incompetentes que no habían advertido el peligro y con el plan alemán para provocar la caída del marxismo soviético mediante un movimiento interior en Rusia.

En esos juicios que costaron la vida a más de cinco mil militares rusos fungió como fiscal el israelita Andrés lanurevich Vishinsky, que posteriormente fue delegado ante la ONU. Y los fusilamientos estuvieron a cargo de la policía mandada por el israelita Heinrich Yago-da, que a su vez fue juzgado incompetente y ejecutado años más tarde por el jefe judío Nicolás Yezov.

Después de esas gigantescas purgas los comisarios judíos afianzaron mejor el control del Ejército Rojo. Y como en todos los países donde una minoría activa y audaz tiene el Poder en la mano, las grandes masas fatalistas del pueblo ruso nada sabían ni podían hacer para modificar su destino. Terminó así en un empate el primer choque indirecto entre el marxismo israelita asentado en la URSS y el nacionalsocialismo que Hitler creó para combatir a aquél.

[1] «A Puertas Cerradas». — Almirante Ellis M. Zachanas, del Servicio Secreto Norteamericano.[2] «La Rusia de Stalin». — Max Eastman, Profesor de Filosofía en la Universidad de Columbia.
[3] Símbolo judío. (Cada punta representa un dominio: el político, el económico, el del proletariado, el de la prensa y el de Palestina. Una sexta punta simboliza el dominio absoluto mundial).
[4] «Tigrocracía Stalíniana». — Pedro González Blanco.
[5] En 1939, recién iniciada la guerra, Hitler dijo que su

mayor error había sido la revelación de su política exterior en su libro "Mi Lucha", en 1923. ("Memorias" de Von Ribbentrop).



Hitler poco después de tomar el poder. Lo acompañan Hess (a su izquierda) y el Gral. Brauchitsch. Forman valla las tropas S.S., de uniforme negro.



CAPÍTULO III
Occidente se interpone
(1933 - 1939)

Lo que Podía Esperarse de Berlín y de Moscú.
Pueblos lanzados a los Brazos de sus Enemigos.
Inglaterra, Valladar Contra la Marcha Hacia Moscú.
El Trono del Oro Empuja a Occidente.
Profundas Raíces en el Alma Colectiva.
Zanjando las Viejas Rencillas con Francia.
El Talón de Aquiles del Nacionalsocialismo.
Despeje del Flanco Derecho.
A Cuatro Horas del Derrumbe Interior.
Cerrojo en el Camino a Moscú.
Engañar es más Eficaz que Dinamitar.

LO QUE PODÍA ESPERAR SE DE BERLÍN Y DE MOSCÚ

Dos ideologías se hallaban frente a frente. De un lado el marxismo con públicas pretensiones de dominio universal. Del otro, el nacionalismo alemán, con específicas y públicas

ambiciones de abatir al marxismo israelita y de crecer territorialmente a costa de la URSS. Francia, Inglaterra, Estados Unidos —todo el Occidente— representaban un tercer grupo de fuerzas. ¿Qué ofrecía el marxismo soviético a estos países occidentales? Sus intenciones eran bien claras y populares: anunciaba la «revolución mundial» para establecer el marxismo en todo el orbe. Es decir, la aniquilación de los sistemas políticos, ideológicos y religiosos que desde hace siglos imperan en Occidente[1].

¿Y cuál era la actitud del nacionalsocialismo alemán frente a los países occidentales? Proponía «zonas de influencia» para cada potencia: Alemania no interferiría los intereses de Estados Unidos en América, ni los de Inglaterra y Francia en sus respectivos imperios coloniales. Pero aniquilaría al marxismo imperante en la URSS y crecería a costa de territorio soviético.

Es decir, las instituciones políticas, ideológicas y religiosas de los países occidentales no solamente quedaban al margen de la lucha de Berlín contra Moscú, sino que indirectamente se fortalecían porque al desaparecer el bolchevismo automáticamente desaparecía el enemigo principal de esas instituciones.

Todo evidenciaba, pues, que si entre el nacionalsocialismo de Hitler y el Mundo Occidental existían discrepancias ideológicas, a la vez había muchos puntos de contacto y hasta de mutua conveniencia. Y en cambio, entre el marxismo de Moscú y los pueblos occidentales sólo existían insalvables abismos de diferencias políticas, ideológicas y religiosas. La forma extraordinariamente sangrienta en que el bolchevismo conquistó y afirmó el poder en Rusia; lo inusitado de sus doctrinas que niegan los principios milenarios de nacionalidad y patria; su mortal encono contra la propiedad privada; su categórica posición ateísta; su implacable persecución religiosa y su declarada ambición de extender estos sistemas a todo el orbe mediante la «revolución mundial» profetizada por Marx, fueron factores más que suficientes para que los

pueblos de Occidente vieran a la URSS con recelo y hostilidad.

¿Cómo fue entonces posible que esos países occidentales no secundaran la acción contra el enemigo común bolchevique?

En menor grado, ¿cómo fue posible que ni siquiera conservaran su neutralidad ante el ataque alemán a esa amenaza común? Y por último, ¿cómo fue posible que dichos países occidentales no reservaran sus fuerzas en expectante espera, a fin de determinar la suerte del mundo una vez que el choque Berlín-Moscú se hubiera decidido en un mutuo destrozamiento?

Todas estas incógnitas se despejan en seguida al observar el desarrollo de los hechos y al ver cómo los países occidentales fueron empujados sucesivamente en favor de los intereses judío-marxistas. Este increíble proceso encierra ya los gérmenes de la terrible crisis que ahora conmueve a la Civilización Occidental. La abrumadora amenaza de hoy comenzó a forjarse en aquel entonces.

PUEBLOS LANZADOS A LOS BRAZOS DE SUS ENEMIGOS

A consecuencia del cataclismo económico que sufrió Estados Unidos en 1929 (el cual muchos peritos atribuyen a los financieros judíos) hubo miles de quiebras, quedaron cesantes once millones de trabajadores, fue devaluado el dólar y perdió fuerza el Partido Republicano, entonces en el poder. En esas circunstancias se presentó la candidatura de Franklin D. Roosevelt, del Partido Demócrata. Roosevelt se hallaba cordialmente relacionado con todas las esferas israelitas, pero como por algunos momentos sus partidarios temieron un fracaso, montaron una campaña de prensa en que se aparentaba que los banqueros de Wall Street eran enemigos de aquél. Por ese solo hecho millares de ciudadanos resentidos contra los autores del cataclismo económico se volvieron a favor de Roosevelt.

Roosevelt llegó al poder y llevó consigo a un grupo de colaboradores llamado el Trust de los Cerebros, encabezado por el banquero israelita J. Warburg. Uno de los primeros actos del nuevo Presidente fue entrevistarse con el ministro soviético de Relaciones, Maxim Litvinov (cuyo original apellido judío era Finkelstein) y luego reconocer al gobierno bolchevique de la URSS, cosa que Estados Unidos se había negado a hacer durante 16 años. Este reconocimiento ayudó incalculablemente al régimen soviético en momentos en que se afrontaba una grave oposición interna debido al hambre que sufría la población rusa.

Al iniciarse las relaciones entre la Casa Blanca y el Kremlin, en septiembre de 1933, Hitler asumía el poder en Alemania, suprimía el Partido Comunista y elevaba sus principios antimarxistas a la categoría de política oficial de su país. William C. Bullit, primer embajador norteamericano en Moscú, revela que el reconocimiento de la URSS se hizo a condición de que ésta dejara de dirigir al Partido Comunista americano. Pero esa condición fue sólo un engaño para suavizar la repugnancia con que la opinión pública de Estados Unidos juzgaba cualquier entendimiento con los preconizadores soviéticos de la «revolución mundial» bolchevique. «No obstante —añade Bullit en La Amenaza Mundial—, en 1935 se reunió en Moscú el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista y asistieron no sólo jefes prominentes de los comunistas norteamericanos, sino que se dieron determinadas direcciones al partido comunista estadounidense... Roosevelt llegó a la conclusión de que el interés de los Estados Unidos exigía ignorar temporalmente la violación del compromiso que Stalin contrajo con él». Así empezó a ser engañada la opinión pública norteamericana...

Entretanto, era una evidencia innegable que Alemania y Rusia marchaban hacia la guerra. Las intenciones antibolcheviques de Hitler, proclamadas desde 1919 y reiteradas en «Mi Lucha», tuvieron una enésima e indudable confirmación en 1934, cuando el señor Messersmith, embajador de Estados Unidos en Austria, comunicó a Washington que Alemania

tenía los ojos fijos en la frontera oriental (hacia la URSS) y que abrigaba «la esperanza de conseguir la Ucrania para el excedente de población alemana». Este testimonio consta en el libro «Paz y Guerra» del Departamento de Estado Norteamericano.
El pueblo estadounidense preveía ese conflicto europeo y deseaba vivamente mantenerse al margen; esta preocupación popular determinó que el Congreso americano prohibiera en agosto de 1935 la venta de armas a cualquier beligerante. Entonces el Presidente Roosevelt inició una intensa propaganda para derogar ese acuerdo y proclamó que Alemania era una amenaza inminente contra los Estados Unidos, Sus discursos fueron subiendo de tono y el 5 de octubre de 1937 llegó a decir que «la situación política del mundo era para causar grave preocupación» y que «el reino del terror y del desafuero internacional había llegado a tales extremos que amenazaba seriamente las bases mismas de la civilización. Advirtió que era insensato creer que América podría escapar de esta amenaza o que no se atacaría al hemisferio occidental»[2]

¿Estaba Roosevelt refiriéndose a la URSS, que preconizaba la «revolución mundial» para establecer el comunismo en todo el mundo? ¿Estaba refiriéndose al marxismo judío empeñado en suprimir toda ideología o religión ajena a él? No, ciertamente; Roosevelt se refería sólo al nacionalsocialismo alemán que se erigía contra el marxismo.

Ya entonces era un hecho palpable que todos los preparativos militares de Alemania se hallaban enfocados a una guerra contra la URSS y que no existía ningún síntoma de que estuviera creando una flota de invasión, ya no digamos para atacar a América, a 7,000 kilómetros de distancia, ni siquiera a la Gran Bretaña a escasos 40 kilómetros de la costa europea. Pero una artificial psicosis de guerra estaba siendo creada como requisito previo de la inconcebible tarea de interponer a Occidente entre Alemania y el marxismo, en provecho exclusivo de este último.

No obstante todos los esfuerzos oficiales para crear y acrecentar esa psicosis, Mister Hull reconoce en «Paz y Guerra» que en 1937 «se desarrolló un considerable sentimiento público en los Estados Unidos que pedía una enmienda constitucional que hiciera necesaria la votación popular como requisito previo a toda declaración de guerra». Requisito tan auténticamente democrático en un asunto tan serio como una nueva guerra, parecía ser lógico en una democracia, pero «tanto el Presidente Roosevelt coma el Secretario de Estado —agrega Hull— expresaron en varias ocasiones su decidida oposición». Mediante resueltos esfuerzos del Presidente, la proposición fue rechazada por el estrecho margen de 209 votos contra 188. En ese mismo año de 1937 —dos años antes de la guerra— el embajador norteamericano William C. Bullit se enteraba de que «fueron cerradas diez mil iglesias en Rusia... Se afirma que la NKVD cuenta en estos momentos con 600,000 hombres.

Hasta el Ejército Rojo —añade en «Amenaza Mundial»— está sujeto a su control. En los campos de concentración y cárceles de la NKVD el número de prisioneros no habrá sido nunca inferior, durante los pasados 15 años, a 10 millones, trabajando medio hambrientos».

El sacerdote Walsh, que formando parte de una misión de ayuda social había estado dos años en la URSS, informó pormenorizadamente a Roosevelt de la forma en que eran perseguidas las religiones en Rusia. Sin embargo un velo de indulgente silencio oficial se tendía sobre estos hechos. Pero muy distinta había sido la actitud de Roosevelt cuando en julio de 1935 las autoridades alemanas habían capturado a varios israelitas conectados con el golpe de estado que von Rundstedt hizo fracasar. Y sobre todo, el disgusto de Roosevelt adquirió proporciones de ira cuando en noviembre de 1938 Alemania impuso una multa de 400 millones de dólares a la Comunidad Israelita, como represalia por el asesinato del diplomático alemán Ernest von Rath, consumado en París por el judío Herschel Grynszpan. Ciertamente que hubo también sinagogas dañadas y cristales rotos en los comercios judíos (tantos que el suceso es

conocido como «la noche de cristal»), pero el gobierno alemán impidió que la indignación degenerara en ataques personales contra los hebreos.

Roosevelt se apresuró entonces a decir (15 de noviembre de 1938): «Apenas puedo creer que esas cosas ocurran en la civilización del siglo XX».

Cosas mil veces peores que multar con 400 millones de dólares a una comunidad judía —poseedora entonces de 3,200 millones de dólares en Alemania— estaban ocurriendo en la URSS; pero de eso no se hablaba. Para la camarilla de Roosevelt era un delito inconmensurable que Hitler enviara a campos de concentración a cientos de agitadores bolcheviques, pero le parecía natural e inobjetable que el Kremlin encarcelara a millones de anticomunistas. A raíz de la multa impuesta a la comunidad judía de Alemania, Roosevelt retiró a su embajador Hugh Wilson y alentó a Inglaterra a declarar combinadamente una guerra comercial contra el Reich.

El primer paso para la ruptura y para la guerra armada se había dado ya.

A continuación Roosevelt agregó que «las tempestades en el extranjero amenazaban directamente a tres instituciones indispensables para los americanos, la religión, la democracia y la buena fe internacional».

Era extraordinario que Roosevelt —masón 33— presentara a Alemania como un peligro para la religión y que nada dijera respecto a la URSS. Berlín acababa de firmar el 20 de julio de 1933 un Concordato con el Vaticano, que incluso concedía libertad completa a las escuelas confesionales, cosa que rige en muy contados países. Además, Hitler proclamaba enfáticamente que «las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo debe respetarlas el Fuehrer político como inviolables... Los partidos políticos nada tienen que ver con las cuestiones religiosas». Y en contraste con todo esto, en Rusia estaba prohibida la enseñanza religiosa para jóvenes que no hubieran cumplido los 18 años, período durante el cual el Estado les inculcaba un profundo sentimiento ateísta,

concretado en la conocida frase leninista de que «la religión es el opio del pueblo».

Era igualmente extraordinario que Roosevelt presentara a Alemania como una amenaza para la democracia y nada dijera de la URSS, en donde el sistema dictatorial era primitivo y sangriento, con el agravante de que no se trataba de una dictadura instaurada pacíficamente mediante plebiscito —corno la de Hitler—, sino mediante purgas sangrientas.

Y también era extraordinario que Roosevelt se refiriera a Alemania como «amenaza a la buena fe internacional» —a pesar de que la política alemana se orientaba específicamente contra la URSS—, y que el propio Roosevelt enmudeciera ante la bien clara intención bolchevique de imponer su sistema de gobierno a todo el orbe. El primer paso en este sentido lo dio el marxismo al integrar la Tercera Internacional Comunista en todos los países de Occidente. Y estas células, avanzadas de la «revolución mundial», ostentaban públicamente los símbolos bolcheviques (bandera roja, hoz, martillo y canto de la Internacional) y recibían instrucciones del Kremlin. Pero todo esto era soslayado deliberadamente por Roosevelt, según refiere el diplomático Bullit, quien durante muchos años fue en Estados Unidos el adalid de los que pugnaban por el reconocimiento de la URSS. Sin embargo, más tarde se alarmó ante la política pro-soviética de Roosevelt.

Si en estos tres puntos —religión, democracia y buena fe internacional— carecía de fundamento la acusación de Roosevelt contra Alemania, en cambio sí era un hecho que en la URSS no se combatía al movimiento político judío (del cual el marxismo ha sido uno de sus más poderosos tentáculos) y en Alemania sí se le exhibía y se le retaba.

La eliminación de contados israelitas durante las «purgas» soviéticas, era sólo un fanático castigo de los timoratos o los incompetentes, pero no un ataque fundamental al movimiento político. Caía el hebreo Kerensky, pero surgía el judío Trotsky; caía Trotsky, pero cobraba más poder el

hebreo Zinoviev; caía Zinoviev, pero se vigorizaban Litvinof, Kaganovich y todos sus colaboradores.

En cambio, el nacionalsocialismo de Hitler sí era enemigo del movimiento político israelita. Por eso un discurso de Hitler condenando las ambiciones de esa conjura causaba más indignación y alarma entre los círculos israelitas, que la eliminación de unos cuantos judíos en Rusia, hecha por otros de su misma raza y en nombre de su propia causa. Según podrá ratificarse luego con innumerables pruebas, Roosevelt se hallaba ligado estrechamente a intereses judíos y era ésta la causa —oculta e inconfesable— de que protestara vehementemente cuando en Alemania rompían los cristales de los comercios judíos y de que a la vez guardara silencio acerca de las matanzas de cristianos que se realizaban en Rusia. En el primer caso se trataba de un incidente incruento, pero de honda significación antisionista, y en el segundo de un fanático afianzamiento del marxismo judío.

Cuando los nazis multaban con 400 millones de dólares a la Comunidad Israelita por el asesinato de un diplomático, Roosevelt se indignaba y decía que apenas podía creerse que tales cosas ocurrieran en el siglo veinte, pero con benevolente silencio, pasaba de largo las matanzas que padecía el pueblo ruso bajo el régimen judío-marxista.

El líder comunista español Víctor Serge huyó de Rusia indignado de esas carnicerías humanas y refirió que muchos de los acusados admitían ser culpables para salvar a sus familias.

«Muchos más —dice en «Hitler contra Stalin»— se indignan y acusan: sus gritos son ahogados en las cárceles o se les fusila sin proceso alguno. El número de fusilados asciende probablemente a cien mil. Jamás ningún Estado ha destruido sus cuadros con semejante ensañamiento y de una manera tan completa. Gobierno y comités han sido renovados por lo menos dos veces en dos años. Tan sólo el Ejército perdió 30,000 de los 80,000 oficiales».

Estos desmanes, peores que apedrear vitrinas, también ocurrían en el siglo veinte, pero a Roosevelt no le parecían increíbles ni condenables. Y es que en realidad nadie podía acusar en esa época a Stalin de atacar básicamente al movimiento israelita.

El periodista norteamericano William L. White acompañó a Eric Johnston, Presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, a una gira por numerosas provincias soviéticas y dio el siguiente testimonio:

«Una de las cosas admirables del régimen soviético es su actitud hacia cualquier forma de prejuicio de raza, que contiene con mano firme sin ocuparse de discutir con el pueblo ruso, en el cual el antisemitismo ha sido tradición de siglos... El Gobierno ha realizado un gran esfuerzo para reducir el antisemitismo, con el resultado de que en Rusia su importancia es similar a la que tiene en Estados Unidos, aunque las condiciones en este sentido no son tan excelentes como las que existen en Inglaterra»[3].

Esa generosidad era explicable porque el judaísmo había participado como factor decisivo en la génesis del régimen bolchevique y seguía siendo su director intelectual. La participación del judaísmo en ese régimen determinó el estrecho entendimiento entre Roosevelt y la URSS y fue asimismo la causa de que los pueblos occidentales —contra sus propios intereses— fueran lanzados a aniquilar a Alemania para salvar al marxismo.

Entre el pueblo norteamericano —amante de la libertad, creyente, respetuoso de la vida humana— y el régimen sanguinario y ateísta de Moscú, no existía ningún punto de contacto. Pero sí lo había entre el marxismo judío del Kremlin y los prominentes israelitas que rodeaban a Roosevelt. La lista es interminable, pero entre los más conocidos e influyentes, figuraron su inseparable consejero Bernard M. Baruch; el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau; James P. Warburg, dueño del Banco Internacional Aceptance Bank Inc., de Nueva York; Félix Frankfurter, Brandéis y Cardozo en el

Tribunal Supremo; Sol Bloom en la Comisión de Relaciones Extranjeras de la Cámara; Samuel Untermeyer en la presidencia de la Federación Mundial Económica Judía, Sam Rosenman, el rabino Stephen Wise y otros muchos. El escritor norteamericano Robert E. Sherwood colaboró íntimamente en la Casa Blanca y refiere[4] que el más cercano colaborador de Roosevelt era Harry Hopkins, educado políticamente por el israelita Dr. Steiner, y fue «la segunda personalidad individual que de hecho dominó en los Estados Unidos durante el más crítico período de la guerra... Hopkins no vacilaba en aprovechar su íntimo contacto con el Presidente para favorecer sus intereses propios o los de las instituciones con las que tenía personal relación... Hopkins fue el hombre que gozó de la máxima confianza de Franklin D. Roosevelt. Por espacio de varios años fue los ojos, los oídos, y las piernas del Presidente, el instrumento casi anónimo de la voluntad de Roosevelt».

Su influencia llegó a ser tan decisiva en asuntos capitales que el general Marshall le confesó a Sherwood que su nombramiento de Secretario de Estado se lo debía «primordialmente a Harry Hopkins». Otro escritor norteamericano, John T. Flynn, revela lo siguiente en «El Mito de Roosevelt»

«Roosevelt compró al pueblo norteamericano con el dinero del propio pueblo y ganó todas las elecciones. Tengo cuatro millones de hombres —decía Hopkins— pero por amor de Dios no me pidás que te diga en qué trabajan... Hopkins fue el instrumento principal de Roosevelt en esta grandiosa empresa de derroche y corrupción. Él organizó el sistema de las limosnas con dinero público, de tal manera hechas que los subsidios sólo les tocaban a los demócratas, a los fieles de Roosevelt que votaban por él... Hopkins se instaló en la Casa Blanca como favorito oficial y fue, después de Roosevelt, el hombre más poderoso de los Estados Unidos». Según Sherwood, Roosevelt pasaba temporadas en la casa de su consejero israelita Bernard M. Baruch, conocido como el

«estadista número uno» y como consejero de presidentes desde la época de Woodrow Wilson. Baruch es jefe del Consejo Imperial de la Gran Masonería Universal. Después de la primera guerra mundial se le acusó a Baruch de haber influido ilegalmente para que el país entrara en la guerra, pero la investigación no prosperó.

Sherwood fue también testigo de que otro israelita: «Sam Rosenman, se movía en el foro del Palacio a guisa de guardia pretoriano. Siempre hubo críticas para aquellas personalidades extraoficiales... Hopkins, Rosenman y yo trabajamos activamente en todos los principales discursos de Roosevelt».
Rosenman, juez de la Suprema Corte del Estado de Nueva York, era el enlace entre la Casa Blanca y los jefes israelitas de Nueva York[5].

Félix Frankfurter, judío nacido en Austria descendiente de rabinos, era también del grupo íntimo e influyente de Roosevelt. Desde muchos años antes se le identificó como decidido partidario del marxismo; dirigía la Harvard Law School, vivero de jóvenes pro-soviéticos a los que luego acomodaba pródigamente en las diversas dependencias de la administración. Además aconsejaba a la «American Civil Liberties Union», que era otro centro de izquierdistas disfrazados.

El influyente juez Brandeis, también judío, mantenía constante contacto con Roosevelt y se afirma que fue el padre intelectual del «New Deal» (plan económico-político de Roosevelt para asegurar sus reelecciones mediante el dinero del pueblo). El rabino Stephen Wise también formaba parte de ese grupo, como que desde septiembre de 1914 había apoyado decididamente a Roosevelt en sus primeros pasos políticos.

Ahora bien, según el árbol genealógico investigado por el Dr. H. Laughlin, del Instituto Carnegie, Franklin D. Roosevelt pertenecía a la séptima generación del israelita Claes Martensen van Rosenvelt, emigrado de España a Holanda en

1620, como consecuencia de la expulsión de los judíos. Este informe fue publicado en 1933 en el «Daily Citizen», de Tucson, Arizona. Posteriormente el «Washington Star» dio una información parecida al morir la madre de Roosevelt, Sarah Delano. Y el israelita A. Slomovitz publicó en el «Detroit Jewish Chronicle» que los antepasados judíos de Roosevelt en el siglo XVI residían en España y se apellidaban Rosa Campo[6].

Roosevelt contaba también con los jefes del movimiento obrero americano, tales como los líderes judíos Sidney Hulmán (CIO). John L. Lewis, Ben Gold, Abraham Flexner, David Dubinsky y otros muchos discípulos del también líder obrerista judío Samuel Gompers, fundador de la American Federation of Labor. El líder Hillman, israelita originario de Lituania y emigrado a los Estados Unidos en 1907, había organizado en 1922 una corporación industrial rusoamericana, en la que su lema era: «Tenemos la obligación moral de ayudar a Rusia a resurgir». Hulmán era aconsejado por el influyente rabino Stephen Wise, según este mismo lo afirma en su biografía «Años de Lucha». Entre los dirigentes de los obreros norteamericanos han figurado siempre muchísimos judíos. La lista ocuparía varias hojas, pero además de los antes nombrados pueden citarse a los muy conocidos Arthur J. Goldberg, Frank Rosenblum, Jacob Potofsky, Dan Tobin, Walter Reuther, Jacob Reuther y Albert Fitzgerald.

Cuando el líder obrero norteamericano John P. Frey denunció ante la comisión parlamentaria de actividades anti-norteamericanas la labor comunista de dichos líderes judíos, fue violentamente censurado por escritores y periódicos prosoviéticos. Y Roosevelt dijo al Senador Martín Dies:

«¿Cómo se le ha ocurrido permitir esta campaña de difamación contra el CIO?... No es absolutamente el caso de dar tanta importancia al comunismo». Por algo el periódico judío «Jewish Life», de Nueva York, había dicho el primero de

mayo de 1939 que «los aliados más fíeles del judaísmo son los partidos comunistas».

Así las cosas, en el fondo resultaba muy explicable por qué Roosevelt pugnaba por alinear a Occidente en defensa de la URSS y por qué alentaba a la juventud norteamericana hacia el marxismo. En el congreso juvenil de Washington, en enero de 1940, dijo:

«Hace ya más de veinte años, cuando la mayoría de ustedes eran unos niños muy pequeños, yo sentía la misma simpatía por el pueblo ruso. En los primeros días del comunismo entendí que muchos de los dirigentes de Rusia estaban proporcionando mejor educación, y mejor salud... Se dice que algunos de ustedes son comunistas. Este adjetivo, hoy, es muy impopular. Como norteamericanos, tienen ustedes, si quieren, perfecto derecho legal y constitucional a definirse como comunistas»[7].

Marx, Engels, Lenin, Kamenev, Zinoviev, Trotsky y los demás adalides israelitas del bolchevismo soviético habían logrado un triunfo sui géneris en la Casa Blanca de Washington, y este triunfo había sido magistral obra de filigranas políticas en las hábiles manos de los israelitas Wise, Baruch, Rosenman y otras eminencias del llamado «poder secreto del mundo». El pueblo norteamericano veía con inquietud que se le quería mezclar peligrosamente en el conflicto europeo y que se le empujaba hacia el campo bolchevique. La política rooseveltiana del «New Deal» se identificaba cada vez más con Moscú. Sherwood refiere que los epítetos «comunista y bolchevique se lanzaban enérgicamente a la faz de la administración rooseveltiana, y sobre todo, a Hopkins. Martín Dies, presidente de la Comisión Investigadora de Actividades Antinorteamericanas, anunciaba en el Congreso que pediría presupuesto para investigar el manejo de fondos y que haría expulsar a Hopkins, a Harold Ickes y a otros comunistas... Cuando se nombró a Hopkins Secretario de Comercio, el “Chicago Tribune” dijo: Esta designación es la más

incomprensible y la menos defendible de cuantas ha hecho el Presidente».

Pero confiado en sus influencias y en las de quienes lo sostenían, Hopkins decía; «Habrá impuestos y más impuestos, gastos y más gastos y seremos elegidos una y otra vez»[8]. Y así fue. Los auténticos intereses del pueblo norteamericano habían pasado ya a un lugar secundario desde el cual no podían normar el destino del país. El Estado judío, dentro del Estado norteamericano, era en ese momento el que imponía el derrotero. Y lo más admirable —por su habilidad política— fue que con el dinero de los propios contribuyentes norteamericanos se compraran indirectamente los votos para las reelecciones de Roosevelt, que garantizaron la continuidad de la influencia, judía, contraria a los mismos contribuyentes. El instrumento de esta maniobra se llamó «New Deal» (Nuevo Trato).

La comisión senatorial de investigaciones antiamericanas, presidida por Martín Dies, conmovió al pueblo con sus denuncias. Había descubierto que funcionaban 10 editoriales que hasta 1938 llevaban distribuidos 15 millones de ejemplares de propaganda pro-soviética y que existían nexos comunistas en numerosos periódicos, en las ligas de nudistas, en sociedades defensoras de negros y hasta en agrupaciones que tendían la mano a los cristianos. El padre Coughlin hablaba por radio para denunciar muchas de estas maniobras. El general Pershing, de la Legión de Antiguos Combatientes, lanzó asimismo una voz de alerta ante la infiltración bolchevique, pero en todas partes había células rojas que ahogaban estas denuncias, y el propio Roosevelt paralizó a la Comisión Dies.

Por ese entonces progresaba en España la rebelión anticomunista, que fue también un reactivo que puso en evidencia las fuerzas mundiales pro-tectoras del marxismo. La Conferencia Central de Rabinos americanos se reunió el 30 de mayo de 1937 en Colombo, Ohio, y declaró: «Esta conferencia expresa su vigorosa condenación de los insurgentes

españoles» Al año siguiente el rabino Stephen Wise abogaba públicamente por los comunistas hispanos. El CIO de los líderes judíos Lewis Hillman, Gold, Dubinsky, etc., promovió la formación de la brigada «Abraham Lincoln», que llevó a 3,200 hombres a pelear en el bando comunista español. En esta brigada pereció el hijo del rabino Levinger. Significativamente, en el comité Central del partido comunista español figuraban como delegados de Moscú los judíos Neuman y Margarita Nelken. Y la Asociación Hispano-Hebraica lanzó una proclama pidiendo que en cada país y en cada ciudad se creara «un Comité de ayuda al pueblo republicano español que lucha por la fraternidad universal». (Y una de las formas de esa lucha fue la de matar a siete mil sacerdotes y religiosos, incluso 12 obispos, según recuento final del que informó monseñor Antoniutti, Nuncio en España).

También es significativo que las logias masónicas españolas fueran la espina dorsal del régimen comunista de Azaña. Durante todo el tiempo de la lucha armada estuvieron gestionando desesperadamente que Roosevelt y su camarilla judía intervinieran directa y decisivamente en la Península, pero el Poder Israelita de la Casa Blanca consideró que una acción de ese género ponía en peligro lo más por lo menos. John M. Cowles, masón de Washington, enviaba fondos a sus hermanos de España y les explicaba que la masa católica norteamericana era todavía un obstáculo muy grande para intervenir en España: «Si los católicos votan en masa por los demócratas, vencen, y si votan por los republicanos, vencen también. Al menos este es el caso general por lo que ambos partidos políticos hacen continuamente lo que pueden por conseguir el voto de los católicos». Esa fue la causa de la neutralidad de Washington durante la guerra de España[9]. Por cierto que el marqués de Merry del Val dirigió una carta a Roosevelt preguntándole por qué no mostraba ninguna compasión hacia los millares de católicos asesinados en España por las brigadas internacionales bolcheviques. Poco antes Roosevelt se había mostrado muy impresionado y altamente indignado cuando los alemanes dañaron

escaparates de judíos, y había retirado su Embajador en Berlín y declarado que apenas podía creer que tales sucesos ocurrieran en el siglo veinte. Del Val le decía que los vidrios rotos en los comercios judíos de Alemania eran cosas «bien pequeñas, por deplorables que sean, al lado de los sucesos de España», hacia los cuales Roosevelt no había mostrado la más ligera desaprobación. Estos también ocurrían en el siglo veinte.

INGLATERRA, VALLADAR CONTRA LA MARCHA HACIA MOSCÚ

Desde antes de la primera guerra mundial Adolfo Hitler pensaba que Alemania debería rehuír el conflicto con Inglaterra y Francia, desistiendo de su expansión en ultramar, a cambio de adquirir nuevos territorios en la Europa Oriental. Consideraba que si Inglaterra —después del aniquilamiento de España y los Países Bajos como potencias marítimas— concentró a principios del siglo XIX sus energías contra Francia, lo hizo exclusivamente porque Napoleón I puso en peligro la hegemonía británica. Y creía que si otra potencia europea volvía a interferir el dominio inglés en las colonias, sería igualmente combatida por la Gran Bretaña. Alemania no debería correr esa aventura.

Años después, ya como jefe del naciente movimiento nacionalsocialista, Hitler repitió muchas veces esa idea en sus discursos, y en 1923 la proclamó así en «Mi Lucha» y acusó categóricamente a la prensa judía de que alentaba en Alemania el rearme naval y luego hacía de esto un motivo de agitación en Inglaterra, a efecto de sabotear la amistad germanobritánica. Agregó que Alemania no debería querellarse más con Inglaterra, sino «hacer frente con fuerzas concentradas» al movimiento judío-marxista y a las masas bolcheviques convertidas en ciego instrumento de éste. Más explícito al escribir en 1926 la segunda parte de «Mi Lucha», Hitler reiteraba así su determinación de no combatir contra el pueblo británico:

«Por propia experiencia sabemos nosotros hasta la saciedad cuan difícil es llegar a reducir a Inglaterra. Aun prescindiendo de esto, yo como germano preferiré siempre, a pesar de todo, ver la India bajo la dominación inglesa que bajo otra cualquiera».

A la luz de esas consideraciones, que eran asimismo proclamadas por el movimiento nazi, no tenía nada de extraño que Hitler tratara de ganarse la amistad de Inglaterra y Churchill aun antes de que llegara a la Cancillería del Reich. Así lo reconoce el propio Churchill en sus memorias:

«El verano de 1932 —un año antes de que Hitler asumiera el Poder y siete años antes de la guerra— estuve en Munich. Fui visitado por Herr Hanfstaengl, enviado de Hitler. Trataba de hacerse simpático. Después de la comida tocó todos los aires musicales de mi predilección. Me dijo que debería conocer al Fuehrer. Hitler venía al hotel todas las tardes y tenía seguridad de que me vería con agrado. En el curso de la conversación se me ocurrió preguntar: ¿Por qué el jefe de ustedes se muestra tan violento con los judíos?... Más tarde, cuando se había vuelto omnipotente, habría yo de recibir varias invitaciones de Hitler. Pero ya entonces habían ocurrido muchas cosas y tuve que excusarme».

Fueron entonces las primeras veces que Churchill dejó a Hitler con la mano tendida. Y no habrían de ser las últimas... La enemistad entre el judaismo y el movimiento nacionalsocialista de Hitler se levantaba como escollo insalvable de la amistad entre Alemania y el pueblo británico. Parecía absurdo e inverosímil, pero así era. Ya en 1920 Henry Ford había hablado en «El Judío Internacional» acerca de la increíble prepon-derancia que los israelitas lograron secretamente en Inglaterra desde media-dos del siglo pasado, cuando el judío Disraeli fue Primer Ministro y jefe político de los conservadores. Después han figurado prominentemente Lord Reading, en el Gabinete; Lord Rotschild, en las finanzas; Lord Northcliffe, o sea Isaac Harmsworth, en la prensa; Harry Pollit y Arthur Horner, en la organización de células comunistas; Norman Montagu, como director del Banco de

Inglaterra; Sidney Silverman en el Parlamento; Samuel Hoare (conocido corno visconde Templewood) en diversos ministerios, y otros muchos. Se considera que cien familias de la alta nobleza británica, en su mayor parte de origen judío, son las que dirigen la política del reino[10].

No era conveniente para el pueblo británico —como ahora puede ver-se palpablemente que no lo fue— que entrara en dificultades con Alemania si ésta quería lanzarse contra la URSS, pero sobre los auténticos intereses del pueblo inglés privaban los intereses del judaísmo. En este punto los británicos se hallaban en idéntica situación que los norte-americanos. El judío se había infiltrado también hábilmente en la Gran Bretaña e hizo de las finanzas uno de los principales reductos, de tal manera que luego su influencia era decisiva. Incluso muchas prominentes familias inglesas han tenido la creencia de que son sucesoras de las doce tribus de Israel, y aunque no lo proclaman públicamente, sus actividades siguen el sendero común del mo-vimiento político-judío. Northcliffe, conocido como el «Napoleón de la Prensa», llegó a controlar los principales diarios británicos y a través de ellos a la opinión pública. Por muchos conductos la mano israelita ha veni-do influyendo en el Parlamento y en la política exterior inglesa. Ese sello, ajeno al pueblo inglés, es el que inspiró el mote de «la pérfida Albión».

Hasta qué grado Churchill encontró apoyo en esas fuerzas invisibles, pero poderosas, para su política exterior que llevaba al Imperio Británico a interponerse en el camino entre Berlín y Moscú, o hasta qué grado Churchill fue ciego instrumento de esas fuerzas, es un punto histórico muy difícil de precisar, pero los acontecimientos demuestran la existencia de ese factor.

Entre los reiterados esfuerzos de Hitler por fincar una firme amistad con Inglaterra figura el Acuerdo Naval Anglo-germano, firmado el 18 de junio de 1935. Según ese convenio, Alemania se comprometía a no construir una flota de guerra que fuera mayor del 35% de la flota británica.

Hitler quería así que la Gran Bretaña continuara siendo la primera potencia marítima, en tanto que Alemania se convertía en una potencia terrestre para luchar contra la URSS. El historiador inglés F. H. Hinsley, de la Universidad de Cambridge, examinó después de la guerra los archivos alemanes y llegó a la siguiente conclusión:

«En particular, (Hitler) no tenía la menor intención de disputar a Inglaterra la supremacía naval... Ninguna de las pruebas de que podemos disponer en la actualidad y que hacen referencia a las negociaciones navales anglogermanas contradicen eso»[11].

Después del acuerdo naval anglogermano, Hitler quiso entrevistarse con el Premier inglés Mr. Baldwin, pero éste dio largas al asunto y no resolvió nada. «Cuando se lo comuniqué así a Hitler —dice Von Ribbentrop en sus 'Memorias'—, su desengaño fue todavía mayor que el mío. Permaneció callado bastante tiempo, después levantó la vista hacia mí. Finalmente me dijo que durante años había tratado de conseguir un entendimiento entre Inglaterra y Alemania, que había resuelto la cuestión de la Flota de un modo favorable para ellos y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa en común con aquel país, pero que por lo visto, Inglaterra no quería comprender su actitud». Sin embargo, en agosto de 1936 Hitler hizo otro intento de acercamiento con la Gran Bretaña y envió a Londres a Von Ribbentrop para que gestionara un pacto de amistad. Ambos confiaban en la buena voluntad del Rey Eduardo VIII, que no simpatizaba con el marxismo y que deseaba un acuerdo con Alemania. Pero precisamente en esos días tomaba fuerza una conjura política para hacerlo dimitir, apoyada en una campaña de prensa por su matrimonio con la señora Simpson. El rey abdicó en diciembre y el pacto de amistad anglogermano no pudo concertarse. Seis años después Hitler dijo en una conversación privada:

«El golpe de gracia para el duque de Windsor creo que fue su discurso a los excombatientes, en el que dijo que la meta de

su vida era la conciliación de Inglaterra y Alemania. Toda la campaña belicista fue montada por Churchill y pagada por los judíos con la colaboración de los Edén, Vansittart y compañía. Los judíos lograron su intentona de apoderarse de toda la prensa. Para agarrar a Rothermere le suprimieron los recursos de la publicidad. Una nación que no elimina a los judíos acaba, tarde o temprano, siendo devorada por ellos». El capitán Russell Grenfell, historiador inglés, considera nefasta para el mundo la obstinación con que Churchill se negó a recibir la amistad que Hitler le brindaba a Inglaterra. Y también juzga absurda la indignación con que Churchill se refería a la «tiranía nazi», al mismo tiempo que cortejaba a la tiranía bolchevique, mil veces peor. («Odio Incondicional». Cap. R. Grenfell).

Una y otra vez era evidente que Alemania no quería conflicto con Inglaterra. En cambio lo quería y lo buscaba específicamente con la URSS. Von Ribbentrop tuvo la oportunidad de ser Ministro de Relaciones antes de ser Embajador de Alemania en Londres, pero le pidió a Hitler este último puesto a fin de hacer esfuerzos personales para estrechar la amistad con los británicos.

Churchill así lo admite en sus Memorias y lo refiere con las siguientes palabras textuales:

«Cierto día en 1937 —dos años antes de que se iniciara la guerra— tuve una entrevista con Von Ribbentrop, Embajador de Alemania en Inglaterra. La conversación duró más de una hora. Ribbentrop era sumamente cortés. La parte medular de su declaración fue que Alemania buscaba la amistad de Inglaterra. Dijo que pudo haber sido Ministro de Negocios Extranjeros en Alemania, pero que había pedido a Hitler que le permitiera venir a Londres a fin de presentar el caso completo a favor de una "entente" y hasta de una alianza anglo-germana. Alemania respaldaría al Imperio Británico en toda su grandeza y extensión. Posiblemente pediría la devolución de las colonias alemanas, pero eso evidentemente no era un punto cardinal. Lo que se requería era que la Gran Bretaña diera a Alemania manos libres en el oriente de

Europa... La Rusia Blanca y la Ucrania eran indispensables para la vida futura del Reich alemán, con más de 70 millones de almas. Nada menos se consideraría suficiente. Todo lo que se pedía de la Comunidad Británica de Naciones y del Imperio en general era una actitud de no intervención».

Una vez más quedó así expuesta la más grave y fundamental decisión de Hitler y de Alemania: atacar a la URSS y arrebatarle la Rusia Blanca y Ucrania para que Alemania —miembro clave de la civilización occidental— creciera a costa del Oriente y no del Occidente.

Churchill dejó una vez más a Hitler con la mano tendida. Su respuesta fue la siguiente, según lo dice en sus Memorias: «Le dije sin vacilar, que estaba seguro de que el Gobierno británico no convendría en dar a Alemania libertad de acción en la Europa Oriental. Era verdad que nos hallábamos en malos términos con la Rusia soviética y que aborrecíamos al bolchevismo tanto como Hitler mismo, pero podía estar seguro de, que aun cuando Francia quedaba salvaguardada, la Gran Bretaña nunca se desinteresaría de la suerte del Continente hasta un extremo que permitiera a Alemania ganar la dominación de la Europa Central y Oriental...

»No estime usted a Inglaterra en menos de lo que vale. Tiene mucha habilidad. Si nos hunden ustedes en otra guerra, hará que el mundo entero se ponga contra Alemania, como la última vez. Al oír esto, el embajador se puso de pie muy acalorado y dijo: Inglaterra podrá ser muy hábil, pero en esta ocasión no colocará al mundo contra Alemania». En este punto Ribbentrop estaba equivocado.

EL TRONO DEL ORO EMPUJA A OCCIDENTE

Había otro factor también interesado en que «el mundo entero» se alineara en contra de Alemania. Ese factor era el Trono del Oro. Ahí el judaísmo se movía con ancestral destreza y mediante abstrusas teorías seudocientíficas disfrazaba su dominio sobre las fuentes económicas. La influencia de ese trono acababa de ser proscrita en Berlín.

Hitler había proclamado que la riqueza no es el oro, sino el trabajo, y con la realidad palpable de los hechos estaba demostrándolo así.

Lentamente iba quedando al descubierto la ruin falacia de que el dinero debe privar sobre las fuerzas del espíritu. El hecho de que así ocurriera no era prueba concluyente de que así debería seguir ocurriendo. La economía nacionalsocialista de Hitler se aventuró resueltamente por un nuevo camino ante los ojos incrédulos del mundo. Había recibido una Alemania exhausta por la última guerra, y de la miseria resurgía como una potencia internacional.

Con un territorio 19 veces mayor que Alemania y con recursos naturales y económicos infinitamente más grandes, Roosevelt no había dado empleo a sus once millones de cesantes. Pese a sus vastos recursos coloniales, los imperios británico y francés tampoco se libraban de ese crimen del trono del oro. En cambio, en la minúscula Alemania, no obstante la carencia de vastos campos agrícolas, de petróleo, de oro y de plata, la economía «nazi» había dado trabajo y pan a los 6.139,000 desocupados que le heredó el antiguo régimen.

Si los sabihondos de la «ciencia económica» erigida en «tabú» alegaban que cierto terreno no podía abrirse al cultivo ni acomodarse ahí determinado número de cesantes, debido a que no había dinero, esto parecía ser una razón suficiente. La economía nazi, en cambio, se desentendía de que en el banco hubiera o no divisas o reservas de oro; emitía dinero papel, creaba una nueva fuente de trabajo, daba acomodo a los cesantes, aumentaba la producción y ese mismo aumento era la garantía del dinero emitido. En vez de que el oro apuntalara al billete de banco, era el trabajo el que lo sostenía. En otras palabras, la riqueza no era el dinero, sino el trabajo mismo, según la fórmula adoptada por Hitler. Si en un sitio había hombres aptos para trabajar y obras que realizar, la economía judaica se preguntaba si además existía dinero, y sin este tercer requisito la obra no se iniciaba y los cesantes permanecían como tales. La economía nazi, en

cambio, no preguntaba por el dinero; el trabajo de los hombres y la producción de su obra realizada eran un valor en sí mismos. El dinero vendría luego sólo como símbolo de ese valor intrínseco y verdadero.

Por eso Hitler proclamó: «No tenemos oro, pero el oro de Alemania es la capacidad de trabajo del pueblo alemán... La riqueza no es el dinero, sino el trabajo». Los embaucadores del trono del oro gritaban que ésta era una herejía contra la «ciencia económica», más Hitler refutaba que el crimen era tener cesantes a millones de hombres sanos y fuertes y no el violar ciertos principios de la seudo-ciencia económica disfrazada con relumbrantes ropajes de disquisiciones abstrusas.

«La inflación —dijo Hitler— no la provoca el aumento de la circulación monetaria. Nace el día en que se exige al comprador, por el mismo suministro, una suma superior que la exigida la víspera. Allí es donde hay que intervenir. Incluso a Schacht tuve que empezar a explicarle esta verdad elemental: que la causa esencial de la estabilidad de nuestra moneda había que buscarla en los campos de concentración. La moneda permanece estable en cuanto los especuladores van a un campo de trabajo. Tuve igualmente que hacerle comprender a Schacht que los beneficios excesivos deben retirarse del ciclo económico.

»Todas estas cosas son simples y naturales. Lo fundamental es no permitir que los judíos metan en ellas su nariz. La base de la política comercial judía reside en hacer que los negocios lleguen a ser incomprensibles para un cerebro normal. Se extasía uno ante la ciencia de los grandes economistas. ¡Al que no comprende nada se le califica de ignorante! En el fondo, la única razón de la existencia de tales argucias es que lo enredan todo... Sólo los profesores no han comprendido que el valor del dinero depende de las mercancías que el dinero tiene detrás.

»Dar dinero es únicamente un problema de fabricación de papel. Toda la cuestión es saber si los trabajadores producen en la medida de la fabricación del papel. Si el trabajo no

aumenta y por lo tanto la producción queda al mismo nivel, el aumento de dinero no les permitirá comprar más cosas que las que compraban antes con menos dinero. Evidentemente esta teoría no hubiera podido suministrar la materia de una disertación científica. Al economista distinguido le importa sobre todo exponer ideas envueltas en frases sibilinas... »Demostré a Zwiedineck que el patrón oro, la cobertura de la moneda, eran puras ficciones, y que me negaba en el futuro a considerarlas como venerables e intangibles; que a mis ojos el dinero no representaba nada más que la contrapartida de un trabajo y que no tenía por lo tanto valor más que en la medida que representase trabajo realmente efectuado. Precisé que allí donde el dinero no representaba trabajo, para mí carecía de valor.

»Zwiedineck se quedó horrorizado al oírme. Me explicó que mis ideas conmovían las nociones más sólidamente establecidas de la ciencia económica y que su aplicación llevaría inevitablemente, al desastre. »Cuando, después de la toma del poder, tuve ocasión de traducir en hechos mis ideas, los economistas no sintieron el menor empacho, después de haber dado una vuelta completa, en explicar científicamente el valor de mi sistema»[12].

«Toda vida económica es la expresión de una vida psíquica», escribió Oswaldo Spengler en «Decadencia de Occidente». Y en efecto, el nacionalsocialismo modificó la economía de la nación en cuanto logró orientar hacia metas ideales la actitud psíquica del pueblo. La falsificación judía de la Economía Política, según la cual el trabajo es sólo una mercancía y el oro la base única de la moneda sana, quedó evidentemente al descubierto.

Muchos incrédulos investigadores fueron a cerciorarse con sus propios ojos de lo que estaba ocurriendo en Alemania. «Radcliffe Collage» de Estados Unidos, envió a Berlín al economista antinazi Máxime Y. Sweezy. Entre sus conclusiones publicadas en el libro «La Economía Nacionalsocialista», figuran las siguientes:

«El pensamiento occidental, cegado por los conceptos de una economía arcaica, creyó que la inflación, la falta de recursos, o una revolución, condenaban a Hitler al fracaso... Mediante obras públicas y subsidios para trabajos de construcción privada se logró la absorción de los cesantes. Se cuidó de que los trabajadores de determinada edad, especialmente aquellos que sostenían familias numerosas, tuvieran preferencia sobre los de menor edad y menores obligaciones... Se desplazó a los jóvenes desocupados hacia esferas de actividad de carácter más social que comercial, como los Cuerpos de Servicio de Trabajo, de Auxilios Agrícolas y de Trabajo Agrícola Anual.

»En el otoño de 1936 ya no existía duda alguna sobre el éxito del primer plan cuatrienal. La desocupación había dejado de ser un problema e inclusive se necesitaban más obreros. El segundo plan cuatrienal quedó bajo la dirección del general Goering, cuya principal meta era independizar a Alemania de todos los víveres y materias primas importadas... Con proteínas de pescado se manufacturaron huevos en polvo; los autobuses fueron movidos por medio de gas; se usó vidrio para fabricar tubería y material aislante; se implantó la regeneración del hule y la purificación del aceite usado y el tratamiento de la superficie de metal contra el moho. Se almacenó aserrín para transformarlo en una harina de madera que también se usó como forraje; el pan se elaboró, en parte, de celulosa; las cubiertas de las salchichas se usaron de celofán; se transformaron las papas en almidones, azúcares y jarabes.

»En Fallersleben se inició la construcción de no sólo la fábrica de automóviles más grande del mundo sino de la fábrica más grande del mundo de cualquier clase. El Volksauto (auto del pueblo) costaría mil ciento noventa marcos (más de dos mil pesos) en abonos de cinco semanarios. »En seis años los nazis terminaron 3,065 kilómetros de carreteras, parcialmente, 1,387 kilómetros más, e iniciaron la construcción de otros 2,499 kilómetros. »La estabilización de precios que resultó de la intervención oficial nazi debe conceptuarse como un éxito notable, único en la historia

económica desde la revolución industrial... Esta experiencia permitió que prosiguiera la guerra sin que el problema de los precios preocupara a Alemania»[13].

¿Cómo había sido lograda esa milagrosa transformación si Alemania carecía de oro en sus bancos, si carecía de oro en sus minas y de divisas extranjeras en sus reservas? ¿De qué misteriosas arcas había salido el dinero para emprender obras gigantescas que dieron trabajo a 6.136,000 cesantes existentes en enero de 1933? ¿Había logrado, acaso, la piedra filosofal buscada por los antiguos alquimistas para transformar el plomo en oro?

La fórmula no era un secreto, pero sonaba inverosímilmente sencilla entre tanta falacia que la seudociencia económica judía había hecho circular por el mundo. Consistía, básicamente, en el principio de que «la riqueza no es el dinero, sino el trabajo». En consecuencia, si faltaba dinero, se hacía, y si los profetas del reino del oro gritaban que esto era una herejía, bastaba con aumentar la producción y con regular los salarios y los capitales para que no ocurriera ningún cataclismo económico.

El investigador norteamericano Sweezy pudo ver cómo se daba ese paso audaz y escribió:

«Los dividendos mayores del 6% debían ser invertidos en empréstitos públicos. Se considera que el aumento de billetes es malo, pero esto no tiene gran importancia cuando se regulan los salarios y los precios, cuando el Gobierno monopoliza el mercado de capitales y cuando la propaganda oficial entusiasma al pueblo».

Sweezy relata también que la economía nazi ayudó a los hombres de negocios a eliminar a los logreros de la industria; se ampliaron las subvenciones para las empresas productoras de bienes esenciales; se implantó un espartano racionamiento y el comercio internacional se rigió a base de trueque. Mediante el Frente Alemán del Trabajo «la ilusión de las masas se desvió de los valores materiales a los valores

espirituales de la nación»; se aseguró la cooperación entre el capital y el trabajo; se creó un departamento de «Fuerza por la Alegría»; se agregó otro de «Belleza y Trabajo»; se implantó el mejoramiento eugenéfico y estético de los centros de trabajo. Para reducir las diferencias de clase, cada joven alemán laboraba un año en el «Servicio de Trabajo» antes de entrar en el ejército; se trasladaron jóvenes de las ciudades a incrementar las labores agrícolas; se movilizó a los ancianos a talleres especiales; a los procesados se les hizo desempeñar trabajos duros; a los judíos se les aisló del resto de los trabajadores, «con objeto de que el contagio fuera mínimo»; y las ganancias de los negociantes se redujeron a límites razonables.

El ex Primer Ministro francés Paul Reynaud dice en sus «Revelaciones» que «en 1923 se trabajaban en Alemania 8,999 millones de horas y en Francia 8,184 millones. En 1937 (bajo el sistema nazi que absorbió a todos los cesantes) se trabajaban en Alemania 16,201 millones de horas, y 6,179 millones en Francia». Como resultado la producción industrial y agrícola de Alemania llegó a sextuplicarse en algunos ramos y así la realidad trabajo fue imponiéndose a la ficción oro. Un viejo anhelo de la filosofía idealista alemana iba triunfando aun en el duro terreno de la economía. En sus «Discursos a la Nación Alemana» Juan G. Fichte había dicho en 1809 que «al alumno debe persuadírsele de que es vergonzoso sacar los medios para su existencia de otra fuente que no sea su propio trabajo».

Naturalmente que esto entraba en pugna con los intereses de una de las ramas judías que halla más cómodo amasar fortunas en hábiles especulaciones, monopolios o transacciones de Bolsa que forjar patrimonios mediante el trabajo constructivo. Esta implacable ambición que no se detiene ante nada ya había sido percibida años antes por el filósofo francés Gustavo Le Bon, quien escribió en «La Civilización de los Árabes»:

«Los reyes del siglo en que luego entraremos, serán aquellos que mejor sepan apoderarse de las riquezas. Los judíos

poseen esta aptitud hasta un extremo que nadie ha igualado todavía».

Ciertamente Hitler repudiaba a esos reyes del oro y desde 1923 había escrito que el capital debe hallarse sometido a la soberanía de la nación, en vez de ser una potencia internacional independiente. Es más, el capital debe actuar —decía— en favor de la soberanía de la nación, en lugar de convertirse en amo de ésta. Es intolerable que el capital pretenda regirse por leyes internacionales atendiendo únicamente a lograr su propio crecimiento. En la democracia la economía ha logrado imponerse al interés de la colectividad, y si para sus conveniencias utilitarias es más atractivo financiar a los especuladores que a los productores de víveres, puede hacerlo libremente. De igual manera puede ayudar más a los capitales extranjeros que a los propios, si en esa forma obtiene dividendos mayores. El bien de la patria y de la nacionalidad no cuentan para nada en la «ciencia económica» del Reino del Oro.

Naturalmente, ese egoísmo practicado y propiciado por el judío fue barrido implacablemente en Alemania. Y una vez afianzada la economía nacionalsocialista, Hitler pudo anunciar el 10 de diciembre de 1940:

«Estoy convencido de que el oro se ha vuelto un medio de opresión sobre los pueblos. No nos importa carecer de él. El oro no se come. Tenemos en cambio la fuerza productora del pueblo alemán... En los países capitalistas el pueblo existe para la economía y la economía para el capital. Entre nosotros ocurre al revés: el capital existe para la economía y la economía para el pueblo, Lo primero es el pueblo y todo lo demás son solamente medios para obtener el bien del pueblo. Nuestra industria de armamentos podría repartir dividendos del 75, 140 y 160 por ciento, pero no hemos de consentirlo. Creo que es suficiente un seis por ciento... Cada consejero —en los países capitalistas— asiste una vez al año a una junta; oye un informe, que a veces suscita discusiones. Y por ese trabajo recibe anualmente 60,000, 80,000 ó 100,000 marcos.

Esas prácticas inicuas las hemos borrado entre nosotros. A quienes con su genio y laboriosidad han hecho o descubierto algo que sirve grandemente a nuestro pueblo, les otorgamos —y lo merecen— la recompensa apropiada. ¡Pero no queremos zánganos!»

Muchos zánganos de dentro y de fuera de Alemania se estremecieron de odio y de temor.

Así se explica por qué el 7 de agosto de 1933 —seis años antes de que se iniciara la guerra— Samuel Untermeyer, presidente de la Federación Mundial Económica Judía, había dicho en Nueva York durante un discurso:

«Agradezco su entusiasta recepción, aunque entiendo que no me corresponde a mí personalmente sino a la "Guerra santa" por la humanidad, que estamos llevando a cabo. Se trata de una guerra que debe pelearse sin descanso ni cuartel, hasta que se dispersen las nubes de intolerancia, odio racial y fanatismo que cubren lo que fuera Alemania y ahora es hitlerlandia. Nuestra campaña consiste, en uno de sus aspectos, en el boicot contra todas sus mercancías, buques y demás servicios alemanes... El primer Presidente Roosevelt, cuya visión y dotes de gobierno constituyen la maravilla del mundo civilizado, lo está invocando para la realización de su noble concepto sobre el reajuste entre el capital y el trabajo»[14].

Es importante observar cómo seis años antes de que se encontrara el falso pretexto de Polonia para lanzar al Occidente contra Alemania, ya la Federación Mundial Económica Judía le había declarado la guerra de boicot. La lucha armada fue posteriormente una ampliación de la guerra económica.

Carlos Roel añade en su obra citada:

«La judería se alarmó, pues siendo el acaparamiento del oro y el dominio de la banca sus medios de dominación mundial, significaba un grave peligro para ello, el triunfo de un Estado que podía pasarse sin oro, y además, desvincular sus

instituciones de crédito de la red internacional israelita, ya que muchos otros se apresurarían a imitarlo. ¿Cómo evitar ese peligro? No habría sino una forma: aniquilar a Alemania». Agrega que esos amos del crédito realizan fabulosas especulaciones a costa del pueblo; fundan monopolios y provocan crisis y carestías. Y como están en posibilidad de elevar o abaratar los valores de Bolsa a su arbitrio, sus perspectivas de lucro se vuelven prácticamente infinitas. También Henry Ford habla de esto y refiere cómo los americanos fueron testigos durante 15 meses de una de esas típicas maniobras: «El dinero —dice— se sustrajo a su objetivo legal y fue prestado a los especuladores al seis por ciento, quienes a su vez volvieron a prestarlo al 30%». Era, pues, tan bonancible la situación de los reyes del oro, que naturalmente se aprestaron con odio incontenible a combatir al régimen nazi. El ejemplo de éste desacreditaba la sutil telaraña de seudociencia económica tras la cual se hallaban apostados los magnates judíos al acecho de sus víctimas.

El sistema alemán de comerciar internacionalmente a base de trueque y no de divisas era también alarmante para esos profesionales especuladores. En respuesta a las críticas contra el trueque, Hitler dijo el 30 de enero de 1939:

«El sistema alemán de dar por un trabajo realizado noblemente un contrarrendimiento también noblemente realizado, constituye una práctica más decente que el pago por divisas que un año más tarde han sido desvalorizadas en un tanto por ciento cualquiera[15].

»Hoy nos reímos de esa época en que nuestros economistas pensaban con toda seriedad que el valor de una moneda se encuentra determinado por las existencias en oro y divisas depositadas en las cajas de los bancos del Estado y, sobre todo, que el valor se encontraba garantizado por éstas. En lugar de ello hemos aprendido a conocer que el valor de una moneda reside en la energía de producción de un pueblo». La demostración de ese principio ponía automáticamente en

evidencia el engaño que padecían otros pueblos. El judaísmo se sintió así herido en dos de sus más brillantes creaciones: en el Oriente, su Imperio marxista se hallaba en capilla; en el Occidente, su sistema económico supercapitalista de especulaciones gigantescas estaba siendo desacreditado ante los ojos de los pueblos occidentales que eran sus víctimas. Y de ahí nació la entonces tácita alianza entre el Oriente y el Occidente para aniquilar a la Alemania nazi. Ni los yugoeslavos, ni los belgas, ni los franceses, ni los ingleses, ni los americanos, tenían por qué lanzarse a esa lucha, mas para los intereses israelitas era indispensable empujarlos. ¡Con los mismos pueblos que en cierto modo eran sus víctimas, el judaísmo político iba a afianzar su hegemonía mundial!

Henry Ford escribió en 1920 que «existe un supercapitalismo que se apoya exclusivamente en la ilusión de que el oro es la máxima felicidad. Y existe también un supergobierno internacional cuyo poderío es mayor que el que tuvo el Imperio Romano».

Pues bien, ese supergobierno iba a realizar la fabulosa tarea de lanzar a los pueblos occidentales a una guerra que era ajena a los intereses de esos pueblos e incluso perjudicial para ellos.

PROFUNDAS RAICES EN EL ALMA COLECTIVA

Las realizaciones del nacionalsocialismo eran la cúspide de una montaña de fuerzas psicológicas que asentaban sus cimientos en el alma colectiva del pueblo alemán. Aunque los gobiernos influyen en los pueblos y los encauzan, es el alma de la nación la que les infunde o no el toque de grandeza. Cuando ese espíritu falta, las instituciones son simples «gerencias» administrativas, más o menos toleradas o más o menos populares, pero carentes del fuego que arde en los movimientos históricos que graban épocas milenarias en el Destino de los pueblos.

El movimiento nazi encontró cualidades populares— rezumadas a través de siglos y de generación en generación— que hicieron posibles sus centelleantes realizaciones. No era, por tanto, un movimiento de exportación. Muchos años antes había comenzado a abonarse el terreno mediante la típica disciplina alemana en la escuela y el cuartel. De ella nacieron o se acrecentaron en Alemania las cualidades de orden, de atención concentrada, de paciencia y de minuciosidad. Desde siglos antes el servicio militar había inculcado reverente culto por la Patria y la nacionalidad; las universidades habían abierto todas las puertas del conocimiento humano a una enorme masa de ciudadanos. Hitler se encontró así a un pueblo culto, pero que gracias a sus reservas vitales —y al ejercicio de la fuerza de voluntad desde la escuela hasta el cuartel— no había caído en la degeneración libresca del intelectualoide que repudia la acción, el esfuerzo, el sacrificio y la disciplina. Este último disfraza su pereza con sapiencia, pero en vez de una acción sostenida sólo realiza un estéril mariposeo de idea en idea.

Por otra parte, la dictadura de Hitler en Alemania tenía un significado muy distinto a las dictaduras habidas en otros países, donde los dictadores imponen su dominio y el de su camarilla, pero no imponen métodos para realizar ideales. Es esta una fundamental diferencia.

Cuando un pueblo ansía sustraerse al dominio de un grupo político, ese anhelo es una fuerza libertadora. Por eso Spengler dice que en esencia «la libertad tiene algo de negativo; desata, liberta, defiende; ser libre es siempre quedar libre de algo». Pero en Alemania nacionalsocialista el pueblo no deseaba sustraerse a su ideal de grandeza y a su aspiración de adquirir espacio para vivir. No deseaba libertarse de su ideal nacionalista; y supuesto que Hitler implantaba una dictadura para realizar esos ideales, el pueblo estaba con él. La dictadura la llevaba el pueblo en su propia alma y era la dictadura de sus ideales. Por eso Hitler —que fue símbolo viviente y bandera humana de esos anhelos — arrastró multitudes.

Esto constituía la característica específica, diacrítica, propia, de la dictadura nacionalsocialista. La dictadura es un instrumento, no una «cosa en sí»; puede ser buena o mala, querida u odiada, según el fin a que se oriente. 458 años antes de nuestra Era, cuando los romanos se hallaban aflictivamente sitiados por los ecuos, recurrieron a Lucio Quincio Cincinato y lo nombraron dictador. Cincinato organizó nuevos ejércitos, restableció la confianza y derrotó a los ecuos.

Frecuentemente se ha visto en la historia que los pueblos en zozobra recurren a la voluntad de un hombre para encontrar su propio camino y cuando en esos momentos aflictivos hallan a ese hombre resuelto a asumir la responsabilidad de todos, la tensión disminuye y la esperanza resurge. La dictadura es una necesidad esporádica en la historia de la humanidad. Si en el caso de Alemania se la vilipendió tanto, fue por intereses partidistas, más no porque en realidad fuera un régimen contrario a la voluntad popular.

La dictadura nazi irrumpió duramente en la vida de Alemania. Hitler mismo lo advirtió así: «El nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de quietud; no es una doctrina de goce, sino de esfuerzo y de lucha». Y sin embargo halló adhesión entusiasta porque no era molicie lo que el pueblo deseaba. Así lo revelaban ya los pensadores alemanes después de 1918 al quejarse de que «ahora vivimos el happy end de una existencia sin contenido, a través de cuyo aburrimiento la música de jazz y los bailes negros entonan la marcha fúnebre de una gran cultura. Hacemos el muerto como insectos humanos». (Spengler). Pero a partir de 1933 en que los nazis adquirieron el poder, la disciplina y el esfuerzo fueron materializando nuevas instituciones y poniendo en juego las inactivas energías de la nación. Se establecieron centros juveniles como el de Sonthofen, para crear jóvenes «rectangulares de cuerpo y alma». «Los hombres no deberán preocuparse más de la selección de perros, caballos y gatos, que de levantar el nivel racial del hombre mismo».

Ciertos observadores extranjeros se escandalizaban —quién sabe por qué— de que en las escuelas alemanas se les inculcara a los educandos: «muchachos; tienen que ser duros y resistentes... duros como el acero; ¡el Fuehrer lo quiere!» Desde los catorce hasta los 18 años los muchachos alemanes pertenecían a la Juventud de Hitler, dotada de secciones de aviación, de fusileros, etc., y se les impartían conocimientos de política que en otros países difícilmente logran incluso los adultos.

Contra la internacionalización del obrero proclamada por el marxismo se instituyó el Frente de Trabajo y se alentó el sentimiento de la comunidad nacional. El trabajador no era ni un paria respecto a las demás clases ni un privilegiado aristócrata de overol. El frente del trabajo imponía al patrón «el deber de ser considerado y justo con el obrero». Para esto funcionaba el Tribunal de Honor Social, pero naturalmente su eficacia no se fincaba sólo en bellos reglamentos, sino en la espontánea disposición de patrones y obreros a cooperar al resurgimiento de la nación. La indemnización por despidos injustos ascendía a un año de salario. Pero más que las sanciones, lo que acercaba a las diversas clases y las fundía en un mismo bloque de trabajo era el ideal de una patria grande. Despertar estas fuerzas psicológicas tiene mucho más valor en la práctica que expedir leyes cuya evasión es siempre factible.

En tres años se construyeron en las ciudades 701,552 viviendas populares, con alquiler no mayor de la quinta parte de los ingresos del inquilino. Para evitar amontonamientos deprimentes las viviendas eran de una sola planta y tenían jardín. Además, el Frente del Trabajo terminó en dos años 21,301 casas de colonos y 59,000 más se hallaban en construcción[16].

El Frente cuidaba también de los obreros temporales como los de la construcción, que incluso tenían derecho a vacaciones. «El número de obreros con derecho a vacación en Alemania es más del doble del de los demás países. El promedio de

vacaciones es también mayor... Una dependencia del FAT, la Fuerza por la Alegría, atiende a la inversión del ocio. Ningún otro Estado presenta una institución de recreo semejante. Más de 5 millones de personas que no habían salido o habían salido raramente de los muros de su ciudad, han podido conocer lo más hermoso de la patria alemana»[17].

Las crecidas utilidades obtenidas por un sector no se interpretaban como síntoma de auge nacional, sino como una irregularidad económica que debía ser corregida en beneficio del bienestar colectivo, pues «la economía próspera debe apoyarse en un alto nivel de vida de la masa».

En la obtención de trabajo era factor decisivo el número de miembros de la familia. Y el seguro social, establecido por Bismarck en 1880, alcanzó en 1937 el primer lugar del mundo. La beneficencia pública recurría a la colecta del Plato Único en la comida del domingo; lo economizado por cada ciudadano se destinaba a ayudar a la colectividad. En tres años las colectas ascendieron a 1,095 millones de marcos.

Hitler no quería —dice el Dr. Rauecker— que esto fuera sustituido por impuestos, pues sostenía que «el sentimiento de responsabilidad social del individuo no debe debilitarse por medio del impuesto». En vez de una ayuda mecanizada y forzosa se apelaba a los sentimientos de camaradería y justicia. Carlos Roel cita —«Hitler y el Nazismo»— que el departamento de Fuerza por la Alegría, cuya tarea consistía en hermosear el medio ambiente de los obreros en las fábricas y hacerles su tarea menos fastidiosa, les decía: «No prometemos las utopías del marxismo. No; nosotros decimos al hombre que trabaja y crea, que la vida es dura y está llena de dificultades de las cuales no podemos librarlo, porque no hay poder en el mundo capaz de ello. Le decimos, empero, que lo esencial no es que desaparezcan los inevitables trabajos del hombre, sino que éste tenga la fuerza suficiente para afrontarlos. Y esa fuerza queremos dársela por medio de la alegría y la comunidad».

Todo este movimiento constructivo era naturalmente contrario a la demagógica agitación marxista que divide en vez de unir y que Oswaldo Spengler sintetiza así en «Años Decisivos»:

«Para el comunismo no se entiende por pueblo a la nación toda, sino a la parte de la masa ciudadana que se rebela contra la Comunidad. El trabajador pasa a ser el obrero propiamente dicho, el sentido y el fin de la historia, de la política y de la preocupación pública. Se olvida que todos los hombres trabajan y que hay otros que rinden más: el inventor, el ingeniero, el organizador. Pero nadie se atreve ya a acentuar la categoría, la calidad de un rendimiento. Sólo el "trabajador" halla compasión, sólo él es auxiliado, protegido y asegurado. Más aún, es elevado a la categoría de santo e ídolo de la época. El mundo gira en torno suyo, todos los demás son haraganes; sólo él no... Los representantes del pueblo viven de esta leyenda, han acabado por persuadir de ello a los propios asalariados, quienes se sienten realmente maltratados y miserables, hasta perder todo criterio de su verdadero valor. El que ha provocado esto no es el trabajador, sino el vagabundo, como se le llama en la correspondencia entre Marx y Engels... Ninguno se atreve ya a declarar que quiere representar a otras partes de la nación que al obrero. A éste lo tratan como clase privilegiada, por cobardía o en espera de éxitos electorales».

Pero volviendo al examen de lo que era el Estado Nazi cabe citar que en el ramo de la producción intelectual se publicaron... 25,439 libros tan sólo en 1938, según dice el investigador americano Máxime Y. Sweezy, en «La Economía Nacionalsocialista».

Refiriéndose a las realizaciones de su régimen, Hitler pudo anunciar el 30 de enero de 1939:

«Esquilmado por el resto del mundo durante 15 años, cargado de de-udas enormes, sin colonias, el pueblo alemán es alimentado y vestido y no tiene cesantes. Y la pregunta es: ¿Cuál de las sedicentes grandes democracias estaría en condiciones de lograr una cosa tan difícil?»

Esta era una respuesta a la campaña que se había iniciado en Occidente contra Alemania, pero Hitler quiso enfatizar que se trataba de una simple réplica, y precisó: «No exportamos el nacionalsocialismo ni tenemos motivos para combatir a otros pueblos porque sean demócratas».

Cada nación es libre de escoger su propio sistema de gobierno; al reconocer esa libertad para los demás, Alemania reclamaba igual derecho para sí.

ZANJANDO LAS VIEJAS RENCILLAS CON FRANCIA

Al finalizar la primera guerra mundial, Alemania fue mutilada y reducida a 472,000 kilómetros cuadrados (la cuarta parte de México), y perdió el dominio sobre 6 millones y medio de alemanes, los cuales en contra de su voluntad fueron anexados a otros países.

Además, se la obligó a desmilitarizar el Sarre y la Renania. Que un país se vea forzado a prescindir de la soberanía nacional, aun dentro de sus propias fronteras, es un hecho humillante que no puede durar indefinidamente. Por eso en enero de 1935 se efectuó un plebiscito en el Sarre para saber si la población alemana quería seguir perteneciendo a Alemania o no. La respuesta fue afirmativa en un 90% (477,000 contra 48,000 votos) y en consecuencia se restableció la soberanía nacional alemana sobre aquella zona del país que había estado siendo administrada con intervención de Francia. Con tal motivo, Hitler anunció el 15 de ese mes:

«Compatriotas alemanes del Sarre: su decisión me da hoy la posibilidad de declarar que una vez efectuada su reincorporación al territorio del Reich, Alemania no hará ya ninguna reclamación territorial más a Francia. Esta es nuestra contribución histórica y de sacrificio en pro de la tan necesaria pacificación de Europa. Nosotros no luchamos hoy por una posición de poderío mundial; luchamos simplemente por la existencia de nuestra patria, por la unidad de nuestra nación y por el pan cotidiano para nuestros hijos. Si partiendo de este punto de vista tratamos de buscar aliados en Europa,

sólo dos Estados deberán tomarse en cuenta: Inglaterra e Italia».

Hitler refrendaba así su propósito de no buscar querella con Occidente. Desde el 2 de noviembre de 1933 el embajador alemán en Washington, Luther, había notificado al Departamento de Estado que Hitler prometía no pedir jamás la devolución de Alsacia y Lorena, provincias que en la guerra de 1914 le fueron quitadas al Reich y anexadas a Francia. Sin embargo, ese propósito de zanjar dificultades con Francia tuvo inmediatamente después una hostil respuesta por parte de los gobernantes franceses, quienes el 2 de mayo (1935) concertaron un tratado con la URSS para cercar a Alemania.

Otro convenio semejante fue firmado el día 16 entre Checoslovaquia y Rusia. No obstante, Hitler continuó su política de acercamiento con Francia e Inglaterra.

El 7 de marzo de 1936 Alemania dio otro paso más para recuperar su soberanía dentro de sus fronteras y militarizó su propio territorio de la Renania. El acuerdo adoptado en 1918 para que Alemania no tuviera soldados en esa provincia suya, no podía ser sino una medida transitoria de emergencia, pero no una claudicación definitiva. ¿Podrían tolerar indefinidamente otros países la exigencia de no tener tropas en determinadas regiones de su propio suelo?

Pero tal acontecimiento fue difundido en el mundo entero como principio de una espantosa amenaza sobre Occidente. El 31 de marzo de 1936 Hitler anunció su plan de paz, significativamente dirigido al Mundo Occidental; pedía igualdad de derechos para todos los países europeos y prometía que Alemania respetaría las fronteras en el Oeste.

Nada remotamente parecido ofrecía respecto a las fronteras de Oriente, concernientes a la URSS. En noviembre de ese mismo año hizo más patente su actitud antibolchevique y firmó el Pacto Antikomintern con el Japón, al cual Mussolini se adhirió un año más tarde. Francia e Inglaterra tenían así pruebas inequívocas de que Hitler no marchaba contra ellas, sino contra Moscú.

Una vez resuelto que el Sarre y la Renania (por ser provincias alemanas), quedaban sujetas al control soberano del Estado alemán, la atención de Hitler se volvió hacia su provincia natal de Austria, cuya unificación con Alemania era un viejo sueño de la población germana. En efecto, al finalizar la primera guerra mundial, la Asamblea Nacional Austríaca había decidido el 12 de noviembre de 1918 que Austria se incorporaría a la comunidad de Estados Alemanes. Pero este acuerdo fue inmediatamente contrarrestado por las potencias aliadas, las cuales prohibieron esa fusión, según el artículo 88 del Tratado de Paz de Saint-Germain. Tal prohibición violaba el principio de la libre autodeterminación de los pueblos, proclamado por los propios aliados.

La asamblea Nacional Austríaca protestó porque no se le permitía su unión con Alemania, pero su protesta fue desoída. Tres años después, en 1921, la Asamblea Nacional Austríaca organizó un referéndum en el que cada ciudadano contestaría a la siguiente pregunta: «¿Debería el Gobierno Federal solicitar el permiso del Consejo de la Liga de las Naciones para la unión de la República Austríaca con el Reich Alemán?» Inmediatamente Francia y Yugoslavia hicieron presión para que el plebiscito se suspendiera, de tal manera que sólo pudo realizarse en el Tirol y en Salzburgo, con 243,848 votos en favor de la unificación y 2,682 en contra.

Lazos de sangre, de idioma, de religión, de costumbres, de confraternidad en las armas, hacían de Austria esencialmente una provincia alemana. El hecho mismo de que Hitler, austríaco, hubiera sido elevado en 1933 a la categoría de Fuehrer de Alemania, era la mejor demostración de que no se trataba de dos pueblos, sino de uno solo —el pueblo alemán— cuya total unificación reclamaba la incorporación de Austria.

A principios de 1938 hizo crisis el deseo popular de que Austria se incorporara a la comunidad de Estados Alemanes.

Entonces el Canciller austríaco Schuschnigg, aconsejado por el Ministro francés Puaux, lanzó sorpresivamente una convocatoria para realizar un plebiscito en el término de tres días. Como no había padrones recientes y una gran parte de

la población creyó que se trataba de una maniobra fraudulenta, comenzaron a ocurrir desórdenes y manifestaciones.

Hitler pidió que el plebiscito se pospusiera a fin de que se le preparara convenientemente, y al no conseguirlo ordenó que las tropas entraran en paz entraran en Austria. Esto ocurrió el 12 de marzo (1938) y la población recibió con frenéticas muestras de simpatía a sus hermanos del Norte. Ese mismo día Hitler llegó a Viena. El antiguo ejército austríaco desfiló junto con sus compatriotas del 8o. ejército alemán al mando del general Von Bock.

[1] «La Revolución Comunista, por consecuencia, no será una revolución puramente nacional. Se producirá al mismo tiempo en todos los países civilizados... Será una Revolución mundial y deberá tener, en consecuencia, un terreno mundial». — Principios de Comunismo. —Engels. — 1848.
[2] Paz y Guerra. — Cordell Hull, Secretario de Estado Norteamericano.
[3] Mi Informe Sobre los Rusos. — William L. White.
[4] Roosevelt y Hopkins. — Robert E. Sherwood.
[5] En Nueva York se encuentra el Kahal, gobierno judío, y el Templo Emanu-El, Sinagoga Catedral del país. En 1900 había 500,000 hebreos en Nueva York, y en 1937 ascendían a 2.035,000, sin contar los que se ocultan bajo otra nacionalidad postiza.
[6] El historiador judío Emil Ludwíg admite (en su libro «Vida de Roosevelt») que Franklin D. Roosevelt era descendiente del israelita Claes Martensen, emigrado de Holanda a E.U. en 1650.
[7] En esa época la mano pro-soviética de Roosevelt logró asimismo un artificial florecimiento del marxismo en

Latinoamérica. Sin el apoyo de las esferas oficiales hubiera sido imposible ese brote comunista en el Continente, como el del cardenismo en México.

[8] Roosevelt y Hopkins. — Por Robert E. Sherwood.

[9] Lo que España debe a la Masonería. — Eduardo Comín, Prof. de la Escuela General de Policía de Madrid.

[10] En 1291 los judíos fueron expulsados de Inglaterra, por considerárseles dañinos para la nación. En 1649 Menaseben Israel gestionó y obtuvo autorización para que regresaran, y desde entonces pudieron establecerse libremente en todas las ciudades británicas.

[11] «Hitler no se Equivocó». — F. H. Hinsley, Profesor de Historia de la Universidad de Cambridge.

[12] Conversaciones de Hitler Sobre la Guerra y la Paz. — Martín Bormann.

[13] Durante cinco años de guerra el costo de la vida en Alemania subió un doce por ciento, y los salarios en un once por ciento.

Alemania gastó en la guerra (sin incluir indemnizaciones a los aliados) 670,000 millones de marcos, aproximadamente dos billones y diez mil millones de pesos mexicanos. (El equivalente del presupuesto actual de México en 251 años).

[14] Hitler y el Nazismo.—Carlos Roel.

[15] Años más tarde Latinoamérica y otros países conocieron en carne propia tales especulaciones, pues habiendo vendido materias primas a equis precio, una desvalorización forzosa de sus divisas hizo que el beneficio de tales ventas disminuyera en casi un 50%.

[16] Acerca de construcciones de casas, Hitler proyectaba: «No solamente hace falta que los jardines de la infancia estén

próximos a las casas... Nada de basuras que bajar, nada de combustibles que subir. Hay que conseguir incluso que el timbre del despertador ponga en movimiento el aparato eléctrico que hacer hervir el agua del desayuno. Tengo un hombre, Robert Ley, a quien bastará que confíe esta misión. Una señal, y lo pone todo en marcha».

[17] La política Social en la Nueva Alemania. Dr. Bruno Rauecker. (1937).



Hitler es recibido en Viena al consumarse la unión de Austria. El hecho de que Hitler, austriaco, hubiera sido elevado a la categoría de jefe de Alemania, era la mejor demostración de que se trataba de un solo pueblo.

En 1912, siendo un muchacho de 23 años, Hitler «aspiraba a estar entre aquellos que tendrían la suerte de vivir y actuar allí donde debía cumplirse un día el más fervoroso de los anhelos de mi corazón: la anexión de mi

querido terruño a la patria común: el Reich Alemán». Y 26 años más tarde, ya como Fuehrer, Hitler proclamaba en Viena el 15 de marzo de 1938:

«Es esta la hora más feliz de mi vida, en la que puedo anunciar a la Historia, como Presidente y Canciller de la Nación Alemana y del Reich, la incorporación de mi país natal al Reich Alemán. Alemania, pueblo alemán, partido Nacional Socialista ¡salud y victoria!»

El diplomático Von Papen, en muchos aspectos opositor a Hitler, refiere así aquellos momentos:

«La fantástica ovación había llevado a estos jefes de partido, ya cur-tidos, a un estado de éxtasis. Era una experiencia extraordinaria, y la repetición incesante del grito triunfal: "¡Heil, Heil, Sieg Heil" sonaba en mis oídos como un toque de somatén. Cuando Hitler se volvió hacia mí para hablarme, su voz parecía ahogada por sollozos: ¡Qué tarea inmensa tenemos ante nosotros, Herr von Papen; nunca debemos separarnos hasta que nuestro trabajo esté terminado!». Aunque fotografías y noticieros de las más diversas fuentes captaron como testimonio viviente el júbilo con que la provincia austríaca se adhería a la comunidad alemana, y aunque los corresponsales extranjeros informaron de ese estado de ánimo, una corriente propagandística mundial no tardó en referirse a Austria como a un país inicuamente sojuzgado, aunque quedaba sin explicación el hecho de que los «sojuzgados» aclamaran gozosos en las calles a sus «sojuzgadores» y de que no hubiera ni un tiro, ni un acto de sabotaje, ni una protesta.

El plebiscito efectuado el 10 de abril de ese mismo año de 1938 arro-jó un resultado de 4.273,000 votos en favor de la fusión y 11,000 en contra.

La incorporación de Austria a Alemania era mil veces menos objetable y discutible que la anexión de Georgia, Azerbaiján, Armenia, Kaskastán, Uzbakistán, Turkmenia, Tadjikia y Kirghisia a la URSS, ya que estas ocho provincias o países soberanos totalizaban 25 millones de habitantes que en su

mayoría ni siquiera hablaban el ruso. Entre ellos y sus anexadores no había lazos de sangre, ni de religión, ni de costumbres. Su incorporación no fue en todos los casos pacífica e incruenta, sino realizada bajo el persuasivo recurso del terror y de las «purgas».

No obstante, un discreto manto de silencio, apenas descorrido en esporádicos y comedidos relatos «objetivos», había solapado la expansión de la URSS, en contraste con la forma sensacionalista y capciosa con que se pretendía hacer del caso austríaco un motivo de agitación mundial contra Alemania.

Y es que estaba ya erigiéndose el escenario para lanzar a Occidente a una guerra ajena y hasta perjudicial a sus intereses.

EL TALÓN DE AQUILES DEL NACIONALSOCIALISMO

El nacionalsocialismo había surgido como la llama de un movimiento ideológico opuesto al marxismo-israelita. Sus enemigos naturales eran Moscú y los círculos judíos de Occidente. Estos se hallaban empeñados tanto en ayudar a la URSS como en evitar que el nacionalsocialismo siguiera poniendo al descubierto los sistemas de explotación del Reino del Oro.

Tales eran los enemigos exteriores de la Alemania de Hitler. Más en el interior había un punto débil, un talón de Aquiles, y paradójicamente este punto débil lo formaban los conservadores y la mayoría de los generales. Eruditos y eficientes en su profesión, muchos de los generales eran esencialmente apolíticos, quizá hasta la exageración. No concebían que los nuevos tiempos reclamaran de un país la más firme y absoluta unidad; unidad de pensamiento y de acción. Creían que la nueva doctrina debería limitarse a la calle y a los partidos, pero sin absorber a la tropa. Su criterio extraordinariamente especializado llegó a creer que el ámbito

militar debería formar un mundo diferente y autónomo dentro de la nación[1].

Y es curioso que en su afán de apolíticos a ultranza muchos generales cayeran en el error de hacer una política blanca, aséptica; una política carente de meta nacional. La campaña de vacío que trataron de formar para el ejército fue consecuentemente el primer punto débil del movimiento nazi. Así fue como en mayo de 1933 la presión de los generales evitó que el partido nazi absorbiera a los militares. Y así fue como el general Werner von Fritsch, comandante en jefe del ejército, daba a sus subalternos un ejemplo de desprecio hacia el nuevo movimiento político. Su sucesor, von Brauchitsch, mantenía lazos con los social-demócratas, que no eran sino la bifurcación más desleída y timorata de los izquierdistas, y llegó a participar en juntas antinazis tendientes a un golpe de Estado, cosa que dejó de hacer hasta que Hitler vigorizó su posición tras la unión pacífica de Austria[2].

Y así fue también como el general Ludwig Beck, que hasta octubre de 1938 ocupó el cargo de jefe del Estado Mayor General, sustentaba la irrealizable tesis de que el ejército alemán no debería combatir contra nadie. Era este un general y un alemán muy extraño; de todo lo que significara guerra no quería ni oír hablar; gustaba más de París que de Berlín y su hija se educaba en Francia.

Beck fue el primero de los grandes conspiradores que tuvo Alemania en la Segunda Guerra. Siendo todavía jefe del Estado Mayor General hizo un extenso memorándum en el que analizaba el estado del ejército alemán y su probable desarrollo; durante un viaje a París se llevó una copia y la entregó a unos amigos extranjeros, quienes a su vez llevaron el documento a Nueva York, según dice el historiador Curt Riess.

El general Beck tenía amigos israelitas y condenaba el «antisemitismo» de los nazis. Posteriormente, ya en plena guerra, todavía sostenía correspondencia con el extranjero. En «Gloria y Ocaso de los Generales Alemanes», Riess dice que «empleaba en su correspondencia un lenguaje incomprensible para los secuaces de Hitler. Acaso al último se cansaron de leer sus cartas para pensar que el hombre estaba descentrado. Pero Beck no estaba descentrado, ni mucho menos... »Simplemente era un enemigo del régimen y seguía revelando secretos. Durante seis años trabajó hábilmente en su conspiración y no fue descubierto sino hasta 1944, a finales de la guerra, cuando participó decisivamente en la conjura para asesinar a Hitler.

Los generales von Fritsch y von Brauchitsch no llegaron a esos extremos, pero en compañía de otros generales trataban de mantener al ejército fuera de la influencia de Hitler, a quien no consideraban de su clase y veían despectivamente como «el cabo». Sus incipientes actividades de conspiración cesaron por un tiempo al ver que la anexión de Austria se había realizado pacíficamente. Von Fritsch se decepcionó y le dijo al general Halder: «Es inútil. Este hombre es el sino de Alemania, y este sino debe seguir su camino hasta el fin». Por otra parte, los generales Von Hammerstein-Equord y Schleicher (ex Ministro de la Defensa) simpatizaban con los círculos izquierdistas y mantenían relaciones sospechosas con extranjeros. La Gestapo intentó capturar a Schleicher, pero éste opuso resistencia y fue muerto.

[1] Años después, terminada la guerra, el general Von Manteuffel escribió contra ese error: «El estrecho ligamen de

las acciones políticas y el despliegue del poder militar en el sistema bolchevique obliga, si es que se confía en poder oponer una resistencia a este poder, a echar por la borda el concepto anticuado de un ejército apolítico». [2] El proceso de Nurembeirg. — Broadcasting Corporation.



Hitler llega a Viena el día de la anexión, 15 de marzo de 1938. «Es ésta la hora más feliz de mi vida, en la que puedo anunciar a la historia la incorporación de mi país natal al Reich alemán... »

Pero el más extraordinario de los conspiradores, que logró conservar hasta fines de la guerra su estratégico puesto de

Jefe del Servicio Secreto Alemán, fue el Almirante Guillermo Canaris, hijo de la inglesa Auguste Amélie Popp y descendiente de griegos o de italianos por la rama paterna.

Según el escritor antinazi Kurt Singer, en la primera guerra Canaris facilitó la captura de la espía alemana «Mata Hari» (Margarete Gertrude Zelle) mediante el discreto recurso de usar en un mensaje una clave que ya había sido descifrada por los franceses. Pero su traición pasó inadvertida y durante muchos años estuvo haciendo méritos hasta que durante el régimen de Hitler fue ascendido a Jefe del Servicio Secreto, donde disponía de quince mil subordinados.

Una de las primeras actividades de Canaris fue trazar un plan para derrocar a Hitler, pero no pudo realizarlo debido a los triunfos que logró el Fuehrer en los primeros años de su Gobierno. Los principales colaboradores del Almirante, mayor Hans Oster, coronel Piekenbrok y teniente coronel Groscourth, eran también conspiradores. Para la Delegación del Servicio Secreto en Viena, Canaris seleccionó al coronel Marogna-Redwitz, igualmente enemigo de Hitler. Fue tan hábil Canaris para ganarse la confianza de sus superiores (contra los cuales conspiraba), para seleccionar colaboradores que no comprometieran su movimiento y para presentar en su favor pequeños triunfos y deslizar imperceptibles traiciones, que bien puede ser considerado como uno de los más finos conspiradores que conoce la Historia.

En el lejano sector de las finanzas el Dr. Horace Greeley Hjalmar Schacht encabezaba un tercer grupo conspirador, bien encubierto. Fingiéndose amigo de Goering, primero, y luego de Hitler, actuó como Presidente del Reichsbank desde marzo de 1933 hasta enero de 1939; como Ministro de Economía desde julio de 1934 hasta noviembre de 1937, y como ministro sin cartera hasta enero de 1943. El caso de Schacht es extraordinario. En 1908 se hizo masón, siguiendo la tradición de su familia, pues su abuelo Christian Ulrich había figurado entre los grandes «maestres» de su época. A través de la masonería Schacht se vinculó con numerosos judíos

banqueros internacionales, quienes lo ayudaron a prosperar en su carrera.

En 1923 el israelita Montagu Norman, Gobernador del Banco de Inglaterra, prácticamente le dio el espaldarazo a Schacht, facilitándole un triunfo profesional que comenzó a hacerlo famoso en Alemania. Posteriormente Montagu Norman fue padrino de un nieto de Schacht, al que se puso por nombre Norman.

En 1933 Schacht se vinculó en Nueva York con influyentes «hermanos» masones judíos, tales como David Sarnoff (emigrado de Rusia a EE. UU.), James Speyer, y el rabino Wise. Según el mismo Schacht dice en sus «Memorias», consideró más efectivo trabajar contra el movimiento de Hitler estando dentro del Gabinete que fuera de él. Y en efecto, así fue. Inteligente y capaz en su profesión, siempre encontraba pretextos lógicos para retardar y sabotear los planes económicos de Hitler, muy particularmente todo lo que se refería al armamento del ejército.

Este banquero, al que periodistas judíos bautizaron como «el mago de las finanzas», estuvo secretamente al servicio de la «Internacional Dorada» (el reino del oro montado por las finanzas judías), y dentro de Alemania conservó estrechos nexos con los banqueros israelitas von Mendelssohn, Wassermann, Warburg y otros menos conocidos. En 1938 trabó contacto con los generales von Witzleben y Halder (jefe del Estado Mayor General), tratando de dar un golpe para derrocar a Hitler, pero la anexión pacífica de Austria frustró esa conspiración. Sin revelar entonces el motivo, Schacht se Schacht acompaña a Hilter, mientras conspira contra él Almirante Canris, también conspirador, formaba parte del gobierno de Hitler nada menos que como jefe del Servicio Secreto.

Habilidad extraordinaria.

General Ludwing Beck, conspirador. Conocía intimamente el Estado Mayor General y enviaba informes al extranjero. Fue

descubierto hasta 1944 y trató de sui- cidarse. separó de su primera mujer, Luisa, porque ésta era sincera partidaria de Hitler[1].

Por otra parte, alrededor de Franz von Papen (antecesor de Hitler en la Cancillería y reservado opositor de éste) se formó un cuarto grupo enemigo del Fuehrer, integrado por Bose, Ketteler, Kageneck, Tschirschky y von Haeften. Ketteler realizó preparativos para asesinar a Hitler, pero la Gestapo lo descubrió y lo ejecutó. Respecto a Tschirschky también tuvo sospechas la Policía, mas von Papen lo ayudó y logro huir al extranjero. El mismo von Papen refiere («Memorias») cómo se valió de Kageneck para enviar sus archivos secretos al Banco de Zurich, y cómo recurría al Almirante Canaris en demanda de protección para sus ayudantes a quienes ya la Policía les pisaba los talones.

El ex jefe del Estado Mayor General, general Ludwig Beck; el jefe del Servicio Secreto, Almirante Guillermo Canaris, y el Ministro de Economía, Hjalmar Schacht, eran en 1937 y 1938 jefes de los tres grupos más poderosos de conspiración. Detrás de ellos, como máximo coordinador y alentador, actuaba en las sombras el Dr. Goerdeler, quien desde 1933 comenzó a recibir dinero del extranjero y «pudo tomar contacto con los estadistas más importantes del mundo, el presidente Roosevelt y Churchill», según investigaciones publicadas por el historiador antinazi Walter Goerlitz[2]. Habiendo tantos conspiradores, y tan encumbradamente acomodados, el régimen de Hitler se salvó, por muy estrecho margen, de caer en 1938.

DESPEJE DEL FLANCO DERECHO

Para mediados de 1938 todo el servicio diplomático y la prensa oficial alemana se hallaban empeñados en reiterar que Alemania no tenía propósito ninguno de lesionar los intereses de los países occidentales. Después de veinte años Hitler

conservaba la misma política expuesta durante sus primeras actuaciones públicas. Las viejas rencillas con Francia habían sido zanjadas, por parte de Alemania, con el restablecimiento de la soberanía alemana en los territorios del Sarre y la Renania y con la renunciación a las provincias de Alsacia y Lorena. Concluido ese ajuste en su frontera con Occidente, Hitler cambió su atención hacia la provincia austríaca del sur. Y una vez lograda su anexión inició resueltamente el viraje de todos sus dispositivos hacia el gran encuentro con la URSS. Fue entonces cuando Hitler trató de poner las bases para asegurar en el sureste el flanco derecho de su marcha hacia el Oriente. En el sureste se hallaba Checoslovaquia. Era un Estado pequeño pero relativamente muy poderoso desde el punto de vista militar. Checoslovaquia había sido inventada a raíz de la terminación de la guerra de 1918 y para formarla fue necesario obsequiarle una parte del territorio alemán y dos millones de habitantes alemanes. Hitler reclamaba la devolución de esos contingentes y este fue el principio de un nuevo incidente.

El Presidente Benes, de Checoslovaquia, había recibido en 1936 una invitación de Hitler para resolver amistosamente sus dificultades; es más, se le reveló el secreto de que Alemania esperaba grandes acontecimientos en Rusia (un golpe de Estado antibolchevique) y de que desearía un armonioso arreglo germano-checoslovaco, a fin de tener las manos libres para alentar la esperada rebelión antisoviética. Pero Benes se colocó entonces de parte de Stalin, rechazó la amistad de Alemania y se apresuró a poner sobre aviso a Moscú, según lo dice Churchill en sus Memorias. Con este acto Benes prestó un enorme servicio al bolchevismo y en gran parte frustró la ayuda alemana a los rusos anticomunistas. (Cuando años más tarde Benes creyó que recibiría una recompensa, sufrió la más terrible decepción y vio cómo la URSS absorbía íntegramente a Checoslovaquia y aplastaba todo vestigio de autonomía nacional. Su error le costó la vida).

Era evidente que Alemania no podía atacar a la URSS mientras no conjurara la amenaza que Checoslovaquia ejercía

contra el «bajo vientre» del sur de Alemania, que era una de sus regiones más vulnerables. De ahí la gran importancia de ese pequeño país; no se trataba de sojuzgar o no a una nación débil, sino de evitar que ésta fuera aprovechada como punto de apoyo para meterle zancadilla a una acción alemana contra Rusia.

Checoslovaquia tenía una alianza con Stalin. También tenía otra con Inglaterra y Francia. A Hitler no le interesaba que debido al problema checo se hicieran más tensas sus relaciones con Moscú, pero sí quería evitar a todo trance una dificultad con Inglaterra y Francia. Precisamente por eso Hitler buscó por todos los medios posibles que el conflicto con Checoslovaquia se arreglara mediante la amistosa intervención de Inglaterra y Francia, mas no con la de Rusia, y por eso invitó a Chamberlain (Premier británico) y a Daladier (Premier francés), para discutir ese problema.

Esto dio lugar a que se celebrara la conferencia de Munich, a la que asistieron Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler, pero no Stalin. Hitler enfatizaba de este modo que «Alemania quiere aproximarse a todos los Estados, menos al imperio soviético», según lo había dicho en el Reichstag el 20 de febrero de 1938. Asimismo refrendaba lo escrito en «Mi Lucha»: «Paramos la eterna expedición alemana hacia el Sur y el Occidente de Europa, y dirigimos la mirada hacia el gran país del Oriente» (Rusia).

Mientras Hitler y Chamberíain conferenciaban en Godesberg, el Presidente Benes anunció por inalámbrica la movilización general. «A pesar de esta desdichada provocación —dijo Hitler a Chamberlain[3]— cumpliré por supuesto mi promesa de no proceder contra Checoslovaquia durante las negociaciones... No es preciso que haya diferencias entre nosotros; nosotros no nos interpondremos en el camino de ustedes hacia la consecución de sus intereses extraeuropeos mientras ustedes puedan, sin perjuicio, dejarnos manos libres en el Continente, en la parte central y sudoriental de Europa».

De esas negociaciones efectuadas a fines de septiembre de 1938, surgió la fórmula para que Checoslovaquia devolviera a Alemania la región de los Sudetes y la población alemana que la habitaba. Además, se concertó un acuerdo germanobritánico que le aseguraba a Inglaterra su hegemonía en los mares. Chamberlain y Hitler declararon el 30 de septiembre:

«Consideramos el acuerdo suscrito en la tarde de ayer y el acuerdo naval germanoinglés como expresión simbólica del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a hacerse jamás la guerra. Estamos decididos a tratar también otros problemas que afecten a nuestros dos pueblos, de acuerdo con el método de las consultas».

El júbilo en Alemania, en Inglaterra y en Francia era indescriptible. Parecía que al fin se habían disipado los nubarrones de guerra y que si ésta llegaba a estallar, sería sólo entre alemanes y soviéticos. El mismo Churchill escribe que «entusiastas turbas fueron a dar la bienvenida a Mr. Chamberlain en el aeropuerto», y lo mismo ocurría con Daladier en París. Era aquélla la expresión auténtica de la opinión pública, pero las secretas fuerzas judías redoblaron sus esfuerzos para desorientar, envenenar y utilizar en su provecho a los pueblos occidentales.

Churchill, que ya en varias ocasiones había rechazado todo acercamiento de Alemania a Inglaterra, se apresuró a decir en el Parlamento: «Hemos sufrido una derrota total y no mitigada». La posible caída del bastión checoslovaco que se interponía a la vera del camino entre Berlín y Moscú, era presentada así como una derrota para Londres y no para Moscú.

Días más tarde Churchill recibió el poderoso apoyo de Roosevelt y del grupo judío que se movía detrás de éste; fue invitado a visitar los Estados Unidos y declaró a través de la radio:
«¡Tenemos que rearmarnos!... No puede existir duda alguna de que tenemos que rearmarnos. La Gran Bretaña abandonará sus seculares costumbres e impondrá a sus

habitantes el servicio militar obligatorio... ¿Es esto una llamada a la guerra? Declaro que esto representa la única garantía para la paz».

El tiempo demostró, sin embargo, que esos preparativos no podían conducir hacia la paz, sino hacia la más desastrosa de las guerras en que se hubiese empeñado el Imperio Británico. En cuanto Alemania comenzó a resolver favorablemente el problema de Checoslovaquia, el 2 de septiembre de 1938 el Embajador soviético en Londres, o sea el judío Ivan Maisky, visitó a Churchill para gestionar que la base militar checoslovaca fuera mantenida como una posición de flanqueo contra Alemania. Angustiado, el ministro israelita de Relaciones Exteriores de Rusia, Litvinov, hizo otro llamado semejante. Churchill los atendió y redobló su campaña para desacreditar el acuerdo germanobritánico y frustrar así la amistad entre Inglaterra y Alemania. Bernard Baruch, el israelita consejero de Roosevelt y jefe del consejo imperial de la Masonería Universal, fue a Londres a vigorizar al grupo de Churchill.

Entretanto, Checoslovaquia y sus 38 divisiones (21 de primera línea y 17 en proceso de movilización), y sus fábricas Skoda, que producían tanto armamento como la Gran Bretaña, constituían una fuerza poderosa frente a las 40 divisiones que entonces tenía Alemania. La sorda lucha alrededor de aquella base militar continuó librándose tras la cortina diplomática. Simultáneamente poderosas agencias internacionales de propaganda presentaban el asunto de Checoslovaquia como un punto básico para los intereses británicos, en vez de confesar que se hallaba esencialmente ligado con la pugna Hitler-Stalin. En esta forma creaban una artificial agitación en el pueblo inglés.

El historiador británico Russel Grenfell, de la Marina Real, da el testimonio de que se realizó entonces una desenfrenada propaganda antialemana en Inglaterra, para predisponer los

ánimos del pueblo contra la amistad que seguía ofreciendo Alemania[4].

Durante esos días ocurrió el asesinato del diplomático alemán von Rath, a manos del judío Grynszpan, y en represalia vino la llamada «noche de cristal» en que los alemanes apedrearon aparadores de los comercios israelitas. Estos acontecimientos dieron pie a una violenta declaración de Roosevelt y a sus gestiones para realizar juntamente con Inglaterra un boicot contra el comercio alemán. Todo lo que Hitler había logrado en el acuerdo germanobritánico de amistad quedó prácticamente anulado.
A pesar de esto, poco después Hitler hizo otro llamado a la Gran Bretaña. «El pueblo alemán —dijo el 30 de enero de 1939— no siente odio alguno contra Inglaterra ni contra Francia, sino que quiere su tranquilidad y su paz, y en cambio esos pueblos son incitados constantemente contra Alemania por los agitadores judíos o no judíos... Alemania no tiene reivindicaciones territoriales que presentar a Inglaterra y Francia... Si hay tensiones hoy en Europa, hay que atribuirlas en primer término a los manejos irresponsables de una prensa sin conciencia que apenas deja pasar un día sin sembrar la intranquilidad en el mundo... Creemos que si se logra poner coto a la hostigación de la prensa y de la propaganda internacional judía, se llegará rápidamente a la inteligencia entre los pueblos. Tan sólo estos elementos esperan medrar en una guerra... Nuestras relaciones con los Estados Unidos padecen bajo una campaña de difamación, que bajo el pretexto de que Alemania amenaza la independencia o la libertad norteamericana trata de azuzar a todo un Continente al servicio de manifiestos intereses políticos o financieros».

A todo trance, y no obstante que corría el riesgo evidente de que Stalin se preparara mejor, Hitler dejaba diáfanamente claro que su objetivo ideológico y militar seguía siendo el de aniquilar al régimen bolchevique de la URSS. La historia no puede pasar por alto tantos hechos que lo evidencian así.

El ex Primer Ministro francés Paul Reynaud dice en sus «Revelaciones» que «el 24 de noviembre de 1938 se redactó un documento en el que Hitler declaraba que entre Alemania y Francia no existían diferencias de importancia. Entonces Joaquín von Ribbentrop, vino a París y dejó la impresión, posteriormente expresada con una Nota especial a nuestros embajadores, de que la política alemana se dirigía contra el bolchevismo».

Por todos los medios, lo mismo antes de asumir el poder que una vez en él, Hitler revelaba que su enemigo era el marxismo israelita. En ningún pueblo de Occidente el marxismo tenía arraigo popular; y sin embargo, en Francia, en Inglaterra y en Estados Unidos influyentes estadistas y poderosas agencias informativas de propaganda presentaban falsamente a Alemania como enemiga de Occidente y en cambio soslayaban que era enemiga declarada del comunismo.

Cuando la situación de Checoslovaquia tuvo una segunda crisis en marzo de 1939, esa propaganda la aprovechó para alentar la zozobra en Occidente. Resulta que Checoslovaquia había sido inventada artificialmente en 1919, pero carecía de cohesión racial y psicológica. La artificial amalgama de pueblos diversos y la conmoción política determinada por un cambio de régimen, motivó que en marzo de 1939 las provincias de Eslovaquia y Ucrania Carpática se declararan autónomas. Ante esa emergencia el Dr. Hacha, Presidente de Checoslovaquia, y su Ministro de Relaciones Chavlkosky, acordaron poner el país bajo la custodia de Alemania. El 14 de marzo hicieron la siguiente declaración:

«El Presidente del Estado de Checoslovaquia declara que confiadamente encomienda los destinos del pueblo y el país checos al cuidado del caudillo del Reich alemán». Así se conjuraba la posibilidad de que dicha nación se convirtiera en un campo de batalla entre las grandes potencias, pues Rusia y el bloque aliado apoyaban el sometimiento de Eslovaquia y de la Ucrania Carpática, en tanto que Alemania propiciaba la libre determinación de esas

provincias. La fórmula adoptada por el Presidente Hacha no era agradable, pero cuando menos de ese modo Checoslovaquia no iba a derramar la sangre de sus hijos —como después ocurrió en Polonia— sólo para servir de pretexto a las manipulaciones judías internacionales. En otras palabras, se negaba a sacar las castañas del fuego. Pero la nerviosidad y la confusión habían abonado ya el terreno y Churchill adquirió más influencia política y con él la falsa tesis de que para Occidente era imprescindible exterminar a Hitler, antes que dejarle manos libres para que se lanzara sobre la URSS.

Ese inconfesable propósito de interponer a Occidente entre el Nacionalsocialismo alemán y el bolchevismo soviético, tenía además otra clara manifestación en las negociaciones que Francia e Inglaterra realizaban para celebrar una alianza activa con Stalin. Si estos esfuerzos no cristalizaron de momento fue porque Moscú pidió una inmediata sojuzgación de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia —cosa que Occidente no podía entonces conceder públicamente— y porque no le satisfizo a Stalin el potencial bélico movilizado hasta esa fecha por los anglofranceses (Memorias de Churchill).

A CUATRO HORAS DEL DERRUMBE INTERIOR

Cuando a mediados de 1938 se aproximaba la crisis en Checoslovaquia, el ejército alemán aún requería por lo menos dos años de crecimiento y rearme a fin de quedar capacitado para la campaña de Rusia. En ese entonces sólo disponía de 40 divisiones.

La situación era precaria, pero Hitler la afrontaba con optimismo y confianza creyendo que Occidente entendería que Alemania no buscaba contienda con él. Pensaba que a la postre Inglaterra, Francia y Estados Unidos no interferirían los planes antibolcheviques del nacionalsocialismo. Algunos ministros le reforzaban esa confianza.

Pero numerosos generales, faltos del entusiasmo fanático del movimiento nazi, abrigaban graves temores. Así como se habían alarmado en vísperas de la anexión de Austria, se alarmaron en vísperas de la anulación de Checoslovaquia como base militar contra el desguarnecido sur de Alemania. Su inquietud los llevó al extremo de caer en la red de los conspiradores.

Por distintos caminos esos generales y la quinta columna marxisto-judía fueron un frente común de resistencia a la política de Hitler. Los conspiradores natos (encabezados por el Dr. Goerdeler, el Almirante Canaris y el general Beck) hacían todo lo posible por sacar provecho al descontento de los generales de rancio abolengo.

El jefe del Estado Mayor, general Beck —que tenía conexiones muy extrañas con círculos extranjeros de París y Nueva York— trató de enfrentar al ejército con Hitler, cosa que determinó que fuera sustituido por el general Franz Halder. Inmediatamente el Almirante Canaris (el más sutil de los conspiradores), trabó contacto con Halder y comenzó lentamente a minarle la moral con informes discretamente matizados de propaganda. El hecho de que esos informes partieran de Canaris, Jefe del Servicio Secreto y aparentemente amigo de Hitler, les daba pleno crédito a los ojos de Halder y de los demás generales.

Halder no compartía las conexiones extranjeras que cultivaba su antecesor, general Beck, pero no tardó también en participar en la conjura. Churchill refiere en sus Memorias que entre los conspiradores figuraban los generales Stuelpnagel, Witzleben (comandante de la guarnición dé Berlín), Brockdorff (comandante de la guarnición de Postdam), y Von Heldorff, jefe de la policía de Berlín. Dice que «Brauchitsch (comandante del ejército) fue informado y dio su aprobación. La tercera división panzer, mandada por el general Hoeppner, estaba lista al sur de Berlín para dar el golpe a las 8 de la noche del 14 de septiembre, pero a las 4 de la tarde de ese día se supo que el Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, había accedido a discutir con

Hitler la amistosa resolución del problema checoslovaco. Entonces Halder dijo a Witzleben que si Hitler había tenido éxito en el 'blof', no procedería justificadamente como jefe del Estado Mayor al descubrir la verdadera situación. En tal virtud se pospuso el golpe».

El general Halder comentó: «¿Qué nos queda por hacer? Todo sale bien»... Brauchitsch estuvo de acuerdo en que ya no procedía el golpe. Von Fritsch, antiguo comandante del ejército, dijo que ya no se podía hacer nada y que Hitler era el destino de Alemania en lo bueno y en lo malo. El general Jodl —uno de los pocos que seguían fielmente a Hitler— anotó entonces que era «muy triste que todo el pueblo apoyara al líder, con excepción de los generales destacados que seguían considerándolo un cabo». Refiriéndose al arreglo de Checoslovaquia, agregó: «Es de esperar que los incrédulos, los pusilánimes y los indecisos queden convertidos con esto». Por un escaso margen de cuatro horas el régimen hitlerista se había escapado del derrocamiento. Paradójicamente, los generales seguían siendo su Talón de Aquiles, el punto más vulnerable de la nación. Aunque de momento suspendieron sus actividades subversivas, siguieron siendo cultivados por los directores intelectuales del movimiento de resistencia. Por ejemplo, Beck continuó ampliando contactos, incluso con antiguos agitadores izquierdistas como Guillermo Leuschner. El Almirante Canaris retardaba y obstruía las órdenes superiores, e incluso llegó a proteger a varios israelitas incorporándolos subrepticiamente al Servicio Secreto[5]. El economista Schacht retardó nueve meses el plan del industrial Voegler para aumentar la producción de gasolina sintética, y lo hizo tan diestramente que Hitler creyó que se debía sólo a falta de visión. También obstruyó económicamente el crecimiento del ejército. Y el doctor Goerdeler prosiguió indirectamente explotando la animadversión que entre los generales aristócratas causaba el hecho de que Hitler fuera jefe de ellos.

CERROJO EN EL CAMINO A MOSCÚ

Alemania no tenía fronteras con la URSS. Su provincia más cercana al territorio soviético era Prusia Oriental, pero se hallaba artificialmente incomunicada del resto de Alemania mediante una faja de terreno adjudicada a Polonia en 1919. Hitler no podía realizar su proyectada marcha hacia Rusia mientras careciera por lo menos de una ruta terrestre que uniera el corazón de Alemania con su provincia de Prusia Oriental. Por lo tanto, pedía a Polonia que a través del territorio que había sido alemán, se le permitiera construir un ferrocarril y una carretera para comunicarse con Prusia. Alrededor de este punto giró, básicamente, todo el conflicto germanopolaco.

Había otros motivos de fricción, pero Hitler nunca los colocó en primer término, pese a lo mucho que significaban para la soberanía de Alemania. Por ejemplo, en 1919 se le adjudicaron a Polonia territorios del Reich ocupados por 2.100,000 alemanes y esta población siempre fue hostilizada por los polacos. Sin embargo, su reincorporación no fue exigida por Hitler.

A raíz de la paz de 1918, Polonia obtuvo el puerto alemán de Dantzig, pese a que allí la población polaca representaba sólo el 3.5 por ciento. En Danziger Niederum el porcentaje era sólo de 1 %, y en Marimburgo, del 3%. El 10 de abril de 1923 el Presidente del Consejo de Ministros polaco, general Sikorski, anunció un programa para «la liquidación de los bienes alemanes y la desgermanización de las provincias occidentales». Todo esto, necesariamente, habría de provocar fricciones entre Alemania y Polonia.

El mariscal polaco Pilsudski era partidario de llegar a una transacción con Alemania y las relaciones mejoraron mucho, pero murió antes de terminar esa obra. El poder pasó entonces a manos del grupo de Sikorski, enemigo de toda reconciliación. La antigua enemistad de Polonia hacia Alemania fue inmediatamente explotada por todos los intereses internacionales que le cerraban a Hitler el camino hacia la URSS. Como Checoslovaquia ya no era una amenaza

de flanqueo en la marcha alemana hacia el Oriente, Polonia constituía el último cerrojo en la ya entonces existente Cortina de Hierro.

El poderoso comercio israelita de Polonia alentó las diferencias germanopolacas y colaboró así con las comunidades judías que en Alemania y en otros países de Occidente también se oponían a Hitler. Desde mediados de 1937 los comerciantes y obreros alemanes radicados en Polonia comenzaron a ser hostilizados mediante boicot y ceses. Las consiguientes protestas de Alemania eran presentadas por la prensa como agresivas provocaciones a la Soberanía de Polonia, y paso a paso las relaciones germanopolacas iban enturbiándose y amenazaban romperse.

El 24 de octubre de 1938 Alemania le hizo a Polonia dos peticiones:

1. Que Dantzig, ciudad poblada en su mayor parte por alemanes, volviera al Reich.

2. Que a través del corredor polaco, antiguamente alemán, se le permitiera a Alemania construir un ferrocarril que la comunicara con su provincia de Prusia Oriental.

A cambio, Alemania ofrecía lo siguiente:

1. Reconocimiento de las fronteras comunes, olvidando los territorios que en 1919 habían sido mutilados a Alemania y anexados a Polonia.

2. Acceso libre de Polonia al puerto alemán de Dantzig.

Polonia repuso que las dificultades políticas interiores impedían aceptar esa proposición.

El 5 de enero de 1939 Hitler comunicó al gobierno polaco que Alemania y Polonia tenían intereses comunes ante la amenaza comunista soviética, y que Alemania deseaba una Polonia fuerte y amiga («Libro Blanco Polaco»).

En febrero de ese mismo año de 1939 se agravaron las relaciones ger-manopolacas al iniciarse manifestaciones antialemanas en Polonia. El 24 de marzo Polonia acordó la

movilización de los jóvenes nacidos en 1911, 1912, 1913 y 1914. La prensa azuzaba al pueblo haciendo coro a los cablegramas de agencias judías y pedía severas medidas contra la población ale-mana que desde 1919 se hallaba forzadamente formando parte de Polonia. Esa corriente de opinión recibió un poderoso apoyo moral el 31 de marzo al anunciar Inglaterra que «todos los auxilios que del Imperio Británico dependan», serán puestos al servicio de Polonia para repeler a Alemania. Con anticipación, Roosevelt había alentado también a los jefes polacos para que se negaran a llegar a un acuerdo con Alemania. El origen secreto de esa política, al parecer inexplicable, fue confidencialmente revelado el 1 2 de enero de 1939 por el Embajador polaco en Washington, Conde Jerzy Potocki, quien informó a su Ministro de Relaciones: «El ambiente que actualmente reina en Estados Unidos se caracteriza por el creciente odio contra el fascismo, y muy especialmente concentrado en la persona del Canciller Hitler... La propaganda se halla sobre todo en manos de judíos, los cuales pertenecen en casi un ciento por ciento a la radio, cine y revistas. No obstante hacerse esta propaganda muy groseramente, poniendo a Alemania todo lo mal posible, tiene efectos muy profundos, ya que el público de aquí no tiene los menores conocimientos de la real situación europea... Un detalle muy interesante en esta campaña es que se efectúa principalmente contra el nacionalsocialismo y se elimina casi por completo a la Unión Soviética. Si se alude a ella se hace de modo amistoso, como si la URSS estuviera adherida a lo que las naciones democráticas persiguen.

Gracias a esta hábil propaganda las simpatías del pueblo americano estaban con los rojos españoles... En esta acción —propagandística— participaron algunos intelectuales judíos, como Bernard M. Baruch; el Gobernador del Estado de Nueva York, Lehmann; el recién nombrado juez del Tribunal Supremo, Félix Frankfurter; el Secretario de Estado Morgenthau y otros íntimos amigos del presidente Roosevelt»[6].

Cuatro días después el mismo Embajador Potocki remitió otro informe confidencial sobre su entrevista con Bullit, Embajador norteamericano en París. Bullit le dio seguridades de que los Estados Unidos combatirían en contra de Alemania. Esto tendería a vigorizar la resistencia de Polonia a un entendimiento con Hitler.

Por otra parte, Jules Lukasiewicz, Embajador polaco en París, el 29 de marzo de 1939 informó a su Ministerio de Relaciones que había conversado con Bullit y que le había manifestado que era «infantil, ingenuo y al mismo tiempo desleal proponer a un Estado que se encuentra en la situación de Polonia, que comprometa sus relaciones con un vecino fuerte, como Alemania, y lance sobre el mundo la catástrofe de una guerra sólo para poder atender las necesidades de la política interior inglesa».

El 28 de abril de 1939 Hitler habló ante el Reichstag y expuso las dos peticiones que había hecho a Polonia y las dos ofertas que le brindaba a cambio. Esto constituye, dijo, «la más considerable deferencia en aras de la paz de Europa». Estaba dispuesto a olvidar los territorios perdidos y a reconocer las fronteras entonces existentes si se le permitía la comunicación con Prusia a través del Corredor Polaco. Además, a cambio de ese acceso a Prusia, cedería otro igual para Polonia hacia el puerto de Dantzig.

En este mismo discurso (y pese a la desairada actitud que sus ofrecimientos de amistad habían hallado siempre en los estadistas británicos partidarios de Churchill) Hitler enfatizó bien que sus ambiciones se enfocaban hacia el Oriente. «Durante toda mi actuación política he mantenido siempre la idea del restablecimiento de la estrecha amistad y colaboración germanobritánica... Este deseo de una amistad y de una colaboración germanoinglesa no sólo está conforme con mis sentimientos, sino también con mi opinión sobre lo importante que es la existencia del Imperio británico en interés de toda la humanidad... »El pueblo anglosajón —agregó— ha llevado a cabo en el mundo una inmensa obra colonizadora. Yo admiro sinceramente esa labor. Desde un

elevado punto de vista humano, el pensamiento de una destrucción de esa obra me pareció y me parece solamente un caso de erostratismo... Yo estimo que es imposible establecer una amistad duradera entre el pueblo alemán y el anglosajón si no se reconoce también del otro lado que no sólo hay intereses británicos sino también intereses alemanes. Cuando Alemania se hizo nacionalsocialista e inició así su resurgimiento, yo mismo he hecho la propuesta de una voluntaria imitación de los armamentos navales alemanes. Esa limitación presuponía la voluntad y el convencimiento de que entre Alemania e Inglaterra no debería ser ya jamás posible una guerra. Todavía hoy tengo esa voluntad y esa convicción».

Hitler fue increíblemente pertinaz en sus recelos y en sus esperanzas. Y así como jamás creyó posible transigir con el marxismo israelita, tampoco nunca perdió la esperanza de que se evitaría la guerra entre Alemania y los países occidentales encabezados por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Sus reiterados fracasos en este propósito nunca los creyó definitivos. Siempre confío en que si Alemania luchaba contra el bolchevismo, acabaría esto por tranquilizar al resto del mundo y que esa lucha se vería como un acontecimiento benéfico para la civilización Occidental, cuyas características de propiedad privada, religión, culto a la familia, sentido de nacionalidad, etc., tenían ciertamente muchos más puntos de contacto con Alemania que con el bolchevismo.

El conciliador discurso de Hitler fue ridiculizado por casi toda la prensa de Inglaterra y el gobierno le dio una respuesta hostil cuando el 12 de mayo (ti 939) firmó un pacto con Turquía para completar el bloqueo de Alemania. Días más tarde los gobernantes franceses redoblaron sus esfuerzos a fin de concertar también una alianza antialemana con Stalin, pero éste continuaba cautelosamente esperando a que el conflicto armado se iniciara primero entre Alemania y el Occidente.

La actitud de Hitler ante esos síntomas ominosos no varió, y aprovechaba todo acto público para insistir en que Alemania no demandaba nada que pudiera ser lesivo para los pueblos occidentales. En consecuencia —infería— no había ningún obstáculo para llegar a una firme amistad, como no fueran las secretas manipulaciones del judaismo. El 13 de marzo (1939) se efectuó una ceremonia oficial en el Cementerio de Stahnsdorf, ante las tumbas de 1,800 británicos muertos en Alemania durante la primera guerra mundial; el Almirante Erich Raeder, jefe de la Marina alemana, llevó una ofrenda «a la memoria de nuestros caballerosos adversarios —dijo— que cayeron cumpliendo su deber de soldados de su país». Pero todos esos esfuerzos de conciliación eran rápidamente saboteados. Precisamente en esos días se acentuó la propaganda para agitar a inconscientes grupos polacos que creían actuar en beneficio de su patria provocando desórdenes contra las minorías alemanas. La vieja amistad poíacogermana estaba siendo exhumada por intereses internacionales para ahondar el abismo entre Polonia y Alemania. Moscú era el único beneficiario.

ENGAÑAR ES MÁS EFICAZ QUE DINAMITAR

El general Ludendorf decía que la propaganda oportuna surte más efecto que cien toneladas de altos explosivos. En su cálculo se quedó corto. Y es que en su época la técnica del engaño no alcanzaba aún el auge que en los últimos 30 años hicieron posible los alquimistas israelitas de la propaganda. Es ésta una de las armas más eficaces del movimiento político judío, y como las masas no pueden identificarla, tampoco están en posibilidad de eludirla.

Al enemistarse con el movimiento político judío, Hitler y Alemania se convirtieron en blanco de esa arma poderosa. Alrededor de Roosevelt se movía la camarilla de Hopkins, aleccionado por el judío Dr. Steiner, y de los israelitas Wise, Morgenthau, Frankfurter, Baruch, Unterrneyer, Rosenman, que querían salvar al marxismo soviético y aniquilar a

Alemania. La meta de esa camarilla era impopular, carecía de apoyo entre los pueblos occidentales. Entonces la eficaz maquinaria propagandística se puso en marcha. Funcionarios de la Casa Blanca ayudaron en esa tarea sobornando a periodistas, periódicos, revistas y escritores no hebreos. (Muchos de estos sobornos fueron posteriormente investigados por el Senado en 1953).

Los israelitas de las altas esferas políticas eran una especie de palanca, y sus hermanos de raza que dirigían la propaganda suministraban el punto de apoyo —en la forma de una engañada opinión pública— para que esa palanca política moviera a los pueblos occidentales hacia el rumbo deseado. En esta forma una minoría relativamente insignificante de judíos engañó y movió una inmensa masa de contingentes no judíos, de la misma manera en que el débil brazo de un hombre puede levantar miles de kilos mediante el auxilio de palanca y un punto de apoyo.

Como requisito previo para usar la fuerza de los países occidentales, el movimiento político judío los engañó y desorientó. Con razón Schopenhahuer dijo el siglo pasado que «el judío es el maestro de la mentira». Con esa maestría ha conseguido que sus propias víctimas le sirvan, naturalmente que sin saber a quién sirven, y hasta con la ilusoria creencia de que se sirven a sí mismas.

Estos alquimistas del engaño concentraron su acción en cuatro puntos:

1. Opacaron la evidencia de que Alemania marcharía contra la URSS. Así propiciaron que Occidente luchara, engañado, en beneficio del marxismo.

2. Dieron la falsa impresión de que Alemania atacaría al Occidente y no al marxismo-israelita del Oriente. En esta forma agitaron a los pueblos inglés, francés y norteamericano.

3. Crearon la idea de que la pugna entre nazis e israelitas era

una rareza de Hitler, sin más fundamento que la aversión contra un conglomerado religioso.

Así se ocultaba el hecho de que esa comunidad no era sólo una inocente secta religiosa, sino un núcleo político con influencia internacional.

4. Presentaron a Alemania como un país antirreligioso. De esta manera se facilitó que el mundo cristiano se dejara arrastrar a una lucha en beneficio del bolchevismo ateo.

Respecto a los dos primeros puntos, la investigación histórica encuentra miles de pruebas de que Hitler siempre orientó su lucha contra el marxismo. Jamás hizo demandas lesivas para los pueblos inglés, francés o norteamericano, y siempre trató de ganarse su amistad.

Respecto al tercer punto, la pugna entre nazis e israelitas, Hitler anunció el 30 de enero de 1939 que estaba en la mejor disposición de que los países democráticos se llevaran a los judíos que vivían en Alemania, y que les dispensaran todas las prerrogativas y consideraciones que reclamaban para ellos. Hizo observar que algunos países disponían de 10 habitantes por kilómetro cuadrado, y que Alemania, en cambio, necesitaba alimentar a 140 personas por kilómetro cuadrado.

«Cierto es que Alemania —dijo— fue durante siglos lo suficientemente buena para acoger a esos elementos... Lo que ese pueblo posee lo ha adquirido en su mayor parte con las peores manipulaciones a costa del pueblo alemán, no tan astuto. »¡Qué agradecidos deberían estarnos por dejar en libertad a esos magníficos portadores de cultura y ponerlos a disposición del resto del mundo! Ese mundo, según sus propias declaraciones, no puede aducir una razón que disculpe la negativa a aceptar en sus países a esa gente valiosísima. »Los pueblos no quieren volver a morir en los campos de batalla para que esta raza internacional sin raigambres se beneficie con los negocios de la guerra, o para que satisfaga su ancestral deseo de venganza cuyo origen se

remonta al Antiguo Testamento. Sobre la consigna judaica; proletarios de todos los países, únanse, ha de triunfar una visión más elevada, a saber: trabajadores de todas las naciones, reconozcan a su enemigo común».

Y respecto al cuarto punto, el de que Alemania era enemiga de la religión, Hitler dijo en ese mismo discurso del 30 de enero de 1939:

«Uno de los cargos que en las llamadas democracias se levanta contra Alemania es que somos un Estado enemigo de la religión. Primero, en Alemania no se ha perseguido hasta ahora ni se perseguirá tampoco a nadie a causa de sus convicciones religiosas. Segundo, desde el 30 de enero de 1933 el Estado Nacionalsocialista ha puesto a disposición de ambas Iglesias las siguientes sumas producto de los impuestos públicos:

Año	Monto
1933	130 millones de marcos
1933	170 millones de marcos
1934	250 millones de marcos
1935	320 millones de marcos
1936	400 millones de marcos
1937	500 millones de marcos
TOTAL	**1770 millones de marcos**[1]

[1] Esas aportaciones subieron luego a 700 millones de marcos anuales (casi 2,800 millones de pesos al año). Y siguieron entregándose hasta que terminó la guerra.

»Por otra parte, las iglesias son las mayores propietarias de inmuebles después del Estado (cosa que en muy raros países existe). El valor de sus haciendas y propiedades rurales pasa de la suma de diez mil

[1] Hitler llegó a recelar de Schacht, pero sus sospechas nunca se precisaron. Hablando con los miembros de su Cuartel General, el Fuehrer dijo el 20 de agosto de 1942: «Cuando se trataba de engañar a la gente, Schacht era incomparable. Pero jamás ha sido capaz de dar pruebas de entereza. En esa clase de asuntos los francmasones se engañan entre sí. Cuando disolví la francmasonería fue cuando Schacht comenzó a poner entorpecimientos».
[2] «El Estado Mayor Alemán». — Walter Goerlitz.
[3] Informe Secreto Desde Atrás de la Cortina de Adolfo Hitler. — Dr. Paul Schmidt, jefe de intérpretes de la Wilhelmstrasse.
[4] Odio Incondicional. — Por Russell Grenfell.
[5] El Almirante Canaris. — Karl H. Abshagen, antinazi.
[6] Documentos Diplomáticos Confidenciales. — Ministerio de Relaciones Exteriores de Polonia (capturados por Alemania).

»Por otra parte, las iglesias son las mayores propietarias de inmuebles después del Estado (cosa que en muy raros países existe). El valor de sus haciendas y propiedades rurales pasa de la suma de diez mil millones de marcos. Los ingresos de estas propiedades se pueden calcular en 300 millones de marcos anuales.

«En consecuencia —dicho sea con suavidad— es una desvergüenza que especialmente ciertos políticos extranjeros

se atrevan a hablar de hostilidad religiosa en el Tercer Reich. ¿Cuáles son las cantidades que durante este mismo espacio de tiempo han entregado Francia, Inglaterra o los Estados Unidos a sus respectivas Iglesias, de los fondos públicos? El Estado Nacionalsocialista no ha cerrado ninguna iglesia, ni ha impedido ningún servicio religioso, ni ha ejercido la más mínima influencia sobre la forma en que éstos se realizan. »En el momento en que un sacerdote se coloque fuera de la ley, el Estado le obligará a rendir cuentas como a cualquier otro ciudadano alemán. Si ahora el extranjero defiende con tanto afán a ciertos sacerdotes —que estaban actuando en la esfera política— esto no puede obedecer más que a razones políticas, puesto que estos mismos estadistas demócratas callaron cuando en Rusia se sacrificaron cientos de miles de sacerdotes y callaron cuando en España decenas de miles de sacerdotes y monjas fueron asesinados de la manera más bestial o quemados vivos. Los extranjeros sólo se interesan por los enemigos interiores del Estado alemán, no por la religión»[1].

Precisamente cuando Hitler afirmaba esto, en Rusia culminaba una etapa de exterminio de las instituciones religiosas. El autorizado diplomático norteamericano William C. Bullit había informado sobre el particular a Roosevelt. «En 1937 —dice Bullit en “La Amenaza Mundial”— fueron cerradas 10,000 iglesias en Rusia; a fines de 1 939 se había aniquilado definitivamente el espíritu de resistencia de la mayoría de los sacerdotes, y no quedaban con vida más que unos pocos o sea los adictos a Stalin».

Por eso Hugo Wast pone en boca de los propagandistas israelitas las siguientes palabras:

«Dominamos la mayoría de los grandes diarios[2] y de las agencias de publicidad, y gobernamos los nervios de la humanidad. Asesinen cristianos en México, en España, en Rusia; eso no tiene importancia, no lo trasmiten nuestras agencias ni lo publican nuestros diarios. Atropellen un judío

en Alemania o en Polonia, y escucharán la grita del mundo; intolerancia, progrom, antisemitismo. Y el mundo, que no ha llorado el martirio de un millón de cristianos en Rusia, rasgará sus vestidos porque a un profesor israelita le han quitado en Berlín una cátedra».

En efecto, el monopolio informativo judío tornó a repetir sus estudiados puntos de propaganda para engañar y azuzar a los pueblos occidentales. Y es un fenómeno infalible en la técnica publicitaria que una verdad expuesta esporádicamente se olvida y desacredita, en tanto que una mentira repetida sin cesar acaba en cierto tiempo por ser aceptada. «El lector se entera de lo que debe saber —decía Oswaldo Spengler respecto a los diarios europeos 21 años antes de la guerra— y una voluntad superior informa la imagen de su mundo... ¿Qué es la verdad? Para la masa, es la que a diario lee y oye. Ya puede un pobre tonto recluirse y reunir razones para establecer la verdad, seguirá siendo simplemente su verdad. La otra, la verdad pública del momento, la única que importa en el mundo efectivo de las acciones y de los éxitos, es hoy un producto de la prensa. Lo que ésta quiere es la verdad. Sus jefes producen, transforman, truecan verdades».

Y eso fue lo que ocurrió con la opinión pública de las potencias occidentales. Mediante el siniestro engaño de que ellas estaban en peligro mortal, y no el marxismo judío, fueron arrojadas a la espalda de Alemania cuando ésta se preparaba para su lucha contra la URSS. [1]

Desde enero de 1934 los obispos evangélicos tuvieron una entrevista con Hiíler e hicieron pública su adhesión al Tercer Reich, condenando «las maquinaciones contra el Estado». Y el 20 de agosto de 1935 la conferencia de obispos católicos alemanes reunida en Fulda, telegrafió a Hitler: «Los obispos reunidos en Fulda envían al Fuehrer del pueblo alemán el sentimiento de fidelidad y respeto que según la ley divina debemos al poder y dignidad más elevada del Estado». [2] En Inglaterra, Estados Unidos y otros países es frecuente

que hasta el 40% de los ingresos de numerosos periódicos importantes provenga de anunciantes israelitas. Disgustarlos equivale a cerrar el periódico.

CAPÍTULO IV

La Guerra que Hitler no Quería

(1939-1940)

Si la Guerra no Empezaba en Occidente, Rusia Lucharía Sola.
Hablando el Mismo Lenguaje de las Armas.
Ni con Silencio Pudo Ayudar Italia.
En las Orillas del Abismo
Otra vez Hitler Tiende la Mano.
La Mampara del Idealismo.
Debilidad de la Franqueza.
La Terrible Grandeza de la Guerra.
Desigual Guerra en el Mar.
Noruega, Primera Línea de la Lucha Terrestre.
Francia es Empujada a Sangriento Abismo.
Las Panzer Dejan Escapar a los Ingleses.
El Derrumbe de Francia.

SI LA GUERRA NO EMPEZABA EN OCCIDENTE, RUSIA LUCHARÍA SOLA

A mediados de 1939 la crisis de Polonia se aproximaba a su climax y Stalin veía que ese último oí táculo para la embestida alemana contra Rusia estaba a punto de desaparecer.

Su acertada evaluación de las circunstancias era s mejante a la que hacían los consejeros israelitas de Roosevelt: si ib guerra se iniciaba exclusivamente entre Alemania y la URSS, sería luego punto menos que imposible persuadir al mundo de que debería acudir en auxilio del marxismo. Rusia tendría entonces que luchar sola... y sola, ¡estaba perdida!... En cambio, si se lograba que el Occidente entrara en guerra

contra Alemania antes de que ésta atacara a la URSS, entonces quedaría automáticamente garantizado que el Occidente combatiría en el mismo bando del bolchevismo. Y así fue. Una vez comprometidos en la lucha contra Alemania, ningún inglés, francés o norteamericano rechazaría el concurso armado de la URSS.

En consecuencia, el Kremlin extremó su cautela a fin de retardar el ataque alemán y le ofreció a Hitler un pacto de no agresión. El 10 de marzo de 1939 Stalin pronunció un discurso en el que significativamente no lanzó ataque a Alemania, y por el contrario, dijo que no sacaría las castañas del fuego a las potencias occidentales, lanzándose a una aventura contra el Reich.

Hitler tomó con desconfianza y hostilidad ese extraño cambio, pero las ofertas soviéticas se repitieron por diversos conductos y los diplomáticos alemanes creyeron que ésta era una gran oportunidad.

Consultando archivos capturados después de la guerra, el historiador inglés F. H. Hinsley precisa que las negociaciones ruso-germanas empezaron a iniciativa rusa, el 17 de abril de 1939. El 3 de mayo siguiente, el Ministro israelita de Relaciones Exteriores de Rusia, Maxim Litvinoff (originalmente llamado Maxim Moiseevich Vallakh Finkelstein), fue relevado de su puesto a fin de suavizar la desconfianza de Hitler.

Ante la crisis de Polonia y la amenaza de guerra de la Gran Bretaña y Francia, Alemania aceptó el ofrecimiento soviético. El Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Ribbentrop, llegó a Moscú el 23 de agosto de 1939 y en horas, con inusitada facilidad, se firmó el pacto, como que era lo que precisamente quería el Kremlin. Veinte horas después de su arribo a Moscú, Ribbentrop ya volaba de regreso a Berlín. Ante aquella suavidad de la URSS se ocultaba algo enormemente benéfico para el marxismo. Poco después pudo verse que Hitler no había alcanzado a comprender que el pacto no evitaría que las potencias occidentales le declararan

la guerra, pues tal pacto era simplemente una trampa soviética tendida de acuerdo con la camarilla israelita de Occidente. Sin embargo, esto no era visible de momento y Hitler aceptó el tratado con la esperanza de ganar tiempo mientras despejaba la amenaza que se cernía desde Occidente.

«No creemos equivocarnos —dice Hinsley— al afirmar que si sólo hubiera dependido de Hitler, las negociaciones hubieran terminado en un fracaso». Agrega que el Fuehrer confiaba en que ese paso alejaría el peligro de guerra con la Gran Bretaña y Francia.

Ese tratado fue una sorpresa para el mundo, más no para Roosevelt y sus consejeros israelitas, que día a día estuvieron siendo informados de la cautelosa política de Stalin para lograr la secreta meta común de que Alemania se viera envuelta en una guerra con las naciones occidentales antes que con la URSS.

El diplomático norteamericano William C. Bullit dice[1] que desde 1934 Roosevelt fue informado de que Stalin «deseaba concertar un convenio con el dictador nazi y que Hitler podía tener un pacto con Stalin cuando lo deseara. El Presidente Roosevelt fue informado con precisión, día tras día, y paso tras paso, de las negociaciones secretas que tuvieron Stalin y Hitler en la primavera de 1939... En verdad, nuestra información concerniente a las relaciones entre Hitler y Stalin era tan excelente, que habíamos notificado al Gobierno soviético que esperase un asalto a principios del verano de 1941 y habíamos comunicado a Stalin los puntos principales del plan estratégico de Hitler».

En consecuencia —como este aviso era dado en 1939—, quedaban dos años de margen para empujar a los países occidentales hacia la guerra contra Alemania, no en provecho de ellos, sino en anticipada defensa del marxismo israelita que se encontraba ya en capilla. Tales informes recibidos por

Roosevelt y transmitidos a Stalin resultaron absolutamente exactos.

El general Beck, ex jefe del Estado Mayor General alemán, conservaba nexos ocultos con sus amigos israelitas. Por su conducto salieron de Alemania valiosos secretos, vía París, y eran ya del dominio de Roosevelt y Stalin. Este último sabía con certeza, como lo confirma Bullit, que la ofensiva alemana contra la URSS sería en 1941. Para entonces el Kremlin esperaba contar ya con una masa abrumadora de tropas, y mientras tanto rehuía a todo trance que el Ejército Rojo se enzarzara prematuramente en la lucha con el Ejército Alemán. Tal fue el significado del pacto ruso-germano de no agresión firmado el 23 de agosto de 1939.

En esos días Alemania se esforzaba en lograr la anuencia de Polonia para construir un ferrocarril y una carretera que unieran a Berlín con su provincia de Prusia Oriental. Era este el último obstáculo que se interponía para la proyectada ofensiva contra el bolchevismo. Después del conflicto germanopolaco figuraba ya la lucha armada con la URSS. El movimiento político judío decidió asirse firmemente del último obstáculo y convertirlo en un «casus belli» para desencadenar la guerra entre Alemania y los países occidentales. La comunidad israelita radicada en Polonia jugó en esa maniobra un papel decisivo. Su influencia había quedado asegurada en el artículo noveno de la Conferencia de Versalles de 1919, mediante el apoyo de estadistas judíos con influencia en Estados Unidos, el Imperio Británico y Francia. En ese artículo se especificó que de todas las prerrogativas concedidas a la Comunidad Judía se hacía «no una cuestión de libre albedrío de Polonia», sino «una exigencia de la Sociedad de las Naciones».

Mediante propaganda, agitación e influencias secretas, la opinión pública polaca fue desorientada y se la alentó al desorden como la forma más segura de evitar todo arreglo pacífico entre Polonia y Alemania. El 3 de mayo hubo un desfile polaco durante el cual las «porras» gritaban: «¡A

Dantzig, a Berlín...!» Se hizo correr la versión de que las tropas alemanas estaban hambrientas y no resistirían. La población alemana anexada a Polonia en 1919, sufrió sangrienta hostilidad en 1939. Ya para el 21 de agosto de ese año el número de fugitivos que cruzaron la frontera germanopolaca, ascendía a 70,000. Según posteriormente pudo establecerse 12,857 cadáveres de alemanes fueron identificados como victimados por la persecución, en tanto que 45,000 alemanes más desaparecieron[2].Representantes de agencias informativas internacionales —como Mr. Oechsner, de la United Press—, fueron invitados por Alemania para que dieran fe de esos hechos.

La provocación de esos acontecimientos dio los nefastos frutos que se esperaban de ellos: el conflicto germanopolaco perdió toda coyuntura de arreglo amistoso y se volvió un polvorín. El 15 de agosto del mismo año de 1939 el Gobierno francés notificó a Alemania que en caso de un choque armado germano-polaco, Francia daría todo su apoyo a Polonia. Cosa igual anunció Inglaterra una semana después. Hitler conferenció entonces con el embajador británico, Neville Henderson, para hacerle ver que Inglaterra estaba prefiriendo cualquier cosa antes que un acuerdo pacífico. «En su voluntad de aniquilar —le dijo— se había dirigido a Francia, a Turquía, a Moscú... Alemania nunca había emprendido nada en perjuicio de Inglaterra, a pesar de lo cual Inglaterra se había colocado contra Alemania». En seguida Hitler se dirigió al Premier británico Neville Chamberlain, en los siguientes términos:

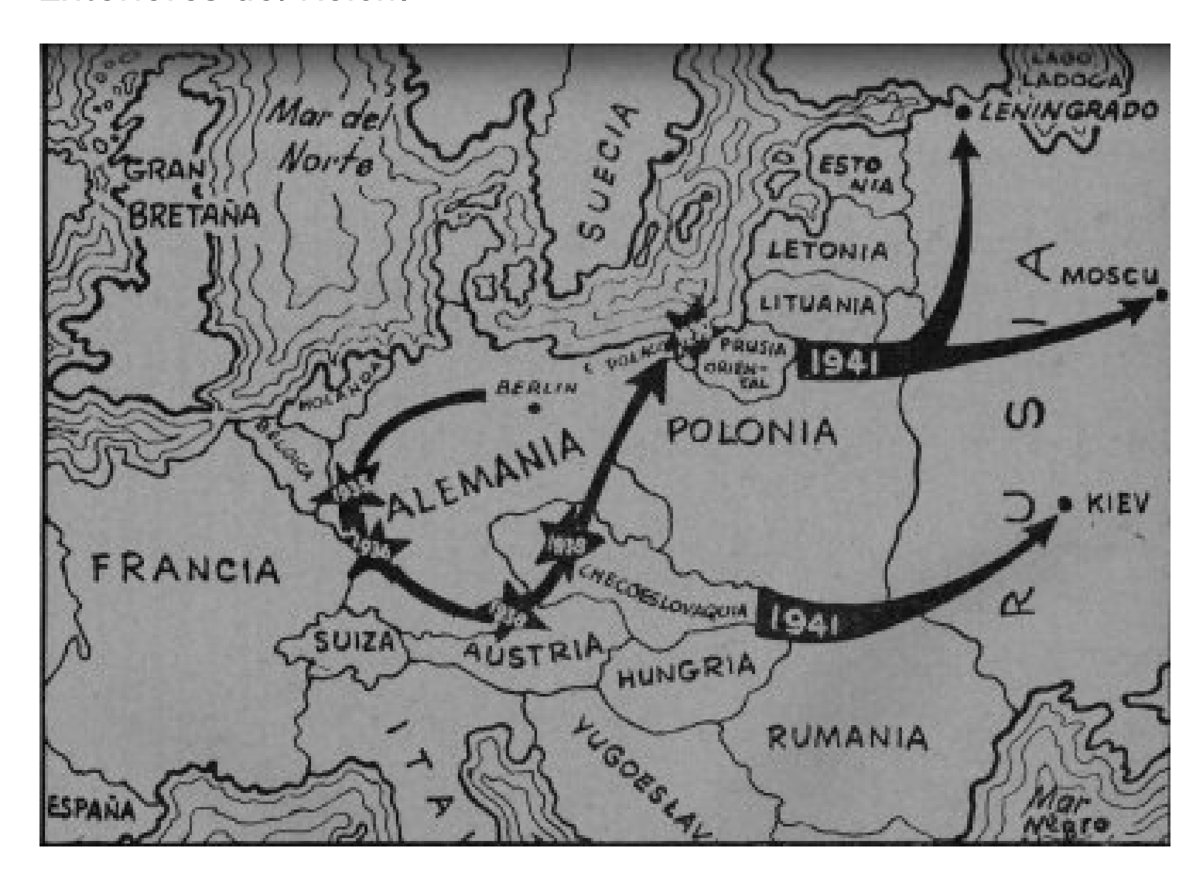
«...He empleado toda mi vida en luchar por una amistad germanoinglesa, pero la actitud de la diplomacia británica —por lo menos hasta ahora— me ha convencido de la falta de sentido de este intento. Si ello cambiara en el porvenir, nadie podría ser más feliz que yo».

En respuesta, la prensa inglesa azuzaba a la opinión pública para forzarla a la movilización militar, que seguía siendo

popularmente rechazada porque el pueblo juzgaba inútil una nueva guerra contra Alemania.

El 25 de agosto Hitler volvió a tender amistosamente la mano a Inglaterra y hasta le propuso una alianza germanobritánica.

[1] «Cómo los EE. UU. Ganaron la Guerra y por qué Están a Punto de Perder la Paz»
[2] «Los Horrores Polacos». Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich.



(Al recuperar la soberanía en los territorios alemanes del Sarre y la Renania (1936), Hitler anunció que no tenía ya ninguna demanda que hacer a las potencias occidentales. Su atención se desvió a la unificación de Austria y a la neutralización de Checoslovaquia (1938) como bastión de la URSS. Por último, en 1939 se lanzó resueltamente hacia el Oriente

para unir por tierra a su provincia de Prusia Oriental y preparar así la ofensiva contra el marxismo entronizado en Moscú.)

Hablando con el embajador inglés le dijo que estaba dispuesto «a concluir acuerdos con Inglaterra, los cuales garantizaran por parte de Alemania en todo caso la existencia del Imperio británico y de ser necesario, la ayuda alemana dondequiera que esta ayuda sea precisa... Por último, el Fuehrer asegura de nuevo que no tiene interés en los problemas occidentales y que se halla fuera de toda consideración una rectificación de fronteras en el Oeste». Pero ese mismo día los gobernantes ingleses —es justo precisar que el pueblo era ajeno a esas maquinaciones— dieron otra despectiva respuesta al llamado de Hitler y firmaron con Polonia un pacto para prestarle ayuda militar si era atacada por Alemania, pese a que sabían perfectamente que esa ayuda era imposible. Polonia corría como caballo desbocado hacia el abismo y los estadistas occidentales le apretaban más las espuelas.

El historiador británico capitán Liddell Hart afirma en su libro «Defensa de Europa» que la promesa de ayuda militar a Polonia fue inmoral porque era imposible cumplirla. «Si los polacos —dice— se hubieran dado cuenta de la imposibilidad militar de Inglaterra y Francia para salvarlos de la derrota, es probable que no hubieran presentado tan terca resistencia a las originalmente moderadas demandas de Hitler: Dantzig y el Corredor Polaco».

Pero los polacos no podían darse cuenta de la forma criminal en que se les estaba usando como mecha de la guerra; previamente la propaganda informativa judía los había engañado y soliviantado.

«He sido por mucho tiempo y muy de cerca, observador de la Historia contemporánea —agrega el historiador Hart— para que no me queden ilusiones acerca de las bases morales de

nuestra política exterior. Cuando alguien me dice que de pronto reaccionamos ante la amenaza que el sistema nazi representaba para la civilización, lo único que me queda es sonreír tristemente».

Así, pues, los gobernantes ingleses empujaron a Polonia al suicidio a sabiendas de que no podrían salvarla, Y los gobernantes franceses hicieron otro tanto. El 26 de agosto Francia le reiteró a Alemania que daría todo su apoyo militar a Polonia. Hitler le repuso que Alemania no tenía ningún motivo de fricción con Francia y que esa actitud germanófoba carecía de fundamento.

Inesperadamente el día 28 Inglaterra le aconsejó a Alemania que entablara negociaciones con Polonia. Hitler repuso que las negociaciones habían sido interrumpidas en julio con la movilización polaca y que todas las propuestas alemanas para un arreglo habían sido desoídas. Sin embargo, Hitler agregó que Alemania estaba en la mejor disposición de aceptar la mediación británica:

«El Gobierno del Reich quiere dar con ello al Gobierno de Su Majestad británica y al pueblo inglés una prueba de la sinceridad del propósito alemán de llegar a una amistad duradera con la Gran Bretaña. En estas condiciones está, por consiguiente, conforme el Gobierno del Reich en aceptar la propuesta mediación del Gobierno de Su Majestad para enviar a Berlín una personalidad polaca provista de plenos poderes. Espera que dicha personalidad llegue el miércoles 30 de agosto de 1939».

Pero el miércoles 30 de agosto, a las 4.30 de la tarde, en vez del negociador pacífico llegó la noticia de que Polonia acababa de decretar la movilización general. Además, Inglaterra se retractó de su ofrecimiento de mediadora y comunicó que no podía recomendarle a Polonia el envío de un representante.

Hitler entregó entonces al embajador británico, Henderson, las proposiciones que había preparado para ese negociador polaco que no llegó. Consistían, fundamentalmente, en la construcción de una carretera y un ferrocarril que unieran a

Prusia, a través del territorio alemán anexado a Polonia en la primera guerra mundial.

A las 6.30 de la tarde del 31 de agosto el Embajador polaco se presentó en la Cancillería del Reich, pero sin poderes para negociar. A las 21 horas Alemania comunicó a Inglaterra que la mediación británica del día 28 había sido aceptada, que Alemania había estado esperando al plenipotenciario y que éste no había llegado. En consecuencia, consideraba que también en esta ocasión habían sido prácticamente rechazados sus propósitos de llegar a un arreglo pacífico.

A las 23 horas de ese mismo día 31 de agosto la radio polaca anunciaba: «La respuesta ha sido las disposiciones militares tomadas por el Gobierno polaco».

HABLANDO EL MISMON LENGUAJE DE LAS ARMAS

En la azulosa claridad del amanecer del día siguiente, 44 divisiones alemanas se desbordaron en una aurora de fuego sobre la frontera polaca. 36 divisiones polacas, enardecidas de orgullo y alentadas por el prometido apoyo militar de las potencias occidentales, les salieron al encuentro. Un millón doscientos mil hombres chocaron en la mortal aventura de la guerra[1].

Hitler habló ese día:

«Una cosa es, empero, imposible: exigir que se solucione por medio de la revisión pacífica una situación insostenible, y a la vez negarse tercamente a toda revisión pacífica... Me he decidido a hablar con Po-lonia el mismo lenguaje que Polonia emplea con nosotros hace meses. Yo he prometido solemnemente, y lo repito ahora, que nosotros no exigimos nada de esas potencias occidentales, ni lo exigiremos nunca. Yo he manifestado palmariamente que los límites entre Francia y Alemania constituyen un hecho definitivo. Yo he ofrecido siempre a Inglaterra una amistad sincera, y en caso necesario, hasta la más íntima colaboración. Pero el amor no puede ser una cosa unilateral.

»Desde las 5.5 se le contesta a Polonia también con fuego. No pido de ningún alemán más de lo que yo estuve dispuesto a hacer en todo momento durante más de 4 años (en la primera guerra). Desde ahora es cuando mi vida pertenece verdaderamente en absoluto al pueblo. No quiero ser ahora más que el primer soldado del Reich. Por ello he vestido de nuevo aquel uniforme que fue para mí el más sagrado y el más querido. Sólo me lo quitaré después de la victoria, o bien, no viviré este final... Sólo hay una palabra que no he conocido nunca y es: capitulación».

Testigo de aquel momento, José Pagés Llergo refiere:

«Los civiles pálidos, temblorosos por la emoción, se enjugaban las lágrimas; los diplomáticos, asidos fuertemente del brazo del asiento, contemplaban estáticos, electrizados, la pequeña figura que allá en la distancia se erguía en éxtasis; los militares gritaban, casi aullaban. Afuera, medio millón de personas levantaban un murmullo sordo, aterrador, cuando Adolf Hitler hundía los puños sobre la mesa del Reichstag y rojo, descompuesto, el pelo tirado en desorden sobre la frente, gritaba con los ojos bañados en lágrimas: »¡En estos momentos no quiero ser más que el primer soldado del Reich!»

»Sus brazos se elevaban lentos, teatrales, hacia el cielo. En aquella actitud de pedir silencio, el tigre que hace unos momentos había sido, se transforma, genial, fantástico, en un apóstol del germanismo que va predicando, con rara modulación de voz, su verdad, la verdad de su pueblo...

»A mi lado una mujer solloza, conmovida. Los hombres apenas si respiran: con sus caras cetrinas, los ojos cansados, la frente bañada de sudor por el sacudimiento nervioso, yacen extenuados en sus asientos. En una fracción de segundos Hitler hace vibrar el auditorio hasta el agotamiento. Su voz no es fuerte, pero la modula en tal forma, que sabe hacerla gemir, sabe hacerla dulce, suplicante, fiera.

»El grito de 'Heil' se va extendiendo tenue, impreciso, desde la plataforma del Reichstag hasta el anfiteatro, para

convertirse en un grito ensordecedor, salvaje, que llena el edificio y trasciende hasta la calle».

Entretanto, ese mismo día 1º de septiembre el Soviet Supremo votó una ley de servicio militar que implicaba una movilización total de la juventud rusa. Sus aprestos bélicos se aceleraron.

Al día siguiente, dos de septiembre, Mussolini hizo una gestión ante Alemania, Polonia, Inglaterra y Francia, para concertar un armisticio germano-polaco y buscar un arreglo pacífico. Hitler aceptó y el primer ministro francés también, pero Inglaterra rechazó la proposición y luego logró que Francia hiciera lo propio. Un mensaje de la agencia francesa «Havas», referente a la aceptación de las pláticas, fue cablegráficamente anulado desde París.

Goering, el segundo de Hitler, trató de volar a Inglaterra para insistir en un arreglo pacífico. Hitler aprobó el plan y el general Bodenschatz preparó un avión especial. Cablegráficamente se solicitó la anuencia de Londres para el viaje, pero el gobierno inglés contestó negándose a recibir a Goering.

El 3 de septiembre Inglaterra envió un ultimátum a Alemania exigiéndole que para las once horas de ese día retirara sus tropas de Polonia o de lo contrario se considerara en guerra con el Imperio Británico. En Francia aún era muy viva la resistencia de la opinión pública a la guerra y el Gabinete tuvo momentos de indecisión; un ultimátum igual al inglés se envió hasta las 12.30.

El embajador británico Neville Henderson se presentó en la Cancillería de Berlín a entregar el ultimátum con apercibimiento de guerra. El documento fue recibido por el Dr. Paul Schmidt, jefe de intérpitetes de la Wilhelmstrasse, quien en seguida se lo entregó a Hitler. Schmidt refiere así lo ocurrido[2]:

«Hitler se quedó petrificado en su asiento, con la vista fija hacia adelante. No daba muestras de confusión, como se ha

dicho, ni tampoco se encolerizó, como otros refirieron. Se quedó sentado, completamente silencioso, inmóvil. Tras de un intervalo, que a mí me pareció un siglo, se volvió hacia Ribbentrop, que había permanecido rígidamente en pie junto a la ventana. ¿Y bien? —preguntó Hitler con una mirada penetrante a su Ministro de Relaciones, como para indicar que Ribbentrop le había informado mal acerca de la actitud de Inglaterra—. Ribbentrop repuso tranquilamente: "Presumo que los franceses nos entregarán un ultimátum semejante dentro de una hora"».

Minutos después Hitler dictó la siguiente respuesta al gobierno inglés:

«El Gobierno del Reich y del pueblo alemán se niega a recibir, aceptar o cumplir las exigencias con carácter ultimativo del Gobierno británico».

Una contestación semejante fue entregada más tarde al representante de Francia. A las 11 de la mañana del 3 de septiembre de 1939 Inglaterra declaró la guerra a Alemania y Francia hizo lo propio a las 5 de la tarde de ese día. Era esta la guerra que Hitler no quería...

NI CON SU SILENCIO PUDO AYUDAR ITALIA

Cuando el 3 de octubre de 1935 Mussolini inició la invasión de Etiopía y atrajo hacia sí un ruidoso boicot de la Liga de las Naciones, Hitler lo apoyó resueltamente. Y es que desde 1923 Hitler admiraba a Mussolini como creador de la doctrina fascista, esencialmente opuesta al bolchevismo. Años más tarde nació el Eje Berlín-Roma corno una alianza contra la URSS.

Y cuando en 1939 Alemania trataba de abrir el camino hacia Moscú y esto le ocasionó el conflicto con Polonia, Italia dio un cauteloso paso atrás y decidió ser neutral. Hitler le pidió que no revelara esa decisión sino hasta el último momento. Tenía la esperanza de que si Inglaterra y Francia ignoraban que el Eje Berlín-Roma no era tan firme como parecía, no intervendrían activamente en el conflicto.

Sin embargo, la neutralidad de Italia fue conocida por Inglaterra y Francia antes de que estallara la guerra germano-polaca. Y es que el Ministro de Relaciones, Galeazo Ciano, les había revelado este secreto. Ciano odiaba a Alemania, aunque no lo manifestaba categóricamente, y era marido de Edda Mussolini, hija de Mussolini y de una judía rusa. Pero esto no lo supo Alemania sino hasta cuatro años después, en 1943.

La frágil alianza germano-italiana se revela en el propio Diario de Ciano, quien el 20 de marzo de 1939 escribió: «El rey se muestra cada vez más antigermano. Al referirse a los alemanes llegó a calificarlos de mendigos y canallas».

El 26 de agosto de ese mismo año agregaba: «El Duce y yo le enviamos un mensaje a Hitler diciéndole que Italia no puede ir a la guerra si no cuenta con abastecimientos. Grandes demandas». En efecto, era tanto lo que pedía que se necesitarían 17,000 trenes para transportarlo.
Y el 21 de agosto: «Le aconsejo al Duce que rompa el pacto y se lo arroje por la cara a Hitler».

Las cosas no llegaron a tanto, pero la alianza de Italia no tenía más apoyo que la vacilante actitud del Duce.

EN LAS ORILLAS DEL ABISMO

Alemania no estaba preparada en 1939 para una guerra contra Francia y el Imperio Británico; en primer lugar porque Hitler no quería ni buscaba esa contienda. El 3 de septiembre, cuando en contra de todo lo esperado recibió las declaraciones de guerra de París y Londres, el ejército alemán constaba teóricamente de 98 divisiones, pero 21 de ellas no habían terminado aún su organización y tenían un alto porcentaje de personal mayor de 40 años, por lo cual no eran de primera línea. Cuarenta y cuatro de las mejores divisiones se hallaban empeñadas en Polonia (y 1 2 más adscritas como reserva para ese frente). Sólo quedaron 23 divisiones completas y 12 deficientes para el frente occidental, ante las fuerzas anglo-francesas, estimadas en 110 divisiones.

Por consiguiente, la situación militar de Alemania en ese momento era casi desesperada. Hitler exigió del ejército una «blitzkrieg —guerra relámpago—» para terminar cuando antes la campaña de Polonia y afrontar la amenaza de Inglaterra y Francia.

El general Alfred Jodl, en esa época jefe del Estado Mayor del Alto Mando, declaró posteriormente que en esos días «Alemania no sufrió una derrota porque las 23 divisiones del oeste no fueron atacadas» por las 110 divisiones francesas dispuestas contra Alemania. Y es que los estadistas anglofranceses ya habían ido bastante lejos al declarar una guerra impopular y de inmediato no tenían listo su plan ofensivo, además de que los 3,000 fortines de la Línea Sigfrido fueron un factor psicológico paralizante para el ejército francés, que decidió esperar la llegada de refuerzos británicos.
En el frente polaco, Hitler cifraba sus esperanzas en las seis nuevas divisiones blindadas del ejército alemán y en su aviación. Alemania contaba con 1,553 bombarderos y 1,090 cazas, o sea un total de 2,643. En la campaña polaca utilizó 1,500 incluyendo 500 cazas. En esta arma sí era muy considerable la superioridad sobre Polonia, la cual disponía de 580 aviones de primera línea, incluyendo 250 cazas. Las fuerzas alemanas se desplegaron de la siguiente manera: por el norte, los ejércitos 3o y 4o, de von Kluge y von Küchler, ambos a las órdenes de von Bock. Y por el sur, los ejércitos 8o, 10o y 14, de los generales Blaskowitz, von Reichenau y List; los tres a las órdenes de von Rundstedt. De los cinco jefes de ejército sólo von Reichenau había sido simpatizador del movimiento nazi y a él se le encomendó el ejército más poderoso, con 17 divisiones[3].

Los dos grupos de ejércitos, o sea el de von Bock por el norte y el de von Rundstedt por el sur, formaron gigantescas tenazas cuya meta era Varsovia. Dentro de esos dos tentáculos de fuego quedaba la masa del ejército polaco, que

debería ser cercada y destruida. Varios generales, incluso el Jefe del Estado Mayor, General Franz Halder, no confiaban en ese plan, pero Hitler insistía en que obtendría éxito. En vez de desplegar las fuerzas frente a las del adversario, cosa que podía dar lugar a una guerra de trincheras más larga, el ejército alemán pasó por alto muchos puntos fortificados, a veces cruzando zonas que parecían intransitables, y se infiltró resueltamente hacia el corazón de Polonia. Por su parte, los polacos cometieron el error de quererlo «cubrir todo» desplegando sus fuerzas en un largo frente y esto aceleró su derrota. El ariete blindado de los tanques del 10 ejército de von Reichenau se clavó profundamente en el corazón de Polonia.

Pese al margen de superioridad en tanques, y al margen más amplio de superioridad en el aire, Alemania realizó la campaña de Polonia en una comprometida situación militar. Claro que Polonia se hallaba en situación más desesperada aún, pero cegada por la propaganda, exacerbada en su orgullo y confiada en el apoyo total que Inglaterra y Francia le habían prometido, el pueblo no se daba cabal cuenta del abismo al que se le empujaba con los ojos vendados. Algunos exaltados polacos decían que en 1840 habían derrotado a los alemanes en Tannenberg y que volverían a derrotarlos en Berlín. Hasta el inteligente diplomático Lipski, embajador polaco en Alemania, fue cegado por la criminal propaganda que se hacía en su patria y dijo que a los primeros combates ocurrirían levantamientos en Alemania y que el ejército polaco saldría vencedor. Sin embargo, poco antes de las hostilidades algunos generales abrigaban la esperanza de que se pudiera evitar la guerra con el Reich y de que Polonia y Alemania se enfrentaran juntas a la URSS.

[1] Nominalmente había asignadas al frente polaco 56 divisiones alemanas, pero 12 eran todavía deficientes y no participaron en la lucha. En teoría el ejército polaco tenía 50

divisiones, incluyendo reservas, pero sólo 36 se hallaban ya listas en el frente.

[2] «Informes Secretos Desde Atrás de la Cortina de Adolfo Hitler». Dr. Paul Schmidt.

[3] Cada división tenía 15,000 hombres. Aproximadamente dos o tres divisiones formaban un cuerpo de ejército. Diez o más divisiones formaban un ejército, o sea aproximadamente 150,000 soldados. Y dos o tres ejércitos integraban un «grupo de ejércitos». A grandes rasgos, este era el modo de mover, abastecer y dirigir a masas tan enormes de combatientes.

Eran frecuentes grupos de ejércitos formados por quinientos mil hombres.



(Al recuperar la soberanía en los territorios alemanes del Sarre y la Renania (1936), Hitler anunció que no tenía ya ninguna demanda que hacer a las potencias occidentales. Su atención se desvió a la unificación de Austria y a la neutralización de Checoslovaquia (1938) como bastión de la URSS. Por último, en 1939 se lanzó resueltamente hacia el Oriente para unir por tierra a su provincia de Prusia Oriental y preparar así la ofensiva contra el marxismo entronizado en Moscú.)

Muchas unidades polacas combatieron con ardor y destreza, y en diversos sectores ocasionaron pérdidas extra-ordinariamente altas entre la oficialidad alemana que para alentar a la tropa «había entrado en acción con el mayor fervor», según declaración del general Guderian. Veteranos combatientes, como el teniente coronel Lindeman, dicen que «una de las impresiones más fuertes que uno recibe cuando se enfrenta al enemigo por primera vez es la de sentir miedo.

La única diferencia entre un hombre valiente y uno cobarde es que el valiente es capaz de controlar su miedo... El frente de batalla es visto en colores más obscuros y más lleno de peligro que lo que verdaderamente es... No se ha encontrado nada que calme el ánimo en la batalla como estar cerca de alguien que no esté poseído del miedo o del pánico».

Y como parte de la infantería alemana estaba aún deficientemente preparada, sus oficiales se lanzaban en primer término para infundir confianza. En los primeros días de lucha perecieron un hijo del general Adam, uno del coronel von Funk y otro del Secretario de Estado, barón von Weizsacker. Mientras, este último se dedicaba a crear una célula de conspiración en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en connivencia con el general Beck y el doctor Goerdeler[1]. Por esos mismos días el Almirante Canaris, Jefe del Servicio Secreto Alemán, accedía subrepticiamente a servir al movimiento judío internacional, rescatando a un prominente rabino polaco para enviarlo a Estados Unidos. Sobre el particular había tenido pláticas privadas con el cónsul Geist, comisionado de Roosevelt[2].

Además, el ministro sin cartera Hjalmar Schacht y el almirante Canaris, Jefe del Servicio Secreto, trataban de ganarse al general Brauchitsch (jefe del Ejército) para que desobedeciera a Hitler. Y el general von Hammerstein-Equord, marxista, tramaba la captura del Fuehrer. La situación interna de Alemania seguía pendiendo de un hilo. Entretanto, la propaganda inspirada por los judíos hizo del

caso Polonia un motivo de agitación mundial. Recién iniciadas las operaciones, el 3 de septiembre se difundió que el Santuario Nacional de la Virgen de Polonia, en Czestochova, había sido destruido por los nazis. Alsiguiente día los alemanes llevaron a los periodistas extranjeros a Czestochova y éstos pudieron dar fe —entre ellos L. P. Lochner, de la Associated Press— que el Santuario se hallaba intacto. Así lo declaró también el Prior Norbert Motzlewsky. Sin embargo, los rumores alarmistas se difundían ampliamente en extensos mensajes, en tanto que las rectificaciones se ministraban en insignificantes boletines que sólo en mínima parte borraban la mala impresión causada por la versión original. El pueblo polaco sufría espantosamente los rigores de la guerra y no se daba cuenta de que estaba siendo manipulado como instrumento de secretas maniobras internacionales. Se le lanzó al sacrificio en la forma más despiadada y siniestra. Para mantener ese engaño, el 5 de septiembre el diario «Kujer Poznaski» anunció a los polacos que todas las fuerzas francesas de tierra, mar y aire habían entrado en acción. Esto no era cierto. El día 6, para que el ánimo no decayera, la radio de Varsovia anunció que la línea alemana Sigfrido había sido rota por los franceses. En realidad, ni siquiera se combatía allí.

El 11 de septiembre la campaña germano-polaca estaba llegando a su punto culminante. Los ejércitos alemanes de von Küchler habían ya flanqueado a Varsovia por el norte, en tanto que el ejército de von Reichenau hacía lo propio por el sur. Los principales contingentes polacos se hallaban casi copados entre ambas tenazas y sin esperanzas de salvación. Ese día la propaganda internacional dijo al pueblo polaco que «el avance francés que había sido detenido momentáneamente por la contra-ofensiva alemana, se reinició el 10 de septiembre», y así se le daban falsas esperanzas. En realidad no existía ni la ofensiva francesa ni la contra-ofensiva alemana en el frente occidental, pero con estas falsedades se exprimía a Polonia hasta el último centigramo de resistencia. El 17 de septiembre la campaña polaca estaba prácticamente decidida con más de medio millón de polacos prisioneros o

dispersos. Hitler habló en Dantzig el día 19 y precisó que Alemania nada pedía ni a Inglaterra ni a Francia, y que la contienda en el Occidente no tenía razón de ser. El régimen de Daladier repuso que Francia «continuará la guerra hasta obtener la victoria definitiva», en tanto que el Premier inglés, Mr. Chamberlain, contestó despectivamente diciendo que «el ofrecimiento de paz de Hitler no cambia en nada la situación». Mientras fallaba este esfuerzo diplomático para hacer la paz en Occidente, el mando alemán pidió la capitulación de Varsovia a fin de ahorrarle inútiles sacrificios a la población civil, pero el comandante polaco se empeñó en convertir la plaza en parapeto y presentó combate. Ocho días después Hítler intervino en las operaciones militares y ordenó que Varsovia fuera capturada a sangre y fuego. El general Blaskowitz, comandante del 8o ejército, manifestó su inconformidad por la intervención de Hitler y de sus tropas selectas (las SS). Poco después se le relevó del mando. La oposición de los generales seguía siendo el punto más débil de Alemania.

El día 26 la aviación alemana arrojó volantes sobre Varsovia pidiendo que se rindiera. Ante la negativa polaca, esa noche se inició el ataque directo, que culminó el día 28 con la capitulación. Al concertar ésta, Hitler «dejaba a salvo el honor militar de un adversario que había sucumbido luchando valerosamente». A los oficiales se les permitió conservar sus espadas y a la tropa se le dejó en libertad después de desarmarla.

Toda la campaña polaca terminó en 27 días, después de un doble envolvimiento de los flancos enemigos. 13,981 soldados alemanes habían muerto; 30,322 habían caído heridos. «El ejército de Polonia que nominalmente estaba integrado por dos y medio millones de hombres había dejado de existir como fuerza organizada», escribió Churchill. Hitler entró en Varsovia. Un mexicano —José Pagés Llergo— fue testigo de aquel momento.

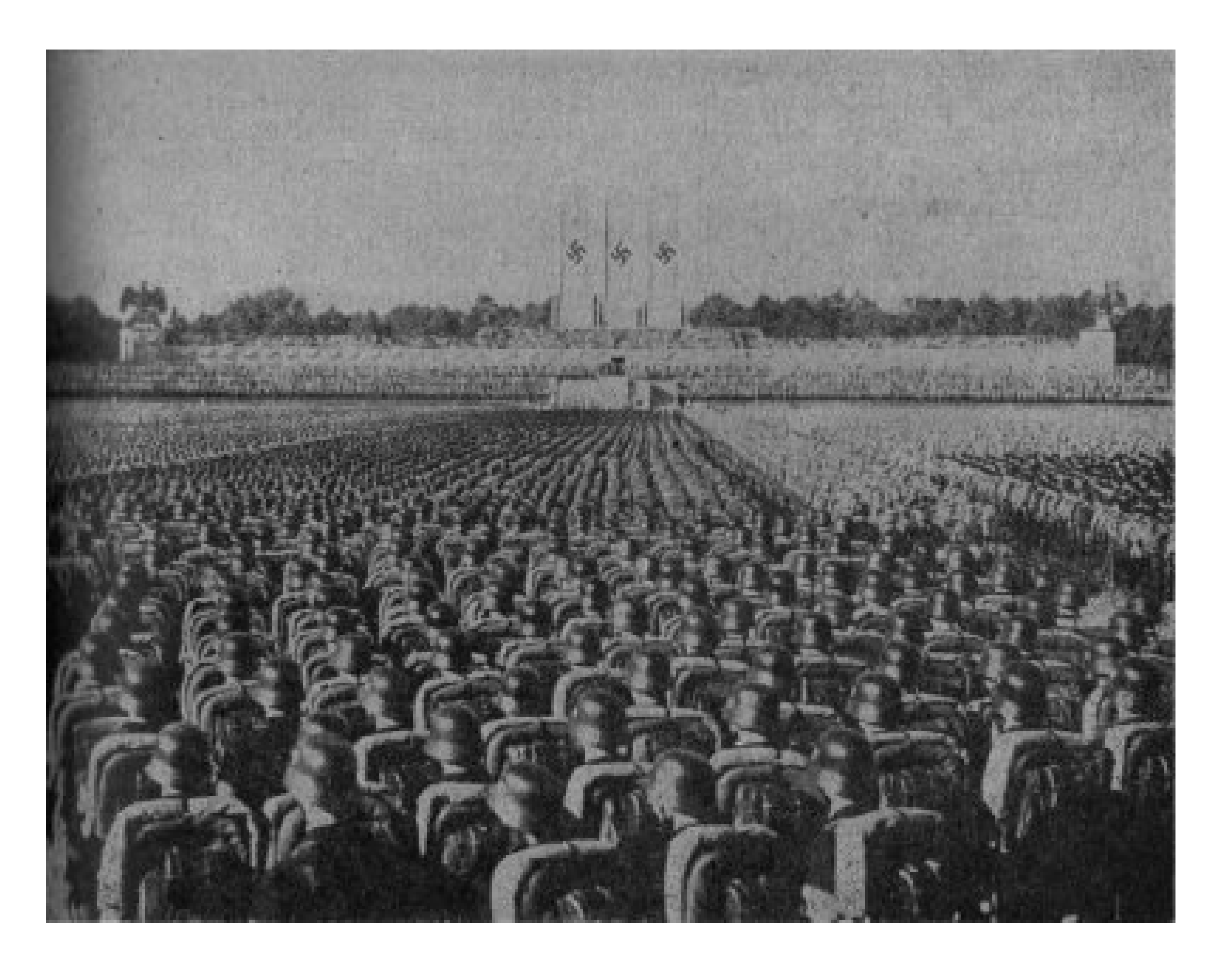
«Las doctrinas sociales —le dijo Hitler— son como las plantas: nacen y se desarrollan en climas propicios. El nazismo, que

ha sido la respuesta a los males que padecía Alemania, posiblemente no encuentre en la América de ustedes el abono conveniente para que germine... Veinticinco minutos —añade Pagés— he estado a su lado. Cuando se retira para pasar revista por el Bulevard Pilsudsky a cinco divisiones victoriosas, el grito de "Heil" se levanta ensordecedor, siniestro, cubre Varsovia y se propaga por toda la Rosa de los Vientos como la palabra de reto de un pueblo que ve en un hombre la materialización de su revancha».

OTRA VEZ HITLER TIENDE LA MANO

Un hecho de la más extraordinaria importancia había ocurrido en las postrimerías de la campaña germano-polaca. El 15 de septiembre, cuando ya el ejército polaco se encontraba copado entre los dos grupos de ejércitos de von Bock —en el norte— y von Rundstedt — en el sur—, y cuando Varsovia había sido flanqueada, la URSS invadió a Polonia por el oriente. El Ejército Rojo avanzó sin resistencia en la retaguardia de los polacos y ocupó la mitad del país. La invasión alemana se había originado en el desacuerdo germano-polaco sobre la vinculación de Prusia Oriental con el resto de Alemania, esencial para la proyectada campaña alemana contra la URSS. ¿Y cuáles eran los orígenes de la invasión soviética de Polonia? Precisamente en ese año de 1939 Stalin publicó un libro, «Problemas del Leninismo», reiterando la meta marxista de la dominación mundial. Decía que la victoria del régimen bolchevique en Rusia no era sino el preludio de otras victorias en todos los demás países de la tierra. Citaba las siguientes palabras de Lenin:

[1] «Recuerdos de un soldado». — General Heinz Guderian.
[2] «El Almirante Canaris». — Karl H. Abshagen.



(Concentración de cien mil hombres en el Estadio de Nuremberg. Hitler insiste en que no quiere guerra con Occidente.)

«Vivimos no sólo en un Estado, sino en un sistema de Estados, y es inconcebible la existencia de la República Soviética por un tiempo largo, junto a Estados imperialistas. A la postre, aquélla habrá de vencer a éstos, o éstos a aquélla».

Inglaterra y Francia habían iniciado la guerra bajo la bandera de que estaban defendiendo a Polonia. Cuando Stalin atacó por la espalda a los polacos vencidos y les arrebató la mitad de su país, un sospechoso silencio se hizo en Occidente. Ese hecho lo refiere Churchill en sus Memorias con una suavidad de terciopelo:

«El gobierno británico se encontró desde el principio con un dilema. Habíamos ido a la guerra con Alemania como

resultado de la garantía que dimos a Polonia... Y Rusia se negaba a garantizar la integridad de Polonia».

¿Podría creerse en la sinceridad de los estadistas occidentales cuando hablaban de defender principios de libertad si los polacos eran atacados por los alemanes, y callaban si los atacantes eran bolcheviques? ¿Podría creerse en esa sinceridad cuando se empeñaban en cerrarle a Hitler el paso hacia Moscú y en cambio no tomaban ninguna providencia contra la amenazante expansión del marxismo soviético hacia el mundo occidental?

Con una inconsciencia sólo explicable por su odio personal contra Hitler —odio que se evidenció desde el verano de 1932, cuando por primera vez se negó a hablar con él—, Churchill hasta se regocijó en cierto modo por la invasión soviética de Polonia y escribió: «Los rusos han movilizado fuerzas muy grandes y han demostrado capacidad para avanzar lejos y con prontitud». No procedía Churchill como estadista, porque la cualidad elemental del estadista es buscar el beneficio de su patria, y no podía ser benéfico que la URSS se desbordara sobre sus fronteras, ya que esencialmente la doctrina bolchevique era contraria al Imperio Británico. Mil veces menos dañoso para Inglaterra era el movimiento alemán hacia el Oriente, con sus metas claramente proclamadas: conquistar territorio soviético, cimentar la amistad con el Imperio Británico e incluso concertar una alianza con él.

Es indiscutible la habilidad de Churchill como líder y como orador. Pero su ceguera o su mala fe como estadista es un hecho que la Historia no podrá soslayar. Es un hecho que está sufriendo en carne propia el mismo Imperio Británico, el cual al terminar la guerra comenzó a desgajarse como si fuera un vencido y no un vencedor. Al concluir la campaña polaca, y por fin ya en la frontera de la URSS, Hitler hizo otro llamado de amistad a Francia y a la Gran Bretaña, que un mes antes le habían declarado la guerra. En sus palabras no había el menor rastro de odio y sí un visible deseo de que el Occidente se reconciliara con Alemania, cuyo propósito no era otro que

combatir el bolchevismo, o sea el auténtico enemigo de la Civilización Occidental. El 6 de octubre de 1939 Hitler dijo:

«Ofrecí a los detentadores del poder en Varsovia dejar salir por lo menos a la población civil... Ofrecí después no bombardear un barrio entero de la ciudad, el de Praga, reservándolo para la población... No obtuve respuesta. Entonces ordené para el 25 de septiembre el comienzo del ataque...

»La devolución del Sarre era la única exigencia que consideraba yo como una condición plena e ineludible para un acuerdo germano-francés. Una vez que Francia misma ha resuelto ese problema, desapareció toda exigencia alemana a Francia. Hoy no existen más exigencias de esta especie ni volverán a hacerse valer nunca... Francia lo sabe así. Es imposible que se levante un hombre de Estado francés y pueda manifestar que he planteado jamás una exigencia a Francia cuyo cumplimiento hubiese sido incompatible con su honor o sus intereses. En lugar de una exigencia tal, lo que he dirigido siempre a Francia ha sido el deseo de enterrar para siempre la vieja enemistad. He hecho todo lo posible para extirpar del pueblo alemán la idea de una enemistad hereditaria e ineludible, inculcándole en lugar de ella el respeto por los grandes hechos del pueblo francés y de su historia, y todo soldado alemán guarda el máximo respeto por las proezas del ejército francés.

»No menores han sido mis esfuerzos para llegar a un acuerdo germano-inglés e incluso a una amistad germano-inglesa... Nunca ni en ningún lugar me he opuesto realmente a los intereses británicos. Si este esfuerzo mío ha fracasado, ha sido porque había en algunos hombres de Estado y periodistas británicos una enemistad personal contra mí.
»Es también perfectamente claro para mí que cierto capitalismo y periodismo judaico-internacional no sienten en absoluto el compás de los pueblos cuyos intereses dicen representar, sino que, como Eróstratos de la sociedad humana, ven el máximo éxito de su vida en la provocación de un incendio.

»¿Alemania ha hecho a Inglaterra alguna reclamación que amenace quizá al Imperio británico o ponga en duda su existencia? No; al contrario. Ni a Francia ni a Inglaterra les hizo Alemania reclamaciones semejantes... Esta guerra en el Oeste no arregla ningún problema ni mucho menos, a no ser el de las malparadas finanzas de algunos industriales de armamentos».

Respecto a Polonia, Hitler estaba anuente en que resurgiera como país libre mediante la previa resolución del problema de las minorías alemanas, y mediante la comunicación de Prusia y la solución del problema judío.

Refiriéndose a la guerra que Francia e Inglaterra habían declarado a Alemania, agregó:

«El mantenimiento del actual estado en el oeste es inconcebible. Un día quizá Francia bombardee por primera vez Saarbruck y la deje demolida. La artillería alemana, por su parte, destruirá en represalia Mülhausen... Se instalarán después cañones de más alcance y la destrucción se irá haciendo mayor... Y el capital nacional europeo reventará en granadas y la energía de los pueblos se desangrará en los campos de batalla. Y un día, empero, volverá a haber una frontera entre Alemania y Francia, pero en vez de ciudades florecientes se extenderán por ella campos de ruinas y cementerios.

»En la historia no ha habido jamás dos vencedores y muchas veces no ha habido más que vencidos. Ojalá que tomen la palabra los pueblos y los gobernantes que son del mismo parecer. Y que rechacen mi mano los que creen ver en la guerra la mejor solución».

Su mano fue rechazada. No ciertamente por los pueblos, que querían la paz, sino por los estadistas occidentales; por Roosevelt, por Churchill y por Daladier. Incluso el Intelligence Service Británico organizó una minuciosa conjura para asesinar a Hitler en la Cervecería de Munich, durante la ceremonia del 8 de noviembre. Pero el acto duró menos de lo que se suponía porque Hitler sintió una indefinible premura y

salió del edificio minutos antes de que estallara la bomba de tiempo colocada para matarlo.

Churchill refiere en sus memorias que ciertamente Hitler se había visto sorprendido por la declaración de guerra de Francia y la Gran Bretaña, con quienes no quería pelea, pero que había supuesto que al terminar rápidamente la campaña de Polonia, su oferta de paz brindaría a Mr. Chamberlain y a Daladier la oportunidad de llegar a un arreglo decoroso. «Nunca se le ocurrió, ni por un momento —añade Churchill—, que Mr. Chamberlain y el resto de la comunidad de naciones que forman el Imperio Británico, tenían la resolución inquebrantable de darle muerte o perecer en la demanda». En verdad era difícil suponer que el odio contra una persona —en este caso Hitler— fuera más poderoso en Londres que la conveniencia del Imperio Británico, y que se prefiriera aniquilar a Alemania, aunque nada pedía de Inglaterra, que dejarle el camino libre para que se lanzara contra la URSS, cuya doctrina marxista era hostil a todo principio de libertad, hostil al Imperio Británico y declaradamente enemiga del mundo occidental[1].

Churchill fue cegado por ese odio y automáticamente se convirtió en instrumento de otras fuerzas que desde la Casa Blanca de Washington trataban a todo trance de salvar a la URSS. Sobre este punto el escritor norteamericano Robert E. Sherwood dice en su libro «Roosevelt y Hopkins» que cuando la guerra empezó, Roosevelt evidenció una grave preocupación de que fuera a llegarse a una paz negociada.

Transmitió esa inquietud al gobierno inglés e inició su «histórica correspondencia con Winston Churchill». Y es que si Alemania llegaba a una paz negociada contra Inglaterra y Francia, quedaba con las manos libres para realizar su anunciada ofensiva contra el marxismo.

El pueblo americano no quería la guerra. El propio Sherwood dice[2] que ya fuera por la experiencia de 1918 o por simpatía a la ciencia alemana, el sondeo de Roper reveló en

1939 que sólo un 2.5% de la población de Estados Unidos deseaba la intervención occidental contra Alemania, e incluso había un movimiento que proclamaba a Hitler como el adalid del antibolchevismo. Pero a pesar de que Estados Unidos era una democracia, Roosevelt no actuaba de conformidad con su pueblo, sino siguiendo los consejos prosoviéticos del grupo israelita que lo rodeaba: Wise, Baruch, Morgenthau, Frankfurter, Untermeyer, Rosenman, etc.

Y los inconfesables propósitos de este grupo son parcialmente revelados por el mismo Sherwood, quien agrega que el consejero Hopkins «afirmó que la cuestión de Polonia no era, en sí, tan importante por sí misma como por representar un símbolo de nuestra posibilidad de entendernos con la Unión Soviética. Dijo que nosotros no teníamos ningún interés especial en Polonia, ni propugnábamos allí una clase concreta de Gobierno».

Polonia era sólo un buen pretexto para defender al marxismo judío que desde 1917 reinaba en la URSS. Naturalmente que la defensa de Polonia no era lo que se buscaba, y los acontecimientos posteriores así lo evidenciaron claramente. No se permitía que Alemania construyera una ferrovía a través del Corredor Polaco, pero sí iba a permitirse que Rusia absorbiese al país entero. El embajador norteamericano en Polonia, Arthur Bliss Lañe, se dio cuenta de la inconcebible maniobra y renunció para escribir libremente «Yo vi traicionar a Polonia», donde refiere cómo Roosevelt, Churchill y Stalin se confabularon para subyugar al pueblo polaco. Dice que «El 90% de la población polaca se opone al comunismo, pero un Gobierno pelele hecho en Moscú fue trasplantado a Varsovia». Agrega Bliss Lañe que él se esforzó por que se garantizara el resurgimiento libre de Polonia, pero que «fue objeto de desaires que equivalían a insultos premeditados a Estados Unidos». Y sin embargo, Washington no lo apoyaba.

Los polacos Jan Chiechanowski y Stanislaw Mikolajoyk también refieren pormenorizadamente que los estadistas occidentales sacrificaron a Polonia para favorecer los

intereses de la URSS. ¿Era acaso que había relaciones espirituales o raciales entre el pueblo norteamericano y el bolchevismo soviético? Evidentemente no. Pero sí había relaciones espirituales y raciales entre los israelitas de la Casa Blanca y los que habían impuesto al pueblo ruso la doctrina del israelita Marx.

Aunque la tradición le impedía jugar por tercera vez como candidato presidencial, Roosevelt lo hizo disfrazado de pacifista para engañar a los votantes. Y hablando de paz, porque al fin las palabras no son actos, pero actuando para precipitar a Occidente a la guerra, volvió a burlar al pueblo americano. Un testigo de ese doble juego, testigo valioso por su prominente ingerencia en el Gobierno Norteamericano, dice[3]:

«Sus consejeros de la Casa Blanca lo convencieron (a Roosevelt) de que si decía la verdad perdería en las elecciones de 1940. El Presidente sabía que la guerra se acercaba —supuesto que él mismo la propiciaba-—, pero en su discurso de campaña política, dijo: "Ahora que hablo a ustedes, madres y padres, les diré algo más que los tranquilizará: he dicho esto antes, pero lo repetiré una y otra vez: los hijos de ustedes no serán enviados a ninguna guerra en el extranjero". La moralidad presidencial llegó así a su nivel mínimo, pero el señor Roosevelt ganó las elecciones (2a. reelección)»

Además, cada día destinaba mayores cantidades del presupuesto para nutrir el «New Deal» y creó la WAP, que teóricamente serviría para ayudar a los cesantes, pero que en la práctica era un arma disfrazada a fin de asegurarse la reelección. Hopkins (el discípulo del judío Dr. Steiner) manejaba los fondos de esa institución, pese a que según confiesa Sherwood, compañero de aquél en la Casa Blanca, «no cabe atribuir a Hopkins las virtudes de un hombre sano en cuestiones de manejo de dinero...»

Pero seguro del «Poder Secreto del Mundo», Hopkins decía: «Habrá impuestos y más impuestos, gastos y más gastos, y seremos elegidos una vez y otra».

LA MAMPARA DEL IDEALISMO

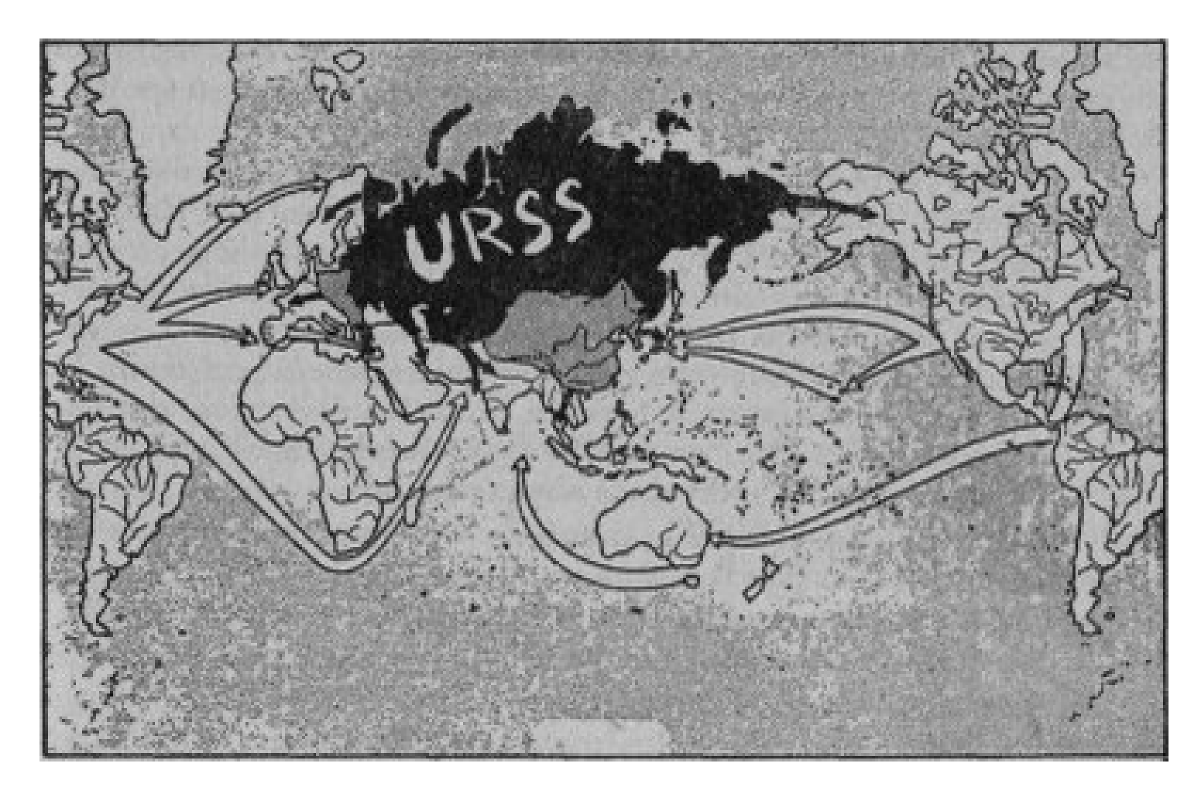
Los móviles secretos de la guerra anglo-francesa contra Alemania se encubrieron bajo una mampara de «idealismo» y «libertad», que el monopolio informativo internacional erigió mediante costosa propaganda para cegar a los pueblos. Era perfectamente claro que el movimiento bolchevique se había impuesto la tarea de extender mundialmente su doctrina marxista. El primer paso lo había dado ya por medio de la Tercera Internacional, que reclutaba elementos radicales dispuestos a servir a la conspiración internacionalista de Marx. Los partidos comunistas se nutrían en todo el mundo de utopistas bien intencionados, de intelectuales librescos, de intelectualoides soñadores, de bohemios descentrados, de mujeres viriloides y de fracasados resentidos, y lentamente iban ganando terreno en las masas carentes de criterio propio.

Geográficamente, Rusia es el corazón de la tierra firme. Es el sitio desde donde todos los Continentes quedan a la menor distancia posible: Asia y América por el Oriente; Europa por el Occidente, África y Oceanía por el Sur. El marxismo eligió bien su principal base de operaciones. También era perfectamente claro que el marxismo no confiaba únicamente en esa heterogénea penetración ideológica. Contaba particularmente con los enormes recursos naturales de Rusia que le permitían levantar una gigantesca fuerza armada de agresión. Ya en 1904 el geógrafo británico Sir Halfor Mackinder describió a Rusia como el corazón del mundo por ser el sitio desde el cual todos los Continentes quedan a la menor distancia posible, y advirtió que era «la mayor fortaleza natural del planeta». Hizo notar que su extensión y recursos eran tan vastos que organizados propiamente permitirían a su poseedor aventajar a todo el orbe. Rusia

posee la sexta parte de la superficie terrestre, los más variados climas y todas las materias primas imaginables.

«Quien rige sobre el Corazón dé la Tierra, domina la Isla del Mundo; quien rige sobre la Isla del Mundo domina el Mundo», concluyó Mackinder. Por eso el marxismo escogió a Rusia como su principal base de operaciones.

[1] Hitler decía a su Ministro Speer: «La forma en que Inglaterra se ha deslizado hacía la guerra, es algo singular. El hombre que llevó toda la intriga es Churchill, títere de la judería que mueve los hilos. Al lado suyo, el pretencioso Edén, bufón sediento de dinero, y el ministro judío de la Guerra, Hore Belisha»
[2] Roosevelt y Hopkins. Robert E. Sherwood.
[3] «Cómo los Estados Unidos Ganaron la Guerra y Por qué Están a Punto de Perder la Paz». — William C. Bullit.



Geográficamente, Rusia es el corazón de la tierra firme. Es el sitio desde donde todos los Continentes quedan a la menor distancia posible: Asia y América por el Oriente; Europa por el Occidente, África y Oceanía por el Sur. El marxismo eligió bien su principal base de operaciones.)

Y a pesar de esa evidente amenaza, el acrecentamiento del bolchevismo fue soslayado en 1939 por las naciones occidentales. La URSS no tenía ningún Tratado con el Occidente; su Cortina de Hierro era ya tan palpable como Churchill la vio seis años después, y los métodos tiránicos que imperaban en Moscú eran mil veces más drásticos que la dictadura de Hitler en Berlín. Pero acerca de esto nada decían ni Roosevelt, ni Churchill, ni Daladier.

Roosevelt se «abochornaba» de que en Alemania fueran apedreados algunos comercios de israelitas o de que ciertos personajes de esa comunidad fueran expulsados, tales como Thomas Mann, Sigmund Freud, Eric María Remarque y Stefan Zweig, pero su humanitarismo enmudecía si actos más crueles eran cometidos por el bolchevismo soviético. Ninguno de los estadistas occidentales ignoraba la índole del régimen bolchevique. Sus complacencias con él no podían

explicarse como ignorancia y sí en cambio como una secreta complicidad. Los informes diplomáticos eran incluso más precisos que los relatos de los comunistas decepcionados que esporádicamente lograban escapar de la URSS.

Se sabía perfectamente, como lo dijo el general comunista español Valentín González —«La Vida y la Muerte en la URSS»— que «el Estado es la NKVD; es un Estado policiaco, único en su género, como no ha existido otro jamás. En la Alemania nazi ejercía la Gestapo una vigilancia severa y se esforzaba en destruir toda oposición al régimen; era como la OVRA italiana, una institución represiva al servicio del poder totalitario. Pero en la URSS interviene la NKVD en la vida de todos los individuos sin excepción».

Igualmente se sabía que la tiranía bolchevique impedía que un ciudadano viajara sin previa autorización, y que salvo muy contadas excepciones, a nadie se permitía salir de la URSS ni entrar en ella. En el país de la «sociedad sin clases» existían hasta seis clases de obreros; un tercio de los salarios era retenido por el Estado; se castigaba con prisión cualquier falta injustificada al trabajo; el 60% de la burocracia ganaba menos de 200 rublos mensuales; el kilo de frijol costaba 35 rublos y un par de botas hasta 500, en el mercado libre. Los estadistas occidentales sabían asimismo que si los obreros de la URSS eran pobres siervos en las fábricas, los campesinos vivían en peores condiciones, pues el 50% de su producción era para el Estado, el 40% para la burocracia y sólo el 10% para ellos. Tampoco era un secreto que en los campos de trabajo forzado se consumían en condiciones infrahumanas 18 millones de desafectos al régimen. Y que cuando en alguna región había síntomas de descontento o rebeldía, la «ingeniería social» bolchevique entraba en acción para desarraigar del lugar a miles y aun millones de habitantes, que eran dispersados y canjeados por los de otras regiones.

El ex Embajador americano en Rusia William C. Bullit, enumeraba que Alemania había cometido 26 violaciones a pactos internacionales, y la Unión Soviética 28, y se mostraba sorprendido de cómo el mundo occidental parecía ignorar la

gigantesca amenaza del bolchevismo. Ya entonces había ocurrido la «purga» de los famosos «procesos de Moscú», durante la cual más de cinco mil personas fueron aniquiladas. La religión era sistemáticamente combatida por el régimen y en las escuelas se enseñaba a odiarla.

No obstante todo esto, Roosevelt y sus propagandistas judíos ocultaban su complicidad con el marxismo —y consecuentemente su criminal traición a los pueblos occidentales— bajo la falsa actitud de luchar por la libertad, por la dignidad humana y por las creencias religiosas.

Igualmente falsa era la actitud de los gobernantes británicos. Se proclamaron defensores de la libertad, pero mantenían bajo su dominio a 470 millones de habitantes de sus colonias; se decían idealistas, pero habían hecho una guerra a China para asegurar el comercio del opio, que anualmente enriquecía a veintenas de magnates ingleses y mataba a 600,000 chinos; se ostentaban como abanderados de la integridad de Polonia, pero no tenían ninguna objeción si media Polonia era anexada a la URSS.

Inglaterra siempre había sabido encontrar en los vericuetos de la hipocresía diplomática el camino de la propia conveniencia. Para esto había necesitado mantenerse impasible e indiferente ante los ideales, la sinceridad y la lealtad, como cuando quemó viva a Juana de Arco y como cuando asesinó a 27,000 boeres en el Transvaal. Pero en 1939 no pudo conservar su frío cálculo utilitarista. Churchill se dejó cegar por el despecho y el odio hacia un vecino europeo que prosperaba, Alemania, y automáticamente se convirtió en dócil instrumento de intereses internacionales no británicos.

En ese odio que Churchill sintetizó al decir que si tuviera que asociarse con el diablo lo haría, con tal de vencer a Hitler, el Imperio Británico dio un paso hacia la ruina. Se apartó de su antigua ruta, que oscura y tortuosa, había sido no obstante eficaz y fructífera para su propio beneficio, y se dejó empujar por intereses ocultos que habían penetrado profundamente en el egoísta, pero sano instinto vital del Imperio Británico.

Con un intervalo de 19 años comenzaba a cumplirse un augurio hecho por Henry Ford en 1920:

«El judaísmo tolerará incluso a monarcas, mientras pueda sacar provecho de ellos. Probable es que el último de los tronos que se derrumbe sea el inglés, porque si de un lado el sentir inglés se da por muy honrado al servir de protector del judaísmo, participando así de las ventajas que de ello se derivan, representa, según criterio judío, una ventaja sumamente importante poder utilizar tal potencia mundial para sus objetivos particulares. Un clavo saca otro clavo, y esta sociedad limitada durará exactamente hasta que el judío decida lanzar a la Gran Bretaña a la ruina, lo cual puede hacerse en cualquier momento. Existen indicios de que el judaísmo se halla próximo a emprender esta tarea». La simbiosis británico-judía ha existido preponderantemente desde hace siglos. El rabino Aarón Weisz decía a su hijo Stephen: «En tanto Inglaterra viva, el judío está a salvo». Y el profeta israelita Teodoro Herlz afirmaba en 1904: «De Gran Bretaña llegará un gran bien para Sión y para el pueblo judío»[1].

Al calor de las prestigiosas palabras de «libertad», «democracia», «religión», el movimiento político judío infiltrado en la Casa Blanca tendió una mampara de idealismo, utilizó el odio de Churchill contra Hitler para lanzar a Inglaterra a la contienda, y con Inglaterra fue arrastrada Francia, mediante los firmes lazos masónicos.

La guerra que los pueblos francés y británico no querían; la guerra que Hitler se esforzó tanto en conjurar, estaba firmemente apuntalada por el poder secreto del movimiento judío. La impopularidad de esa contienda fue barnizada de idealismo, pero no perseguía ninguna de las metas que proclamaba. Su finalidad era empujar a Occidente para que combatiera contra Alemania antes de que se iniciara la lucha germano-soviética, pues de lo contrario sería punto menos que imposible convencer a los occidentales de que acudieran en defensa del marxismo israelita.

Y así fue rechazada, una vez más, la mano de paz que Hitler tendió a Inglaterra y a Francia el 6 de octubre de 1939, un mes después de que le habían declarado la guerra[2].

LA DEBILIDAD DE LA FRANQUEZA

La Naturaleza da al tigre la fuerza de sus garras; al águila, la de sus alas; a la gacela, la defensa de su agilidad, pero no reúne todas estas ventajas en un mismo ser. Siempre a una fuerza corresponde una debilidad. El pueblo alemán es fuerte en su capacidad de trabajo, fuerte en su sentido del deber y del sacrificio; fuerte en su franqueza. No oculta su pensamiento ni su manera de ser, y a estas fuerzas corresponde una debilidad: carece por completo del arte de la diplomacia.

En gran parte la diplomacia es engaño, ocultamiento, ficción, apariencia. La falta de tacto diplomático ha sido uno de los factores determinantes de que Alemania haya perdido dos guerras decisivas, a pesar de tener fuerzas tan formidables para ganarlas.

En cierta forma la enorme franqueza y sinceridad del régimen nazi, que nada ocultaba, fue una de sus más grandes debilidades. Desde su nacimiento en 1920 esbozó su lucha contra el judaísmo político y contra la URSS. Con muchos años de anticipación sus planes fueron conocidos por sus dos enemigos.

Es muy antigua la idea de que la diplomacia tiene mucho de feminidad y de que se basa en la habilidad de ocultar lo que se piensa y de hacerle creer a los contrarios lo que se desea que crean para volverlos menos peligrosos. La diplomacia inglesa, por ejemplo, hacía creer al mundo en 1920 que iba a civilizar y a ennoblecer al Irak, cuando en realidad sólo iba a extraer el petróleo de Mosul; en 1899 hacía creer que iba a redimir a los salvajes del Transvaal, pero en verdad fue a aniquilar a los boeres para arrebatarles las minas de oro; hacía creer a Grecia que debería luchar contra Turquía, por el

cristianismo, y lo que en realidad buscaba era debilitar la influencia turca sobre la zona petrolera de Mosul[3]. La enumeración de triunfos similares es interminable. Fue precisamente esa diplomacia de inspiración israelita la que le valió a Inglaterra el mote de la «Pérfida Albión», pues si el inglés tiene grandes facultades diplomáticas, el judío lo supera con un enorme margen. El judío es el mejor diplomático del mundo; es ésta su más grande fuerza. Con razón Schopenhauer lo llamó el «maestro de la mentira». Y en contraste, el alemán es el peor diplomático del mundo. Es ésta su más grande debilidad[4].

«La diplomacia que no engaña no es diplomacia», y Alemania no logró engañar jamás a sus enemigos, cosa que les dio opción a prevenirse con mucho tiempo y a mover sus grandes fuerzas de apoyo.

No solamente carece el alemán de habilidades diplomáticas, sino hasta de refinamiento de cortesía, y es que en gran dosis la cortesía es ocultamiento de las íntimas opiniones o exageraciones del afecto hacia el prójimo. Es decir, en la cortesía interviene el engaño, si bien es cierto que se trata de un engaño que el beneficiario se hace la ilusión de disfrutar como algo auténtico.

Schubart señala que precisamente la virtud de los franceses que más les granjea la simpatía del extranjero es la cortesía, o sea ese mínimo de respeto que se debe al prójimo. «El alemán —añade— no admite ni siquiera este mínimo». Y analizando el odio a los alemanes agrega que ciertamente la propaganda ha jugado un papel importante, pero que «es también un hecho que ha encontrado terreno propicio. Al alemán no le preocupa que lo odien... Muchos llegan a mirar el odio anti-alemán con cierta satisfacción. Ven en él la confirmación indirecta de su propio valor. Otro grupo considera que lo malo del mundo odia en el alemán lo bueno del mundo. Un tercer grupo dice: no nos conocen; si nos conocieran, no nos odiarían... por su apego fanático a las

cosas despoja de su natural belleza, alegría y plenitud de vida al mundo y lo transforma en una ergástula del deber... »Se ha culpado a los alemanes de ser brutales, pero en realidad no lo son más que cualquier otro pueblo en guerra. Por el contrario, su sentido de la disciplina los frena más eficazmente que a ningún otro... Ciertamente el alemán no coincide por completo con la imagen que de él se forman otros pueblos. Pero les ofrece para la misma los principios. Les suministra los elementos del odio que se le tiene. Lo que la envidia y el cálculo político añaden con exageración ha de cargarse no ya en la cuenta del odiado, sino de los que odian».

Y fue en esos puntos impopulares del carácter alemán en donde la habilidad diplomática se apoyó para comenzar a mover pueblo tras pueblo contra Alemania, aun con perjuicio para los propios pueblos movilizados, como Polonia, Francia e Inglaterra.

La falta de flexibilidad diplomática del alemán ha sido observada por muchos. El mariscal italiano Badoglio dice que el embajador von Mackensen mostraba una «expresión muy dura» aun sin proponérselo y que hasta en los momentos en que creía decir una frase amable su tono resultaba seco. Y Dimitri Merejkovsky refiere que Napoleón estuvo a punto de ser asesinado cerca de Viena por un joven alemán de 18 años llamado Friedrich Staps. Napoleón le prometió dejarlo libre si se retractaba de lo que había pretendido hacer, pero Staps respondió:

«No quiero el perdón; lo que siento es no haber podido hacer lo que pensaba... Napoleón le ofreció perdonarlo, pero él le repuso que no por eso dejaría sus ideas. El joven fue ejecutado. Al llegar al lugar de la ejecución gritó: "¡Viva la libertad; viva Alemania!»[5]

Esa posesión tan completa de sí mismo, con absoluta indiferencia del medio ambiente, frecuentemente le ha

granjeado al alemán un odio irreflexivo. Guisa y Acevedo dice en «Hispanidad y Germanismo»:

«El alemán sabe vencerse a sí mismo. Tiene, no cabe duda, el arte inimitable de hacer de su propio yo lo que él quiera. Domina su cuerpo y su espíritu y nunca sabemos de lo que es capaz... Su práctica de la vida y el uso que hace de las cosas son actos de brutos... Acabar con Alemania es acabar con la barbarie».

Y ese odio llevó a Guisa y Acevedo al extremo de afirmar, contra sus propias convicciones religiosas:

«Rusia, con sus bolcheviques, es la que defiende con más fervor y con mayores sacrificios nuestra civilización... Que Alemania cuente con los mejores químicos, los mejores físicos, los mejores marinos, etc., esto prueba que es más bárbara y por lo mismo más temible y digna de odio». Precisamente ese odio, carente de fundamentos racionales, pero poseedor de fuerzas destructivas, fue campo propicio para que la habilidad diplomática alineara a casi todo el mundo en contra de Alemania. Como contrapartida, Alemania carecía de habilidades diplomáticas para neutralizar esa maniobra. Sólo tenía su franqueza, anunciada una y mil veces en sus propósitos de luchar contra el marxismo judío y de afianzar su amistad con Occidente. Pero el melifluo engaño de un bando fue más eficaz para arrastrar pueblos al abismo que la áspera franqueza del otro para detenerlos en su insensata aventura. Así se consumó el absurdo de que los países occidentales —sin saberlo— lucharan en contra de sus propios ideales y hasta de su propia existencia.

Días después del llamado de paz que Hitler hizo el 6 de octubre de 1939, quedó patente que Inglaterra y Francia no querían ninguna fórmula de arreglo. Churchill dice que el Gabinete inglés tenía «la resolución inquebrantable de darle muerte (a Hitler) o perecer en la demanda». Francia seguía sus pasos. Y Roosevelt, por su parte, vivía esos días bajo el

temor de «que se llegase a una paz negociada», y a fin de evitarla inició su personal correspondencia con Churchill[6].

LA TERRIBLE GRANDEZA DE LA GUERRA

Todavía con la esperanza de encontrar posteriormente una transacción, Hitler inició los preparativos para librar la guerra que no quería con Occidente y la guerra que sí quería, contra el Oriente. Ya en la encrucijada, ante el mortal peligro de los dos frentes, Alemania afrontó la guerra con serenidad y con entereza.

Como observó Schubart, ningún pueblo ha hablado tanto de la vivencia de la camaradería propia de la guerra como el alemán:

«Solamente la guerra, con sus sombras de muerte, tiene el poder de romper la coraza del alma con que se cubre el alemán en el plano individual. La mónada sobrecargada de responsabilidad personal, que es el alemán, respira cuando la atomizadora vida burguesa desemboca en el estado unitivo de la guerra... Cuanto más herméticamente nos encerramos en la propia personalidad, tanto más violento es a veces el afán de librarnos de la cárcel de la persona. Aquí tenemos la fuente del entusiasmo alemán por la guerra, fuente que emana de las capas más profundas del alma».

Mucho se ha hablado en contra de la guerra. Pero evidentemente no todo es negativo en ella. Es en la lucha donde se remueven las más profundas vetas de la personalidad de los pueblos; es en la lucha donde aflora lo mejor de sus valores y lo peor de sus defectos; es en el momento supremo del «ser o no ser» cuando se ve lo que en realidad contiene un pueblo y lo que guarda celosamente como tesoro no de todos los días.

Más antiguo que el deseo de paz es el deseo de guerra. Paz es cesación de lucha; paz es el reverso de un estado exacerbado de actividad y combate por la existencia. La

ausencia de lucha es la «paz», es decir, paz es falta de algo. Todo lo que vive, lucha.

La guerra es una amplificación gigantesca del espíritu de los pueblos y de los hombres, en la que afloran vivencias ocultas. En ella no solamente hay el significado de un conflicto entre dos gobiernos o entre dos pueblos: hay también significados más profundos e invisibles; quizá por eso es una necesidad esporádica de los pueblos y de la humanidad misma. No simplemente por un capricho irreflexivo, sino por una necesidad potente y misteriosa, es por lo que grandes masas de hombres en la plenitud de su existencia salen al encuentro de la muerte.

Paradójicamente, pese a sus cenizas de destrucción, la guerra es también creadora. No fueron los reposados y sabios senadores los que forjaron el Imperio Romano, sino la espada de César y el empuje de sus legiones; no fueron sólo los siete sabios de Grecia los que hicieron de Grecia el corazón de una época y de una civilización, sino el arrojo espartano de sus guerreros.

Los pueblos crecen y se hacen grandes y maduros al golpe de sus luchas a través de la historia. Y esa lucha es dolorosa, pero inevitable y sagrada; es la que va forjando el futuro por más que pacifistas de etiqueta y sabios de salón se empeñen en hacer un mundo sin guerras. En la naturaleza todo es lucha y el hombre no puede sustraerse de la vida superior de la cual es apenas trasunto y brizna.

En el campo de batalla se descorre toda cortina de diplomacia; dejan de ser válidas las apariencias, la palabrería insidiosa y el doblez político y sólo queda en pie la profunda y auténtica voluntad de la lucha, el peso de la convicción, el valor del sacrificio para morir por lo que se proclama. Ahí sólo rige la entereza de marchar hasta el final; ahí se esfuma lo que era apariencia vocinglera y se libera de ropajes engañosos lo que era auténtica realidad.

Por más que los intelectuales se empeñen abstractamente en afirmar lo contrario, la fuerza de las armas en guerra es un

hecho solemne e incontrastable; siniestro, pero grandioso. Que los países desarmados hablen de pacifismo vestidos de frac y que ensalcen el derecho internacional, como el máximo coordinador entre los pueblos, es tan explicable como que el gusano menosprecie la rapacidad del águila y como que el haragán adule a los que puedan arrojarle algunas migajas. Pero todo pueblo con sanos instintos no rehuye jamás el sacrificio de la lucha suprema para asegurar sus derechos que ninguna ley internacional le garantiza. Así ha ocurrido en toda la historia de la humanidad.

Para los pueblos jóvenes y fuertes la guerra siempre ha sido siniestra, pero honrosa; sombría y trágica hasta el extremo de la miseria y de la muerte, pero gloriosa hasta el sacrificio o el brillar de la victoria. En ella el hombre se encara ante la muerte no por el camino desfalleciente de la enfermedad, ni por el apacible sendero de la vejez, sino por la puerta luminosa de un ideal que trasciende los límites personales del individuo y de una generación y vive en los individuos y en las generaciones que aún están por llegar.

A pesar de los pacifistas sinceros o hipócritas —y de los representantes de una época debilitada y en proceso de desintegración— seguirá imperando el relámpago de la espada como signo que escriba en el firmamento de los siglos la historia profunda y arcana de las culturas.

El Conde de Keyserling precisa en «La Vida Íntima»: «Desde el punto de vista de la vida terrestre, el derrotista no vale nunca nada —y la vida de los pueblos es sólo terrestre—. Quien no admite el principio de la conquista y de la supresión del derecho vigente, rehusa ipso facto admitir el progreso; de lo que se deduce desgraciadamente, que es para siempre imposible abolir la guerra, pues siempre habrá momentos en que sólo el empleo de la fuerza permitirá romper los estatismos caducos o contrarios al instinto vital de una nación dada».

No es por casualidad, ni por caprichos del azar, por lo que tantos hombres han percibido esa dolorosa grandeza de la guerra.

«Deben amar la paz como un medio de guerras nuevas, y la paz corta mejor que la larga. Que el trabajo de ustedes sea una lucha, ¡que su paz sea una victoria!... No su piedad, su bravura es la que salvó hasta el presente a los náufragos», dice Nietzsche en Así Habló Zaratustra.

Y añade en El Crepúsculo de los Dioses:

«Los pueblos que han tenido algún valor no lo han ganado con instituciones liberales; el gran peligro los hizo dignos de respeto».

El Dr. Gustavo Le Bon, en «La Civilización de los Árabes», reconoce la grandeza de las fuerzas que en el choque de las guerras van fraguando la silueta de los pueblos: «Se ha de ser cazador o caza, vencedor o vencido. La humanidad ha entrado en una edad de hierro en la cual todo lo débil ha de perecer fatalmente... Los principios de derecho teórico, expuestos en los libros, no han servido jamás de guía a los pueblos; y la historia nos enseña que los únicos principios que han obtenido el respeto son aquellos que se hacen prevalecer con las armas en las manos». Contestando un folleto pacifista del Instituto de Derecho Internacional von Moltke dijo:

«La paz perpetua es un sueño, y ni siquiera un sueño hermoso. La guerra forma parte del orden universal creado por Dios y en ella se desarrollan las más nobles virtudes del hombre: el valor, el espíritu de sacrificio, la lealtad y la ofrenda de la propia vida. Sin la guerra el mundo se hundiría en el fango del materialismo».

Juan Fichte, en Discursos a la Nación Alemana, habló del poder aglutinante de la guerra:

«Se llega a la unidad perfecta cuando cada miembro mira como suyo propio el destino de los demás. Cada cual sabrá que se debe enteramente al todo y que con él será feliz y sufrirá... Sólo reposan los que no se sienten bastante fuertes para luchar».

Oswaldo Spengler, en Años Decisivos:

«Muy pocos soportan una larga guerra sin que su alma se corrompa; nadie una larga paz... La lucha es el hecho primordial de la vida, es la vida misma, y ni siquiera el más lamentable pacifista consigue destruir, desterrar de su alma el placer que despierta. Por lo menos teóricamente quisieran combatir y aniquilar a los adversarios del pacifismo».

Y Spengler mismo añade, en Decadencia de Occidente: «La guerra es la creadora de todas las cosas grandes. Todo lo importante y significativo en el torrente de la vida nació de la victoria y de la derrota... Los derechos del hombre, la libertad y la igualdad son literatura, pura abstracción y no hechos. El pensamiento puro, orientado hacia sí mismo, ha sido siempre enemigo de la vida, y por tanto, hostil a la historia, antiguerrero, sin raza. Antes muerto que esclavo, dice un viejo proverbio aldeano de Frisia. Lo contrario justamente es el lema de toda civilización postrera... La vida es dura, si ha de ser grande. Sólo admite elección entre victoria y derrota, no entre paz y guerra. Toda victoria hace víctimas. Sólo es literatura la que, lamentándose, acompaña los acontecimientos... La guerra es la política primordial de todo viviente, hasta el grado de que en el fondo lucha y vida son una misma cosa y el ser se extingue cuando se extingue la voluntad de la lucha. »La raza es algo cósmico, una dirección, la sensación de unos signos concordantes, la marcha por la historia con igual curso y los mismos pasos. Y de una idéntica pulsación nace el amor real... Contemplad una bandada de pájaros volando en el éter; ved cómo asciende siempre en la misma forma, cómo torna, cómo planea y baja, cómo va a perderse en la lejanía; y sentiréis la exactitud vegetativa, el tono objetivo, el carácter colectivo de ese movimiento complejo, que no necesita el puente de la intelección para unir el yo con el tú... Así se forja la unidad profunda de un regimiento cuando se precipita como una tromba contra el fuego enemigo; así la muchedumbre ante un caso que la conmueve, se convierte de súbito en un solo cuerpo que bruscamente, ciegamente, misteriosamente, piensa y obra. Quedan anulados aquí los límites del microcosmos... Un sino se cierne sobre todas las cabezas».

Y así el pueblo alemán en armas, ante la imposibilidad de eludir la guerra en Occidente y ante su necesidad ideológica de hacer la guerra al Oriente bolchevique, cruzó el umbral de la paz y se internó en la siniestra grandeza de la guerra. Con sereno entusiasmo su juventud lo sacrificó todo y se precipitó desde las frías tierras de Noruega hasta los candentes desiertos de África, y desde las floridas campiñas de Francia hasta las polvosas estepas de Rusia.

LA DESIGUAL GUERRA EN EL MAR

El choque entre Alemania y las potencias occidentales principió en el mar. Inglaterra y Francia, con Estados Unidos en la reserva, tenían las flotas más poderosas del mundo. La Gran Bretaña se enorgullecía de ser la Reina de los Mares. Alemania había sido privada de toda su marina de guerra en 1918 y se le impuso la condición de que no volvería a forjar una flota de primera línea. Hitler mismo no era partidario de hacerlo; desde 1923 había anunciado que Alemania no tenía por qué competir con Inglaterra en los mares ni en las colonias: sus miras estaban puestas en la URSS. Y en consonancia con esa política había firmado el 18 de junio de 1935 un Tratado con la Gran Bretaña comprometiéndose a que la flota alemana no llegaría a ser nunca mayor que el 35% de la flota inglesa. El convenio fue denunciado casi en vísperas de la guerra, pero ya entonces la desventaja armada en el mar era irreparable.

Al principiar el conflicto con Occidente, Alemania se hallaba prácticamente inerme ante las flotas combinadas de Inglaterra y Francia. La flota inglesa contaba con 272 barcos de primera línea y la francesa con 99, en tanto que la flota alemana se componía de 54 naves. En cuanto a submarinos, Inglaterra y Francia agrupaban un total de 135, contra 57 de los alemanes. Por eso estas dos potencias escogieron el mar como la primera línea de batalla y establecieron un bloqueo total contra Alemania para impedir que recibiera víveres y materias primas. Tenían la esperanza de vencerla por hambre.

Esa política no se hallaba ciertamente de acuerdo con los tratados internacionales de Ginebra respecto a la forma humanitaria de librar la guerra, pues en vez de orientarse la acción contra las fuerzas armadas se dirigía contra toda la población civil. Los estadistas occidentales evidenciaban así que su amor a los tratados, al derecho internacional, al humanitarismo, etc., no pasaba de ser el ropaje de idealismo con que se cubrían los inconfesables móviles de la guerra promovida por el movimiento político judío.

Alemania contestó el bloqueo total que sufría en el mar con un bloqueo parcial de las rutas marítimas inglesas, y para esto utilizó submarinos, bombarderos y minas. Sus inventores acababan de producir ingeniosos modelos de minas e inmediatamente comenzaron a ser usadas. Entre ellas, figuraba una mina magnética, de 545 kilos, capaz de partir en dos un barco de regular calado. Al contrario de las antiguas minas flotadoras de superficie —claramente visibles para el enemigo, sujetas al azar de las corrientes marinas y pendientes de la contingencia de que el barco enemigo las embistiera o no—, la nueva mina magnética alemana era atraída por el casco de las embarcaciones desde una distancia de diez metros. Además, podía ser anclada y fijada en lugares previamente elegidos, bajo la superficie del agua, o depositada en el fondo del mar, en sitios no muy profundos, o sea de 25 a 35 metros. El poder destructivo de esta arma se había decuplicado. Naturalmente la siembra de minas era una labor peligrosísima para los submarinos porque tenían que realizarla en las entradas de los puertos británicos, generalmente bien patrulladas.

Igualmente produjo Alemania una mina acústica, atraída por el ruido de los motores de los barcos. Y luego introdujo un «contador de barcos», que permitía a ciertas minas no estallar cuando se aproximaban las primeras embarcaciones, sino al acercarse la décima, decimoquinta o vigésima. Esto tenía por objeto burlar a las naves barreminas que iban a la vanguardia de los convoyes. Otro novedoso dispositivo hacía que la mina permaneciera «estéril» durante cierto tiempo y que adquiriera su poder explosivo en determinada fecha.

En el Almirantazgo inglés hubo profunda alarma ante la efectividad de esas minas y llegó a temerse la paralización del tráfico mercantil. Fue altamente venturoso para Inglaterra que los alemanes comenzaran a usar esas armas en muy pequeña escala, por no esperar a producirlas en gran cantidad. Esa precipitación hizo que los ingleses descubrieran y adoptaran ciertas defensas antes de que la siembra de minas magnéticas y acústicas se generalizara en las aguas de 26 puertos británicos. La impaciencia del mando alemán fue evidentemente un error táctico que restringió la capacidad destructiva de tales inventos. Inglaterra llegó a perder un total de 577 embarcaciones (296 mercantes y 281 de guerra) debido a la acción de más de cien mil minas, y es incuestionable que esa cantidad hubiera sido mucho mayor en caso de una súbita siembra de minas en grande escala.

Por otra parte, en el Almirantazgo británico había la creencia de que sus nuevas armas defensivas neutralizarían totalmente los ataques submarinos. El detector «Asdic» era sensible a ondas ultrasonoras que atravesaban el agua y delataban la proximidad del sumergible. Además, existía la circunstancia de que el submarino en inmersión sólo desarrollaba 13 kilómetros por hora y no podía permanecer mucho tiempo así, pues sus acumuladores eléctricos se descargaban y necesitaba salir a la superficie para volverlos a cargar con motores diesel que consumían oxígeno.

Pero muchas de estas debilidades del arma submarina habían sido contrarrestadas por el severo entrenamiento de las tripulaciones alemanas recién formadas por Doenitz. De noche navegaban en la superficie hasta aproximarse peligrosamente al enemigo y sólo recurrían a la inmersión profunda en casos de emergencia. El disparo de torpedos se hacía a no más de seiscientos metros de distancia. El tipo más usual de sumergible alemán en 1939 era el VII, de quinientas toneladas de desplazamiento, con 14 torpedos y capaz de navegar 6,200 millas y sumergirse en 20 segundos. La nueva flota submarina alemana había comenzado a ser construida 4 años antes por el veterano submarinista Doenitz y apenas tenía 57 naves. Este dato lo

confirma Churchill. Dice Doenitz que el resultado de la contienda hubiera sido muy diferente de haber tenido 300 submarinos al empezar la guerra. Pero Hitler no contaba con una guerra contra la Gran Bretaña y fue hasta 1939, después de que fallaron sus frecuentes intentos de una amistad germano-británica, cuando ordenó producir más y mejores sumergibles, pero ya entonces se había perdido mucho tiempo.

El vicealmirante Kurt Assmann refiere que todavía en la primavera de 1939 Hitler dijo al Alto Mando de la Marina que no cabía ni pensar en una guerra contra la Gran Bretaña. Igual cosa le dijo a Doenitz el 22 de julio cuando éste se quejaba de la escasez de submarinos.

Cuando las hostilidades estallaron en septiembre con la guerra que Hitler no quería, la exigua flota de sumergibles fue lanzada a la lucha. Del total de 57, sólo 27 eran capaces de largos recorridos y de operar en acciones contra Inglaterra. Ahora bien, como por cada submarino en acción de guerra en el Atlántico había dos en «punto muerto» (ya sea de regreso a su base, reabasteciéndose o en camino hacia el campo de combate), solamente 9 sumergibles se hallaban diariamente en acción de guerra.

Uno de los primeros triunfos de los submarinos alemanes ocurrió el 18 de septiembre de 1939, cuando el U-12 del capitán Schuhart maniobró durante dos horas para situarse favorablemente a través de la escolta enemiga y hundió al portaaviones «Courageous», de 22,000 toneladas, que era uno de los barcos capitanes de la Flota Británica. El U-12 fue perseguido durante seis horas y difícilmente logró escaparse a las cargas de profundidad descendiendo sesenta metros, no obstante que la resistencia teórica del submarino era para cincuenta metros.

Otro golpe más espectacular ocurrió el 14 de octubre del mismo año en la fortificada base británica de Scapa Flow, corazón mismo de la Reina de los Mares. Un submarino alemán logró burlar las defensas y hundir al acorazado Royal Oak.

Gunther Prien, de 31 años de edad, cauteloso y audaz comandante del submarino U-47, había sido escogido por el Almirante Doenitz para realizar esa incursión, en la que el capitán Emsmann había muerto en la primera guerra mundial. Prien zarpó de Kiel el 8 de octubre. Varios mercantes enemigos fueron pasados por alto y la tripulación supuso entonces que se iba en busca de un «pez gordo».

El 13 de octubre el submarino se hallaba a la vista de las montañas que rodean Scapa FIow. Prien se sumerge y posa la nave en el fondo del mar, a 30 metros de profundidad. Ordena a sus 38 tripulantes dormir o guardar absoluto reposo para economizar oxígeno y luego les anuncia: «Mañana entraremos en Scapa FIow». Un silencio de incertidumbre y esperanza sobrecoge a la tripulación. Al anochecer de ese día el submarino emerge de nuevo. Prien duda un instante: hay claridad en el cielo y la incursión resulta así más peligrosa, pero 24 horas de espera pueden debilitar la moral de sus hombres. Decide atacar.

La entrada menos arriesgada es la del canal de Kirk Sound. El U-47, de 500 toneladas, navega en la superficie y todos saben que estará perdido en caso de ser descubierto. Entre dos barcos hundidos que bloquean el paso hay un cable contra submarinos. El costado de babor del U-47 rechina al rozar el cable; el motor de babor desacelera y el de estribor acelera; la nave pasa lentamente. Son segundos de profunda expectación.
La luz de una bicicleta que camina cerca de la costa es visible para los tripulantes. El submarino se sumerge de nuevo y avanza hacia los muelles. Es la una de la madrugada. Al principio sólo se distinguen dos barcostanque. Prien siente que todo su esfuerzo ha sido inútitl, pero segundos después distingue la silueta de dos acorazados. Son la presa más valiosa que submarino alguno se atreva a buscar.

El U-47 se sitúa en posición de tiro, Prien da la orden de «¡Fuego!» Salen disparados cuatro torpedos, pero sólo uno estalla. Una columna de agua se levanta entre el submarino y el acorazado. La escena es confusa y el éxito no parece

logrado. En las entrañas del submarino la tripulación se mueve febrilmente cargando nuevos torpedos. Entretanto, en las defensas de la base naval las primeras explosiones han puesto a todos alerta. Churchill refiere que «los primeros disparos que fallaron, se atribuyeron a causas internas, pues todos se creían seguros en Scapa Flow contra ataques enemigos».

Transcurrieron veinte minutos —que para los tripulantes del U-47 eran una eternidad—. Prien volvió a dar la orden de «¡Fuego!» Lo que ocurrió entonces lo anotó él mismo en su libro de bitácora:

«De súbito —dice— ocurre algo que quienes lo vieron, jamás lo olvidarán. Frente a nosotros, una cortina de agua se eleva hacia el cielo. Parece que todo el mar se levanta de pronto. Suenan detonaciones en rápida sucesión como el cañoneo durante una batalla. Se confunden en un solo y ensordecedor estallido. Se elevan llamas azules, amarillas, rojas. Enormes piezas del mástil, del puente, de las chimeneas, vuelan por el aire. Debimos haber logrado un blanco directo en uno de los depósitos de municiones»

En dos minutos el coloso «Royal Oak», de 33,500 toneladas, cuya construcción había importado un equivalente de 562 millones de pesos, se hunde en su propia base con sus 786 tripulantes. Los reflectores hurgan el cielo y el mar; los caza-torpederos y los destructores zarpan en busca del enemigo. Un destructor con reflectores encendidos enfila directamente hacia el U-47, que se siente ya descubierto y hace esfuerzos desesperados por escapar, pero súbitamente el perseguidor vira y se aleja. Ahora toda la base se halla alerta. Prien decide intentar la salida por otro sitio; en vez de pasar entre los dos barcos hundidos del canal de Kirk Sound lo hace entre uno de los barcos y la costa. El submarino libra por centímetros. Ya en alta mar, después de la increíble aventura de dos horas, Prien transmite su parte: «Un acorazado hundido; un acorazado torpedeado».

La pequeña flota alemana ha infligido un golpe humillante a la Reina de los Mares y simbólicamente ha vengado a las

prisioneras naves alemanas que en 1918 fueron hundidas en Scapa Flow por los ingleses. Churchill admite, con franqueza que lo honra: «El acto de Prien debe considerarse como una gran hazaña de armas»[7].

Entretanto, otro episodio de la desigual guerra en el mar comienza a desarrollarse en el Atlántico del Sur. El acorazado alemán de bolsillo «Graf Spee», de 10,000 toneladas, burla el bloqueo franco-británico y sale a cazar barcos enemigos. Después de hundir a varios que navegaban aisladamente se encuentra a una flotilla de tres. Son los cruceros británicos «Exeter» (de 8,390 toneladas), «Ajax» (6,985) y «Achilles» (7,030), que totalizan 22,405 toneladas. Durante una hora y veinte minutos se bate contra ellos.

[1] «Años de Lucha». — Rabino Stephen Wise. (Muestra del mimetismo de numerosos israelitas: Stephen, hijo de Aarón Weisz, cambió su apellido Weisz por el de Wise, al emigrar de Hungría a EE. UU. Así le dio apariencia norteamericana. Esto lo describe como «la adopción de una grafía más sencilla»).
[2] El historiador inglés R. Grenfell dice que las sucesivas negativas de Churchill para examinar las propuestas de paz de Alemania coincidieron «con una estridente propaganda de que los ingleses eran los amantes de la paz y los alemanes los excitadores de la guerra». Añade que tal cosa no era muy exacta, pues de 1815 a 1907, Inglaterra había emprendido 10 guerras, Rusia 7, Francia 5 y Alemania 3.
[3] «Oro Líquido». — Essad Bey.
[4] Hitler decía acerca de sus diplomáticos: «Entre ustedes el valor se mide por la altura de los tacones. Si uno de nuestros diplomáticos tuviera que alojarse en un hotel de tercera categoría o se viese en la precisión de coger un taxi ¡qué deshonor! Y sin embargo, a veces tiene interés conocer todos los ambientes... Nuestros propios diplomáticos ¿qué utilidad tuvieron para nosotros? ¿De qué nos enteraron?» Muchos

coincidieron en que el Ministro de Relaciones Exteriores, von Ribbentrop, carecía de tacto y de amabilidad.
[5] «Vida de Napoleón». — Dimitri Merejkovsky.
[6] «Roosevelt y Hopkíns». — Robert E. Sherwood.
[7] 12 años antes el ex capitán alemán Alfred Wehring, disfrazado de relojero, se radicó cerca de Scapa Flow bajo el nombre de Albert Vertel. Al estallar la guerra comunicó al Almirante Doenitz que las entradas orientales de Scapa Flow carecían de redes antisubmarinas y sólo tenían pontones espaciados. Estos datos fueron decisivos para Prien.



(Gunther Prien, capitán del submarino «U-47», que penetró en la base británica de Scapa Flow y hundió al acorazado «Royal Oak». «Se elevan llamas azules, amarillas, rojas... »)

El «Exeter», a 25 kilómetros, recibió más de cien impactos y 5 de sus 6 cañones grandes quedaron inutilizados. Entretanto los otros dos cruceros se le habían acercado al «Graf Spee» hasta una distancia de 7 kilómetros y lo hostigaban desde diversos ángulos. El barco alemán volvió el fuego contra ellos, pero las granadas los atravesaban de un lado a otro sin tiempo de estallar. Ocurrió luego un mutuo alejamiento, aunque sin perderse de vista.

Churchill refiere en sus Memorias que «el Exeter recibió un proyectil que lo dejó temporalmente fuera de control al volarle su torrecilla B. A las 7.25 de la mañana las dos torrecillas del Ajax también habían sido destruidas. Asimismo el Achules sufrió daños».

Por su parte el «Graf Spee» tenía 36 muertos a bordo, 60 heridos graves y averías que le impedían seguir navegando, máxime que era acosado desde tres diversas direcciones, y buscó refugio en Montevideo a fin de hacer reparaciones de urgencia. Para entonces ya los tres barcos ingleses habían pedido refuerzos y acudían a toda máquina el crucero «Cumberland», el acorazado «Renown», el acorazado «Ark Royal», el crucero «Neptune» y tres destructores. A continuación la fuerza «H» fue también movilizada y acudieron los cruceros «Shropshire», «Cornwall» y «Gloucester» y el portaaviones «Eagle».

Aunque tales naves todavía no llegaban a las cercanías de Montevideo, los ingleses se valieron de un ardid de propaganda para hacer creer que ya habían llegado. Por su parte, Uruguay apremiaba al «Graf Spee» a que zarpara. Fuera lo esperaban teóricamente más de diez barcos de guerra: 200,000 toneladas contra 10,000. Hitler ordenó al comandante Langsdorff que hundiera la nave. El «Graf Spee» zarpó, caminó un poco por el Río de la Plata, puso a salvo en

lanchas a sus 965 tripulantes y se voló a sí mismo con bombas de tiempo. Los marinos se refugiaron en Buenos Aires, donde el capitán escribió el 19 de septiembre una carta explicando que las granadas no le bastaban para ningún combate formal. Y agregaba:

«He resuelto afrontar las consecuencias de mi decisión, pues un Capitán pundonoroso sabe que su destino está ligado indisolublemente al de su barco. Ya no podré tomar parte activa en la lucha actual de mi patria. Ahora sólo puedo probar por medio de mi muerte que los servicios de combate del Tercer Reich se encuentran siempre prestos a morir por el honor de la bandera. Asumo toda la responsabilidad de haber echado a pique el acorazado de bolsillo Almirante Graf Spee. Me complace pagar con mi propia vida cualquier desdoro en el honor de la bandera. Me enfrentaré con mi destino abrigando una fe firmísima en la causa y en el porvenir de la nación y de mi Fuehrer». Esa misma noche se dio un tiro.

Era la antigua y solemnemente siniestra tradición de la marina de que el capitán y su barco forman un mismo ser. Ninguno sobrevive al otro.

Entretanto, la pequeña flota submarina alemana seguía apegándose al reglamento de presas, según el cual deberían detener a los barcos enemigos de carga y hundirlos después de que sus tripulantes se hubieran puesto a salvo. Pero no obstante esto, la propaganda inglesa difundía que los mercantes eran hundidos sin previo aviso y que perecían mujeres y niños. (Al terminar la guerra, la Gran Bretaña reconoció todo lo contrario).

El 26 de septiembre (1939) Churchill ordenó que todos los mercantes fueran artillados y que sus tripulantes presentaran resistencia a los submarinos, de tal manera que éstos ya no pudieran seguir practicando la guerra limitada que se les había ordenado.

El 30 de octubre el submarino U-56, del capitán Zahn, se jugó peli-grosamente la existencia burlando la protección de diez

destructores y lo-gró acercarse al acorazado británico «Nelson», en el que hizo blanco con tres torpedos, pero inexplicablemente ninguno estalló. (Posteriormente se supo que en ese acorazado viajaba Churchill). Toda la tripulación del sub-marino regresó a su base profundamente deprimida por el extraño fracaso.

Durante los meses de invierno los sumergibles se vieron sujetos a duras pruebas: el hielo tapaba los escapes de los motores o afectaba las cualidades de sumergibilidad. En sus 4 primeros meses de lucha hundieron barcos con un total de 505,000 toneladas. El U-49 del capitán von Gossler, se vio en una ocasión tan duramente perseguido por los destructores ingleses que descendió a 148 metros de profundidad. Fue un experimento que nadie había hecho hasta entonces porque se calculaba que a esa profundidad la enorme presión del agua, equivalente a la de 15 atmósferas, haría trizas al submarino. Por su parte, la flota aglo-francesa fue estrechando el bloqueo. En marzo de 1940 otro submarino alemán penetró en un puerto inglés, el de Kirkwall, y hundió al barco «Corneta». El mercante «Altmark» burló el bloqueo y regresó a Kiel. La superioridad numérica anglo-francesa no lograba satisfactorios progresos ni siquiera en el mar y Churchill decidió arrojar por la borda todo principio de legalidad, aunque era precisamente la legalidad lo que decía defender. La noche del 30 de marzo (1940) Churchill anunció que Inglaterra no reconocía ya como neutrales «los actos que a pesar de que se apeguen al Derecho Internacional, puedan favorecer a Alemania».

Entretanto, en el invierno de 1939-1940 la URSS ha atacado a Finlandia. Pero Inglaterra y Francia no mueven ni un dedo para defender a los finlandeses. Si Alemania ataca a Polonia, es eso un acto salvaje que debe precipitar a Occidente en una guerra, pero si la URSS ataca también a Polonia y luego a Finlandia, el judaísmo logra que Occidente se lave silenciosamente las manos.

La flota inglesa y la flota francesa violan el Derecho Internacional e incursionan en las aguas de Noruega para impedir que lleguen materias primas a Alemania. El bloqueo anglo-francés ya no reconoce la neutralidad de ningún país débil. El 31 de marzo Londres anuncia que no se permitirá más el comercio entre México y Alemania, ni tampoco entre Noruega y Alemania. Un nuevo sesgo en la guerra está a punto de estremecer al mundo.

NORUEGA, PRIMERA LINEA DE LA LUCHA TERRESTRE

El 16 de diciembre de 1939 Inglaterra comenzó a preparar la invasión de Noruega. Es éste un hecho que ahora parece sorprendente, porque la propaganda hizo creer que Alemania se había lanzado cruel e innecesa-riamente contra ese país débil y neutral en un loco y suicida intento de do-minar al mundo. Pero la verdad fue otra. Churchill asienta en sus Memorias «la parte final de un memorándum que presenté fechado el 16 de diciembre de 1939, decía: Es necesario considerar el efecto de nuestra acción contra Noruega... No habrá infracción técnica del Derecho Internacional mientras que lo que vaya a hacerse no se encuentre acompañado de alguna forma de inhumanidad... Las naciones pequeñas no deben atarnos las manos».

Y consecuentemente el 16 de febrero de 1940 Churchill ordenó que el barco alemán «Altmark» fuera abordado por fuerzas del «Cossack», a pesar de que navegaba en aguas neutrales noruegas.

El historiador británico capitán Liddell Hart dice que el asalto inglés al «Altmark» en aguas noruegas hizo pensar a Hitler que si Churchill estaba dispuesto a violar la neutralidad de Noruega para atacar al «Altmark», estaría más deseoso de hacer lo mismo a fin de cortar los abastecimientos de hierro que tan vitales eran para Alemania, pues para 1940 ascendían a once millones de toneladas.

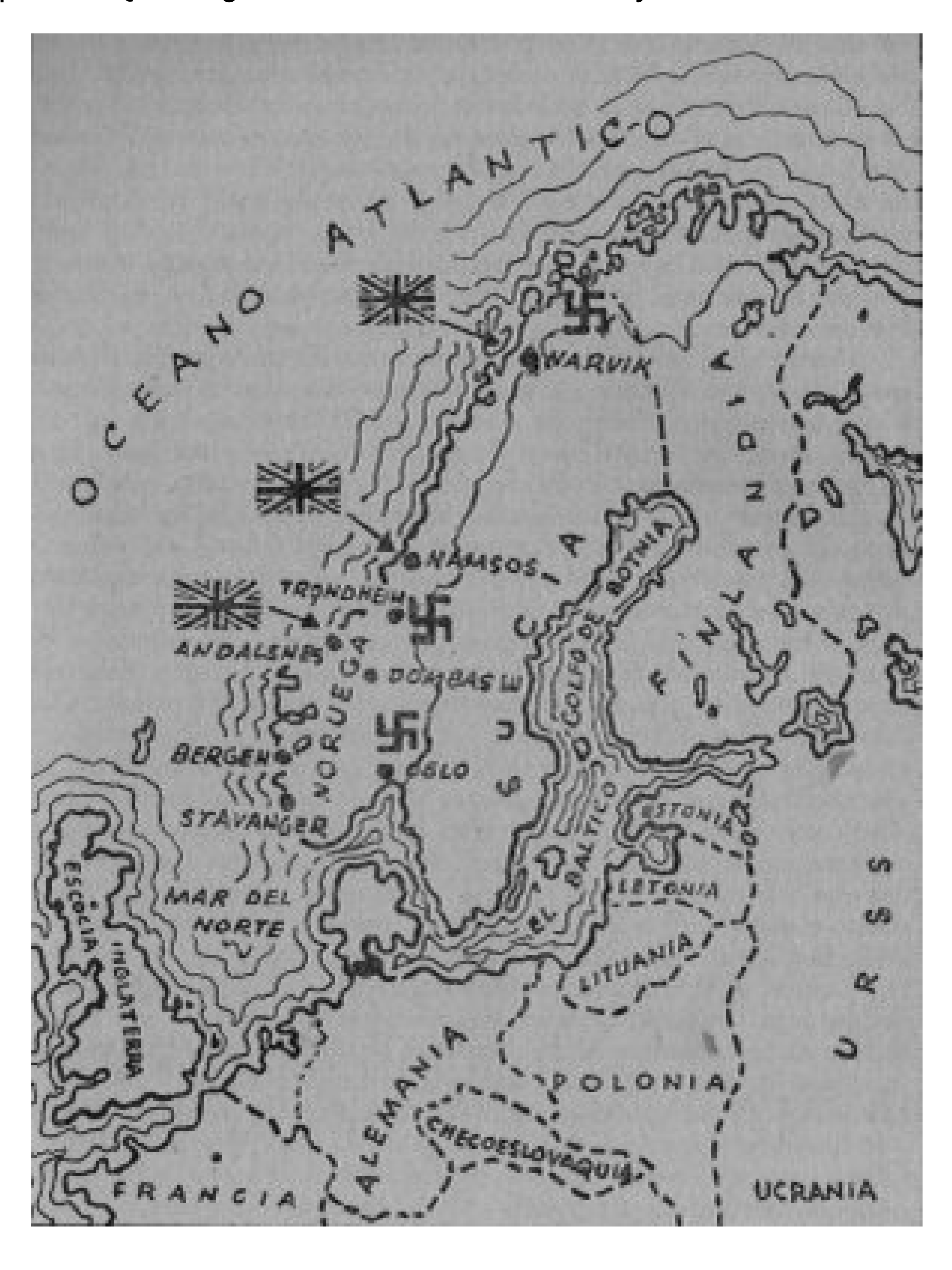
El mismo Churchill confirma que el 3 de abril de 1940 el Gabinete in-glés autorizó que la flota minara las aguas noruegas a partir del 8 de abril. Simultáneamente estaba siendo preparado el Plan Stratford para la ocupa-ción anglofrancesa de los puertos noruegos de Stavenger, Bergen y Trond-heim. Así se flanquearía a Alemania y se haría más efectivo el bloqueo de hambre[1].

El Primer Ministro de Francia, Paul Reynaud, dice en sus «Revela-ciones» que cuando se planeaba la ocupación aliada de Noruega, el almi-rante francés Darían advirtió que se provocaría una reacción alemana. «Churchill llegó a París el 5 de abril —añade Reynaud— y se aprobó la colocación de las minas, pero la maniobra fue aplazada para el 7 y esta demora permitió a Hitler tener conocimiento del asunto y preparar un golpe en contra».

Es un hecho indiscutible, aceptado por Reynaud y Churchill, que Inglaterra y Francia preparaban la invasión de Noruega para estrechar el bloqueo de hambre contra el Reich. La invasión alemana simplemente se anticipó a conjurar los planes anglofranceses.

Sin embargo, al iniciarse esa operación la noche del 9 de abril de 1940, el monopolio de la información internacional la aprovechó para dar la impresión de que Alemania devoraba cruelmente a un país débil y que las potencias aliadas se aprestaban a defenderlo. La historia cinematográfica del villano y del héroe se aplicó al caso de Noruega. Pero la verdad carecía de esos adornos heroicos; simplemente consistía en que las potencias occidentales trataban de estrechar el bloqueo contra Alemania, desde las bases noruegas, y Alemania se adelantaba a conjurar ese golpe. La víctima de esta lucha entre dos colosos era un país débil, pero ninguno de los dos bandos tenía interés específico en él, ni para atacarlo ni para defenderlo.

[1] El comandante Quisling, ex ministro de Guerra de Noruega, se enteró de los planes aliados de invasión y dio aviso a Hitler. Explicaba entonces que en sus años de residir en Rusia había conocido el bolchevismo, que Alemania era el único baluarte contra esta amenaza mundial y que por eso le prestaba tal servicio. La propaganda aliada ha hecho del apellido Quisling un sinónimo de infamia y traición



(Los alemanes capturaron Oslo, Trondheim y Narvik. Tres días después los anglofranceses desembarcaron en Nanisos y Andalsnes. Fuerzas alemanas del área de Oslo batieron en Dombas a las fuerzas aliadas desembarcadas en Andalsnes y el plan aliado se derrumbó.)

El anticipado contragolpe alemán fue una desagradable sorpresa para Inglaterra y Francia porque debido a su dominio absoluto del mar se creían al margen de esa contingencia. El Almirante Erich Raeder, jefe de la Marina Alemana, afirmaba que frecuentemente las operaciones militares que violan todos los principios de la técnica de la guerra salen airosas a condición de que se ejecuten por sorpresa. Así lo confirmó una vez más la invasión de Noruega. La pequeña flota alemana operó con increíble audacia, burló la vigilancia aliada y conduciendo una fuerza de desembarco de sólo 8,850 hombres se acercó a los puertos noruegos de Kristiansand, Stavenger, Bergen, Trondheim y Narvik, casi bajo las narices de los barcos francobritánicos.

Semanas antes de que se iniciara la acción en Noruega, el almirante Guillermo Canaris (jefe del Servicio Secreto Alemán y encubierto cons-pirador) inició un discreto sabotaje moral contra la operación, mediante un-merosos y alarmantes informes sobre los riesgos de las contramedidas alia-das. Esto hizo titubear a varios jefes militares, quienes incluso pidieron a Hitler que la operación se pospusiera. El general Alfred Jodl escribió en-tonces en su Diario que la voluntad de actuar se estaba debilitando y que el 26 de marzo Hitler intervino decisivamente para alentarla. Pero la intriga siguió adelante y el mayor Hans Oster, uno de los principales colaboradores de Canaris, pidió el 3 de abril al agregado militar holandés, Sas, que co-municara a los aliados el plan alemán de ataque. El investigador Abshagen dice que ese informe fue transmitido a funcionarios noruegos, pero que no lo creyeron. «Oster confiaba en que si no se alcanzaba a parar toda la em-

presa... por lo menos se lograría, mediante una advertencia, apresurar el fracaso de la operación en una primera fase»[1].

El Almirante Canaris había dicho a sus cómplices que la frustración de la victoria «debe ser nuestro objetivo y propósito esencial». Y todo este grupo de conspiradores trabajó con tal sutileza que no dejaba huellas a la Gestapo.

Según el Vicealmirante Kurt Assmann[2], la invasión aliada de Noruega (iniciada 72 horas después que la alemana) se demoró debido a que a última hora el mando británico ordenó un aplazamiento a fin de averiguar hacia dónde se dirigía la flota alemana que había zarpado de sus bases en el Mar Báltico. Un incidente imprevisto jugó importante papel en esa demora: ocurrió que los barcos alemanes que deberían atracar en Trondheim llegaron a las cercanías con bastante anticipación y para hacer tiempo dieron media vuelta y enfilaron hacia el poniente, lo cual fue visto por un avión británico, cuyo reporte desorientó a los aliados. Cuando horas más tarde los ingleses tuvieron la certeza de que la operación se dirigía hacia Noruega, ya habían perdido la delantera.

Coordinadamente con la operación naval, una compañía de paracai-distas fue enviada por aire a capturar los aeropuertos de Oslo y Stavenger, a los cuales llegaron más tarde transportes bimotores de tropas. En esta misión se utilizaron 550 aviones. La ocupación previa de Dinamarca se realizó como punto de apoyo obligado para la campaña de Noruega. «El golpe más atrevido —dice Churchill en sus Memorias— fue el que se dio en Narvik. Diez destructores llevaron 200 soldados cada uno, apoyados por el Scharnhorst y el Gneisenau —cruceros de batalla—; llegaron a Narvik el 9 de mayo muy temprano. La noche del 7 de abril la RAF denunció tales movimientos en el Skagerrak. En el Almirantazgo se creía imposible que aquella fuerza se dirigiera a Narvik».

Churchill juzgó impracticable esa audaz maniobra; tuvo tiempo para impedirla, pero el arrojo triunfó sobre la fuerza numérica. La pequeña floti-lla alemana se escurrió zigzagueando hasta los puertos noruegos sin hallar más obstáculos que el destructor inglés «Glowworm» que fue hundido. Días más tarde ocurrió otra batalla naval en la que fueron hundidos el portaaviones inglés «Glorious», dos destructores y dos naves pequeñas, cuando los nazis trataban de aligerar la presión naval sobre Narvik.

Aunque en aquel momento parecía que Alemania desplegaba grandes contingentes que por su peso numérico estaban imponiéndose en Noruega, y aunque la propaganda así se empeñaba en hacerlo creer, la verdad es que se trataba de una extraordinaria lucha en que el arrojo y la sorpresa se imponían sobre enemigos muy superiores en número. El general Falkenhorts, comandante de las fuerzas alemanas, inicialmente sólo disponía de 8,850 hombres, que después fueron reforzados por 10,000 más. El teniente coronel James A. Bassett[3] confirma que en la operación de Noruega participaron «poco menos de 20,000 hombres», distribuidos en pequeños grupos a todo lo largo del accidentado territorio noruego, aún cubierto de nieve.

Setenta y dos horas después de iniciada la invasión alemana de Noruega los ingleses y los franceses descargaron su golpe, al que Hitler se había adelantado. El general Auchinleck dirigió la invasión aliada conforme al madurado Plan Stratford. Los objetivos inmediatos eran Narvik, en el norte, y los puertos de Namsos y Andalsnes, en la cintura de Noruega. Los submarinos alemanes recibieron la misión de estorbar el desembarque de los aliados en Noruega. Varios de ellos lograron burlar los barcos de escolta y situarse apropiadamente para el tiro, pero luego comenzaron a ver con gran decepción que los torpedos pegaban en el blanco y no estallaban. El capitán Prien tuvo cerca de Narvik en posición de tiro a tres grandes transportes de tropas y a dos

cruceros, pero la carga explosiva de los torpedos fallaba una y otra vez. En el mando de los submarinos se recibían más y más reportes en el mismo sentido. Nueve sumergibles vieron así invalidados sus penosos esfuerzos para acercarse al enemigo. Prien se quejaba amargamente diciendo que los habían mandado a combatir con fusiles de palo. Las fallas de los torpedos ascendían al 66%.

En un principio los técnicos pensaron que el torpedo magnético que estaba en uso —y que corría a bastante profundidad sin dejar estela delatora en la superficie— no estallaba porque el magnetismo disminuía cerca del Círculo Polar Ártico. Se ordenó entonces usar únicamente torpedos de percusión, pero también fallaban. Más tarde, cuando ya muchas oportunidades se habían perdido, una investigación descubrió que los torpedos eran entregados por la fábrica con un desajuste que ya hacía tiempo se había ordenado enmendar, pero que inconcebiblemente estaba volviendo a ocurrir, ¿Negligencia o sabotaje?

Los contingentes anglofranceses desembarcados en Namsos y Andalsnes formaban una tenaza que tenía por meta cerrarse en Trondheim y aniquilar a los 1,700 alemanes que horas antes la habían ocupado. Esto dio lugar a una de las dos batallas decisivas de la campaña de Noruega. La guarnición alemana de Trondheim se defendió desesperadamente, en tanto que otras fuerzas avanzaban desde el sur en su auxilio. Cerca del empalme ferroviario de Dombas se libró la batalla clave. Los anglo-franceses disponían en esa área de 14,000 hombres, contra 5,000 ó 6,000 alemanes. Iban ahí a enfrentarse por primera vez en esta guerra. El entonces Primer Ministro de Francia, Paul Reynaud, confirma tales cantidades en sus «Revelaciones», con las siguientes palabras:

«El 20 de abril los aliados tenían al norte de Namsos 8,000 soldados británicos y franceses y 4 batallones de noruegos, y en el sur (Andalsnes) 5,000 ingleses y noruegos. Los

alemanes sólo tenían 5,000 ó 6,000 hombres en esa región y hallábanse casi rodeados».

Tropas británicas seleccionadas figuraban en esos contingentes cuya superioridad numérica sobre los alemanes era de más de dos a uno, y por momentos pareció que éstos serían arrojados de Noruega, El choque decisi-vo ocurrió al sur de Trondheim, cerca del empalme ferroviario de Dombas, donde los británicos fueron sorprendidos por la acometividad y rapidez de maniobra de las tropas alemanas y por la iniciativa de sus oficiales. Al cabo de una semana de lucha las fuerzas aliadas fueron destrozadas y sus restos se reembarcaron hacia Inglaterra. Churchill confiesa en sus Memorias:

«En esta campaña de Noruega, nuestras mejores tropas, o sean las de la Guardia Escocesa y las de la Guardia Irlandesa, se quedaron atónitas ante el vigor, el espíritu de empresa y el entrenamiento que tenían los jóvenes que militaban por Hitler».

En la otra de las dos batallas decisivas, la de Narvik, el resultado se tardó más, pero fue el mismo. La flota británica se recuperó de la sorpresa y se congregó frente al puerto. Cuatro destructores alemanes sucumbieron en desigual batalla tratando de impedir el desembarque de 20,000 soldados aliados. A continuación la lucha se desarrolló en tierra. La guarnición alemana y los náufragos de los cuatro destructores ascendían a 6,000 hombres. La superioridad aliada era de más de 3 a 1.

Churchill refiere: «En Narvik una fuerza alemana mixta e improvisada de escasos 6,000 hombres tuvo a raya durante seis semanas a unos 20,000 soldados aliados, y aunque se vio expulsada de la población, sobrevivió para ver marcharse a sus enemigos... Los alemanes cruzaron en siete días el camino de Narnsos a Mosjoen, que los ingleses y franceses habían declarado que era imposible. A pesar de que teníamos el dominio absoluto del mar, nos tomó la delantera el

enemigo que avanzaba por tierra a través de distancias muy largas y en medio de todos los obstáculos». Todavía sin ocultar su disgusto por el anticipado contragolpe alemán, Churchill añade:

«La rapidez con que Hitler llevó a cabo la conquista noruega fue una notable hazaña de guerra y política y un ejemplo imperecedero de la minuciosidad, de la maldad y de la brutalidad alemanas».

3,692 soldados alemanes dieron la vida en ese ejemplo de eficacia militar y 1,604 cayeron heridos. La marina perdió 3 cruceros, 10 destructo-res, 6 submarinos y 16 naves auxiliares. Allí se evidenció la fuerza incalcu-lable del espíritu de sacrificio sobre las fuerzas materiales de la superiori-dad numérica. La campaña duró un mes. Tuvo tan relevantes características de arrojo que constituye un ejemplo histórico de cómo un poderoso espíritu de lucha logra superar obstáculos que el cálculo frío juzgaría insalvables.

FRANCIA, EMPUJADA AL SANGRIENTO ABISMO

El pueblo francés padecía graves problemas internos que lo incapacitaban para una contienda internacional. La disipación, el materialismo y el vicio habían debilitado profundamente sus fuerzas psicológicas y hasta sus recursos físicos, tanto así que en el segundo semestre de 1938 hubo 40,000 nacimientos menos que el total de defunciones. Pero los gobernantes servían intereses masónicos cada día más apremiantes y empujaban al pueblo a una guerra en la que el pueblo nada tenía que ganar.

Esos gobernantes, hechura de la masonería, eran a la vez políticamente presionados por la Alianza Israelita Universal (con sede en París), la cual tiene en Francia un poder decisivo, pues además de su brazo masónico influye en la Bolsa de Valores, en casi toda la prensa y en la mayoría de las organizaciones obreras. Judíos han sido los dirigentes y políticos León Blum, Maurice Thorez, Jacques Duelos, Jules

Moch, Edgar Faure, Mendes-France, René Mayer, Maurice Schuman y otros muchos.

Un oscuro político llamado Paul Reynaud, que en México se había enriquecido como dueño de «Las Fábricas Universales», se fingió derechista para lograr cierto apoyo popular: con la ayuda secreta de la masonería escaló después el puesto de Primer Ministro de Francia y una vez seguro reveló sus tendencias izquierdistas. A continuación trató de agitar al pueblo francés para que asumiera la ofensiva contra Alemania.

Casi siete meses después de declarada la guerra, Reynaud hizo el 26 de marzo de 1940 una belicosa excitativa durante la cual afirmó: «Uno de los deberes más grandes de Francia es hacer la guerra». Al día siguiente presentó su Gabinete a la nación como un «Gobierno de guerra puramente y que tiene una sola meta: vencer al enemigo».

Sus arrestos bélicos tenían los siguientes fundamentos militares: Francia se hallaba poderosamente acorazada por su Línea Maginot y disponía ya de 110 divisiones; la Gran Bretaña le había enviado un Cuerpo Expedicionario de 12 divisiones y estaba por enviar algunas más. El flanco izquierdo de la Maginot lo resguardaban las fortificaciones belgas, las defensas acuáticas holandesas y 33 divisiones de Bélgica y Holanda. Inglaterra y Francia confiaban en esos dos países porque la Casa Real de Holanda tenía parentesco con la Casa Real Británica y porque el Rey Leopoldo de Bélgica ya había accedido incluso a que los ejércitos anglo-franceses atravesaran territorio belga para atacar a Alemania, según lo admite el propio Reynaud en sus «Revelaciones». En consecuencia, los aliados disponían de un total de 155 divisiones (2.325,000 combatientes).

En cambio, Alemania sólo había podido movilizar 130 divisiones (1.950,000 hombres) y la amenaza bolchevique le impedía utilizarlas todas en el frente occidental correspondiente a Francia. Por esta circunstancia Reynaud se

sentía seguro: sus peritos militares calculaban que un ataque frontal alemán sobre la Línea Maginot sería imposible porque necesitaría sacrificar un millón de hombres para perforarla. Y si Alemania atacaba por el flanco, automáticamente aumentaría el número de sus enemigos al enzarzarse también en una lucha con Holanda y Bélgica.

Fue éste, precisamente, el peligroso riesgo que Hitler se resolvió a correr, y es que no quedaba ninguna otra alternativa. Su esperanza era poder repetir la guerra relámpago que realizó en Polonia, aunque en este caso iba a enfrentarse con un enemigo tres veces más poderoso y con defensas incomparablemente mejores. Los franceses se daban cuenta de esta ventaja y el agregado militar en Varsovia informó a su Gobierno —según dice Reynaud— que en Polonia los alemanes habían gozado de un frente muy extenso, pero que en Francia la situación sería distinta. Encajonado en los angostos sectores de penetración posible, el ejército alemán podía ser aniquilado por las reservas estratégicas anglo-francesas.

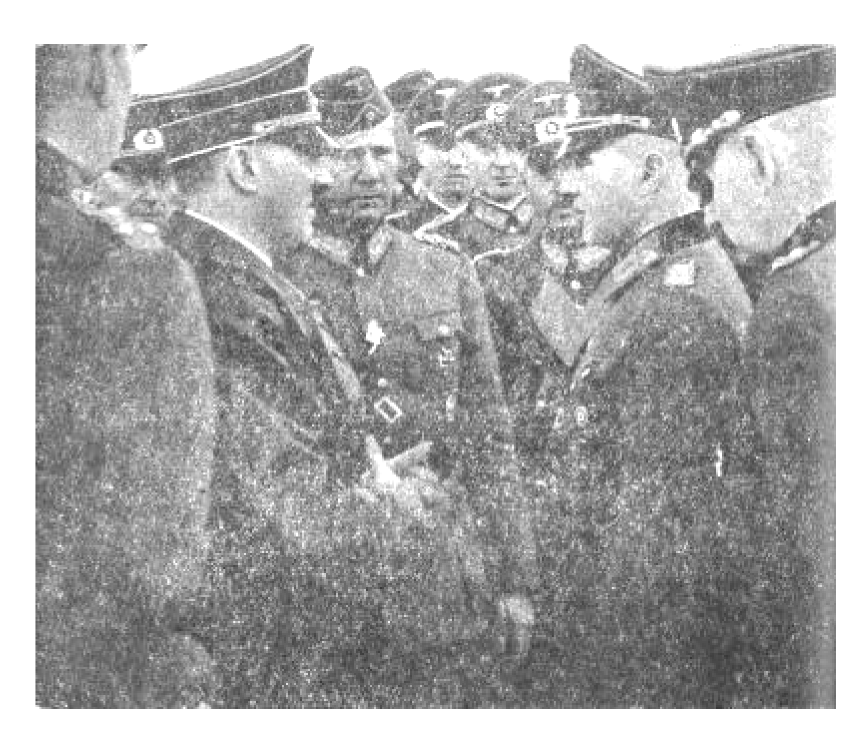
Por dos distintos conductos Reynaud y Churchill conocieron los lineamientos generales del plan militar de Hitler. Aunque Mussolini era aliado de Alemania, el 26 de diciembre de 1939 ordenó a su Ministro Galeazzo Ciano que revelara dicho plan a los representantes diplomáticos aliados, cosa que Ciano hizo el 2 de enero, según lo anotó en su «Diario Secreto». Por otra parte, el mayor alemán Helmut Reimberger, comisionado para llevar a un cuartel el plan operativo de la ofensiva, desvió la ruta de su avión, aterrizó en Bélgica y los documentos le fueron «capturados». Parece que esta maniobra la preparó el Almirante Canaris, el cual era conspirador y hábilmente había logrado encumbrarse corno Jefe del Servicio Secreto Alemán.

Aunque ante el mundo no lo parecía, la situación interna del frente de Hitler era gravísima. Disponía de menor número de tropas que sus enemigos; se hallaba enfrascado en una guerra que no había querido contra el Occidente; persistía la

mortal amenaza del Oriente; su plan estratégico lo conocían ya en París y en Londres, y por último, la mayoría de sus generales no lo apoyaba. Eran profesionales eficientes, pero carecían de la llama del ideal nacionalsocialista que había galvanizado la voluntad de las juventudes; además, su origen aristocrático los distanciaba de Hitler, a quien en el fondo seguían viendo como el simple cabo que fue en la primera guerra mundial.

Brauchitsch, el comandante en jefe del ejército, no creía posible una victoria en Francia. Otros muchos de sus compañeros compartían sus dudas. El general Blumentritt, que entonces fungía como jefe del Estado Mayo de Rundstedt, reveló posteriormente al historiador Liddell Hart: «Hitler era el único que creía posible una victoria decisiva». Entre los generales jóvenes sólo Manstein y Guderian consideraban realizable una campaña relámpago. El general Von Stüelpnagel formuló un estudio según el cual era necesario esperar 3 años para lanzar la ofensiva sobre Francia. De izquierda a derecha: Hitler y los generales Von Reichenau, Jold, Rundstedt, Von Brauchitsch (jefe del ejército) y Halder (jefe del Estado Mayor General). Estos dos últimos juzgaban imposible la campaña en Francia y estuvieron a punto de derrocar a Hitler.

[1] «El Almirante Canaris». — Karl H. Abshagen.
[2] «La invasión de Noruega». — Por Kurt Assmann.
[3] La Invasión de Noruega. Tte. Cor. James A. Bassett, Instructor de la Escuela de Comando y Estado Mayor de Leavenworth, EE. UU.



(De izquierda a derecha: Hitler y los generales Von Reichenau, Jold, Rundstedt, Von Brauchitsch (jefe del ejército) y Halder (jefe del Estado Mayor General). Estos dos últimos juzgaban imposible la campaña en Francia y estuvieron a punto de derrocar a Hitler.)

Aunque desorganizada, la oposición de los generales creaba una atmósfera de escepticismo e inseguridad en los altos escalones del ejército. El general Ritter von Leeb, comandante de un grupo de ejércitos, instaba el 31 de octubre (1939) al general Brauchitsch a que hiciera prevalecer su opinión contra los planes de Hitler. Schacht, exministro de finanzas, se valía del general Von Thomas y del Almirante Canaris para influir negativamente sobre el general Halder, jefe del Estado Mayor General. Durante algunos días Halder pensó en hacer un llamamiento al ejército para derrocar a Hitler, y su compañero el general Von Stüelpnagel hizo algunos sondeos y luego le dijo que el llamado no daría resultado porque la tropa y los jefes jóvenes apoyaban al Fuehrer[1]. Por su parte, el coronel general von Hammerstein-Equord simpatizaba con el comunismo y llegó a trazar un plan para capturar a Hitler[2]. (2)

Por esos mismos días (fines de 1939) el Almirante Canaris y sus principales colaboradores en el Servicio Secreto Alemán, tales como Oster, Dohnanyi y Gisevius, tejían discretos hilos de enlace entre los oposicionistas y enemigos de Hitler, particularmente entre los generales Beck, Halder y Witzleben; el ex ministro Schacht; los diplomáticos Weizsacker y von Papen; el conde de Helldorf, jefe de la policía berlinesa, y el general Nebe, de las SS (tropas selectas). Al mismo tiempo Canaris protegía a diversos jefes del movimiento israelita para que no fueran aislados por la Gestapo, y sólo en apariencia secundaba las órdenes de Hitler «simulando el despliegue de una gran actividad, pero en el fondo no se hacía nada para cumplirlas».

«Cada plan del Estado Mayor —dice el historiador antinazi Goerlitz—, era acompañado por otro plan contrario, del mismo Estado Mayor, destinado a oponerse a las consecuencias del primero y sabotear la conducción de guerra de Hitler».

El general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor del Alto Mando y uno de los pocos leales íntegramente a Hitler, escribía en su Diario que «era muy triste» que todo el pueblo apoyara al Fuehrer, menos los generales destacados que seguían «considerándolo un cabo y no el mayor estadista habido en Alemania desde la época de Bismarck».

El Primer Ministro inglés, Sir Neville Chamberlain, recibía amplia información confidencial sobre la oposición de los generales contra Hitler. Según Goerlitz, en Inglaterra se juzgaba ya inminente un golpe de Estado en Alemania. Churchill confirma parte de esto en sus memorias.

El 23 de noviembre (de 1939) Hitler tuvo una acalorada conferencia con los generales y ante la oposición de ellos para atacar a través de Holanda y Bélgica, les echó en cara su «falta de coraje». ¿Cómo iba a ganarse una guerra sin atacar?

Y ¿cómo iba a ganarse si el enemigo llegaba a convertir el reducido territorio alemán en campo de batalla? Según los

fríos cálculos numéricos y sin tomar en cuenta las fuerzas psicológicas, la ofensiva en Francia auguraba limitadas probabilidades de triunfo, pero aún había menos esperanzas en el hecho de cruzarse de brazos. Ya muchas veces había ofrecido una paz negociada y Occidente la rechazaba. Ese día Hitler habló también del peligro que representaba la URSS. «Las guerras —dijo—- siempre han terminado con la destrucción del enemigo. Todo aquel que crea lo contrarío, es un irresponsable... El tiempo trabaja en favor de nuestros adversarios». Y enfatizando más su decisión de combatir, Hitler agregó: «Me mantendré o caeré en la lucha. Nunca sobreviviré a la derrota de mi pueblo...»

El general Westphal refiere que después de esa junta Hitler exclamó: «¿Qué clase de generales son estos a los que hay que empujar a la guerra, en lugar de ser ellos los que lleven la iniciativa?»[3]

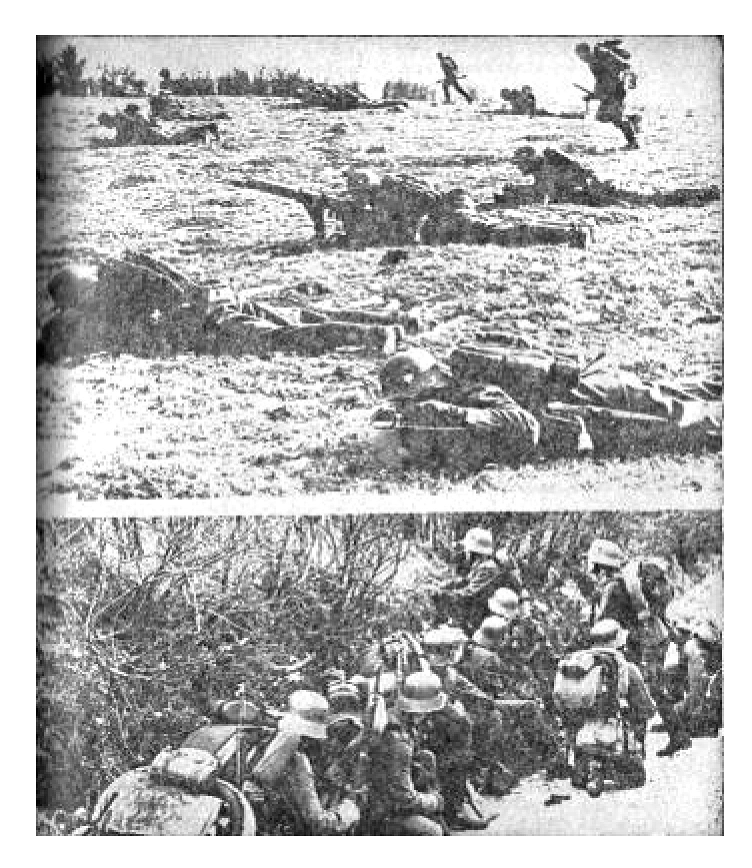
Liddell Hart ha logrado establecer que a raíz de esa conferencia entre Hitler y sus generales, el general von Brauchitsch, comandante del ejército, y el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor General, «hablaron de la necesidad de ordenar a las tropas de Occidente que marcharan sobre Berlín para derrocar a Hitler», pero el general Fromm, comandante de las fuerzas domésticas, hizo notar que las tropas tenían fe en el Fuehrer y que probablemente el golpe fracasaría.

Este titubeo del general Fromm fue uno de esos insignificantes acontecimientos que producen gigantescos efectos porque bastó para congelar la académica conspiración de los generales Brauchitsch y Halder. Los esfuerzos de Canaris y Schacht para alentar a los conspiradores fallaron una vez más. Un año antes Schacht había incluso saboteado económicamente el crecimiento del ejército y luego había pedido a banqueros israelitas británicos que Inglaterra aumentara su presión contra Alemania, a fin de acosar a Hitler desde fuera y desde dentro. En esos días Alemania se salvó milagrosamente de un desplome interior, la situación

del Fuehrer volvió a consolidarse y se acataron sus órdenes para lanzar la ofensiva en el oeste.

Hitler había intentado lanzar su ofensiva el 9 de octubre de 1939, pero el mal tiempo lo impidió. Pensaba entonces que el grupo de ejércitos de von Bock llevara el centro de gravedad del ataque y que buscara el envolvimiento de los aliados avanzando por la costa. El grupo de ejércitos de von Rundstedt, más al sur, realizaría la cobertura de tal operación. Pero después decidió modificar este plan porque ya era del conocimiento de los anglofranceses. «Soldados del Frente Occidental: ¡Su hora ha llegado!...» Cien divisiones alemanas (millón y medio de combatientes) se lanzaron contra los ejércitos aliados de Francia, Inglaterra, Holanda y Bélgica, con un total de 155 divisiones (2.325,000 soldados).

[1] «El Estado Mayor Alemán visto por Halder». — Peter Bor.
[2] «El Estado Mayor Alemán». — Walter Goerlitz, antinazi. Y «Ejército en Cadenas», por Siegfried Westphal, antinazi.
[3] Respecto de la aristocracia, de la que ciertos generales eran escrupulosos representativos, Hitler decía que no debía convertirse en una «sociedad cerrada». «¿Qué papel puede jugar un país dirigido por esa clase de gentes que lo pesa y lo analiza todo? No es posible forjar historia con gentes así. Me hacen falta seres rudos, valientes, dispuestos a ir hasta el fin de sus ideas, pase lo que pase. La tenacidad es simplemente cuestión de carácter. Cuando a esta cualidad se añade la superioridad intelectual el fruto es maravilloso».



(«Soldados del Frente Occidental: ¡Su hora ha llegado!...» Cien divisiones alemanas (millón y medio de combatientes) se lanzaron contra los ejércitos aliados de Francia, Inglaterra, Holanda y Bélgica, con un total de 155 divisiones (2.325,000 soldados).

En ese cambio aceptó las sugestiones del general von Manstein, del Estado Mayor de von Rundstedt, para que el grupo de ejércitos de este último se encargara del envolvimiento penetrando con una masa de tanques por las Ardenas, hacia Sedán. El grupo de ejércitos de von Bock trataría de engañar al enemigo haciéndole creer que era el encargado de envolverlo.

Para hablar de este plan, von Manstein se entrevistó con Hitler y dice sobre el particular:

«Tampoco es imposible que se le ocurriera espontáneamente a Hitler la misma idea, puesto que a veces nos desconcertaba con su certero instinto de las posibilidades tácticas... Eché de ver al momento la extraordinaria presteza con que se

compenetraba en los puntos de vista que el grupo de ejércitos trataba de imponer desde hacía meses, así como que en todo se mostraba de acuerdo con nosotros».

Adoptado el nuevo plan de ataque, la madrugada del 10 de mayo de 1940, cien divisiones alemanas escucharon la proclama de Hitler, en la que todavía se traslucía que su intención no había sido la de combatir contra Occidente: «El pueblo alemán no fomenta ningún odio ni ninguna enemistad para con los pueblos británico o francés. El pueblo alemán, sin embargo, está hoy en día frente al problema de si desea vivir o sucumbir.... ¡Soldados del frente occidental: su hora ha llegado!... Cumplan ahora con su deber. El pueblo alemán siempre está con ustedes con sus mejores deseos». Minutos después la batalla más grande de la historia iluminaba el firmamento y los bosques de las Ardenas. «Entre la oscuridad —dice Churchill— salían de pronto innumerables grupos de ardorosas tropas de asalto... Mucho antes de que apuntara el día, 240 kilómetros del frente se hallaban en llamas».

El golpe principal se había descargado en los bosques de las Ardenas, precisamente donde los Estados Mayores inglés y francés juzgaban impracticable la operación, como también lo creían en gran parte el jefe del ejército alemán, general Brauchitsch, y el jefe del Estado Mayor General, Franz Halder. El sistema fortificado de Eben Emael, en Bélgica, era la primera gran muralla. Su fuego no dejaba ángulos muertos a su alrededor y según todos los cálculos el avance procedente de la frontera alemana era imposible. Pero el teniente Witzig, con 78 ingenieros paracaidistas, descendió a las cuatro de la mañana en el corazón mismo de las fortificaciones. Algunos planeadores bajaron silenciosamente en los prados y un pelotón aterrizó en el exterior para llamar la atención. Mientras tanto, los hombres de Witzig se acercaban a las aspilleras de las casamatas y atacaban a los artilleros con lanzallamas, bombas de mano y paquetes de trilita. Los grandes cañones estaban siendo vencidos como monstruos prehistóricos por osadas hormigas. El coronel Ricardo Munaiz

(«Operaciones Aerotransportadas») califica este ataque de «espectacular e increíble».

«En cuestión de minutos —dice H. R. Kurz en “La Captura del Fuerte Eben Emael”— las dotaciones de las armas antiaéreas habían sido vencidas y eliminadas. Los Stukas bombardeaban entre tanto, la zona circundante de la fortificación con bombas de 500 kilos. Inmediatamente después los alemanes reforzaron las tropas de asalto con paracaidistas que descendieron sobre la fortaleza. Con ese contingente los atacantes ascendían aproximadamente a 300 hombres para el amanecer (la guarnición belga constaba de 1,185 defensores). Para el 11 de mayo prácticamente todas las armas de defensa exterior estaban fuera de combate... Los alemanes habían construido en Hildesheim un modelo exacto de Eben Emael para ensayar el ataque. En su asalto verdadero hasta pasaron por alto las cúpulas simuladas». Después de treinta y dos horas y media de lucha, Eben Emael cayó a las 12.30 del 11 de mayo. A la vez otra operación de paracaidistas y tropas aerotransportadas se realizaba para capturar posiciones en el Canal Alberto y facilitar el paso de las tropas. Suprimidos los peores obstáculos fronterizos para el despliegue de las fuerzas alemanas, divisiones blindadas y de infantería comenzaron a precipitarse hacia las masas estratégicas del enemigo.

El grupo de ejércitos de von Bock, con los ejércitos 18o., 6o. y 4o. integrados por 28 divisiones (420,000 hombres), se clavó profundamente en el norte de Bélgica. Hacia el sur, el grupo de ejércitos de von Rundstedt, con los ejércitos 12o., 16o., 9o. y 2o. integrado por 44 divisiones (660,000 hombres), formaba el otro extremo de las tenazas que premiosamente trataban de cercar al enemigo.

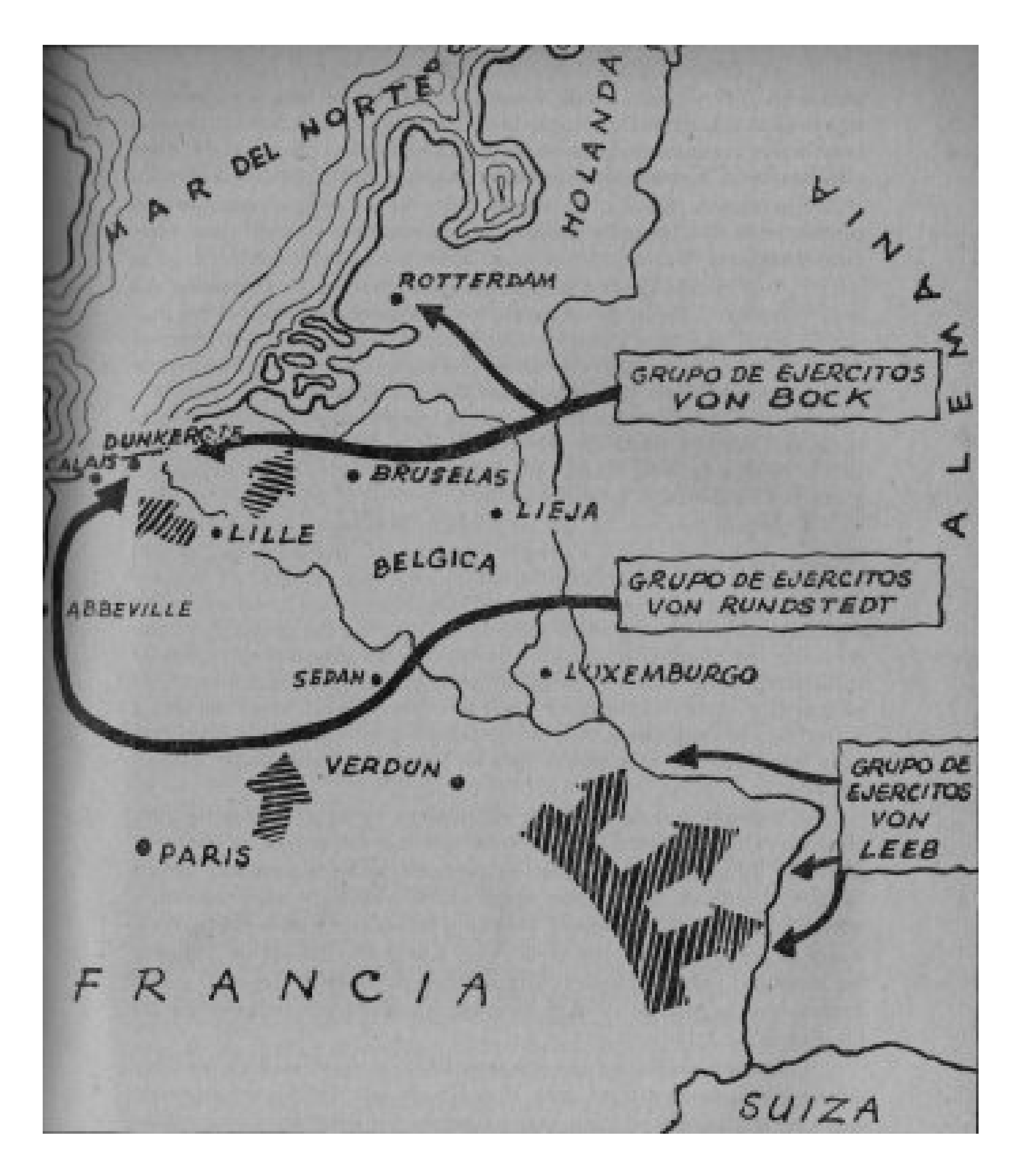
En el extremo norte del frente, o sea en Holanda, siete divisiones se empeñaban en otra operación de audacia. Cuatro mil paracaidistas descendieron cerca de la capital holandesa, seguidos de una división aerotransportada de 12,000 hombres y simultáneamente una solitaria división

blindada se lanzó en su apoyo y penetró 144 kilómetros por un sector poco defendido.

«Las fuerzas alemanas se enfrentaban a una abrumadora superioridad numérica —dice Liddell Hart en su libro "La Defensa de Europa"—, pero la estocada tan profundamente asestada al corazón de Holanda ocultó la debilidad de los invasores y creó una confusión paralizante... Este golpe triple (el de Eben Emael, el del Canal Alberto y el de Holanda) fue una idea personal de Hitler y su realización había sido puesta en duda por la mayoría de sus generales».

En efecto, el general Student, comandante de los 4,500 paracaidistas de que disponía Alemania, dice que la idea de tales operaciones fue de Hitler y que él solo se encargó de trazar el plan en detalle, contra la opinión de los generales von Reichenau y von Paulus, que juzgaban irrealizable la maniobra. Ciertamente la primera oleada de paracaidistas y transportes aéreos sufrió muy grandes bajas. Hubo unidades que perdieron el 42% de sus oficiales y el 28% de sus tropas, pero en conjunto la audaz operación forzó la capitulación de Holanda a los cinco días de lucha.

Entre tanto en el extremo sur del frente, el general Ritter von Leeb desplegaba 17 divisiones del Mosela a Suiza y trataba de acosar y fijar en sus posiciones a los contingentes franceses de las principales fortificaciones de la Línea Maginot. Pero propiamente dicho, la batalla se libraba en la parte central del frente, en la tenaza de von Rundstedt. Era ahí donde al mando del general von Kleist se habían concentrado las diez divisiones blindadas del ejército alemán. Dice Blumentritt que estas 10 divisiones se hallaban densamente agrupadas, pero que en despliegue podían formar una columna de 1,100 kilómetros (de México a Torreón). Fue una hazaña del Estado Mayor situar y coordinar para el ataque a la enorme masa de 660,000 combatientes del grupo de ejércitos de von Rundstedt, en la estrecha frontera con Bélgica y Luxemburgo.



El grupo de ejércitos de von Bock y el de von Rundstedt formaron dos tentáculos que envolvieron a los ejércitos inglés y belga, y parte del francés. Los ingleses se reembarcaron por Dunkerque. Cayeron prisioneros 330,000 franceses y belgas. Fue ésta la batalla de Flandes.

destruidos en sus aeródromos, con lo cual la Luftwaffe conquistó el dominio del aire. Esto le costó a la aviación alemana mil aparatos, según el coronel Paquier, del ejército francés («Conceptos Alemanes Sobre la Superioridad Aérea»).

Entretanto, las 23 divisiones del ejército belga recibieron el primer impacto. Inmediatamente acudieron en su auxilio los ejércitos franceses lo., 7o. y 9o. y el Ejército Expedicionario Inglés.

«Cuando llegó la noticia de que sobre toda la extensión del frente el enemigo avanzaba —dijo después Hitler— me hubiera puesto a llorar de alegría: ¡habían caído en la trampa! Estaba bien calculado lanzar el ataque sobre Lieja. Había que hacerles creer que seguíamos fieles al viejo Plan Schlieffen». En efecto, al precipitarse tres ejércitos franceses y el ejército inglés hacia el Norte, en dirección a la tenaza de von Bock, hacían posible que la tenaza de von Rundstedt penetrara hacia el Sur y los envolviera por el flanco y la retaguardia. Contrariamente a lo que el público sabía en aquellos días, los tanques franceses eran superiores en número. Sin embargo, dice el general von Bechtolsheim, combatían en forma estática y desperdiciaban así su ventaja inicial. La infantería alemana y sus secciones especializadas de lucha antitanque se encargaron de neutralizar buena parte del blindaje francés, en tanto que los tanques alemanes se infiltraban penetrando arriesgadamente en territorio enemigo. Por su parte, el arma antitanque francesa operó desde larga distancia y fracasó; le faltaban la suficiente disciplina y espíritu de sacrificio para aguardar serenamente a que los tanques alemanes se aproximaran.

A los siete días de combate, en vísperas ya de cristalizar un gran triunfo, estuvo a punto de ocurrir un grave trastorno en la ofensiva alemana. El general von Kleist se presentó en la vanguardia de los tanques y sin saludar siquiera al general Guderian le echó una dura reprimenda por su impetuoso avance y le ordenó detenerse para esperar a que llegara la infantería. Von Kleist trataba así de imponer las ideas del

general Halder, jefe del Estado Mayor General, quien incluso era partidario de dispersar las fuerzas acorazadas entre las divisiones de infantería.

Guderian alegó que eso era derrochar la movilidad de las divisiones blindadas, protestó ante von Rundstedt y pidió ser relevado si no se continuaba el plan que ya estaba en práctica y que Hitler mismo había aprobado. Von Rundstedt lo apoyó y el avance pudo continuar. Tres días después el batallón Spitta, de la 2a. división blindada, alcanzó la costa francesa de Noyelles, después de avances diarios hasta de 45 kilómetros. El envolvimiento de todas las fuerzas belgas, francesas y británicas que operaban en Bélgica se había consumado...

El general francés Touchon refirió así lo ocurrido en los primeros días de lucha:

«La súbita revelación surgió como una horrible sorpresa. Los hom-bres quedaron atontados, bombardeados por Stukas cuyas bombas zumbantes eran más aterradoras que destructivas. Nuestros artilleros quedaron atontados cuando vieron los tanques alemanes avanzar sobre los cañones que aún estaban disparando a un objetivo calculado a varios kilómetros de distancia. Los oficiales quedaron atontados cuando las Panzer súbitamente aparecieron en sus puestos de mando como primera indicación de que el frente había sido perforado».

Los audaces golpes iniciales estaban así abriendo las puertas de la «blitzkrieg» al ejército alemán y las del desastre a los ejércitos francés, belga y británico. Nuevamente las imponderables fuerzas del espíritu alteraban los previsibles y lógicos resultados que auguraban las cifras de los cálculos. Nuevamente Moltke tenía razón: «En la guerra todo es incierto; cierto es sólo la voluntad y el espíritu que el estratego lleva en su propio pecho».

A los cinco días de lucha —dice Churchill en sus Memorias— Rey-naud le habló por teléfono. Sus arrestos bélicos se habían esfumado: «He-mos sido derrotados; hemos sido derrotados —le dijo—; hemos perdi-do la batalla. El frente

está roto cerca de Sedán y por allí se precipitan grandes masas con tanques y carros blindados...» Reynaud pedía más ayuda a Churchill y éste a Roosevelt, como el principal alentador moral y proveedor material que era de la guerra anglo-francesa contra Alemania.

Entretanto, la tenaza de von Rundstedt, con Guderian en la vanguardia, atravesaba todo el norte de Francia envolviendo a los ejércitos belga, francés y británico. La síntesis que Clausewitz había hecho de la táctica de Napoleón estaba dando sus más brillantes resultados: «marchar y combatir, combatir y marchar». Un gigantesco Cannas se iba forjando implacablemente. En la clásica batalla de Cannas (216 antes de nuestra era) Aníbal envolvió con 50,000 cartagineses a 72,000 romanos y los aniquiló. En la nueva y gigantesca lucha de envolvimiento, conocida como la batalla de Flandes, 945,000 ingleses, franceses y belgas estaban siendo cercados.

El general Jodl anotó en su Diario que el 20 de mayo, al llegar la noticia de que las tropas anglo-francesas habían sido envueltas en Flandes, Hitler dijo fuera de sí de alegría, que pronto podría hacer las paces con los ingleses. Creía que después de aquel descalabro aceptarían la amistad que hacía tiempo les brindaba.

El 22 de mayo la tenaza de von Rundstedt llegó hasta el puerto de Boulogne, y el 23 a Calais. Las divisiones blindadas de Guderian estaban a punto de cerrar la trampa de Flandes. A las tropas aliadas no les quedaba más escapatoria que el mar, por el puerto de Dunkerque, y fue allí donde ocurrió uno de los más espectaculares hechos de la guerra. Churchill proclamó como un triunfo que el ejército inglés, aunque perdiendo el equipo, hubiera salvado la vida. Lo que no se supo entonces fue que Hitler había hecho posible esa salvación en un nuevo intento para llegar a un acuerdo con Inglaterra.

El historiador militar británico Liddell Hart dice que el 23 de mayo las divisiones blindadas alemanas llegaron hasta el Canal Aa, en Gravelines, a 16 kilómetros de Dunkerque; el

Cuerpo del general Reinhardt avanzó hasta el Canal Aire St. Omer-Gravelines, donde sólo había un batallón de los aliados. Las blindadas establecieron cabezas de puente sobre el Canal, el día 23, después de lo cual no quedaba obstáculo ninguno. Pero cuando la trampa iba a cerrarse en Dunkerque mediante un factible golpe de las panzer, llegó la orden terminante de «hacer alto». «Esta orden expedida por el Alto Mando enemigo —dice Hart— preservó al ejército británico cuando no había nada que lo salvara».

Von Kleist, el comandante de las fuerzas panzer, refiere que al recibir la orden le pareció que no tenía sentido. Guderian, comandante de un Cuerpo de Ejército Blindado, agrega que protestó contra la «maldita orden», pero que ésta fue repetida. Asimismo especifica que la orden fue recibida por él a las seis de la mañana del 21 de mayo y «quedarnos sin habla», pero no hubo más remedio que acatarla. «¡Lo hice con gran dolor de mi corazón!», refiere en sus memorias. Después de la 10a. división blindada llegó la 2a., el «Leibstandarte Adolfo Hitler», y luego otra más, todas las cuales fueron quedando ociosas y estacionadas, casi frente a Dunkerque. El general von Brauchitsch, comandante del ejército, le explicó a Guderian que la orden era de Hitler.

Liddell Hart dice que el general von Thomas, que acompañaba a Guderian, divisó Dunkerque y varias veces pidió al Alto Mando permiso para avanzar, pero se lo negaron. «Los comandantes alemanes —añade Hart— tuvieron que sentarse y ver cómo los británicos se les escapaban delante de sus narices... El general Siewert, ayudante de Brauchitsch, asegura que Hitler personalmente ordenó el alto, pese a la oposición de Brauchitsch y Halder».

Churchill atribuye a von Rundstedt la orden de ese extraño freno a las divisiones blindadas que podían impedir la escapatoria de los ingleses por Dunkerque, pero Liddell Hart dice que no hay evidencias históricas de tal afirmación. Por el contrario, el mismo von Rundstedt declaró que él deseaba proseguir el ataque, pero que Hitler dio órdenes específicas de cesar todo avance (orden que von Rundstedt simplemente

transmitió) y sólo permitió que se utilizara la artillería como fuego de hostigamiento. Hart agrega que tampoco hay evidencia de que la defensa transitoria de Calais hubiera salvado a Dunkerque —como insinúa Churchill—, pues la división blindada alemana que atacó a Calais era sólo una de las siete que había en el área y que no tenían nada que hacer.

El general Blumentritt, jefe del Estado Mayor de Rundstedt, le refirió a Liddell Hart que «La orden de Hitler tenía origen político... Al visitar el cuartel general de Rundstedt en Charleville, Hitler se encontraba de muy buen humor... Opinó que la guerra se terminaría en seis semanas. Después de haber deseado llegar a una paz razonable con Francia, el camino estaría libre para llegar a un acuerdo con la Gran Bretaña. Luego nos sorprendió —sigue diciendo el general Blumentritt—, al expresarse con admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia y de la civilización que la Gran Bretaña había introducido al mundo... Comparó el Imperio Británico con la Iglesia Católica diciendo que ambos eran elementos esenciales para la estabilidad del mundo. Dijo que todo lo que quería de Inglaterra era que reconociera la posición de Alemania en el Continente... y que hasta apoyaría a la Gran Bretaña si ésta se viera envuelta en dificultades... Concluyó que sus miras eran las de hacer la paz con Gran Bretaña sobre una base que ella considerara aceptable y compatible con su honor».

Blumentritt dedujo que Hitler no quería enardecer más al pueblo británico. Dejando escapar a las tropas expedicionarias actuaba conforme a su viejo anhelo de lograr que Alemania y la Gran Bretaña llegaran a ser amigas. «Su indiferencia hacia la posibilidad de invadir Inglaterra —añade el mismo general alemán— comprobaba lo anterior» .

Hitler fue partidario de audaces planes militares y esto le causó frecuentemente dificultades con su Estado Mayor General. Al ordenar el «alto» frente a Dunkerque parecía que de súbito se había vuelto torpemente cauteloso. La explicación de ese aparente absurdo es que no procedía

entonces por razones militares, sino políticas, y una vez más creyó que evitando el enardecimiento de los ánimos en Inglaterra sería posible que se aceptara un nuevo ofrecimiento de paz que ya tenía en mente.

Entre tanto, Churchill había ido a París el 22 de mayo a gestionar que la lucha prosiguiera, pese a la evacuación inglesa de Dunkerque, y para asegurar la escapatoria de su derrotado ejército utilizó a las tropas belgas y francesas en las líneas de retaguardia. Reynaud advirtió esa maniobra impropia de un aliado y se lo reconvino a Churchill el 24 de mayo, echándole en cara que por una parte había prometido desarrollar una acción conjunta y por la otra estaba retirando a las tropas inglesas hacia Dunkerque, en vez de participar en un contraataque de los franceses para romper el cerco alemán.

Pero Churchill se mantuvo inflexible y la retirada de las maltrechas fuerzas británicas siguió adelante. El ejército belga, al igual que el francés, se vio también abandonado por los ingleses. Había hecho un esfuerzo tan grande que los soldados belgas se dormían sobre sus cañones en medio de la batalla, y el rey Leopoldo consideró injusto seguir llevando casi todo el peso de la lucha y el 26 de mayo comunicó a sus aliados que el límite de la resistencia belga estaba llegando a su fin. Sin embargo, no recibió ninguna ayuda. Al siguiente día advirtió a los anglo-franceses:

«El ejército belga ha cumplido su misión. Sus unidades son incapaces de volver mañana al combate. La retirada hacia Yser no puede ser porque contribuiría a congestionar el espacio que ocupan las fuerzas aliadas, ya mortalmente cercadas entre Yser, Calais y Cassell».

El día 28 el rey Leopoldo capituló junto con sus tropas. Entonces Reynaud y Churchill cometieron la ingratitud de acusarlo de traición, y el monopolio de la propaganda internacional hizo un coro gigantesco a esa calumnia. En la evacuación de Dunkerque se emplearon 850 barcos, de los cuales 700 eran ingleses. Churchill admitió que 230 fueron hundidos y 43 averiados.

«En Dunkerque —dice en sus Memorias— se perdió todo el equipo del ejército inglés: 7,000 toneladas de municiones, 90,000 rifles, 120,000 vehículos, 8,000 cañones y 400 armas antitanque».

Prácticamente sólo la aviación alemana intervino en operaciones de acoso sobre las playas e impidió que las tropas británicas se llevaran su equipo bélico. Es tan evidente que Hitler no quiso violentar más al pueblo británico aniquilándole o capturándole a sus tropas expedicionarias, que el general inglés Desmond Young aporta el siguiente testimonio en su libro «Rommel».

«Speidel era jefe de la sección primera del 9o. Cuerpo en Dunkerque y confirma que fue la orden de Hitler la que evitó que von Bock usara los dos cuerpos blindados de Guderian y de von Kleist contra los ingleses que se embarcaban. Si hubieran sido usados, ni un solo soldado inglés hubiera podido salir de las costas de Francia».
Otro valioso testimonio al respecto es el del Teniente Coronel francés De Cossé Brissac, quien afirma:

«Hitler, especialmente, cometió el grave error de detener súbitamente la acción de las fuerzas blindadas alemanas contra la cabeza de puente aliada, que se hallaba debilitada en extremo» .

Por último, el capitán inglés Liddell Hart concluye:
«La escapada del ejército británico en Francia ha sido frecuentemente llamada el milagro de Dunkerque... Aquellos que lograron escapar, muy a menudo se preguntan cómo es que pudieron arreglárselas para haberlo conseguido. La respuesta es que la intervención de Hitler fue lo que los salvó cuando no había nada que fuera posible que los salvara. Una orden repentina detuvo a las fuerzas blindadas exactamente cuando éstas se encontraban a la vista de Dunkerque».

La salida de 338,226 soldados británicos terminó el 4 de junio (1940). Ese día un recuento parcial alemán hacía ascender los prisioneros franceses y belgas a 330,000 y el Alto Mando anunció: «La gran batalla de Flandes y del Artoís ha

terminado. Será inscrita en la historia de la guerra como la más grande batalla de aniquilamiento hasta la fecha».

Y mientras esa batalla tocaba a su fin, Francia echaba mano de todas sus reservas para improvisar un nuevo frente a lo largo del río Somme. Reynaud pidió ayuda a su aliado Churchill y éste repuso que cinco escuadrillas de caza (135 aviones) «volando continuamente, era todo lo que podía hacer». La situación se había agravado para Francia con la pérdida de 370,000 de sus soldados, muertos o capturados en la batalla de Flandes, y con la retirada hacia Inglaterra de las doce divisiones británicas (180,000 hombres), y todos sus servicios hasta totalizar 338,000.

La segunda gran batalla, la del Río Somme, se inició la madrugada del 5 de junio con la siguiente proclama de Hitler a sus tropas:

«¡Soldados!, muchos de ustedes han sellado su lealtad con la vida. Otros han resultado heridos. Los corazones del pueblo, con profunda gratitud, están con ellos y con ustedes. Los gobernantes plutocráticos de Inglaterra y de Francia que han jurado por todos los medios impedir el florecimiento de un mundo mejor, desean la continuación de la guerra. Su deseo se realizará. ¡Soldados! En este día el frente occidental vuelve a marchar. Toda Alemania está de nuevo con ustedes. Por esto ordeno que durante ocho días ondeen en toda Alemania las banderas. Esto debe constituir un homenaje en honor de nuestros soldados. Ordeno además que durante tres días repiquen las campanas. Que su eco se una a las oraciones con las cuales el pueblo alemán deberá desde ahora acompañar a sus hijos, pues hoy por la mañana las divisiones alemanas y las escuadrillas aéreas han reanudado la batalla por la libertad y el futuro de nuestro pueblo».

En ese mismo frente Hitler había combatido como cabo 24 años antes y había caído herido. Ahora era el jefe absoluto de Alemania y quizá muchas veces recordó los combates de septiembre de 1916, que relató como «monstruosas batallas de material, cuya impresión difícilmente se puede describir; aquello era más infierno que guerra». La historia se repetía

en junio de 1940 y la batalla era más monstruosa aún. Pero así como ardía con mayor fuerza, más pronto llegaba a su fin; era la «blitzkrieg», guerra relámpago, que Hitler había pedido a sus generales basándose en los estudios de von Moltke, de Schlieffen y de Ludendorff.

En medio de un sofocante calor y espesas polvaredas, a 112 kilómetros al Norte de París, dos millones de combatientes eran confusamente movidos por sus estados mayores que anhelosamente buscaban la victoria. El generalísimo francés Máxime Weygand sustituyó a Gamelin y el 7 de junio decía patéticamente a sus tropas: «El futuro de Francia depende de la tenacidad de ustedes... ¡Afiáncense con firmeza al suelo de Francia!»

Pero mayor era aún la firmeza de los atacantes. El Alto Mando Alemán anunció poco después: «La línea Weygand fue rota en toda su extensión y profundidad». Era ésta la alborada de la victoria. División tras división se precipitó entonces por las brechas hacia el corazón de Francia.

Reynaud (Primer Ministro de Francia) había telefoneado el 5 de junio a Roosevelt para pedirle premiosamente más cañones y aeroplanos. Aunque Roosevelt carecía de facultades para hacer que Estados Unidos interviniera en una guerra ajena, ordenó que le fueran enviados. El consejo supremo del Rito Escocés acababa de reunirse en Washington (31 de mayo) y había acordado que el país debería intervenir cuanto antes en la guerra. Y el 10 de junio, en un esfuerzo desesperado por apuntalar el frente antigermano, Roosevelt exhortó a los franceses a desplegar «un valeroso esfuerzo» y prometió: «Pondremos a la disposición de los enemigos de la violencia las fuentes de ayuda material de esta nación y activaremos al mismo tiempo los recursos de estas fuentes». Ese mismo día Weygand volvió a exhortar a sus tropas «para que no solamente desplieguen más valor, sino la más obstinada resistencia, iniciativa y espíritu de lucha de que son capaces. El enemigo ha sufrido fuertes pérdidas; pronto habrá de terminar su esfuerzo. Hemos llegado al último cuarto de hora. ¡Sosténganse!»

El día 13 Roosevelt volvió a intervenir y cablegrafió a Reynaud que:

«mientras los gobiernos aliados continúen resistiendo, este gobierno redoblará sus esfuerzos para mandarles aeroplanos, artillería y municiones».

Pero al día siguiente cayó París.



(Rota la Línea Weygand, la infantería alemana se precipitó por las brechas... Entre tanto, el comandante francés decía a sus tropas: «Hemos llegado al último cuarto de hora. ¡Sosténganse!»)

El desmoronamiento de Francia era ya incontenible. La batalla iniciada el día 5 en el río Somme degeneraba ya el día 15 en una general persecución. Tan sólo una división blindada alemana, la 7a. de Rommel, capturó 97,000 prisioneros, incluyendo un comandante de Cuerpo de Ejército y 4 comandantes de división, y destruyó y capturó 456 tanques y 4,400 vehículos.

Reynaud fue depuesto y sustituido por el Mariscal Petain, quien el día 20 anunció qué había solicitado el armisticio por conducto de España «porque la situación militar no respondía a nuestras esperanzas después del fracaso sufrido en las líneas sobre los ríos Somme y Aisne... Saquemos la lección de la batalla perdida —añadió—. Desde el comienzo de la guerra la tendencia a divertirse era mayor que la disposición para el sacrificio. Se quiso evitar cualquier esfuerzo. Hoy tenemos la desgracia. Estuve con ustedes en los días de gloria y permaneceré con ustedes también en estos días funestos». Petain estaba así coincidiendo con un augurio del filósofo Scnubart, quien años antes de la guerra había dicho que el pueblo francés se hallaba en peligro por su inclinación a los placeres temporales: «Quien no quiere más que gozar de la vida no triunfará de ella». Sin embargo, otro importante factor que debilitó también la resistencia fue que a los franceses se les empujó a una guerra no deseada. La enemistad entre Hitler y Stalin, y el forcejeo del primero por abrirse paso a través de Polonia, era un asunto lejano que en nada afectaba la integridad de Francia.

Churchill y Roosevelt se esforzaban por convencer a Petain para que abandonara al pueblo a su suerte, se trasladara a África y continuara la lucha. Pero Petain no se dejó persuadir «Si no he podido ser su espada —dijo a los suyos—, seré su escudo», y se quedó con ellos a procurar que las condiciones del armisticio fueran lo más benignas posible. Consiguió muchísimo para su pueblo, pero este rasgo no se lo perdonaron jamás los estadistas de Occidente. Ciertamente la guerra no se había iniciado atendiendo a los intereses del pueblo francés, y quien se detuviera a reflexionar en ellos traicionaba automáticamente la secreta causa internacional. Posteriormente Petain iba a pagar con prisión perpetua su lealtad al pueblo francés y su temporal deslealtad a las miras internacionales de la guerra.

La aventura bélica a la cual fue lanzada Francia a fin de evitar que Alemania se abriera paso a través de Polonia para su lucha contra la URSS, se epilogó en el armisticio firmado en el bosque de Compiegne, en el mismo carro de ferrocarril donde

22 años antes Inglaterra, Francia y Estados Unidos habían dictado el armisticio a Alemania. Hitler estuvo presente en la ceremonia cuando fueron recibidos los representantes franceses encabezados por el general Huntziger.

Contrastando con la ceremonia del armisticio de 1918, en la cual los representantes alemanes saludaron y no obtuvieron respuesta, ni ninguno de los presentes se puso de pie para recibirlos, Hitler sí se paró al entrar la delegación francesa. Hicieron lo mismo el general Keitel, jefe del Alto Mando Alemán, y el general Brauchitsch, comandante del ejército. A continuación se dio lectura a una declaración a nombre del Fuehrer, en que se hacía constar que Francia había presentado una resistencia heroica y que «por lo tanto, Alemania no tiene la intención de dar a las condiciones del armisticio o a las negociaciones sobre dicho armisticio rasgos de insultos frente a un adversario tan valiente». Se agregaba que el único propósito de Alemania era terminar el conflicto con la Gran Bretaña y restablecer la paz en Europa.

Después de esos conceptos que abrían a Francia las puertas de la reconciliación, Alemania habló con hechos y por tanto en las condiciones del armisticio no pidió territorio francés, ni colonias francesas y ni siquiera la flota francesa. La condición más dura, pero ineludible, consistía en ocupar temporalmente la costa de Francia, mientras se resolvía la guerra con el Imperio Británico. No ocuparla habría equivalido a dejar las puertas abiertas para que los ingleses regresaran.

Contrastando también con el armisticio de la primera guerra, se permitió a la delegación francesa que se comunicara telefónicamente con su gobierno. Veintidós años antes se había puesto a los representantes alemanes en la disyuntiva de contestar «sí» o «no» a las condiciones, sin opción de consultar.

Con todas estas diferencias, en momentos en que los vencedores podían haber hecho gala de altanería y venganza, Hitler estaba demostrando una vez más que no abrigaba ningún sentimiento de enemistad hacia los países occidentales. Las negociaciones del armisticio, que estuvieron

muy lejos de ser una democrática «rendición incondicional», terminaron el 22 de junio y las hostilidades cesaron a la 1.35 del día 24. La ceremonia final se desarrolló de la siguiente manera:

«En todas las caras se refleja la seriedad y la grandeza de esta hora. Los delegados franceses con dificultad logran disimular su intensa emoción. Han venido como soldados a Compiegne para recibir las condiciones del armisticio. Ahora deben declarar si Francia depone o no las armas. En el salón donde se llevan a cabo las negociaciones no se oye el menor ruido. Todos miran hacia Huntziger, quien preside la delegación francesa, y que ahora, frente al coronel general Keitel, declara: 'al poner la firma la delegación francesa, por orden del gobierno francés, al pacto del Armisticio, los plenipotenciarios franceses consideran necesario hacer la siguiente declaración: Bajo el imperativo del destino forjado por las armas, que obliga a Francia a abandonar la lucha en la cual se encontraba inmiscuida al lado de su aliada, Francia ve que le han sido impuestas rigurosas demandas en condiciones tales que aumentan considerablemente el peso de éstas. Francia tiene el derecho a esperar que en las futuras negociaciones Alemania se dejará guiar de un espíritu que haga posible a los dos grandes pueblos vecinos el vivir y trabajar en paz. El presidente de la delegación alemana, como soldado, comprenderá muy bien la amarga hora y el doloroso destino que a Francia le esperan'.»

El coronel general Keitel (jefe del Alto Mando Alemán) contestó:

«Confirmo la declaración recibida aquí respecto a la disposición de firmar el armisticio por orden del gobierno francés. A las declaraciones que el señor general ha agregado, solamente puedo dar la contestación de que también es honroso para un vencedor el honrar al vencido en la forma que le corresponde».

A continuación Keitel rogó a todos los delegados que se pusieran de pie en honor de los caídos, mientras decía:

«Todos los miembros de las delegaciones francesa y alemana que se han puesto de pie, cumplen en este momento con el deber que el valiente soldado alemán y el francés han merecido. A todos los que han derramado su sangre y que han sufrido por la patria, les rendimos honores al ponernos de pie».

El Dr. Paul Schmidt, Jefe de Intérpretes de la Wihelmstrasse, reveló posteriormente:

"Después de la firma del armisticio, sólo Keitel, Huntziger y yo permanecimos en el histórico carro. Keitel dijo entonces al general francés Huntziger: 'No quiero dejar, como soldado, de expresarle a usted mi simpatía por el triste momento que como francés, ha experimentado usted. Su pena puede aliviarse ante el convencimiento de que los soldados franceses lucharon valerosamente, según yo deseo expresamente manifestarle'. El alemán y el francés estaban de píe, silenciosos; ambos tenían los ojos llenos de lágrimas. 'Usted, general —añadió Keitel—, ha representado los intereses de su patria con gran dignidad en estas difíciles negociaciones', y le dio a Huntziger un apretón de manos».

Era aquella una paz entre soldados...

Muy ajeno estaba Keitel de imaginar que cuando cinco años más tarde la suerte lo colocara en el lugar del vencido, no habría para él ningún rasgo de caballerosidad. La «democrática» rendición incondicional, la horca y la dispersión de sus cenizas era el fin que le esperaba Tras la rendición, a Francia se le permitió conservar su flota y sus instituciones gubernamentales. Sus archivos, su historia, sus métodos escolares, sus relaciones diplomáticas, no fueron interferidos. Paradójicamente, en la desventura de su capitulación tuvo más que sentir de sus aliados que de sus vencedores. Por ejemplo, a medida que la batalla de Francia iba siendo ganada por los alemanes, la propaganda internacional fue forzando más sus métodos para desfigurar la verdad. Al iniciarse la ofensiva alemana el 10 de mayo, esa propaganda dijo que los nazis arrojaban paracaidistas disfrazados de sacerdotes y monjes y que sus éxitos se

debían al increíble número de traidores y quintacolumnistas. Numerosas publicaciones militares francesas y el historiador británico Hart, niegan enfáticamente esos embustes. Cuando tales infundios fueron ya insostenibles y el avance alemán proseguía, la propaganda dijo que los nazis utilizaban 8,000 tanques y que superaban numéricamente a los franceses. La revista francesa «Illustration» y el teniente coronel De Cossé Brissac («La Campaña de Francia»), niegan rotundamente esa afirmación. Coincidiendo con los anteriores, la «Revue Historique de L'Armée», dice que el tanque francés «Somua» era más poderoso que el Panzer III de los alemanes, pero que éstos tuvieron «mejores planes de fuego, de maniobra y de transmisiones, y sus tripulantes iban imbuidos de mejor espíritu de lucha».

Después de prolijas investigaciones históricas el capitán inglés Liddell Hart confirma todo lo anterior y añade en su libro «La Defensa de Europa»:

«No es cierto que Hitler obtuvo la victoria porque contaba con fuerzas abrumadoramente superiores. De hecho, Alemania no movilizó tantos hombres como sus oponentes... Lo que decidió la contienda fueron las rápidas embestidas de sólo 10 divisiones blindadas escogidas —el 8% del Ejército— antes de entrar en acción el grueso de las fuerzas.

»Tampoco tenía el ejército alemán mucho mayor número de tanques que los aliados, como la gente creía en aquella época... Alemania empleó sólo 2,800 tanques en la fase inicial y decisiva de la invasión. Ahora bien, los empleó de la manera más provechosa posible».

La división blindada (panzer) era una afinada amalgama de todas las armas. Su gran potencia de fuego, su extraordinaria movilidad, su cuidadosa coordinación mediante centenares de radiotransmisiones y el espíritu combativo de sus integrantes la hacían terriblemente eficaz para perforar defensas y penetrar hasta la retaguardia enemiga. Cada división blindada (participaron 10 en la ofensiva contra Francia) constaba de un regimiento acorazado de 220 tanques, un regimiento de fusileros motorizados, un batallón de motociclistas, un

regimiento de artillería motorizada, un batallón acorazado de reconocimiento, un batallón antitanque, un batallón de ingenieros, un batallón de transmisiones, un batallón motorizado de artillería antiaérea y una escuadrilla de reconocimiento aéreo. Las panzer, en combinación con los aviones de vuelo picado, formaban la espina dorsal de la «blitzkrieg».

Contra los 2,800 tanques alemanes lanzados en la campaña de Francia, el ejército francés enfrentaba 2,361 tanques modernos y 600 antiguos y disponía de 584 más en la reserva, según recopilaciones hechas por el teniente coronel Gonzalo D. de la Lastra, del ejército español. Este dato lo comprueban indirectamente las autorizadas publicaciones francesas «La Revista de Defensa Nacional» y la «Revue Historique de L'Armée», las cuales revelaron que según los archivos oficiales franceses no existía superioridad de tanques alemanes. Las dos revistas afirman que los efectivos eran más o menos iguales por parte de los alemanes y los franceses. Añadiendo los tanques ingleses y belgas, las fuerzas blindadas aliadas eran numéricamente superiores.

Las cantidades de aviones también fueron escandalosamente exageradas. La Luftwaffe apenas igualaba en número a las aviaciones combinadas de Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica (alrededor de 3,000 aparatos de cada bando), si bien las superaba en algunos aspectos de calidad, organización y espíritu de combate.

Por último, cuando Francia se desplomó y se hizo patente que 100 divisiones alemanas habían derrotado y eliminado como fuerza combatien-te a 155 divisiones aliadas, la propaganda realizó un supremo esfuerzo para oscurecer y empequeñecer este triunfo a fin de no desmoralizar a otros pueblos que a su turno deberían ser lanzados también a la contienda. En esa tarea para deformar la verdad, la propaganda no se detuvo en arrojar lodo sobre Francia atribuyéndole toda la responsabilidad del desastre. Y así fue como el 18 de junio Churchiíl culpó de la derrota a los franceses y dijo —porque a posteriori es muy fácil prescribir remedios ya imposibles—

que debían haber ordenado una retirada al ser roto el frente de Sedán.

El Alto Comisionado de Propaganda de Francia, Jean Prevost, refutó el 25 de ese mes:

«Pedimos a nuestros amigos de América que traten de comprender bien toda la tristeza inmensa de Francia... Quisiéramos que nuestros amigos ingleses respetasen nuestro dolor e hiciesen su propio examen de conciencia... Los gobiernos de Daladier y de Reynaud no cejaron en su empeño de demostrar al gobierno de la Gran Bretaña la dificultad que teníamos en mantener sobre las armas hombres de 48 años de edad, mientras que Inglaterra no llamaba siquiera a sus jóvenes de 26 años».

Churchill guardó silencio ante esa fundada réplica. En cambio, ordenó que la flota británica del Mediterráneo se acercara sigilosamente a la base de Mers-el-Kevir, en África, y cañoneara por sorpresa a la flota francesa, que había sido respetada por Hitler. Los marinos franceses no tuvieron siquiera oportunidad de defenderse, anclados como se hallaban, y mil de ellos perecieron. Churchill pudo entonces vanagloriarse de esta hazaña de guerra.

Ahí se tenía a la Inglaterra, escribió, «descargando implacable un tremendo golpe contra sus más queridos amigos de ayer y asegurándose así el indiscutible dominio de los mares. Se hizo patente para todos que el Gabinete de Guerra de la Gran Bretaña nada temía, ni se detenía ante nada». En el juego de la política internacional —manejada por el movimiento político judío— el pueblo francés era ya un limón a medio exprimir. Sus antiguos aliados le volvieron la espalda con desdén. De cada cuatro franceses movilizados para la guerra, uno había caído en la batalla o había sido capturado. Esta proporción parecía insignificante a los antiguos aliados de Francia, por lo cual no cesaban de recriminarla.

Al sangriento precio de 70,000 muertos y 318,000 heridos, el Ejército Francés había ocasionado al Ejército Alemán 156,465 bajas (27,047 muertos, 18,384 desaparecidos y 111,034 heridos). Pero esto no se le tomaba en cuenta a Francia

porque había desoído la consigna internacional y pactado el armisticio.

No tardarían en buscarse conductos ocultos para aprovechar los recursos franceses que habían quedado en pie. La defensa del marxismo demandaba esfuerzos incesantes en todos los confines de Europa.

Resumen:

El 1 de septiembre de 1939, las fuerzas armadas alemanas invaden Polonia; los gobiernos Ingles y Francés habían pactado una alianza con Polonia, por lo que, el 3 de septiembre le declararon la guerra a la Alemania Nazi.

Así comenzaría la segunda guerra mundial, la más violenta, exterminadora y destructiva de cuantas guerras ha conocido la historia.

Duro 6 años y arrastró en su torbellino ha muchos de los países del mundo.

- Las bajas totalizaron aproximadamente cincuenta millones de muertos y cincuenta y cinco millones de heridos y mutilados.

- Los gastos militares directos de los beligerantes se expresan en la cifra realmente astronómica de un billón ciento diecisiete mil millones de dólares.

- La segunda guerra fue engendrada por el sistema capitalista y fue resultado de un drástico endurecimiento de los antagonismos imperialistas.

- Alemania, Japón e Italia habían llegado tarde al reparto del mundo del siglo XIX...

- Y les toco realmente muy poco territorio para conquistar y colonizar.

- Alemania solamente alcanzo su unidad nacional en 1870, lo mismo que Italia.

- Japón, también por esas fechas salió de su aislamiento de Estado feudal e inicio su proceso de modernización en todos los sentidos.

- El imperio alemán perdió sus colonias, la guerra y su

condición de imperio al ser uno de los principales perdedores de la primera guerra mundial.

- Japón e Italia fueron de los ganadores en esa contienda, pero en el posterior reparto del mundo por las principales potencias no fueron favorecidos como esperaban y se sintieron defraudados.

- Todos los vencedores tenían su propio programa de violenta redistribución del mundo.

- Se enfrentaron inicialmente a este bloque o eje Berlín, Tokio, Roma parte de la coalición vencedora en la primera guerra mundial, El imperio Ingles y La republica Francesa.

Posteriormente entro en el conflicto al ser agredida por Alemania la Unión Soviética (URSS), un país formado por los restos del imperio Ruso, uno de los perdedores de la primera guerra mundial, y poco después se unió Estados Unidos al ser agredidos por el Imperio Nipón.

De hecho desde 1931 existía un estado de guerra entre el Imperio Japonés y China, por lo que ya había una guerra de regular intensidad en el Pacifico, antes de 1939.

Además en 1936 el Imperio Italiano agredió y conquisto a Etiopía, un país independiente del África Oriental.

-Causas y Antecedentes:.

Primera Guerra Mundial

Una de las principales cusas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) fue la Primera guerra mundial (1914-1918) y sus resultados: se podría afirmar que la Primera Guerra Mundial fue la guerra de los “Imperios”.

Básicamente los imperios Austro-Húngaro, Alemán y Turco,llamados"Imperios Centrales", contra el Imperio Ruso, Británico, Italiano y Japonés, Francia y Estados Unidos, dos republicas Imperialistas.

El resultado Final de esa primera gran conflagración del siglo XX fue la desaparición como unidades políticas de los imperios Alemán, Austro-Húngaro, Otomano y Ruso y la aparición en escena de numerosas naciones estado formadas con parte de los restos de estos Imperios: Finlandia, Lituania, Estonia, Latvia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Croacia, Bosnia, Servia, Monte negro y Macedonia

Japón

Japón en 1931 ocupo de manera violenta a Manchuria la más rica, extensa y norteña de las provincias chinas creando allí un “estado títere” denominado Manchukuo, cuyo emperador, impuesto por los japoneses fue Henry Pu Yi, el ultimo emperador de china de la dinastía Manchu, (por ser originaria de Manchuria), depuesto hacia ya algunos años por los chinos republicanos...

Posteriormente en 1937 militares japoneses insubordinados del llamado ejercito japonés de Kwangtung provocaron un violento incidente del cual culparon a una unidad cercana del ejercito chino,lo cual fue el pretexto para una guerra abierta y más o menos formal pero no declarada del Imperio Japonés contra la Republica China misma que se caracterizo por las rápidas y sangrientas victorias de las fuerzas armadas japonesas sobre los chinos.

Muchas de las principales ciudades chinas como Beijing, Shangai y Nanking fueron tomadas y ocupadas por los japoneses.

Japón se convirtió en un país imperialista agresivo, no obstante hacia fines de los treintas Japón tenía solamente el décimo lugar como país industrializado, aunque contaba con un gran y moderno ejercito, fuerza aérea y armada, además de una marina mercante numerosa y bien equipada.

Las ambiciones imperiales de los militares japoneses eren extraordinarias y desproporcionadas con la capacidad real del país para hacer una “guerra moderna” pues Japón no era autosuficiente en materia alimentaría y la mayor parte de las

necesarias materias primas para su industria eran importadas, dependiendo para ello del comercio exterior y del transporte marítimo adecuado.

Esto era más que evidente en lo que se refiere a petróleo, mineral de hierro y chatarra para su industria siderurgica, algodón y lana para su industria textil, cobre, cromo, manganeso y níquel para la producción de metales industriales, etc.: Japón tenia que exportar/ importar o morir en los treintas, por lo que cualquier medida de bloqueo o boicot por parte de los imperios occidentales era de gran impacto negativo y desde luego, considerada como un deliverado acto hostil.

Y eso mismo ocurrió ya a finales de los treintas y principios de los cuarentas cuando el Imperio Británico, Estados Unidos y Francia iniciaron una especie de “Guerra Fría”, bloqueando su comercio exterior con Japón, debido a las agresiones contra los intereses de esas potencias en China y contra China en si cuando la guerra no declarada que se inicio en 1937 era ya un proceso en desarrollo.

Japón por lo tanto, ocupo puertos y terminales ferroviarias chinas que permitían el abastecimiento de material bélico de los chinos por parte de los ingleses, franceses y norteamericanos...

No obstante esas efectivas acciones bélicas China continuo recibiendo cierto auxilio en material bélico por parte de la URRS, mismo que recibían los chinos por largas y peligrosas rutas terrestres, por lo que estos suministros nunca fueron muchos y mucho menos, suficientes.

Estados Unidos por su parte, ya en un estado de Guerra fría contra Japón desde 1940 traslado la mayor parte de su flota de guerra del Pacifico de su base principal que era en San Diego, California a la base naval de Pearl Harbor en Hawai, y reforzó considerablemente su guarnición militar en su posesión de las islas Filipinas.

El Imperio Británico hizo lo mismo y pese a estar ya en plena guerra contra Alemania,ya desde 1940 reforzó su gran base

naval de Singapur y también su guarnición en la posición británica de Malasia, desde entonces importante productor y exportador de hule y de estaño.

Tanto Estados Unidos como el Imperio Británico vendieron una buena cantidad de aviones de combate al Imperio Holandés en Indonesia, que entonces era una colonia holandesa, cuyo principal producto que Japón necesitaba para sus afanes bélicos era petróleo y hule...

Para la economía de guerra de Japón ya en 1940 o 1941 era necesario importar/ exportar o perecer pues su aviación y blindados no tendría gasolina, ni hule para los neumáticos, ni acero para todo tipo de material bélico, de continuar el bloqueo por parte de Estados Unidos e Inglaterra.

Por lo mismo Japón decidió atacar a ambas potencias con la intención de ocupar Indonesia, Malasia, Birmania para poder seguir contando con el petróleo y Hule necesarios para continuar su guerra en China...

Italia

El cobeligerante reino de Italia salió de la primera guerra mundial profundamente frustrado por los pocos beneficios territoriales a expensas del fenecido imperio Austro- Húngaro que recibió después de la primera guerra mundial.

Además, reinaba una profunda crisis económica y política, con graves problemas de desempleo y endeudamiento, todo lo cual estimulo el surgimiento de una nueva ideología que retomaba elementos del anterior proceso de unificación como el orgullo nacionalista,y la herencia del Imperio Romano unido al sentimiento de superioridad cultural y racial, la fuerza militar y la existencia de un líder capas de integrar los intereses te los diferentes sectores sociales, donde el líder o “duce” los encausaría hacia metas propiamente nacionales como seria la defensa de la patria y la constitución de un nuevo Imperio.

La nueva ideología, “futurista”, fue el fascismo tomado del nombre de una organización creada por Benito Mussolini, Los

"fascios di combatimiento", tomando como modelo los cuerpos militares de la antigua Roma organizados bajo el símbolo de las fasces-haces o conjuntos de varas que portaban los ministros romanos.

Despues del éxito “De la Marcha sobre Roma”, que que realisada en 1922 para demostrar su poder, por Mussolini y muchos "fascios di combatimiento", uniformados y armados, desde el norte industrial de Italia, el Rey Vittorio Emmanuel III otorgo el poder a Mussuolini para que formara un nuevo gobierno capaz de frenar la violencia y anarquía desatada por los elementos socialistas y/ o comunistas que “tomaban” fabricas ayuntamientos y demás edificios públicos por toda Italia.

Mussolini domino gradualmente todos los mecanismos del gobierno, hasta llegar a detentar poderes casi absolutos a pesar de que el monarca seguía siendo jefe de estado.

El Duce acumulo los títulos de Jefe de Gobierno, Primer Ministro, Secretario de Estado y caudillo del partido fascista, pudiendo además legislar personalmente por decreto.

El reino de Italia se transformo en un Estado Fascista: el poder supremo estaba en manos del Gran Consejo Fascista, al que pertenecían los altos cargos del partido y cuyo presidente era el Primer Ministro-El Duce-y este organismo elegía a los candidatos a la cámara de diputados y tenia la prerrogativa de ser consultado sobre cualquier asunto considerado importante.

El gobierno fascista inicialmente se vio favorecido por el cambio positivo en la economía mundial lo que permitió la consolidación de la política económica y social del régimen en cuestiones tales como el aumento del nivel de ingresos la reducción del desempleo el crecimiento cualitativo y cuantitativo importante en la industria, el comercio y la agricultura, en buena medida promovida por el régimen y se alcanzó un sano equilibrio en las finanzas del estado.

Con el logro del orden interno y las importantes mejoras en la economía, Mussolini justificaba ante la ciudadanía las medidas

dictatoriales.

Un triunfo diplomático e ideológico de Mussolini fue la solución al llamado “Problema Romano” que consistía en reanudar las relaciones entre el gobierno de Italia y el Vaticano, interrumpidas desde la época de la unificación.

De esa manera obtuvo Mussolini el apoyo ideológico de la Iglesia Católica que ayudo a consolidar su régimen.

El tratado de Letrán fue el concordato que reconoció la soberanía del Papa con dominio exclusivo sobre la ciudad del vaticano y se declaraba al catolicismo como la religión oficial del Estado Italiano.

Se permitía además que la educación religiosa continuara en las escuelas publicas primarias e incluso en las secundarias, aunque se establecía que la iglesia no tendría ingerencia alguna en aquellos asuntos cuyo manejo se reservaba el estado.

La política exterior del régimen fascista

En la política exterior de Mussolini anterior a la alianza con Alemania en 1936 hay dos etapas.

La primera, entre 1922 y 1930 fue un intento para conseguir para Italia la hegemonía en la región balcánica y mediterránea.

- En 1923 ocupó la isla de Corfú, situada al noroeste de Grecia.
- Un hecho que provocó la protesta inútil de la Sociedad de Naciones.
- En 1924 firmo un tratado de amistad con Yugoslavia por el que renunciaba Italia a sus aspiraciones sobre la costa Dálmata a cambio de la zona y puerto de Fiume.
- También ese año ocupo la totalidad de Somalia basándose en un tratado de 1889.
- Por ultimo, intervino en los asuntos internos de Albania y el 1927 convirtió a este reino prácticamente en un protectorado italiano.

La conciliación con el Vaticano significo para Mussolini contar prácticamente con la bendición Papal para sus acciones y el perfilarse como el principal defensor de la lucha europea contra el comunismo.

Tan buena era su relación con el Imperio Británico y Francia que en 1935 en la Conferencia de Stressa, condeno junto con estos países el expansionismo Alemán.

- Incluso movilizó tropas hacía la frontera con Austria, amenazando con intervenir cuando en 1934 este país sufrió un primer intento de anexión por parte de la Alemania Hitleriana.

La segunda fase de la política exterior fascista entre 1935 y 1936, estuvo marcada por la pretensión de Mussolini de reconstruir al antiguo Imperio Romano cuando se trataba de desviar la opinión publica para olvidar o relegar los problemas económicos derivados de la Gran Depresión.

- Los hechos imperiales se concretaron con la conquista de Libia y Etiopía.

Sobre Libia, los tratados Internacionales reconocían el derecho Italiano, pero la ocupación nunca se logro plenamente.

- En 1925 se llego a un acuerdo fronterizo y, en 1935, Italia ocupo Libia de manera efectiva y total.

Respecto a Etiopía, fue atacada sin previa declaración de guerra en el otoño de 1935.
- Pese a la resistencia Etiope en mayo de 1936 los ejércitos Italianos ocuparon Addis Abeba la capital, y proclamaron al rey de Italia Vittorio Emmanuel III como emperador de Etiopía...
- Este hecho imperialista fue el primer caso de agresión, de una nación sobre otra realizado después de los tratados de Paz, a pesar de todos los intentos por evitar nuevas violaciones al derecho internacional.

La protesta de los Países Miembros de la Sociedad de Naciones- Dirigida por Francia y Gran Bretaña- fue unánime pero el organismo fracaso en su intento por castigar al reino de Italia y sólo consiguió la aprobación de un boicot, de echo poco efectivo internacional, de echo poco efectivo, que impedía vender a este país armas y carburantes, además de prohibir el concederle créditos.

El fascismo se anoto así sus primeros triunfos en su carrera imperialista para posteriormente dar comienzo a una nueva aventura bélica, junto con la Alemania de Hitler cuyos resultados serian sumamente cruentos además de implicar finalmente la desaparición del régimen fascista y la muerte violenta de Mussolini.

Alemania

El ex-imperio Alemán fue el segundo perdedor de la primera guerra mundial, perdió el Imperio y el ser Imperio además de que fue obligada a pagar costosísimas y extensas reparaciones de guerra que Alemania no estaba en condiciones de pagar, incluían además del pago en especie la entrega a los aliados de su flota mercante, los ferrocarriles y parte de su producción de carbón y hierro.

Las exigencias eran exorbitantes sobre todo por las circunstancias de Alemania que devastada por la guerra veía reducidas sus zonas industriales y disminuida su población como resultado de la cesión de territorios a que fue obligada por los acuerdos internacionales de paz.

Alemania desde luego que se resistió a cumplir lo imposible, y posteriormente se negociaron arreglos que disminuyeron los pagos y dieron más tiempo para hacer los mismos.

Puede esperarse un profundo descontento popular por los resultados de la primera guerra mundial siendo este mucho mayor en los excombatientes que no solo deseaban vengarse de los extranjeros, sino además se sentían traicionados por los partidos políticos alemanas- socialdemócrata, demócrata y

centro católico- que integraron el nuevo gobierno republicano al terminar la guerra y a quienes toco aceptar el humillante Tratado de Versalles.

Obligados por su propio gobierno ha abandonar las fuerzas armadas para dar cumplimiento al acuerdo de paz muchísimos soldados alemanes se habían quedado sin ocupación y constituían lo que se llamo el sector social de los desclasados por no pertenecer a una clase social definida, sin encontrar el modo de ganarse la vida fuera de las actividades propiamente militares.

El pueblo Alemán tenia un profundo orgullo nacionalista fundamentado no solo por las victorias obtenidas durante el siglo XIX por el poderoso ejercito prusiano, sino también en mucha de la filosofía y la literatura alemana que en esa época se distinguieron por la fuerza de su nacionalismo basado en la pretensión de la supuesta superioridad racial del pueblo germano sobre todos los demás pueblos.

El nacional socialismo (o nazismo) fue un movimiento político ultanacionalista iniciado en 1920 con la creación del partido Nacional Socialista Alemán del Trabajo—Nationalsozialistche Deutsche Arbeiter- Patrtei, NSDAP-, También conocido como partido Nazi, tenia muchos puntos en común con el fascismo Italiano pero sus raíces ideológicas eran típicamente Alemanas así como los acontecimientos que le dieron origen.

Formado en la región Baviera sobretodo por excombatientes entre los cuales destaco Adolfo Hitler, nacido en una pequeña localidad austriaca próxima a la frontera con Alemania: en la zona de encuentro de los dos estados Alemanes cuya unión era el sueño de las jóvenes generaciones.

Después de la guerra Hitler se traslado a Munich, Alemania ingresando en el Partido Obrero Nacional (DAP) alemán, donde destaco por su capacidad de orador político y por algunos actos de espionaje exitosos. Al elaborar el DAP un programa de 25 puntos en cuya redacción intervino Hitler, fue nombrado jefe de propaganda del partido. Dicho programa anticipaba muchos de los objetivos fundamentales del Nazismo:

v Lucha contra el Tratado de Versalles

v Constitución de la Gran Alemania, desde luego incluyendo a Austria

v Expansión Imperial para obtener el necesario espacio vital

v Antisemitismo-ningún judío podía ser miembro de la nación alemana

v Xenofobia étnica- se pedía a todos los no arios abandonar Alemania

v Limitación de la libertad de prensa y de arte

v Rearme y constitución de fuerzas armadas del tamaño y la calidad adecuadas

En 1920, el DAP se transformo en el NSDAP tras unírsele otros tres partidos políticos pequeños siendo Hitler el jefe del nuevo partido desde Agosto de 1921.

Pronto se estableció una nueva táctica para efectuar la lucha callejera contra los partidos democráticos y se formaron las “tropas de asalto” (SA) llamadas también “camisas pardas” por el uniforme de corte militar que portaban además, el Partido Nazi adquirió un periódico diario como su portavoz, y comenzó a utilizar como símbolo la bandera con la cruz gamada o suástica.

En 1923 ya con unos cincuenta mil afiliados por lo que Hitler considero que el partido era lo suficientemente fuerte como para intentar un “Golpe de Estado” contra el débil gobierno de la republica de Weimar. El movimiento rebelde fracaso, y Hitler fue encarcelado.

Durante su breve estancia en prisión, Hitler escribió un libro en el que definía su doctrina al que titulo Mein Kampf (Mi Lucha) en el afirma su creencia en la superioridad de los arios, la raza alemana, cuya fuerza debía apoyarse en la debilidad de las razas inferiores- la judía y la eslava-, que de una manera u otra habían usurpado los territorios

correspondientes al lebensraum- espacio vital- de los alemanes. Alemania debería dominar y colonizar todos los paises situados en la cuenca del rió Danubio y además proponía colonizar Rusia y los países de la Europa Nororiental absorbiendo o de plano eliminando físicamente a la población de esas regiones según la conveniencia de los intereses germanos consideraba indispensable destruir por completo cualquier grupo o persona que pudiera ser obstáculo para el logro de esos propósitos. Se refería en especial a los comunistas y a los judíos, atribuyendo a estos últimos mucha de la responsabilidad en las desgracias ocurridas recientemente al pueblo alemán.

Al comenzar la década de los treintas los problemas de Alemania se agravaron por la crisis económica originada en EUA. ya que fue afectada más rápidamente y en forma más grave que otras naciones europeas.

La producción industrial alemana disminuyo notablemente y solo sobrevivieron algunos de los grandes consorcios que a su vez absorbieron algunas de las pequeñas y medianas empresas en quiebra, lo cual trajo como consecuencia un gran aumento de la desocupación incluso en los sectores comercial y agrícola.

El gobierno de la republica de Weimar, conformado por tres facciones ideológicas distintas fue bastante incapaz de resolver la crisis económica lo que aumento considerablemente el descontento popular, situación que fue aprovechada por los nazis para atraerse la simpatía de los obreros al prometerles un verdadero socialismo que acabara con el desempleo y consiguiera el bienestar para la clase trabajadora.

Fue desde entonces cuando el gobierno por el partido nazi empezó a ser considerado como una posibilidad de solución para los problemas económicos y sociales que agobiaban a Alemania.

Apoyado en la ignorancia de las mazas y en el odio y temor de las clases capitalistas sentían por el socialismo, el partido

nazi fue consiguiendo el apoyo de estas al igual que el de la clase media.

Su objetivo era muy claro: Reprimir el Movimiento obrero

Luchar en contra del gobierno republicano que había provocado el descontento de esos grupos sociales al no haber podido acabar con los desordenes en el país las calles fueron sangrientos campos de batalla entre los comunistas y los camisas pardas, que resultaron beneficiados ante la opinión publica como los unicos capces de enfrentarse con éxito al terror rojo.

El miedo al comunismo llevo al partido nazi al poder de tal manera que el presidente Von Hindenburg para que formara un gabinete de coalición presidido por Hitler lo que sucedió el 3 de enero de 1933: así el líder del partido nazi obtuvo el cargo de canciller lo que fue el primer paso para lograr el control total de Alemania.

Una vez en el gobierno, Hitler tomo una serie de medidas destinadas a controlar el poder político: creo la GESTAPO como policía secreta destinada a identificar y reprimir a los enemigos del nacional socialismo, estableció campos de concentración para reeducar por medio del trabajo forzado a las personas contaminadas por ideas marxistas , obtuvo el control absoluto de los medios de comunicación , y elimino físicamente a los enemigos del nazismo . Creo también los SS una especie de ejercito del partido Nazi con entrenamiento, equipo y uniforme militar.

Al morir en agosto de 1933 el presidente Hindenburg, Hitler sin dejar la chancillería se proclamo presidente del Reich, llamándose así mismo reichs-führer , o sea concentrando en su persona las dos jefaturas, la del estado y la de gobierno del estado. Esta acción fue respaldada por un plebiscito que aprobó el auto-nombramiento con 88% de los votas ciudadanos.

Ya con plenos poderes otorgados por el parlamento a Hitler, Alemania fue encaminada hacia el estado totalitario de partido único que se imponía en forma absoluta sobre los

indeviduos y en el que no existía más que una forma de actuar y de pesar más que la del Führer.

Política exterior

La política exterior de Hitler estaba dirigida al cumplimiento de sus tres principales objetivos:

1. Rearmar a Alemania
2. Reunir a todas las personas de habla alemana en una sola nación
3. Conquistar el espacio vital necesario para alcanzar el proyecto de la gran Alemania

En 1933-1934 los movimientos iniciales del movimiento de Hitler fueron cautelososo: Firmo un tratado comercial con Gran Bretaña, un concordato con el Vaticano y con Polonia un pacto de no agresión por 10 años , También suspendió de Manera unilateral el pago de las reparaciones de Guerra y las declaro saldadas pero la acción más seria fue el primer intento para lograr el anschluss, la unificación de Alemania y Austria. En julio de 1934 un pequeño grupo Nazi pretendió dar un golpe de estado a la sede del gobierno en Viena aparentando actuar por su cuenta pero en el intento los rebeldes asesinaron a Engelbert Dollfus, el canciller austriaco. Hitler fingió no estar enterado de los planes subversivos de los nazis contra el gobierno austriaco y reprobó el golpe de estado sin poder realizar la anexión de Austria. Tal hecho provoco la movilización de tropas Italianas en la frontera con Austria para evitar una posible agresión Alemana, ya que en esa época Mussolini se oponía a la política del anschluss, ya que el mismo estaba interesado en la anexión de Austria a Italia.

El año de 1935 se inicio con un hecho favorable para Alemania: se logro reincorporar a Alemania el territorio del Sarre. De acuerdo al Tratado de Versalles, las minas de carbón de la zona pasaban a ser propiedad exclusiva de Francia durante un periodo de 15 años, en compensación por la destrucción de las minas francesas durante la primera guerra mundial. También se disponía que a final de dicho periodo se celebrara un plebiscito para determinar el futuro

político del territorio, cuando el plebiscito se realizo, más del 90% del electorado voto a favor de la reincorporación a Alemania en esta segunda fase Alemania acelero su rearme se acucio la creación de una poderosa Luftwaffe (Fuerza aérea)- que el tratado de Versalles prohibía expresamente-, así como el reestablecimiento del servicio militar obligatorio y la adopción del plan cuatrienal, por medio del cual Alemania debería de estar preparada para hacer la guerra en cuatro años además de estas acciones, Hitler repudio formalmente el Tratado de Versalles.

Todo esto alarmo al resto de las potencias europeas por lo que en abril de 1935 se reunieron en Stressa, Italia, los representantes de Francia y Gran Bretaña creando el Frente Común de Stressa que concluyo un acuerdo para garantizar la integridad del Territorio Austriaco, en Mayo de 1935 Francia firmo un pacto con la Unión Soviética y este país con Checoslovaquia buscando prestarse ayuda mutua en caso de agresión externa.

También en 1935 Hitler estableció un acuerdo naval con Gran Bretaña por el que Alemania podria aumentar su flota, pero solo hasta un tercio de la Británica.

En 1936 se dio un gran cambio en las relaciones entre Italia y Alemania. Hitler que admiraba a Mussolini y deseaba establecer una alianza con su gobierno apoyo la invasión Italiana a Etiopía y rompió el boicot internacional contra Italia.

La guerra civil que estallo en España en 1936 permitió un gran acercamiento de los dos dictadores que juntos decidieron apoyar a Francisco Franco contra las fuerzas democráticas de la Replublica Española.

Con la alianza entre Hitler y Mussolini nació el Eje Berlín-Roma que se concreto en con el “pacto de acero” firmado por Italia y Alemania en Mayo de 1939, en el cual se comprometían a ayudarse mutuamente en caso de guerra y a colaborar para conseguir el “espacio vital” que buscaban ambas naciones.

El 13 de marzo de 1938 se aprueba una Ley sobre la integración de Austria en el Reich alemán. El Anschluss consumaba así la aspiración de una Gran Alemania. Resuelta la cuestión de Austria el objetivo más inmediato de Hitler era ahora el territorio checoslovaco de los Sudetes. Tras el colapso del Imperio Austro-Húngaro en 1918 se formó un nuevo estado en el centro de europa: la República de Checoslovaquia. En ella convivían checos, eslovacos, polacos, húngaros, rutenos y algo más de tres millones de alemanes en los Sudetes.

El SdP (Partido de los Sudetes Alemanes), financiado por Hitler y dependiente de Berlín comienza a reivindicar la autonomía de los Sudetes. Esta postura se va radicalizando hasta pedir abiertamente la unión con Alemania. El 28 de Marzo, en Berlín, a puerta cerrada, Henlein, líder del SdP negocia con Hitler, Hess y Ribbentrop durante tres horas. Hitler expone a Henlein el programa: el SdP debe plantear exigencias inadmisibles para el gobierno checo. El verdadero objetivo de Hitler está decidido desde el 5 de noviembre de 1937: acabar con Checoslovaquia e integrar a su pueblo en el Reich Aleman.

El 21 de abril de 1938, seis semanas después de que Göring diera su palabra de honor a Mastny, Hitler discutía con Keitel el "Plan Grün", nombre cifrado para una operación de efecto rápido contra Checoslovaquia.

El 12 de junio Hess proclama en una gran concentración celebrada en Stettin que: "Checoslovaquia, que debe su existencia a la trampa del Tratado de Versalles, se ha convertido en un foco peligroso para la paz en Europa". La opinión pública francesa es cada vez más afín a los intereses alemanes. "No se pueden sacrificar 10 millones de seres humanos en una guerra para luego prohibir a 3 millones de alemanes que se unan a su país", afirmó Bonnet, ministro francés de asuntos Exteriores.

En los Sudetes estalla un alzamiento. El Gobierno de Praga proclama el estado de excepción y envía tropas. El primer ministro francés, Daladier, insta a Chamberlain a que se ponga de acuerdo con Hitler.

Incitada por Berlín, Polonia pedía el 21 de septiembre un referéndum en la parte de Checoslovaquia habitada por la importante minoría polaca. Las tropas polacas se concentraron en la frontera. Hungría a su vez envió tropas a la frontera con Checoslovaquia. En toda Europa se palpaba una enorme inquietud.

El 22 de septiembre Hitler se reúne con Chamberlain y presenta un ultimátum: "Los checos deben abandonar todos los territorios pertenecientes a otras minorías antes del 28 de septiembre". Chamberlain logró que Hitler aplazase el día X hasta el 1 de octubre. Hitler le prometió además: "Es mi última reivindicación territorial en Europa".

El 29 de septiembre acuden a una Conferencia en Munich los representantes británico, francés, italiano y alemán. Al representante checo no se le dejó participar en la discusión. Tras la reunión, Francia, Gran Bretaña e Italia accedían a todas las pretensiones alemanas y se lo comunicaban al representante checo que luchaba por contener las lágrimas. "Hemos salvado la paz de nuestra época", gritó Chamberlain a la jubilosa muchedumbre que lo recibió en Londres a su regreso de Munich. "Hemos sufrido una derrota total" afirmó Churchill en el Parlamento Británico entre abucheos.

El 1 de octubre de 1.938 las tropas alemanas entraron en Karlsbad y Pilsen; ocupando los más importantes polos industriales checoslovacos. Polonia ocupó la parte checa y Hungría recibía 12.000 Kilometros cuadrados de Eslovaquia. El resto de la República Checo-Eslovaca (como empezó a llamarse) recibió un gobierno pro-germano y de tendencia fascista bajo la presidencia de Hacha.

El 15 de marzo de 1939, Hacha firma en el despacho de Hitler la sentencia de muerte de su agonizante país. El comunicado alemán al respecto reza: "El Führer ha dado a conocer su decisión de tomar bajo la protección del Reich Alemán al pueblo checo, garantizándole, de acuerdo con sus peculiaridades, un adecuado desarrollo de vida autónoma".

El 16 de marzo de 1939 Hitler anunciaba en Praga la formación del "Protectorado de Bohemia y Moravia".

Eslovaquia escapaba del Protectorado y pasaba a convertirse en Estado satélite estrechamente ligado al Reich. Francia y Gran Bretaña se limitaron a enviar notas de protesta.

.:Desarrollo:.

Guerra Relámpago contra Polonia

El 1 de septiembre de 1939, las tropas alemanas invaden Polonia. El 3 de septiembre, Gran Bretaña y Francia, que no habían reaccionado a raíz de la anexión de Austria y que, en la Conferencia de Munich, el 30 de septiembre de 1938, habían consentido un primer desmembramiento de Checoslovaquia, declaran la guerra a Alemania.

En Italia, Mussolini, de acuerdo con Hitler, declara el estado de no-beligerancia; Estados Unidos proclama su neutralidad; la Unión Soviética y Japón firman un pacto de no-agresión; la Commonwealth se alinea al lado de Gran Bretaña.
En tres semanas, Polonia es puesta fuera de combate por la infantería y los ejércitos blindados alemanes en combinación con el uso masivo de la artillería y aviación. Es la guerra relámpago o blitzkrieg.

Por otra parte, el 17 de septiembre, la Unión Soviética ocupa la porción oriental de Polonia, que le ha sido reservada a título de zona de influencia por el Pacto germano-soviético. Stalin alegó que ocupaba dicha zona para "defender a los bielorrusos" y que no constituía acto de guerra porque el Estado polaco había "virtualmente dejado de existir".

La rendición de Polonia se producirá el 27 de septiembre de 1939. El 28 de septiembre, una ligera modificación fronteriza completa los acuerdos secretos para el reparto de Polonia entre Hitler y Stalin: Alemania cede Lituania a la URSS y ésta acepta que la frontera germano-soviética retroceda ligeramente hacia el Este.

La Guerra de Invierno Ruso-Finlandesa

En noviembre de 1.939, la URSS declara la guerra a Finlandia. Es la llamada Guerra de Invierno. A costa de unas tremendas pérdidas de hombres y material, la URSS consigue que Finlandia firme la paz en marzo de 1940 y ceda el territorio de Carelia. Los japoneses avanzan en China. Durante el invierno 1939-1940, mientras las tropas franco-británicas permanecen inactivas, Hitler traslada la guerra a los países escandinavos.

Ocupación de Dinamarca y Noruega

Para asegurar a la industria alemana el suministro de mineral de hierro de Escandinavia, Hitler ordena ocupar Dinamarca e invadir las costas de Noruega. Los contingentes franco-británicos desembarcados en Narvik no consiguen mantenerse en su puesto. La Kriegsmarine (Marina de Guerra) alemana dispone ahora de valiosos puertos para la salida o abastecimiento de sus navíos, incluidos los temidos U-Boote (submarinos) que operaban en el Atlántico contra intereses y abastecimientos británicos.

Ofensiva en el Oeste

El 10 de mayo de 1940 empieza un violento ataque alemán desde la frontera holandesa hasta Alsacia. A partir del 15 de mayo, la resistencia holandesa es aplastada. En Bélgica, los blindados aliados resisten difícilmente a los tanques alemanes, mucho más numerosos.

En el extremo Norte de la defensiva Línea Maginot, en el sector comprendido entre Namur y Sedán, a través de las Ardenas, las divisiones acorazadas alemanas irrumpen, cruzan el Mosa y abren una brecha de 100 km de ancho en el frente francés; remontando hacia el norte, hacia el Canal de la Mancha, atacan por la retaguardia, en Bélgica, a las tropas aliadas, que, por Dunkerque, son evacuadas a Inglaterra, a pesar de los incesantes bombardeos de la aviación. El 4 de junio la operación estaba terminada.

En el norte de Francia, Weygand, que ha sustituido a Gamelin

como comandante en jefe, es impotente para detener la embestida de las tropas motorizadas alemanas, la aviación ametralla las carreteras repletas de civiles y militares, que huyen ante el enemigo.

El 10 de junio, Italia declara la guerra a Francia el 14 de junio, los alemanes entran en París cuyo gobierno se ha trasladado a Tours, y luego a Burdeos; a continuación franquean el Loira, ocupan todo el oeste y este de Francia y avanzan hacia el sudoeste.

El 17 de junio, el mariscal Pétain, nombrado jefe del Gobierno francés, instalado en Vichy, anuncia la apertura de negociaciones con vistas a un armisticio que será concluido en Rethondes el 22 de junio. Desde Londres, el 18 de junio, el general De Gaulle pide a todos los franceses que se unan a él para continuar la lucha al lado de Gran Bretaña.

La Batalla de Inglaterra

Dueño de Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, Hitler prepara la invasión de Inglaterra: su aviación se empeña en la conquista del dominio del aire con vistas a un desembarco de tropas. A partir del 8 de agosto, una enconada batalla aérea se entabla sobre el cielo inglés: cada día, varios centenares de aviones bombardean la costa inglesa y la desembocadura del Támesis y, a partir del 24 de agosto, Londres y las principales ciudades industriales.

Más de dos millones de inmuebles fueron destruidos o dañados. Pero la aviación de caza inglesa, aunque inferior en número, causa pérdidas enormes a los bombarderos alemanes: más de 2.000 son destruidos. A principios de octubre, perdida la "Batalla de Inglaterra", Hitler pospone su proyecto de invasión indefinidamente.

Intervención en los Balcanes, el Mediterráneo y África

Italia lanza desde sus bases en Albania un ataque contra

Grecia. Los griegos no solo repelen la invasión sino que contraatacan e incluso se internan profundamente en territorio albanés. El ataque italiano a Grecia es el pretexto que necesita Gran Bretaña para mandar un cuerpo expedicionario a Grecia y comenzar a operar en el Mediterraneo. La aventura italiana se salda con un completo fracaso.

Hitler se ve abocado a socorrer a su aliado y reconducir la situación en los Balcanes y el Mediterraneo oriental. El 2 de marzo de 1941, sus tropas entran en Bulgaria; del 6 a 13 de abril se apoderan de las ciudades de Yugoslavia, se lanzan luego contra Grecia, que sólo puede resistir algunos días, y ocupan la isla de Creta.

Italia ataca desde sus posesiones en Eritrea a la Somalia Británica. Aunque en un primer momento el ataque italiano se salda de forma favorable a Mussolini, los ingleses se reorganizan y comienzan un contraataque. Los británicos son menos numerosos pero están mejor equipados, comandados y mantienen alta la moral. En poco tiempo han destruido o capturado a la mayor parte del ejército italiano de África. Hitler debe de nuevo enmendar la plana a su aliado y manda a Libia el Deutcsche Afrika Korps (D.A.K.), Cuerpo de Ejército África Alemán, al mando del General Rommel, para intervenir al lado de los italianos; en junio de 1941 Rommel ha dado un vuelco a la situación y se halla en las fronteras de Egipto, y sus aviones bombardean Malta, Alejandría y Suez. El objetivo es El Cairo y el canal de Suez.

Los navíos británicos deben contornear Africa por el cabo de Buena Esperanza. Pero la resistencia del 8º Ejército Británico (apoyado por el contingente de la Francia Libre, llegado de Chad con Leclerc y Larminat) impedirá finalmente que el Afrika Korps se apodere de Egipto y del canal y le obligará a retroceder hasta Tunicia.

Guerra en el Este

Al mismo tiempo, Hitler emprende la invasión de la URSS. A pesar del pacto de no-agresión, el 22 de Junio de 1941, un

ejército numeroso y poderosamente equipado franquea las fronteras de la URSS, avanza hasta Leningrado, que es sitiado, llega a las puertas de Moscú, ocupa Kiev, Jarkov y la cuenca del Donets. Pero el ejército ruso (con recursos humanos casi inagotables) no es aniquilado, y el invierno, de un rigor excepcional, paraliza las operaciones alemanas. Se reemprenden las operaciones a comienzos del verano de 1942; están jalonadas por la conquista de la región de los pozos de petróleo, en las proximidades del Cáucaso. Sin embargo, las tropas alemanas no consiguen adueñarse de Stalingrado antes del invierno.

La ciudad será objeto de una lucha encarnizada, que terminará el 2 de febrero de 1943 con la capitulación del VI ejército alemán al mando de Von Paulus. A partir de este momento, lentamente, el ejército ruso, superior en hombres, pasa a la ofensiva arrollando al ejército alemán. Los alemanes, aunque mejor dirigidos, se ven superados por un enimigo que los supera en una proporción de cinco a uno. En la primavera de 1944 ha liberado casi todo el territorio de la URSS; luego penetra en Finlandia, que ha tomado las armas de nuevo, en Polonia y en Rumania

El Pacífico en llamas

Mientras se desarrollan estas operaciones en Europa, Japón prosigue la conquista de China, y, con el acuerdo del gobierno de Vichy, envía tropas a Indochina.

Previendo la oposición de Estados Unidos a su política de dominación de Asia, bombardea y echa a pique, por sorpresa, a más de la mitad de la flota norteamericana anclada en la rada de Pearl Harbor, en las islas Hawai (7 de diciembre de 1941), y ocupa en pocas semanas Hong Kong, Singapur, Siam, Birmania, las islas Filipinas, una parte de las Indias Neerlandesas y amenaza a Australia.

En marzo de 1942, su avance es bloqueado por una batalla aeronaval en el mar del Coral, donde sufre importantes pérdidas. Puesto que Estados Unidos, después de Pearl Harbor, ha declarado inmediatamente la guerra a Japón, sus

aliados Alemania e Italia declaran asimismo la guerra a Wstados Unidos.

Intervención Estadounidense

Desde entonces, los norteamericanos ponen al servicio de la guerra contra las potencias del Eje su enorme potencial industrial y económico, así como un ejército numeroso y poderosamente equipado. Suministran material a sus aliados y en especial a la URSS.

Sus bombarderos gigantes, con bases en Gran Bretaña, emprenden la destrucción sistemática de fábricas, vías férreas y centros vitales del enemigo en Alemania, Francia e Italia. Una dura batalla se entabla contra los submarinos alemanes, que surcan el Atlántico y los mares de Europa, y desde el otoño de 1942 los aliados ganan esta batalla de las comunicaciones.

El 8 de noviembre de 1942, importantes contingentes desembarcan en África del Norte; con la ayuda de las tropas francesas que, por orden de Vichy, habían tratado primero de resistir, expulsan a los alemanes de Túnez, cuya liberación tiene lugar en mayo de 1943 .

En julio desembarcan en Sicilia y, de allí, pasan a la Italia meridional. Mussolini es detenido, y el mariscal Badoglio firma la capitulación italiana el 3 de septiembre. Sin embargo, los alemanes son todavía dueños de Roma y de toda la Italia central y septentrional, donde Mussolini, liberado, proclama la república y sigue la lucha.

Durante todo este período se han organizado movimientos de resistencia en los países ocupados, con unidades de combate que intervienen contra los grupos enemigos aislados y aseguran el servicio de información para los aliados.

El desembarco de Normandía

El 6 de junio de 1944, bajo la dirección del general

norteamericano Eisenhower, jefe de los ejércitos aliados, se efectúa un desembarco en las playas de Normandía. Se abre así el reiteradamente pedido por Stalin "segundo frente" en Europa.

La acción de los grupos de Resistencia en el interior de Francia retrasa considerablemente la llegada de los refuerzos alemanes; se establece una sólida cabeza de puente y los ejércitos aliados emprenden la liberación de Normandía y del oeste de Francia.

El 15 de agosto de 1944 tiene lugar un segundo desembarco en las costas de Provenza, bajo el mando del general De Lattre de Tassigny; las tropas norteamericanas y francesas empujan a los alemanes hacia el norte.

El 25 de agosto, París es liberado; el 1 de octubre, los aliados han alcanzado la frontera alemana de Bélgica y Holanda; en Alsacia, al sur, las tropas francesas han penetrado por la fisura de Belfort y, el 21 de noviembre, se apoderan de Mulhouse; al norte, entran en Estrasburgo el 23 de noviembre.

Durante este tiempo, Hitler, que, el 20 de julio de 1.944 se ha salvado de un atentado contra su persona, emplea contra Inglaterra una nueva arma: las bombas volantes V1 y V2. La eficacia real de estas armas en relación con su coste fue mínima. Para estas fechas, la otrora triunfante y orgullosa Luftwaffe alemana ha sido prácticamente borrada de los cielos europeos.

El asalto al Reich

Las tropas alemanas siguen por todas partes batiéndose con fanático encarnizamiento; en diciembre de 1944 lanzan una última ofensiva en un intento de recuperar la iniciativa en el Oeste. Es la ofensiva de las Ardenas. El avance alemán es reprimido con gran dificultad por los norteamericanos, hasta ser definitivamente detenido en febrero de 1945 gracias en gran parte a su aplastante superioridad aérea.

Entonces los ejércitos aliados franquean el Rhin y se dirigen al encuentro del ejército soviético. Desde el Este, el rodillo soviético aplasta toda resistencia alemana. Se combate ya en el propio territorio del Reich. Hitler da orden de resistir fanáticamente hasta el último cartucho. Se movilizan para la lucha a niños y ancianos.

El 30 de abril de 1945, Hitler se suicida en su búnker en Berlín, invadido por las tropas rusas. El 7 de mayo en Reims, y al día siguiente en Berlín, generales alemanes firman la capitulación sin condiciones de todos los ejércitos del Reich Alemán.

Fin de la guerra en el Pacífico

La guerra aún continuaba en el Pacífico. El 6 de agosto, un bombardero estadounidense arroja sobre Hiroshima la primera bomba atómica de la Historia, que destruye por completo la ciudad y se lleva la vida de 250.000 seres humanos. El 9 de agosto, se arroja una segunda bomba atómica sobre Nagasaki. El 14 de agosto de 1.945, el gobierno japonés se rinde incondicionalmente.

Hongo nuclear Hiroshima Bomba “Little Boy”

.:Holocausto:.

El Holocausto fue la persecución y el asesinato sistemático burocráticamente organizado de aproximadamente seis millones de judíos por el gobierno nazi y sus colaboradores. “Holocausto” es una palabra de origen griega, que significa “sacrificio por fuego.” Los nazis, que tomaron el poder en Alemania en enero de 1933, creían que los alemanes eran una “raza superior” y que los judíos, considerados “inferiores”, no merecían vivir. Durante el Holocausto, los nazis también tuvieron en su mira a otros grupos por razón de su percibida “inferioridad racial”: los romas (gitanos), los discapacitados, y algunos grupos eslavos (polacos, rusos, y otros). Otros grupos fueron perseguidos por razones políticas,

religiosas o de orientación sexual: comunistas, socialistas, testigos de Jehová y homosexuales.

En 1933, la población judía de Europa pasaba de nueve millones. La mayoría de los judíos europeos vivían en países que Alemania ocuparía o dominaría durante la Segunda Guerra Mundial. Para 1945, dos de cada tres judíos europeos habían sido ejecutados como parte de la llamada "Solución Final" de los nazis – el asesinato de los judíos de Europa. Aunque los judíos fueron las victimas principales del racismo nazi, entre sus otras victimas se cuentan decenas de miles de romas (gitanos). Más de doscientos mil incapacitados (física o mentalmente) fueron asesinados en el Programa de Eutanasia. Con la expansión de la tiranía nazi sobre Europa, millones de otras personas fueron perseguidas y ejecutadas. Más de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos fueron asesinados o murieron de hambre, enfermedad, descuido, o maltrato. Los alemanes mataron a los intelectuales polacos y deportaron a millones de ciudadanos polacos y soviéticos a los campos de trabajos forzados de Alemania o de la Polonia ocupada. Desde el inicio del gobierno nazi, los homosexuales y otros cuyos comportamientos eran juzgados socialmente inaceptables también fueron perseguidos, entre ellos miles de disidentes políticos (como comunistas, socialistas, y sindicalistas) y religiosos (como testigos de Jehová), fueron el blanco de la persecución nazi. Muchos murieron como resultado de su encarcelación y maltrato.

Aun antes de que la guerra estallara en 1939, los nazis crearon campos de concentración para encarcelar judíos, romas, otras victimas de su odio étnico y racial, y oponentes políticos del nazismo. Durante la guerra, los nazis y sus colaboradores crearon ghettos, campos de detención temporaria, y campos de trabajos forzados. Después de la invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941, Einsatzgruppen (equipos móviles de matanza) cometieron asesinatos masivos de los judíos, romas y oficiales del estado soviético y del partido comunista ruso. Más de un millón de hombres, mujeres y niños judíos fueron asesinados por estos equipos. Entre 1942 y 1944, los nazis deportaron millones de judíos de los territorios ocupados a los campos de exterminio,

donde fueron ejecutados en instalaciones diseñadas especialmente para tales fines.

En los últimos meses de la guerra, los prisioneros de los campos fueron llevados por tropas de las SS en marchas forzadas, o “marchas de la muerte”, en las que muchos de ellos murieron, en un fútil intento de prevenir la liberación de gran cantidad de prisioneros por los Aliados. A medida que las fuerzas aliadas avanzaban a través de Europa en una serie de ofensivas contra Alemania, empezaron a encontrar y liberar prisioneros de campos de concentración, muchos de los cuales habían sobrevivido las marchas de la muerte. La Segunda Guerra Mundial terminó en Europa con la rendición incondicional de las fuerzas armadas alemanas en el oeste el 7 de mayo, y en el este el 9 de mayo de 1945.

.:Consecuencias:.

Con la capitulación japonesa, el mundo inició una nueva etapa a la que llegaba con un espectacular cambio de panorama respecto a la situación de 1939. En 1945, el mundo tenía abiertas graves heridas, la posición de cada uno de los principales componentes de la comunidad internacional era distinta y ésta pretendía organizarse de acuerdo con reglas nuevas.

La cifra de muertos como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial no puede determinarse de forma absolutamente precisa pero es muy posible que llegase a alcanzar los 60 millones de personas, al menos cuatro veces más que el número de muertos producidos durante el conflicto de 1914-1918. Como es lógico, este balance debe ponerse en relación con la potencia destructiva de las armas y el carácter de guerra total que tuvo desde el mismo momento de su iniciación o en un momento inmediatamente posterior.

Si se examinan esas cifras contabilizándolas por naciones, el resultado puede parecer algo sorprendente porque alguno de los vencedores cuenta entre quienes más padecieron en el conflicto. La cifra de ciudadanos de la URSS muertos como consecuencia de la guerra se eleva a 20 millones de personas

(y quizá incluso un 25% más) de los que tan sólo un tercio serían militares. Porcentualmente, esa cifra supondría al menos el 10% del total de los habitantes de la URSS, pero en el caso de Polonia los seis millones de muertos representan todavía una cifra muy superior, el 15%. En esos porcentajes se incluye la población judía de ambos países. El tercer lugar en el grado de sufrimiento producido por la guerra corresponde a Yugoslavia, cuyo número de muertos (de un millón y medio a dos) derivó de la existencia de una guerra civil en la que el componente étnico jugó un papel primordial. Estos tres países pueden ser considerados entre aquellos que resultaron vencedores en la guerra. Los demás que se alinearon en ese mismo bando tuvieron un número mucho más reducido de muertos. Francia, ocupada en su totalidad por los alemanes, experimentó 600.000 muertos, mientras que Gran Bretaña sufrió 500.000 pérdidas. La gran diferencia respecto a los padecimientos de la Primera Guerra Mundial de estos dos países radica en el número de muertos civiles. Gran Bretaña, que no los tuvo en 1914-1918, ahora, en cambio, padeció unos 60.000 como consecuencia de los bombardeos. Del conjunto de los aliados, los Estados Unidos resultaron ser los mejores parados, con 300.000 muertos, todos ellos militares.

De los países vencidos en la contienda, el mayor número de muertos le correspondió a Alemania, con algo menos de cinco millones. El peso del Ejército en este número de bajas se aprecia en el hecho de que existió durante mucho tiempo un mayor número de mujeres que hombres en Alemania (todavía en 1960 existían 126 mujeres por cada 100 hombres). Dos millones de japoneses murieron como consecuencia de la guerra, una cifra inferior también en términos porcentuales. La población civil japonesa tan sólo padeció la guerra en los meses finales de la misma.

Las muertes producidas por la guerra constituyen tan sólo una parte de sus consecuencias. Como resultado de la misma hubo, principalmente en Europa, 30 millones de desplazados, un tercio de los cuales fueron alemanes que sufrieron de forma directa las consecuencias de la doctrina que les había llevado a lanzarse a una nueva expansión hacia el Este. Quienes habían expulsado a la población autóctona (por

ejemplo, en los Sudetes checos) se vieron, a su vez, obligados a emigrar ahora. También una cifra elevada de japoneses pasó por idéntica experiencia. Ambos países descubrieron en la posguerra que podían lograr un lugar mucho más confortable en el mundo de la posguerra renunciando a la expansión territorial e intentando un desarrollo económico que resultaría espectacular en ambos casos.

Sin embargo, por el momento la situación en que se encontraron esos dos países no tenía nada de reconfortante porque la destrucción padecida fue muy superior a la que sufrieron los beligerantes durante la Primera Guerra Mundial. En Alemania, el nivel de producción industrial se retrotrajo a las cifras de 1860, mientras que en el Ruhr, la zona más castigada, quedó limitada al 12% de las cifras de la etapa prebélica. Japón sólo se vio afectado de manera decisiva por la guerra en su fase final pero la producción se redujo en un tercio. La Flota mercante quedó reducida a una dieciseisava parte del tonelaje de 1941. Un 40% de la superficie urbana quedó destruida, como consecuencia de los bombardeos norteamericanos, especialmente destructivos cuando las bombas se empleaban ante una frágil arquitectura como la existente en el archipiélago.

Pero las consecuencias de la guerra no fueron crueles solamente para los vencidos, sino también para los vencedores y ello en los más diversos terrenos. Francia, primero derrotada y luego vencedora, pudo considerar arruinadas aquellas instituciones que durante muchos años no sólo ella sino la totalidad del mundo había podido considerar como la ejemplificación señera de la libertad política. Al concluir la guerra, había muerto la Tercera República, cuyas instituciones necesitaban transfigurarse por completo para adaptarse a la realidad de un mundo nuevo. Gran Bretaña había sido quien, con su decisión durante el verano de 1940, consiguió detener el avance nazi en el momento mismo en que todo el mundo la consideraba derrotada. Nunca, sin embargo, recuperaría ni tan siquiera la sombra de su poder de otros tiempos. En los instantes finales de la guerra estaba en la ruina: su deuda equivalía al triple de la renta nacional anual y por vez primera en mucho tiempo carecía de partidas

invisibles con las que compensar una balanza comercial deficitaria porque las había liquidado en los años precedentes. Poco tiempo pasaría hasta que se hiciera patente de forma abrumadora la necesidad de considerar inevitable la liquidación del Imperio.

Frente a la decadencia de estas dos potencias europeas, dos gigantes estaban destinados a dominar el mundo de la posguerra. Los Estados Unidos no representaban más que un 7% de la superficie del globo, pero producían tanto como el resto en conjunto. Incluso en aquellos sectores en los que con el paso del tiempo se demostraría su debilidad relativa (como el petrolífero) el porcentaje de su producción se acercaba a un tercio de la mundial. De este modo, el mundo posterior a 1945 tenía que ser el de la hegemonía norteamericana. También fue el mundo de la hegemonía soviética, aunque ésta en realidad fue mucho más aparente que real. En efecto, por grandes que fueran los temores a su expansión, lo cierto es que la URSS había padecido mucho más que el resto de los vencedores. Por otro lado, en esta guerra, la Unión Soviética perdió el monopolio de su condición de única potencia revolucionaria del mundo: aunque eso de momento pudo parecer no tan grave. Con el transcurso del tiempo, China (y, en menor grado, Yugoslavia) se convertirían en rivales, más que en colaboradores. La URSS, cuyo protagonismo en la guerra fue decisivo, salió de ella con una convicción en su capacidad de liderazgo e incluso con el convencimiento de que podría llegar a superar a su adversario capitalista. Sólo con el transcurso del tiempo acabaría descubriendo que podía competir en el terreno militar, pero que era incapaz de hacerlo en otros campos a la larga mucho más decisivos, como el económico y el tecnológico.

Por último, hay que tratar de los cambios territoriales que tuvieron lugar en el mundo como resultado de la guerra. Este conflicto, en efecto, supuso escasas modificaciones de las fronteras, en comparación con los de otros tiempos, aunque tuviera una repercusión mucho más duradera en la configuración global del mundo.

La última de las reuniones de los grandes líderes mundiales aliados tuvo lugar en Potsdam, durante la segunda quincena

de julio de 1945, cuando estaba reciente la derrota de Alemania pero todavía se pensaba que la japonesa podía resultar remota. Estuvo presente Truman, sustituyendo a su predecesor Roosevelt, y, a la mitad de la conferencia, debió retirarse Churchill a quien, por decisión del elector británico, le era negado el poder de moldear el futuro, después de haber tenido tan decisivo protagonismo durante toda la contienda. Ya se ha mencionado la relevancia de esta reunión en lo que respecta a la intervención soviética contra Japón y al descubrimiento de la bomba atómica por los norte-americanos, que Stalin conocía ya. Pero Potsdam supuso también una solución a la cuestión decisiva para la posguerra, la de Alemania, que, sujeta a un tratado de paz posterior, quedó contenida en una fórmula definitiva. En efecto, se acordó hacer retroceder su frontera oriental hasta la línea marcada por los ríos Oder y Neisse y se toleró en la práctica que los soviéticos empezaran a aplicar, por su cuenta y riesgo, un plan de reparaciones sobre la parte que le había correspondido.

Lo primero supuso una emigración masiva hacia Occidente de millones de alemanes y ello, a su vez, trajo como consecuencia que se abandonara cualquier veleidad de convertir a Alemania en un país exclusivamente rural. El mantenimiento de la industria resultaba imprescindible para la subsistencia de la población, por mucho que la solución citada pudiese resultar tentadora. Por otro lado, los soviéticos se apoderaron de las fábricas de su zona de ocupación en el Este de Alemania y, en muchos casos, las trasladaron a su propio país. La ausencia de sintonía entre las potencias democráticas y los soviéticos hizo imposible un acuerdo definitivo en éste y otros muchos puntos, por lo que los acuerdos sólo pudieron ser parciales, provisionales o incompletos. Se previó la existencia de una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores, que se reunió en Moscú en 1945 y en Nueva York en 1946. En la capital francesa se suscribieron los tratados de paz relativos al Este de Europa e Italia, mientras que hubo que esperar hasta 1951 para que en San Francisco se firmaran los relativos al Japón, momento en que ya no estuvieron presentes los nuevos países comunistas. Los cambios territoriales en la Europa Oriental resultaron relativamente modestos, aunque ratificaron e incrementaron

las ventajas que la Unión Soviética había logrado por los acuerdos con Hitler de 1939. Basta decir que la URSS obtuvo el Norte de la Prusia Oriental (que le proporcionaba una salida al Báltico), la Carelia finlandesa, la zona de Petsamo (que le aportaba una frontera con Noruega) y una base temporal (Porkkala) en territorio finés. Además, los soviéticos se anexaron Rutenia, el extremo oriental de Checoslovaquia. En cuanto a Italia, perdió sus colonias, que se independizaron (Libia, Somalia) o fueron incorporadas a otros países: Eritrea, a Abisinia; las islas del Dodecaneso, a Grecia.

En el resto del mundo, los cambios fueron también, en apariencia, pequeños. En el Medio Oriente, por ejemplo, Líbano y Siria lograron su independencia, mientras que la llegada de oleadas de inmigrantes judíos askenazis, procedentes de Europa del Este, tuvo como consecuencia que el Estado de Israel tuviera una condición mucho más beligerante que antes respecto a la población palestina. Lo decisivo, de todos los modos, fue el impulso inicial dado a la descolonización, movimiento un tanto contradictorio por el momento, pues a las promesas de japoneses y norte-americanos de independencia para las colonias se sumó, en esta circunstancia, la victoria de las potencias colonizadoras. De ahí que, por ejemplo, Filipinas consiguiera la indepen-dencia y que, por el contrario, los norteamericanos, después de haber apoyado la de Indochina, acabaran por apoyar el mantenimiento de la presencia francesa en aquellas tierras. Japón volvió a sus fronteras de mediados del siglo XIX, cediendo Formosa, Corea, Manchuria y las islas del Pacífico. Pero, mucho más importantes que estas nuevas fronteras territoriales, fueron las consecuencias de la división ideológica del mundo en dos partes enfrentadas.

.:Bibliografía:.

Gran Crónica de la Segunda Guerra Mundial, Tomo 1, De Munich a Pearl Harbor, Selecciones de Reader's Digest, 1965
Gran Crónica de la Segunda Guerra Mundial, Tomo 2, De Pearl Harbor a Stalingrado, Selecciones de Reader's Digest, 1965
Gran Crónica de la Segunda Guerra Mundial, Tomo 3, De Stalingrado a Hiroshima, Selecciones de Reader's Digest, 1965
Asi Fue la segunda guerra mundial, editoriales Anesa, Noguer, Rosoli
Historia Universal, Gloria M. Delgado, Pearson, 2001
http://sgm.zonadictos.net/
http://www.ushmm.org/museum/exhibit/focus/sp_wlc/
http://www.exordio.com/1939-1945/frameset.html